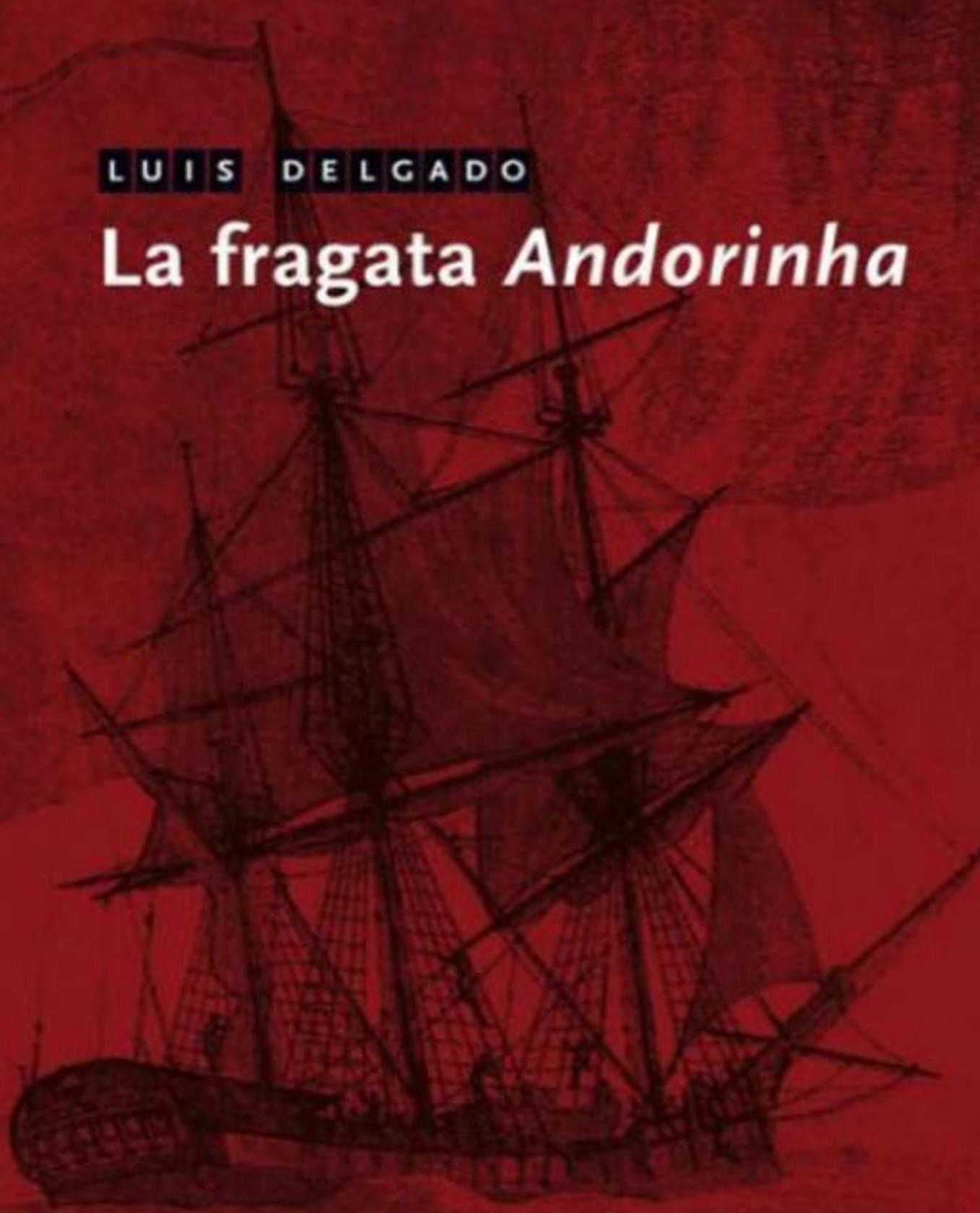




LUIS DELGADO

La fragata *Andorinha*



U N A S A G A M A R I N E R A E S P A Ñ O L A

Lectulandia

En el decimocuarto volumen de su colección de novela histórica naval, Una Saga Marinera Española, Luis Delgado fuerza un cambio brusco en el escenario geográfico. Corre el año 1812 mientras continúa la guerra contra los franceses en España. Pero ya los buques de la Armada no pueden transportar caudales y recursos de las Indias con los que mantener la guerra, sino enviar hacia América fuerzas para apaciguar los movimientos secesionistas de nuestras provincias americanas. El capitán de navío Leñanza, al mando de la fragata Proserpina, parte desde Cádiz hacia el Río de la Plata con refuerzos de tropas y armamentos en apoyo de las unidades basadas en el apostadero de Montevideo. La fragata sufrirá todo tipo de situaciones límite que un buque puede atravesar sobre las aguas; abordajes, temporales, amotinamientos, combates en la mar y por desconocidos ríos. Algunas de dichas acciones, difíciles de creer como ciertas y desconocidas para todo español, merecerían ser dignas de especial reconocimiento.

Lectulandia

Luis M. Delgado Bañón

La fragata «Andorinha»

Una saga marinera española - 15

ePub r1.0

Titivillus 10.08.2019

Luis M. Delgado Bañón, 2009

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

Para el vicealmirante Rafael Martín de la Escalera, buen compañero y amigo, en agradecimiento por su incondicional apoyo a esta colección de novela histórica naval. A sus muchas virtudes profesionales añade la cualidad de ser uno de los miembros de la Armada con verdadero cariño por nuestra Historia Naval. Debería agradecerse como merece su permanente afán por evitar el deterioro del extraordinario patrimonio marítimo, que hemos de legar, de forma inexcusable, a las futuras generaciones. Y, desde luego, sin olvidar a Nani, incansable motor de Mandillo.

Diversas sugerencias recibidas de amigos y fieles lectores me obligan a recalcar que todos los hechos históricos narrados en las obras de esta colección, así como los escenarios geográficos, cargos, empleos, destinos, vicisitudes personales, especificaciones de unidades a flote o en tierra, así como las situaciones sufridas por ellos se ajustan en un den por den a la realidad histórica, de acuerdo a los fondos consultados con la necesaria profundidad y el compromiso adquirido ante documentaciones contrarias. Es mi intención escribir novela histórica y no ese tipo de historia-ficción utilizada con profusión por autores británicos de temas navales. Tan sólo aquellos personajes a los que aparejo las narraciones y episodios claramente novelescos son fruto absoluto de mi imaginación.

El aporte de gran parte de la documentación necesaria para escribir esta obra se lo debo a la magnífica colaboración de mi buena amiga Ana Ros Togores Spain, simpatía, belleza y conocimientos amarinados en una sola persona.

Si Inglaterra tuviese un puerto como El Ferrol, lo resguardaría con una muralla de plata.

Guillermo Pitt

Cádiz pequeño y blanco en el mar sólo por un brazo de tierra sujeto a la Península, es el pañuelo con que España dice adiós a los navegantes.

Federico García Sanchiz

*Cartagena joyante,
como una hembra morena,
que baña sus dos pechos en el mar.*

Emilio Carrere

Prólogo

Fueron quince los navíos empeñados por nuestra Armada en el sangriento combate habido en las aguas cercanas al cabo Trafalgar, una sangría evitable que, no obstante, se enfrentó con el necesario valor y honor encastrado en las venas. También se ajustaba a ese guarismo el monto de las velas inglesas rendidas por el general don Blas de Lezo en el golpe de mano llevado a cabo por aguas antillanas, con generoso botín aparejado. Y si algunos románticos aseguran que nada hay feo cuando se cruzan los quince años, son muchos los amores desazonados que opinan en contra. Pero también esa cifra, mágica según numerosos autores, se encontraba enlazada con ciertas prácticas a bordo, como el juego de naipes tan popular entre nuestra marinería, la guardia de las quince, mala por naturaleza, sin olvidar que cuando en un buque se pedía un quince, los marineros y grumetes se referían a una jícara de vino cuyo valor era de quince céntimos de real. También las Quince Puntas eran divisadas por nuestros navegantes cuando cruzaban con verdadero riesgo entre los ríos Apa y Aquidabán. Y podría continuar la generosa enumeración relativa a este número, ricamente amadrinado a la mar y sus hombres.

Como es fácil suponer, me he explayado en las diversas conexiones del número quince con las cosas de la mar porque esos dígitos adornan en su lomo este nuevo volumen de mi colección de novela histórica naval, «Una Saga Marinera Española», que llega a sus manos. Y ya deben saber quienes hayan leído alguna de sus anteriores obras que intento realzar los guarismos de orden para cruzar la suerte a favor y tomar carrera avante. Porque cuando escribo estas palabras, todavía el contenido del volumen se asienta solamente en mi cabeza.

Por los motivos apuntados en otros trabajos, dada la escasa o nula información que del papel jugado por la Real Armada durante la Guerra de la Independencia aparece en los diversos tratados de Historia, he variado el cálculo inicialmente trazado para esta colección, en el sentido de dedicar

cinco volúmenes a dicho tema, en lugar de los dos programados en un principio. Es fácil comprender que en esa alargada contienda contra el invasor francés gran parte de la ayuda, así como los caudales y pertrechos, debían llegarnos desde la mar, y a través de ella fue posible apoyar a nuestros ejércitos, regulares o no, por todo el teatro ibérico, donde también los hombres de mar se alistaban sin dudarlos. Las fuerzas navales brillaron con voz propia, aunque su protagonismo quedara velado entre nubes, como tantas otras veces a lo largo de nuestra historia. Queramos o no, somos un pueblo de mar por nuestra condición geográfica y aroma salado de nacimiento. No obstante, más parecen los españoles de hoy encastrados en un profundo secano mental y continental.

Vuelvo a recordar, una vez más, que a lo largo de tres siglos conformamos un imperio colonial fabuloso, al tiempo que descubríamos, conquistábamos y poblábamos medio mundo. Nadie puede dudar de que tan gigantesca labor fue posible gracias al sacrificado concurso de nuestros hombres de mar, rayano muchas veces en gestas dignas de extremo sacrificio y epopeya popular nunca cantada. Y como incontestable demostración, dicho imperio comenzó a desaparecer sin tregua, conforme la Armada alcanzaba cotas de extrema debilidad por la cicatera y absurda visión geopolítica de nuestros gobernantes. España se hizo poderosa a través de la mar, pero, cuando perdimos de vista la influencia de las aguas, nos empequeñecemos como nación y como pueblo.

Al igual que en ocasiones anteriores, espero que los lectores disfruten con el examen de estas páginas, a la vez que descubren hechos poco conocidos, pero de trascendental importancia en nuestra historia naval y, por lo tanto, en la de España. Siguiendo la línea marcada desde un principio, a esos retazos importantes de nuestro acontecer marítimo a lo largo de aquellos años, vitales para nuestra permanencia como nación independiente, incorporo los necesarios hechos novelescos de mis personajes. La saga familiar de los Leñanza en la que baso estas narraciones históricas, que ya corre por su tercera generación, ofrece el condimento imprescindible en toda obra para hacerla amena y atractiva al lector.

Luis M. Delgado Bañón

1. Proa al sur

Apreté el casacón de grueso paño azul contra mi pecho, al sentir un inesperado escalofrío, mientras me mantenía empernado como estatua de sal en la toldilla de la fragata *Proserpina* con la vista perdida millas a popa, aguas usadas que se alejaban de nosotros para siempre. Aunque la temperatura era elevada y sofocante durante algunos momentos del día, el aguacero sufrido en las primeras horas de la mañana y el efecto del viento propiciaban aquella sensación de dulce incomodidad en el cuerpo. Tras varias horas de rumazón generalizada por toda la cúpula y el definitivo desagüe, el sol acababa por despuntar a rifada de disco, acción que se dejaba notar a bordo de forma agradable y beneficiosa pocos minutos después.

Por aquellos días de enero del año del Señor de 1813, me encontraba en la situación soñada durante años por todo oficial de guerra de la Real Armada, esos sueños que, sin embargo, nunca colman al ciento nuestras aspiraciones. Porque, para nuestra desgracia, siempre resta alguna pulgada de resentimiento que no somos capaces de apartar a la banda, trecho imaginario que se acorta o alarga según el ánimo desplegado al despertar cada mañana. Pero la realidad era irrefutable aunque se le amadrinaran tonos grises. Cumplidos los veintiocho años, recién promovido al empleo de brigadier y al mando de una fragata, el buque más hermoso que jamás pueda surcar las aguas, no se podía comprender la desolación que inundaba mi pecho desde varias semanas atrás.

Pero así es la vida de mudadiza o caprichosa, como cortesanías de fuste o las mismas olas de la mar, que nos hacen sufrir sed cuando mil toneletes de agua se encuentran a disposición en la bodega. Tales sentimientos negros eran todavía más incomprensibles en aquella mañana, navegando casi de empopada con todo el aparejo de la *Proserpina* largado a la galleta y los cielos despejados por fin a la llana. El viento fresco del noroeste y la marejada larga, acoplada en orden y sin fisuras, elevaban la popa de nuestro buque en caricias de altura, con la fragata demostrando su esplendoroso dominio sobre

las aguas, un espectáculo digno de ser grabado y expuesto a la vista de quienes jamás han disfrutado de tal imagen.

Para bien o para mal de nuestras almas, no siempre el cuadro exterior se amadrina a los sentimientos internos. Y ese era mi caso, para desesperación propia. Porque es difícil creer que, cuando la guerra contra el francés comenzaba a mostrar detalles de firme esperanza en un deseado final, navegando en una especial comisión hacia aguas desconocidas para mí y escasamente navegadas por unidades de nuestra Armada por aquellos días, los pensamientos más tristes recalaban una y otra vez en el cerebro. Pero todo tiene una explicación en esta vida, aunque ataquemos caminos que entendíamos como imposibles de cubrir sin perder el norte. Y he de exponerla en estos cuadernillos aunque duela, para comprender el curso de las aventuras marineras de la saga de los Leñanza que paso con mano temblorosa a estos pliegos, misión impuesta desde muchos años atrás por mi padre y, todavía antes, por mi abuelo.

En efecto, la guerra contra el invasor francés parecía cambiar de signo con extrema rapidez, tras haber sido arrolladas nuestras tropas una y otra vez desde que, en mayo de 1808, la España entera se alzara orgullosa y altiva contra el emperador francés, prepotente gabacho que se consideraba dueño del mundo entero. Es cierto que habíamos sido vencidos en numerosas batallas, pero levantábamos la cresta con rapidez para continuar la brega de forma regular o no, condición que solamente aparecía en nuestro suelo, lanzado a muerte por su libertad. Por fin, las naciones europeas acababan por alzarse contra Napoleón, ahora con posibilidades ciertas de victoria y visos de ganancias territoriales a la vista.

En cuanto a nuestra contienda particular, el teatro de guerra hispano había sido, y era todavía, una pieza decisiva, porque en tierra española se había producido el desgaste permanente y sangriento de las tropas francesas durante muchos años, sin que pudieran rematar sus conquistas en dominio de territorio con la necesaria tranquilidad. Ahora, algunos mandatarios europeos, con el orgulloso zar Alejandro a la cabeza, solicitaban un ataque a fondo en España y dar el golpe definitivo. Sabía receta la del emperador acobardado, sin duda. Más sangre española a la perla política, para aclarar la situación en el viejo y decrepito continente.

El prestigio de Wellington, puesto en duda durante muchos meses con innegable razón, se alzaba ahora con fuerza dentro y fuera de la Península. También, quien muchos consideraban como un zorro britano, se había reservado en sus cuarteles de invierno hasta comprobar posibilidades ciertas

de triunfo, sin exponer una gota de sangre en demasía. Aunque las Cortes de Cádiz, de acuerdo con los generales españoles, le negaran en abril de 1811 el mando solicitado de los ejércitos hispanos, entrados en octubre de 1812 se le nombraba general en jefe del Ejército español, convirtiéndose en generalísimo de las fuerzas aliadas que luchaban en la piel ibérica. No eran pocas las voces que clamaban a la contra, aquellos que alegaban la falta de acometividad del inglés mientras la sangre española había caído a chorros durante muchos meses. Pero cuando Napoleón se vio obligado a retirar de España sus mejores tropas, el britano se dispuso a dar el zarpazo definitivo al frente de los casi cien mil soldados españoles, portugueses e ingleses.

Por su parte, la Real Armada, a pesar de ver reducidas sus fuerzas de forma drástica, sin construcciones de nuevas unidades en muchos años, pérdidas continuas por escasez de material, con los arsenales en penuria absoluta y los caudales descendidos hasta niveles de sonrojo, veía multiplicado su trabajo. Al apoyo de las operaciones costeras de los ejércitos y movimientos de pertrechos de guerra, que se solicitaban con demasiada frecuencia para sus posibilidades, se sumaba ahora la necesidad de transportar tropas y armamento hacia nuestras posesiones en las Indias, que andaban en inoportuno y alocado trasiego revolucionario. Y el peligro de perder nuestras provincias americanas se plasmaba a la cara y sin tapujos, aunque algunas cabezas alocadas o escasamente patrióticas no lo quisieran ver con sus ojos.

Se trataba de movimientos independentistas iniciados por algunos grupos de los llamados como criollos o españoles americanos, aunque algún que otro hispano de pura cepa entrara en el saco con manifiesta traición a su patria. Esa peligrosa amalgama se veía apoyada por los nuevos Estados Unidos de América y, cómo no, por nuestros amigos británicos, aliados en Europa para luchar contra el enemigo común, pero beligerantes en las provincias americanas, de las que soñaba tomar su comercio e influencia política. Saben quiénes leyeran las aventuras corridas por mi persona en el Río de la Plata a bordo de esta misma fragata la opinión expuesta sobre ese pueblo que ni siquiera supo mostrar dignidad de fiel aliado en el momento debido. Porque nadie puede comprender que se mostraran en acuerdo de alianza por aguas europeas y dejaran las americanas en otro apartado, como si las coaliciones signadas entre soberanos se pudieran trocear al gusto de cada persona. Pero así éramos tratados por los amigos, con lo que poco podíamos esperar del futuro reparto que, sin duda, llevaría aparejada la derrota francesa, que ya se comenzaba a atisbar como posible.

En cuanto a mis andanzas personales, cuando en el mes de abril del año anterior había arribado a Cádiz, tras la comisión corrida por las aguas españolas del cono sur americano, pasé a disfrutar de esos momentos siempre añorados, cuando el reencuentro con las personas queridas abre surcos de dicha en la piel. Y si albergaba algunas dudas en la sesera, se cubrieron sin muescas de sangre con rapidez. Por una parte, mi hermana Rosalía acababa por comprender la ausencia de su marido, segundo comandante de la fragata *Proserpina* hasta el momento. Mi buen amigo y compañero Beto, todavía en el empleo de capitán de fragata, había quedado al mando del queche Hiena, apresado por nuestros hombres de forma heroica en el río Negro, bajo el mando del jefe del apostadero de Montevideo. Era norma habitual en nuestra carrera y así acabó por admitirlo mi hermana, aunque se tratara de una separación con fechas bien medidas en la incógnita. Y suavicé la mano sin explicar que su esposo se movía en un escenario de riesgo continuo y con posibles escaramuzas día a día contra las unidades rebeldes.

Gracias a los cielos, respecto a la segunda y más profunda preocupación para mi persona, también la suerte se mantuvo cuajada a favor. El hundimiento del paquebot contrabandista con armas para los sediciosos bonaerenses, con falso pabellón inglés izado a popa, y la presencia de la fragata británica *Defiance* en indecoroso apoyo parecían haber corrido sin protestas a la contra. Unas acciones diplomáticas británicas en reproche oficial podían haberme costado un consejo de guerra en averiguación de conductas, e incluso marcar el punto final de mi carrera en la Armada. El comandante general de la Escuadra, don Cayetano Valdés, personaje de extraordinarias condiciones personales y militares, cuyas instrucciones había seguido, me apoyó sin fisuras. Por fortuna, parecía que el comandante de la fragata britana no había elevado el parte exacto de los acontecimientos, posiblemente acuciado por un mínimo sentimiento de vergüenza. Porque las valerosas acciones de la fragata *Proserpina* habían evitado semanas antes la pérdida de la embarcación inglesa a manos de una pareja francesa, que ya lo envolvían en fuegos de muerte cuando aparecimos en su defensa. Como pueden comprobar, un aliado británico que desconocía por completo el significado de dicha palabra.

No obstante, me dejó un reguero de tristeza la primera conversación mantenida con quien mandaba sobre nuestras unidades de mar, al observar su estado de ánimo. Y no era el teniente general don Cayetano Valdés de los que empañaban el rostro a la baja por nimiedades. Una vez más, alabó mi comportamiento.

—Has obrado con tu valentía y rigor habituales, Leñanza. No me equivoqué al escogerte para esa misión. Te felicito como se merece. Y no me refiero solamente al apresamiento del queche Hiena y el combate en el Paraná, que ya son dignos de oficial asentamiento, sino a las acciones posteriores. En cuanto a tus decisiones con el paquebot contrabandista, las aplaudo con energía y puedes estar seguro de que las apoyaré con todas mis fuerzas hasta el final, si se produce alguna protesta británica. No has hecho más que cumplir mis instrucciones, y yo soy el responsable.

—Bueno, señor, debo exponer que, una vez en Montevideo, recibí órdenes directas del virrey, a través del jefe de escuadra Salazar, en el sentido de que no molestara bajo ningún concepto a unidades que navegaran bajo pabellón británico, aunque se mostrara a las claras su condición de buque contrabandista, como era el vergonzoso caso del paquebot Three Stars.

—Te repito que obraste en perfecto acuerdo con mis órdenes escritas, como era tu deber. Y debería ser obligación de todo comandante en la mar mantener dicha línea de conducta. ¡Qué cojones! ¡Ya es hora de que alguien se quite la careta de la vergüenza de una putañera vez!

Por primera vez comprobaba que el general Valdés perdía su compostura habitual, lo que me hizo mantener el más impenetrable silencio. Pero reaccionó con rapidez, esgrimiendo su habitual sonrisa.

—Perdona el tono de mis palabras, Leñanza. Por supuesto, no van dirigidas a ti. Pero este tema suele sacarme de mis casillas, acción poco sencilla. No podemos permitir que se nos humille de esa forma, si mostramos un mínimo de dignidad. Además, fue muy acertada tu maniobra de hundir el paquebot ante las narices de ese bellaco británico, regando de piratas contrabandistas aquellas aguas. Espero que si le resta una gota de vergüenza a ese capitán de navío inglés, que salvó su fragata gracias a tu valeroso apoyo, no eleve el parte a las malas. De todas formas, poco me importa —torció el gesto con claros signos de desesperanza—. He de tomar decisiones de mayor enjundia y no muy agradables por estos días.

Se hizo un silencio poco deseado por mi parte mientras el general dirigía su mirada a través de la balconada de su cámara a bordo del navío de dos puentes San Fulgencio, donde izaba su insignia. Estimé, con la necesaria prudencia, que más valía callar y ver las rasas llegar de lejos.

—Por cierto, que todavía no conseguí tu prometido ascenso a brigadier. Y corren los meses sin descanso. ¡Otro tema vergonzoso que sufro en mis carnes día a día! ¡Parece difícil de admitir! En la Secretaría no hacen caso a las propuestas del comandante general de la Escuadra, por difícil que sea de

creer. Ya merecías dos o tres ascensos por las acciones anteriores y ninguno se ha producido. Por todos los cristos crucificados, que así navegan los oficios en la Armada por estos días. Y bien sabe Dios que he lanzado sobre el mantel las cartas más duras. Es una gota más que rellena el cántaro a la mala y ya va repleto de líquido.

—Bueno, señor, no merece la pena...

—Sí que la merece. Pero te prometo que, antes de dimitir, conseguiré tus vueltas plateadas^[1], aunque deba recabar la atención personal de nuestro soberano en destierro. Soy capaz de elevar una representación directa ante Su Majestad. Te lo prometo.

—¿Ha dicho dimitir, señor? ¿Se refiere a resignar el mando de la Escuadra? —Mi asombro era auténtico—. No puede hacerlo. Necesitamos de su persona, y más todavía en estos penosos momentos que sufre nuestra Armada.

—Siempre encontrarán en la Secretaría algún teniente general de la Real Armada que acepte este estado de cosas, inadmisibles desde cualquier punto de vista si se ataca la vida con mediana nobleza. Ya he comunicado a algunos compañeros mis intenciones, que se harán realidad más pronto que tarde. Pero no te preocupes. Por ahora, disfruta de tu mando a bordo de esa preciosa fragata *Proserpina*, que son muchas las comisiones a cubrir, antes de que te alcance el ascenso y debas desembarcar. Por cierto, ¿quedó tu buque en buen estado tras el abordaje con el ballenero? ¿Necesitas llevar a cabo alguna reparación o alistamiento en el arsenal?

—La fragata *Proserpina* bajo mi mando, señor, se encuentra lista para desempeñar comisión. Las reparaciones que llevamos a cabo en el dique del apostadero de Montevideo se cubrieron a la perfección, gracias al auxilio de un ingeniero retirado y el magnífico personal del que dispongo a bordo. Es cierto que el dique del apostadero se encuentra en el límite de su utilización, pero, gracias al extraordinario empeño de aquellos hombres, se mantiene en uso, una pieza fundamental. En cuanto a las habituales necesidades, tan sólo he de rellenar la aguada y conseguir algunos víveres. Bueno, pocos porque tomamos todos los del paquebot apresado, muchos y de excelente calidad.

—Y un armamento norteamericano de relumbrón, especialmente la fusilería, que ya hemos pasado a las fuerzas que combaten en tierra —ofreció una sonrisa de complicidad antes de continuar—. Pero no muestres en el estado de fuerza^[2] la verdad de tus existencias a bordo y solicita víveres para tres meses.

—Ya lo había pensado, señor.

—En ese caso, descansa unos días, que necesitaremos los servicios de tu fragata para un buen número de comisiones.

—En pocas jornadas daré el «listo para salir a la mar», señor, acompañado del oportuno estado de fuerza.

—De acuerdo.

Aquella conversación mantenida con el general Valdés me dejó un regusto agri dulce en las tripas, aunque me tranquilizara la aclaración y mantenimiento de sus órdenes sobre el apresamiento de buques contrabandistas bajo cualquier pabellón, en contra de las órdenes recibidas del Gobierno, una conducta que se podía esperar sin dudarlo de su persona. Porque en mi modesta opinión, y con toda sinceridad, don Cayetano era por aquellos días uno de los mejores generales de mar, con una honradez intelectual y profesional digna del mayor elogio, y no se podía permitir la Armada perder hombres como él cuando cruzaba una estadía incierta y bajo mínimos. No comprendí entonces sus palabras y posicionamiento personal, aunque quedara abierto con claridad con el paso del tiempo.

Pero la vida continuaba, sin atisbar condiciones. Recién arribado a Cádiz desde el Río de la Plata, pude dedicar dos semanas al más placentero descanso y disfrutar a pulmón de la familia. El jovencito Pecas, cercano a cumplir los cinco años, se mantenía como un torbellino difícil de enjaretar por corto, mientras la pequeña María, fruto inocente del pecado guardado a puerta cerrada, crecía en salud y belleza, ambos amparados por mi mujer, Eugenia, a quien adoraba cada día más. Los hijos de mi hermana Rosalía también cruzaban los años sin males dignos de mención, con el pequeño Beto mostrando hechuras de Gigante, ese apodo familiar que se le endosaba sin dudas. Sentía cierta tristeza por haber perdido ese alias de mi persona, porque ahora era Santiago para todos. No obstante, cuando escuchaba esa palabra dirigida al sobrino, elevaba las cejas de forma automática y se marcaba en mi rostro un deje de orgullo.

Para rematar a luces el feliz cuadro familiar que se vivía en el palacio gaditano de la calle de la Amargura, con el único lunar de la ausencia de Beto, mi prima Cristina, única hija de nuestra madrastra María Antonia, y acoplo ese nombre por necesaria aclaración, porque la queríamos como verdadera madre de leche, se había comprometido oficialmente con mi buen amigo portugués, el capitán de infantería Pepe Lopes de Moura. Aunque habían decidido con cordura dejar el enlace para cuando se rematara la guerra contra el francés, en la que andaban empeñados los dos países hermanos, ya se movían las mujeres en posibilidades de ajuar y preparativos de cofias. Debo

aclarar que mucho me alegraba la situación. En primer lugar, porque todavía recordaba las locuras de la joven, que cerca estuvieron de costarme la vida en duelo contra un teniente francés. Pero también porque, de esa forma, la casa ducal de Montefrío mantendría la sangre en movimiento.

Eugenia, mi santa y querida mujer, comprendió la llegada de la criada Florinda y la aceptó con alegría a pesar de mis temores, uno más de sus muchos e inolvidables detalles. Llegó a la conclusión de que nadie mejor que ella para ocuparse de la pequeña María. Bien es cierto que todavía no se habían desatado los truenos del infierno, que cubrieron de negro el palacete familiar y toda una vida. Pero no debo adelantar acontecimientos en este rápido repaso de aquellos meses, antes de salir a la mar en esta alargada comisión por aguas tan alejadas de nuestras habituales derrotas.

También en aquellos días giré la obligada visita a la posada del teniente general don Antonio de Escaño, eminente personaje de la Armada a quien había unido mi carrera durante muchos años y a quien tanto debía. Como esperaba en mi interior, fue muy triste comprobar como su salud declinaba a ritmo firme y, más doloroso todavía, su situación personal. De forma inmerecida, se mantenía olvidado de todo y por todos el oficial más brillante de nuestra Institución en los últimos años del pasado siglo y primeros del actual, que había detentado los más relevantes puestos —ministro de Marina y miembro del primer Consejo Supremo de Regencia— en los momentos de mayor peligro para la independencia de España. Pero así se mueve la vida, por ambas bandas, cuando el egoísmo personal se abre camino por encima del bien general. Su buen amigo, el doctor Aréjuela, me ratificó su preocupante estado, sin poder vaticinar un futuro concreto a su enfermedad. Al menos, le concedí unos minutos de interés al narrarle mis aventuras por aguas americanas, que mucho lo alegraron, así como la promesa de regresar más adelante. Como en las ocasiones anteriores, me preocupé de que recibiera ayuda de forma reservada, gracias a la colaboración de su criado Bernardino con quien me unía mucha confianza.

Por fin, dos semanas después de nuestro arribo a la bahía gaditana y una vez transmitido a la Mayoría General de la Escuadra el listos para desempeñar comisión de la fragata *Proserpina*, comenzamos a salir a la mar en misiones de corta duración, normalmente en transporte de tropas que se formaban en la ciudad de Cádiz y, desde allí, se movían hacia diversas ciudades del levante español, zona en ebullición guerrera por aquellos días. No obstante, las cumplimos sin ningún factor a la contra. La fragata continuaba navegando como los ángeles, y la dotación, aunque rebajada en un treinta por ciento de la

ordenada por reglamento, permanecía hecha al barco y sin problemas a la vista. Por fortuna, en el cupo de los oficiales de guerra, mayores y de mar, tan sólo desembarcaron al capellán por petición del mismo. Poco o nada lo sentí porque no habían sido buenas nuestras relaciones. Su ausencia de las tablas a bordo suponía un verdadero alivio para el buque y la salud de mi alma. No fue relevado porque sólo se cubrían plazas de cirujano y capellán en comisiones a Indias, aunque el galeno permaneciera a bordo sin elevar preguntas y en cita callada.

Viví un momento muy especial cuando, entrados en el caluroso verano de 1812, debí llevar a cabo un transporte de tropas a la ciudad de Santander, ya en poder de las fuerzas españolas. A la cabeza me llegaron mil recuerdos de aquella inolvidable Expedición Cántabra y las consiguientes singladuras a bordo del cañonero Estrago, que rematamos con el tornaviaje terrestre desde el puerto vizcaíno de Elanchove hasta Ferrol y la pérdida de mi ojo en una última escaramuza con los franceses. Sin embargo, a pesar del parche que mostraba en mi rostro, eran recuerdos agradables porque en esta vida lo malo se evapora en nubes.

Una vez en navegación por las aguas cántabras, sufrí al comprobar que la plaza fuerte de Santoña se mantenía en manos francesas, aunque bloqueada a muerte y tomado el fuerte del Puntal por nuestras tropas. Era consciente de que se trataba de plaza inaccesible. Por tal razón, temía que se pudiera convertir en un Gibraltar francés con el paso del tiempo y el resultado de las negociaciones de paz, que llegarían tarde o temprano. Porque, si algo se abría de forma recurrente en nuestra historia del último siglo, era que en cada acuerdo de paz unos y otros mordieran un trozo de terreno a la sufrida España, allá donde le cuadrara al poder extranjero.

Una vez desembarcadas las tropas españolas y portuguesas, cooperamos a la defensa de Castro Urdiales, atacada con inesperado ardor por los franceses y defendida heroicamente por los soldados del Ejército. Una fragata británica y la *Proserpina* auxiliaron con sus fuegos a la defensa, que adquirió momentos difíciles con sangre corrida a torrenteras. Bombardeamos las columnas gabachas sin misericordia durante tres jornadas completas, hasta rematar los cargos de munición, aunque, es de reconocer, con más efecto moral que material, dada la excesiva distancia de los buques a las tropas en movimiento. Se consiguió repeler los ataques, duros y tenaces. No obstante, y por desgracia, los gabachos consiguieran introducir socorros de boca y armamento en la plaza de Santoña, el problema habitual sufrido en Gibraltar durante todo un siglo.

Fue al regreso de esa alargada comisión a las aguas cántabras, entrados en un mes de noviembre ventoso y frío, cuando se descalabraron los pasamanos del corazón y mi vida pareció entrar en convulsión definitiva.

Volví a sentir un escalofrío que me hizo acolchar el casacón todavía más contra mi cuerpo, al tiempo que una ola generosa elevaba la popa de la fragata por alto, obligándome a tomar la regala para no rodar por la cubierta de la toldilla. Bien es cierto que se trataba de un escalofrío mental. En aquella rápida remembranza de los meses atravesados desde mi arribo a Cádiz procedente de las Indias, alcanzaba el momento más duro y tenebroso, difícil de creer como cierto. Con inesperada suerte me llegó el alivio momentáneo. Porque, como maroma de fortuna largada en el preciso momento, escuché a mi lado la inconfundible voz de Okumé.

—Debe cambiar el casacón, señor. El que lleva se encuentra chorreando y tomará frío en el pecho.

Me alegró observar a mi lado la cara de quien era llamado por los miembros de la dotación de la *Proserpina* como la sombra del comandante. Y con gusto recibía tal acepción, que tanto se ajustaba a la realidad, la persona más fiel que se puede encontrar. Ese buen africano de piel negra como brea de calafate, cuya manumisión consiguiera mi padre a temprana edad, había sido compañero de juegos y diabluras en los primeros momentos, hasta convertirse con el paso del tiempo en persona inseparable y de absoluta confianza, como un miembro más de la familia Leñanza. Siempre pegado a mi casaca debía actuar como secretario, consejero o incluso cual simple criado particular, llegado el caso de necesidad para ocupar plaza en los buques de la Armada. La verdad es que a bordo rendía servicio como criado, secretario, galeno, cocinero, patrón de lancha y cualquier menester que correspondiera a mi persona. Y ya era mucho lo que le debía, que el africano recio y fortachón había salvado mi vida al rescatarme de las aguas tras la terrible explosión sufrida a bordo del navío Real Carlos, así como algún tiempo después a bordo del bergantín Penélope, evitando mi inminente caída al mar cuando el inesperado huracán antillano nos desplumara a muerte.

—Gracias, Okumé, pero no hace frío y ya no necesito este sobretodo que, en verdad, se encuentra empapado.

Me desembaracé del casacón con esfuerzo, comprobando que rezumaba agua por los cuatro costados. Y así debía andar el resto del cuerpo. Metido en recuerdos, había perdido el sentido de la realidad.

—Debe secarse todo el cuerpo en su cámara, señor, y tomar unos huevos, que todavía quedan, envueltos en tajadas de tocino a la brasa. Mucho le

gustan, y esos alimentos escasearán en pocos días o adquirirán malos olores. Un tazón de café bien caliente rematará la faena. Apenas ha probado bocado esta mañana y ya son demasiados días comiendo como un pajarito. Su corpachón necesita más carnes. El hecho de que haya perdido en la familia el apodo de Gigante, no quiere decir que deba enmagrecer día a día.

Me hizo gracia la salida de Okumé, siempre atento a mi persona y salud. Golpeé su hombro con el sincero afecto que le rendía. Porque en los momentos tristes, toda ayuda para el alma es poca.

—Ya sabes que mucho me cuesta comer en estos días negros, viejo amigo, y las razones que certifican tal estado. He perdido el apetito por completo, como cuando me atacó aquel tabardillo de pintas coloradas^[3] en el hospital ferrolano.

—No miente la bicha, señor. Recuerdo aquellos días como los más tristes de mi existencia, cuando andaba muy cerca del camposanto.

—Aunque te parezca difícil de creer, la situación es parecida. El mundo se ha abierto bajo mis pies y no es posible regresar a...

—No sólo es posible sino que ha de retornar a la normalidad, señor — Okumé elevaba la voz por primera vez—. No olvide que tiene a los pequeños Pecas y María por detrás, sin olvidar la responsabilidad de la casa. Su señora madre, doña María Antonia, es capaz de aguantar un aparejo sobre sus hombros, que bien lo ha demostrado, pero ya los años la van rindiendo. Doña RosaKa enmudece de tristeza cuando se encuentra a solas por la ausencia de don Beto y sois vos quien ha de sacar este barco familiar avante, aunque haya sufrido mucho.

—Eso es fácil decirlo, pero no me veo con fuerzas para atacar tal empresa, he de reconocerlo. No sabes cómo y cuánto se puede llegar a sufrir por dentro, como si te dispararan una carroñada por las venas. Te juro por todos los dioses de la mar que preferiría perder otro ojo y necesitar un nuevo cosido de párpados a padecer esta congoja que me come las tripas.

—Si me permite entrar por sinceros, señor, eso son cantos de niño desvalido o, como aseguraría don Beto, pijadas de monja beata. Pero no los pensamientos que ha de trasegar por alto un brigadier de la Real Armada. Su señor padre también perdió a su mujer muy joven, con tres niños a la espalda, y consiguió salir avante. Y acabó por ser muy feliz al matrimoniar con su cuñada viuda, doña María Antonia. El apodo de Gigante no se refería solamente a las hechuras y recia musculatura que ostentaban los de su familia, sino también al valor personal que se lleva prendido muy dentro. Y en estos momentos es cuando debe aparecer el coraje de verdad.

—No es comparable la situación, Okumé, y lo sabes bien. Mi pobre madre murió muy joven, es cierto, pero de muerte natural. Por el contrario..., por el contrario yo..., yo he matado a Eugenia, a la mujer que más he querido en mi vida, aunque esto lo vea ahora con claridad, cuando ya no tiene remedio. Y posiblemente llegó a morir sin saber mis verdaderos sentimientos. Debía haberle dicho una y mil veces que era mi gran amor, que sólo a ella había amado aunque apareciera aquella otra mujer. Pero la he matado yo, Okumé, ¿no lo comprendes?

—Mire, señor, parece haber entrado en profunda demencia. Doña Eugenia, además de bellísima mujer, era una persona muy inteligente, mucho más que vos, si me permitís que continúe con absoluta sinceridad. Lo descubrí bien pronto, cuando la conocimos a bordo de la fragata Fama, en aquella maldita navegación desde el Plata que rematamos con el inesperado combate frente al cabo Santa María. Ella sabía muy bien cuáles eran sus verdaderos sentimientos y por tal razón desplegó esa fabulosa generosidad. No ha de torturarse por ello.

—Maté a mi gran amor, una pobre y maravillosa mujer que no lo merecía, Okumé, y jamás podré olvidarlo. —Poco a poco me derrumbaba por dentro una vez más, situación repetida mil veces en las últimas semanas—. Estoy marcado a fuego, una cicatriz que no es posible borrar. Pero vayamos a mi cámara. Tienes razón y he de secarme o acabaré con mal del pecho.

Evitaba de nuevo un mínimo análisis, centrado como siempre en el propio círculo de arrepentimiento. No quería hablar o pensar siquiera, aunque la habitual táctica de dejar la mente en blanco fuera misión imposible en la ocasión. Y en estos días, tantos años después, cuando con mano temblorosa paso a los pliegos lo que fue mi vida, para que las futuras generaciones conozcan la labor callada y desconocida de los hombres de la Armada a través de los años, comprendo lo que debí sufrir por aquellas semanas. Pero he de pasarlo por escrito a los cuadernillos de los Leñanza, aunque mucho duela. He de proseguir la labor impuesta por mi abuelo y seguida por mi padre, aunque deba atacar terrenos que no desearía recordar. Y es necesario entrar en detalles negros, para comprender mis acciones posteriores.

2. Crespones de duelo

Una vez finalizada la cooperación de la fragata *Proserpina* en las operaciones de apoyo al Ejército por aguas cántabras, más alargada de lo previsto en un principio por las acciones llevadas a cabo en defensa de Castro Urdiales, regresamos a la bahía gaditana en los primeros días del mes de noviembre. Tras quedar fondeados al abrigo junto al arsenal de La Carraca y ofrecer la correspondiente novedad al mayor general de la Escuadra, por ausencia del general Valdés, me dirigí como tantas otras veces hacia el palacio de la calle de la Amargura. Se trataba del retorno a casa con los seres queridos, una agradable sensación experimentada de forma repetida a lo largo de mis muchos años de servicio en los buques de la Real Armada, plagados de esos dos momentos tan distintos: tristes despedidas y gozosos regresos.

Hay quien cree firmemente en señales o premoniciones que avanzan en el tiempo situaciones extraordinarias por sufrir a lo largo de nuestra vida de uno u otro signo, incluso especiales sensaciones internas que alertan con claridad en tal sentido. Nunca fui de los que aceptaban tales condiciones como ciertas o realmente posibles, catalogadas por mi racional cerebro como simples supersticiones o casualidades. No obstante, cuando aquella tarde atravesaba en el carruaje las Puertas de Tierra de la bella ciudad gaditana, sentí un fuerte y repentino deseo de estrechar entre los brazos a mi mujer, Eugenia, besarla y explicarle el verdadero y profundo amor que sentía por ella, una inesperada y profunda apetencia que entró en mi pecho como vuelo de cormorán. Incluso creí observar su rostro entre nubes, que me sonreía con ese gesto de cariño cohibido tan habitual en ella. No era más que un pensamiento ligero que me hizo sonreír de felicidad, al comprobar que tal pretensión se haría realidad en pocos minutos.

Recorrimos la muralla a galope de fuerza, condición habitual porque siempre se exige fuerte a las bestias en el retorno. Pero todo rodó como castillo de naipes y explosión acoderada en escasos segundos. La alarma saltó

a batientes cuando, entrados en la calle de la Amargura, Okumé, sentado en el pescante como era su impenitente costumbre, exclamaba con voz de espanto.

—¡Luto al viento, señor! ¡Alguna desgracia ha sucedido en la familia!

Saqué la cabeza por la ventanilla con rapidez y alarma, cuando el carruaje comenzaba a chascar los frenos a pocas varas del palacete familiar. Y en efecto, crespones negros colgaban de los balcones del piso superior en indudable indicación de duelo familiar. Nada más comprobar las maléficas señales, y consciente de su significado, pensé de forma automática en nuestra madre María Antonia, recién entrada en la cincuentena y con achaques de tercianas en las semanas anteriores a mi partida, que la dejaron postrada con dolores en la cama. Pero, al mismo tiempo, se aparecía el rostro del pequeño *Pecas*, estragado por los efectos de una malsana enfermedad. De esta forma, me lancé fuera del carruaje para atacar el portón de hojas cuarteadas a la carrera, como si se tratara de corneta en llamada a zafarrancho.

Antes de entrar en detalle de lo que sucedió aquel negro día, de esos que son capaces de cambiar a malas el pasado y el futuro de toda una familia, debo explicar en resumen ciertos condicionantes de mi vida amorosa durante los dos últimos años, necesarios para comprender situaciones y sentimientos.

Había conocido a Eugenia ocho años atrás a bordo de la fragata *Fama*, en la que me encontraba destinado en el empleo de teniente de fragata, cuando rendíamos tornaviaje desde el Río de la Plata hacia la Península. Aunque rematara aquella desgraciada navegación apresado por los ingleses y trasladado a la ciudad británica de Gosport, no olvidé a la joven que cerraba en círculo mis pensamientos. La casualidad o la suerte hizo que la encontrara poco tiempo después en Cádiz, donde atravesaba una situación familiar triste y agobiada. Pero todo se solucionó al deseo, contrayendo matrimonio con ella en pocos meses, tras arribar en el bergantín *Penélope* de peligrosa comisión a Tierra Firme^[4], el mismo día que mi hermana lo hacía con el buen amigo y compañero Beto. Y así comenzó a navegar nuestra vida, engalanada de momentos dichosos que se remataron en gloria con el nacimiento de nuestro hijo Francisco, a quien todos apodaban *Pecas* en honor del tío Santiago, dado su innegable parecido.

Cuando, al mando de la corbeta *Mosca*, rematé la azarosa aventura corrida por las islas Azores en ventura, comenzó un periodo extraño y difícil de explicar en mi vida. El matrimonio o, con mayor posibilidad, mis propios sentimientos sufrieron lo que bien podría denominar como un periodo claramente desapasionado, que me alejaba de mi mujer. Sin saber la razón que me movía a ello, mantenía el cariño por Eugenia, desde luego, pero sin el

ardor pasional de meses anteriores, como pareja acomodada en noble mansión sin mayor fuste. Es posible que influyera en aquella situación su desarreglo en el aparato reproductor, que la imposibilitaba de procrear más hijos, aunque estimo que a esa razón me aferré para encontrar una solución a las preguntas que quedaban sin respuesta.

Fue en aquel desconcertante y difícil periodo de mi vida cuando, en el puerto de Mahón, conocí a una joven de extrema y arrebatadora belleza, Audrey Wordsworth-Lockhart, hija de un oficial escocés y de dama perteneciente a una antigua y noble familia gallega. Por haber quedado huérfana a temprana edad, vivía con su tía, Felicia de Alvarfaz, en la ciudad menorquina, una más de las familias que se mantenían en huida de las tropas francesas. Aunque se trata de secreto familiar a mantener en lacre cerrado de por vida, debo declarar que perdí la cabeza por aquella mujer hasta el Límite más extraordinario que se pueda imaginar. A bordo de mi cámara en la corbeta, la hice mía durante dos noches de pasión desenfrenada, adulterio sin límites con una moza recién entrada de mi mano en mujer. Pero no contento con esta hazaña, estaba dispuesto a unirme con ella, aunque fuera a costa de los dones más preciados de todo caballero: la carrera de las armas y la familia.

Cuando cubrí mi alargado paso por la expedición cántabra a bordo del cañonero Estrago, con pérdida del ojo izquierdo y grave enfermedad añadida, giré visita a la ciudad de Mondoñedo para encarar a Audrey y decidir si mantenía aquella planeada locura. Por fortuna, que así lo pienso en estos días, la tía Felicia, que me odiaba como al mismo demonio, me explicó, con indudable desprecio, que Audrey había quedado embarazada tras su nefanda relación con mi persona y muerto al parir a una niña de mi sangre. Pero, dispuesta a borrar lo que estimaba como un estigma inaceptable en su familia, había depositado en absoluto secreto a la pequeña María en brazos de mi mujer. Y como hija de mi matrimonio con Eugenia había sido cristianada e inscrita legalmente. De esta forma, regresé a Cádiz con el temor encastrado en los talones, ante la obligación de encarar mis pecaminosos actos que, para colmo, presentaban un inesperado fruto.

Por fortuna, que siempre los cielos me ampararon en ventura aunque no lo mereciera, Eugenia perdonó mis extravíos con esa generosidad suya rayana en pura santidad, no exenta de verdadero amor, y aceptó la niña como esa hija que ya no esperaba parir. Nuestro emotivo encuentro fue el detonante del retorno a la situación más deseada, regresados a mi pecho los sentimientos de amor verdadero por aquella inolvidable mujer y pasando a vivir la que puedo considerar como mejor y más agradable etapa de mi vida, que todavía añoro

tantos años después. Y debo recalcar que Eugenia quiso a la pequeña María como si se tratara de su sangre y hubiese sido amamantada con su propia leche.

Para colmar el vaso de las desgracias, no se cerraba así la historia, ni mucho menos. Meses después y al mando de la fragata *Proserpina*, entraba en el apostadero de Montevideo en misión de transporte de tropas y pertrechos. Allí tuve casual conocimiento de la monstruosa mentira urdida por Felicia de Alvarfaz poco antes de navegar hacia la tumba. Porque Audrey no solamente vivía, sino que se encontraba casada con un rico hacendado criollo, creyendo que yo había muerto a bordo de la corbeta Mosca y sin tener conocimiento de que su hija vivía.

Para bien o para mal, posiblemente el primero de los casos, Audrey se encontraba a las puertas de la muerte por sufrir unas hemorragias que los mejores galenos no podían atajar, al tiempo que su marido, coronel de infantería regresado por necesidad al servicio activo, caía en combate contra los insurgentes. Asistí a la hermosa mujer que me llevara a la locura en el lecho de su muerte, unos momentos de dolor y turbación extremos. Pero una vez enterrada, la doncella que la había criado desde niña con extrema pasión maternal y actuaba como dueña en su mansión, Florinda, me entregó una carta de su señora en la que se me solicitaba transportar a la mujer de su máxima confianza hasta Cádiz. Y como petición especial, podía, si lo consideraba conveniente, nombrarla aya de la pequeña María. Cedí ante tal solicitud póstuma, y Florinda fue recibida en la familia con los brazos abiertos, que así de dadivosa era la pobre Eugenia.

Florinda se hizo cargo de la pequeña María, a la que adoraba con locura y sin límite, condición fácil de deducir al conocer el cariño profesado hacia su madre. También colmaba de atenciones a Eugenia, como si se tratara de la señora más querida. Y así se movía mi vida entre vuelos blancos y placidez familiar, cuando la fragata bajo mi mando fue destacada al cantábrico. No podía sospechar siquiera que la nube más terrible podía caer de tal forma sobre nuestras vidas.

Cuando atravesé el portón enlutado con rosetones negros, mi hermana Rosalía esperaba en recibo, apoyada en el brocal del aljibe del patio. Vestía de negro absoluto y se apreciaban lágrimas en caída generalizada por sus mejillas. Y, como segundos después era María Antonia la que aparecía también embutida en colores fúnebres, no me cupo duda de lo que había sucedido o, al menos, el resultado trágico y final. Tan sólo fui capaz de pronunciar una sola palabra.

—Eugenia...

Al escuchar el nombre, Rosalía cerró la distancia conmigo, hasta acabar embutida entre mis brazos. Siguiendo sus pasos, María Antonia, mujer unida al negro durante media vida tras haber perdido dos maridos, un hijo y un sobrino, nos rodeaba con cariño, también con lágrimas entradas en libertad. Por mi parte, temía elevar una mínima pregunta, como si con ella pudiera desencadenar la peor de las tormentas sobre mi vida. Pero necesitaba saber, aunque de esa forma me concedieran la tortura más espantosa con sus respuestas.

—¿Qué ha sucedido? —Musitaba en voz queda—. ¿Ha sufrido Eugenia alguna...?

Rosalía separó su cara unas pulgadas, para volverse a fundir contra mí.

—La pobre Eugenia ha muerto, Santiago. —Mi hermana hablaba entre profundos gemidos, sorbiendo de sus propias lágrimas mientras nuestra madre se limitaba a acariciar mi cabeza. Rosalía continuó con un notable esfuerzo—. Fue hace dos semanas. No sabemos todavía lo que pudo suceder. Comenzó a quejarse de fuertes dolores en el vientre, para vomitar a continuación como purgada por el Maligno. Y, pocos minutos después, adquiría una extraña rigidez de cuerpo, con graves problemas para respirar. En un par de horas solamente cruzaba la raya hacia el reino de los cielos. Una desgracia horrorosa e inesperada. La pobre no merecía morir tan joven. No sabemos qué pudo ocurrirle. Temimos que se tratara de alguna epidemia generalizada, por haber tenido contacto con algún enfermo, pero gracias a los cielos nadie más en la familia ha sufrido de tales síntomas.

Los pensamientos cruzaban por mi cerebro a tirón de espuelas. Sencillamente, no podía creer como ciertas las palabras de Rosalía. Me rebelaba ante la situación impuesta, como si por medio de acciones desesperadas o requerimientos al alza pudiera cambiar el curso de los acontecimientos pasados. Pero, por encima de cualquier otra consideración, intentaba evitar las peores palabras, aquellas que anunciaban la muerte de mi mujer dos semanas atrás.

—¿No acudió a tiempo el cirujano? Por Dios, ¿nadie pudo curarla? —Más que preguntas, se trataba de intentos para evadir la realidad.

—Por favor, Santiago, no te martirices con preguntas sin respuesta, que solamente aumentarán el dolor. La única verdad queda en las manos de Dios nuestro Señor. Llegó a la carrera un médico que vive en esta misma calle, el doctor Eugenio Méndez, mientras se daba aviso urgente a don Fermín Nadal.

—¿Llegó a reconocerla don Fermín? —El renombrado director del Real Colegio de Medicina y Cirugía de la Armada, así como de su Hospital, en cuyas manos entregara su vida mi padre tras el combate de Trafalgar y quien cuidara día a día de don Federico Gravina hasta su muerte, era una garantía absoluta para mí—. ¿Qué dijo? ¿Nada pudo hacer?

—Cuando llegó don Fermín ya estaba muerta la pobre, según palabras de don Eugenio Méndez. Y así lo rubricó sin dudarlo el cirujano mayor.

—¿Cuál fue el mal? ¿Quizás ingirió alimentos en mal estado?

—Ya te digo que no lo sabemos. Don Fermín preguntó sobre la existencia de venenos contra roedores y bichos, que tanto se usan en algunas mansiones. Pero le explicamos que no era el caso. Ya sabes que nuestra madre los tiene prohibidos por seguridad de los niños. En fin, que sólo Dios lo sabe, y ya se encuentra en sus brazos.

Vuelta y revuelta a las más dispares ideas. Y por encima de todo, el negativo sentimiento de creer que mi presencia pudiera haber evitado la tragedia. Pero, de pronto, se me apareció el rostro de Eugenia, amortajada en el féretro, una visión capaz de clavar mil picas de dolor en el pecho.

—¿Y su...? Quiero decir que si su cuerpo se encuentra...

—Por Dios, Santiago —era María Antonia quien entraba con rostro serio y su habitual sensatez—. Debes tener en cuenta que murió hace dos semanas. Preguntamos con urgencia a don Cayetano Valdés por tu paradero y posible fecha de regreso. No pudo adelantarnos ningún dato por desconocimiento. Según sus propias palabras, podías arribar a la bahía con tu fragata en cualquier momento, pero también retrasar la entrada en meses. La vida en esa mar que escogisteis debe ser así, bien lo sabemos.

—Ahora comprendo las caras tristes con las que fui recibido en la Mayoría General. Creí entender que no marchaban bien los asuntos de la Escuadra. Bueno, me recalcaron que debía tomarme algunos días de descanso con la familia, pero no entendí que sucediera nada anormal.

—Parece que no quisieron adelantarte las malas nuevas, un plato del que nadie gusta. Como te decía, ante la ignorancia sobre el regreso de la *Proserpina*, decidí que debíamos ofrecerle a la pobre Eugenia cristiana sepultura, aunque fuera provisional.

—¿Provisional? No le comprendo, madre.

—Eugenia deberá descansar para siempre en la ermita de la hacienda de Santa Rosalía, como el resto de la familia. Pero no estimé conveniente abordar un traslado fúnebre hacia el reino de Murcia en estos días, cuando parece que los combates contra los franceses se generalizan, especialmente

por las tierras del levante. De momento y con permiso de la autoridad eclesiástica, ha sido inhumada en la iglesia del Carmen. Una ceremonia sencilla y restringida a la familia.

—¿En la del Carmen? —preguntaba sin interés directo, como obligado a mantener una conversación de la que deseaba huir en estrepada de muerte.

—Nos autorizaron a hacerlo en la capilla baja del panteón, que allí llaman del Carmelo. Pero con certificado de eventualidad. Bueno, no sé cuando será posible llevar a cabo el definitivo traslado, si es que algún día damos carpetazo a esta interminable guerra. Pero puedes ordenar a la contra lo que estimes pertinente, querido Santiago. Tomé la decisión en tu ausencia como...

—Hizo bien, madre, como siempre, y mucho se lo agradezco. Nada he de cambiar.

—Pobre hijo mío —volvió a acariciar mis mejillas—. Sé muy bien cómo se abre tu sufrimiento en el alma, una espantosa circunstancia que he atravesado dos veces, con el tío Santiago y con tu padre.

Deseaba encerrarme en soledad con mis tristes pensamientos, encajar la razón en la ignorancia. No obstante, acudí a abrazar al pequeño *Pecas*, que se mantenía en bullicio permanente, sin comprender todavía que había perdido a su madre para siempre. Se repetía la triste historia familiar, porque también yo la había perdido a una edad similar. Después besé a María con un sentimiento de infinita tristeza, pensando que la suerte con la que esa niña había sido dispensada, una madre amorosa y de incomparable bondad, se evaporaba. También el aya Florinda, enlutada en duelo hasta los ojos, besó mi mano entre profundos sollozos. Llantos y desgracias, dolores y quebrantos, la desesperanza más grande había caído en telón pesado sobre mi vida, considerándome entonces incapaz de elevar un mínimo vuelo.

Fueron días de verdadero espanto, perdido el apetito, el sueño y las ganas de vivir. Rememoraba la imagen de Eugenia minuto a minuto, siendo capaz de ver su cara con extraordinaria nitidez. Pero, de forma particular, penaba en terrible desazón por no haberle repetido una y mil veces el verdadero amor que sentía por ella y que ahora parecía multiplicarse en el pecho hasta el infinito. La había hecho sufrir en su momento, aunque mi arrepentimiento era auténtico. No obstante, debía habérselo repelido día a día, mientras amaba su cuerpo. Todo lo que quedara embarcado en mi propia saca, sentimientos amorosos que debía haber escuchado quien tanto lo merecía. Y, aunque me creía llegado al límite más tenebroso, todavía restaba por embocar la manguera más estrecha. Y bien sabe Dios que fue por pura casualidad.

Una semana después de mi arribo al palacete enlutado y una vez oficiadas varias misas por el eterno descanso del alma de Eugenia, así como asistencia diaria a su tumba, donde depositaba ramos de flores engarzados con el más profundo dolor, me sentí obligado a presentar los necesarios agradecimientos a don Fermín Nadal, figura clínica primera entre los cirujanos de la Armada por aquellos días. Lo había tratado con asiduidad años atrás, especialmente durante la enfermedad del general Gravina, semanas en las que debió trasegar gotas de sudor rojo cuando intentaba cortar sus periódicas hemorragias. Además, me dispensaba especial favor desde que muriera mi padre en sus brazos. Lo encontré en su despacho de trabajo en el Real Hospital, afanado como siempre en informes y documentos. Vino hacia mí al comprobar el rostro marcado por la tristeza.

—Querido Leñanza. Parece que únicamente a través de profundas desgracias se cruzan nuestras vidas. Siento haber asistido sin posibilidad de cura a un pariente tan cercano y querido.

—Por esa razón llegaba ante vos, señor. Deseo agradecerle las atenciones otorgadas a mi familia y, de forma especial, con mi mujer.

—Nada ha de agradecerme, por desgracia. También su padre murió bajo mis manos, sin posible cura. En este doloroso caso que nos ocupa, cuando Llegué al palacete de Villavelviestre, su pobre esposa había fallecido minutos antes. La había asistido en sus últimos momentos mi buen amigo y compañero Eugenio Méndez, un profesional de toda confianza. Nada había sido posible hacer, dada la rápida sucesión de los acontecimientos.

—Creo que sufrió vómitos muy violentos, para rematar con imposibilidad de moverse y casi sin respiración.

—Acabó por verse afectado el sistema muscular. Por esa razón no podía respirar. Aunque clave espadas en herida abierta, debo indicarle que en esos casos se trata de una muerte muy dolorosa. Así falleció la pobre.

—Dios mío, pobre Eugenia. ¿Qué pudo haber tomado para producir un efecto tan poderoso y fulminante? Por fortuna, nadie más cayó enfermo con los mismos síntomas.

Don Fermín no respondió con rapidez. Se movió por el despacho en círculo, mientras parecía pensar con detenimiento sus palabras antes de lanzarlas.

—Verá, amigo Leñanza —nueva parada y visibles dudas, mientras masajeaba sus manos con cierto nerviosismo—, si no hubiera sido su esposa la fallecida y, por lo tanto, miembro de una casa tan importante, es posible que hubiera investigado las causas de su fallecimiento.

—¿Investigado? No le comprendo, señor.

—Los síntomas que produjeron su muerte son los habituales en el envenenamiento por arsénico. Hay productos utilizados en las casas que incorporan ese secular veneno, aunque parece que su madre no los autorizaba por acertada precaución. Pero puede haber aparecido en cualquier otro lugar y afectarle a ella. Es un tema que me interesa mucho profesionalmente y al que he dedicado algunos estudios concretos, un intento de que la Medicina pueda calibrar legalmente tras la muerte las causas que la propiciaron, por medio de autopsias clínicas en nuestro anfiteatro de Anatomía. Para ello he llevado a cabo exámenes de vísceras y otros elementos, en casos reconocidos de envenenamiento, bien de forma accidental o forzado por mano asesina. Incluso tengo catalogados diversos suicidios con productos basados en el arsénico.

—Arsénico —repetí la palabra, sin comprender a fondo la teoría expuesta.

—Se trata del veneno más clásico que aparece en la historia del mundo. Era famoso en la época de los Borgia el acqua Tofana, también llamada acquetta, un producto basado en disolución arsenical. Y como le decía, no produce una muerte fulminante como el cianuro, sino lenta y agónica. Pero no deseo aburrirle con mis estudios porque no es el caso que nos ocupa —esbozó una paternal sonrisa—. No creo que nadie quisiera envenenar a su esposa.

—Por supuesto que no, señor. Todos en el palacio son de confianza y mi mujer la más querida de los miembros de la familia.

—Ya lo suponía. En fin, algo debió tomar la pobre que desencadenó su fulminante muerte. Nunca lo sabremos con seguridad, por triste que sea. Una más de las desgracias con que nos sorprende esta perra vida cada día. Aprovecho la ocasión para mostrarle mi más sentido pésame por tan irreparable pérdida, y sabe que lo digo de corazón. Pero sois un joven capitán de navío y la vida continúa, Leñanza. Por fortuna, son dos los hijos que merecen de vuestra atención. Ya sé que escucharé esta frase de forma repetida, pero es cierta como la existencia de Dios. Además, necesitamos de todas las manos para expulsar a los franceses de nuestra tierra.

—Así es, señor, aunque no sea tarea sencilla, y ahora me refiero a lo de continuar con mi vida avante. La verdad es que no me creo capaz de levantar cabeza. Desde que regresé a Cádiz y padecí los inesperados acontecimientos, soy incapaz de conciliar el sueño, lo que me produce una enorme y permanente sensación de cansancio. En cuanto cierro los ojos e intento dormir, solamente aparece entre nubes el rostro de mi pobre mujer.

—Es del todo comprensible. Si fuera un general entrado en edad, le recomendaría un poco de láudano diluido en vino de Jerez, para forzar el necesario descanso nocturno. Es imprescindible dormir un número mínimo de horas cada día, si se quiere mantener el cuerpo en salud. Pero en su caso no creo que sea necesario llegar a tales extremos. Quizás el aguardiente pueda acudir en su auxilio, siempre que no se exceda en su periodicidad y cantidad —mostró una desmayada sonrisa—. Puede estar seguro de que todo regresará a la normalidad en pocas semanas. Aunque se trate de otra frase más que trillada, el tiempo es capaz de curarlo todo, más que la mayor parte de los ungüentos que administramos en este hospital.

—Es posible que tengáis razón, señor, aunque en estos momentos mucho cueste creerlo.

Me despedí de don Fermín con el debido agradecimiento, una figura que ya se amadrinada a momentos de profunda tristeza en la familia Leñanza durante demasiado tiempo. A partir de entonces, pasaron los días con exasperante lentitud. Me molestaba escuchar de familiares y amigos esa manida frase, recalcada por don Fermín, acerca de que el paso del tiempo conformaba el elixir perfecto para mi mal y expresiones similares. Porque quien sufre una dolorosa e irreparable pérdida como la mía, no es capaz de comprender tales disquisiciones. Y, si la situación se mantenía cerrada en el cerebro, todavía quedaba por afrontar un paso aún más amargo, que dejó mi atribulada alma a los pies de los caballos.

Creo que fue tres o cuatro días después de la visita girada al Real Hospital, cuando acudí al dormitorio de la pequeña María. Como *Pecas* se mantenía en jaque permanente, preguntando por su madre una y otra vez, sin aceptar respuestas evasivas, solía refugiarme en la preciosa niña que Eugenia tanto había querido. Cuando llegué a la alcoba, la niña se encontraba en brazos de Florinda, que jugaba con ella entre risas. No sé si fue una revelación celestial, o los gestos felices que exhibía la nodriza sin atisbar mi presencia, lo que me hizo recordar las frases expuestas por don Fermín Nadal. Y puedo jurar que una luz se abrió en el cerebro al golpe, como si de repente se me hubiera concedido comprender la terrible verdad. Intenté preguntarle con tono natural, aunque nunca fui capaz de enmascarar los verdaderos sentimientos.

—Florinda, creo que era usted la encargada de ofrecer a la difunta señora un vaso de leche todas las noches, antes de dormir.

—Así es, señor. Un vaso de leche tibia que le dejaba en la mesilla de noche. Creo que se lo habían recomendado desde que sufrió ciertos

desarreglos.

Si todavía albergaba alguna duda, el movimiento nervioso que observé en sus manos hizo desaparecer las nubes. Y debí contener el ánimo para enhebrar una frase más, sin entrar en locura de brazos.

—Me comentó el cirujano don Fermín Nadal, un eminente profesional en la materia, que los síntomas de la muerte de la señora se ceñían con claridad a los de envenenamiento por arsénico. Como nadie en la casa enfermó con los mismos síntomas, debemos deducir que debió tomar algún alimento en solitario. Y, según tengo entendido, lo único que diferenciaba su alimentación de la del resto de la familia era ese vaso de leche, y pudiera ser...

—Por Dios, señor —Florinda gritaba con el rostro en blanco, al tiempo que los nervios se desataban por todo su cuerpo—, le juro que yo no he envenenado a la señora.

El telón había caído de plano. En aquellos momentos solamente deseaba tomar a la desagradecida mucama y matarla con mis propias manos. Porque ya no dudaba sobre lo que había sucedido en mi ausencia. Y todo el rompecabezas parecía tomar cuerpo con exactitud en mi cerebro.

—Creo que ahora lo comprendo todo, aunque sea difícil de creer. Amaba con locura a su pobre señora Audrey, y doña Eugenia ocupaba el lugar que usted había deseado para ella. Mucho debía odiar a quien la recibió con los brazos abiertos. Y debió costarle gran esfuerzo fingir un cariño que no sentía. ¿Cuándo planeó acabar con su vida? ¿Llegó de Montevideo con esa idea fija en la cabeza? ¿Conteste de una vez, vieja zorra!

Acabé con la voz en grito, mientras el aya se movía de forma errática por el dormitorio. Con el rostro cambiado a tintes de locura, jalaba de sus cabellos como mujercuela endemoniada. Sin embargo, no estaba dispuesto a soltar la presa de mis garras.

—Avisaré a las fuerzas del orden. Ingresará en una mazmorra oscura y sucia, hasta que el Justicia oportuno la condene a morir en la horca. Y espero que lo haga lentamente, tal y como condenó a la pobre señora, que tanto la había beneficiado.

Los hechos se sucedieron con tanta rapidez que apenas pude reaccionar. Florinda, a pesar de su avanzada edad y voluminoso cuerpo, comenzó a agitar brazos y pies como si hubiera perdido la razón de forma definitiva, al tiempo que se acercaba al ventanal que se abría sobre el callejón del Tinte, y, sin pensarlo dos veces, descorría los cierres para salir al balcón y arrojarse entre desgarrados gritos al vacío. Corrí hacia ella con la máxima rapidez de mis piernas, pero ni siquiera conseguí asir sus ropas para detener el suicidio. Y

bien sabe Dios que no intentaba evitar su muerte, más que merecida, sino la injusticia de que pasara al infierno con rapidez y escaso dolor.

Florinda murió una hora después, a resultas del golpe recibido en la cabeza contra el empedrado. Es fácil imaginar la revolución emocional que causó en la familia el suicidio de esa mujer, cuyo recuerdo he odiado en mis pensamientos durante tantos años, con la mayor fuerza de la que es capaz de concebir un espíritu maligno. Aunque se amordazara el escándalo en conveniencia con las oportunas declaraciones e informes de garantía, al certificar el evidente suicidio de la doncella, para mí supuso un golpe muy difícil de superar. Porque ahora me consideraba sin dudarlo como el verdadero responsable de la muerte de Eugenia. Repetía una y otra vez que la había matado con mis propias manos, al meter la zorra en el corral. Porque era yo y solamente yo quien había introducido a Florinda en la familia. Y no me cabía duda de que esa degenerada había actuado en premeditada venganza de su querida y auténtica señora, Audrey Wordsworth-Lockhart, o así lo entendía su perturbada mente. De tal forma, era mi pecado de adulterio el causante de la muerte de la mujer que, ahora lo comprendía, más había amado en mi vida y que más merecía vivir en paz. Por último, me decía una y mil veces, como canto de letanía, que nunca, nunca podría recibir el perdón por tales actos.

Declaré mis pensamientos y dolores a María Antonia y Rosalía, mientras lloraba a caudal abierto hasta quedar seco. Y juro ante Dios que fueron las últimas lágrimas que resbalaron por mis mejillas en rendición de sentimientos. Las dos mujeres que tanto me amaban quedaron en silencio, mientras de sus ojos brotaban también gruesas gotas. Fue María Antonia la que intentó reconducir la situación, como tantas otras veces.

—Mira, Santiago, hijo mío, comprendo cómo te sientes en estos momentos y mucho me duele. Pero has de cerrar ese terrible capítulo de tu vida, quieras o no. Es absurdo pensar que tus actos han asesinado a la pobre Eugenia, en lugar de achacarlo a la bondad y la maldad en tenebrosa conjunción. Bondad la de Eugenia y la tuya, por aceptar a Florinda en la familia, una mujer que no lo merecía. Y maldad la de esa doncella, que, sin duda, debió enloquecer el día que moría su señora y planeó esta locura. Solamente pretendía hacer el mal, sin beneficio para nadie, sino todo lo contrario. Porque, si tanto quería a la pequeña María, debía comprender que una madre es necesaria para los hijos. Pero no has de preocuparte en ese aspecto porque tanto Rosalía y Cristina como yo, en los años que me resten de vida, nos preocuparemos de que esa preciosa niña no se vea desamparada en

ningún momento. Ya lo hice con vosotros cuando perdisteis a vuestra madre y casé con vuestro padre. Pero has de pensar en tus hijos, Santiago, y nada más. El simple hecho de aislarte en la tristeza y los remordimientos no sería más que un acto de cobardía, y tú nunca diste la espalda al peligro. Has de achuchar avante con la vida, cueste lo que cueste.

—Eso es fácil decirlo, madre.

—Nada de eso, hijo mío. Mucho me cuesta largar estas palabras, porque sé perfectamente cómo se mueven tus pensamientos en estos terribles momentos.

María Antonia tenía razón, como había demostrado tantas veces en la vida de la familia con el paso de los años. Pero no es fácil evaporar las nubes cuando el temporal se levanta con olas en ampollas. Seguiría con mi vida, sin duda, pero sería otro hombre, estaba seguro. El rostro de Eugenia quedaba tan grabado en el cerebro como un tatuaje antillano en el pecho. Y si hasta entonces Santiago de Leñanza, conde de Tarfí, había sido un hombre sosegado, comprensivo y de reconocida generosidad, creo que cambié al golpe en las treinta y dos cuartas del horizonte. Los duendes que se establecen en el cerebro no matan, pero producen heridas muy difíciles de curar.

3. Perlas y caudales

Es fácil comprender, para cualquier persona con sentimientos, cómo me moví en las semanas siguientes a los trágicos sucesos que se amadrinaron a mi vida, unas semanas que bien desearía erradicar por completo de la memoria. Vivía sin vivir, como si me faltara el aliento necesario para continuar en la brecha del día a día. No soportaba permanecer en casa con la familia porque en cada rincón se aparecía el rostro de Eugenia, a veces con un tenebroso gesto de incompreensión, incapaz de asimilar lo que le había sucedido. Pero tampoco hablaba apenas con los seres queridos y ni siquiera la compañía de mis hijos podía aderezar una mínima sonrisa en el rostro. En su conjunto, un martilleo permanente de sentimientos, a cual más doloroso y desgarrador. Por tal razón, me dediqué a deambular por las calles de Cádiz como alma ajena perdida en camposanto, una experiencia que tampoco podía saldar cuentas en el alma.

Para colmar el vaso a la negra, comencé a recibir visitas en las que un alargado número de amigos y compañeros me notificaban su profundo pesar. Se trataba de frases sinceras, aunque el falso protocolo las hiciera volar hasta el lejano libro de los recados. Agradecía su esfuerzo, sin duda, pero tales demostraciones clavaban nuevas picas de dolor en el pecho, porque siempre acababa por brotar el nombre de Eugenia en la conversación, un recuerdo que intentaba aislar solamente para mí, celoso de compartirlo hasta con el aire. De especial agradecimiento fue recibir el sincero pesar de don Cayetano Valdés, encuadrado entre el personal de su Mayoría General. Y como sorpresa en remate mayor, la del mismísimo general don Antonio de Escaño, que llegó a la calle de la Amargura renqueante y con el auxilio de un cayado, que reconocí como legado personal de don Federico Gravina poco antes de su muerte. Fue una tristísima experiencia, porque aquel gran hombre me estrechó entre sus brazos con especial afecto y los ojos partidos en rojo, como si hubiera perdido a un ser muy querido de su propia familia.

Siempre he sido persona de pocos o ningún enemigo, pero puedo jurar que aquel dolor tan extendido por cuerpo y alma no se lo deseo a nadie en esta vida. La imagen de Florinda escanciando el veneno en la taza de leche de Eugenia se aparecía durante las noches en el cerebro como si la hubiera vivido pocos segundos antes, tales eran la nitidez y el detalle con los que lo apreciaba. Intentaba evitar que su mano produjera el malhadado efecto, sin conseguirlo, lo que me hacía despertar entrado en sudores de muerte, a punto de gritar en auxilio. Pero tampoco rentaba en positivo cerrar los ojos, porque de forma machacona aquella voz interior aseguraba una y otra vez que había sido mi pecado, la pasión adúltera mantenida con la joven de sangre escocesa la que, a la postre, había acabado con la mujer amada, con la madre de mis hijos. En fin, un conjunto de duelos y quebrantos elevados hasta la galleta de los cielos, sin posible aminoramiento por las acciones piadosas de los seres más queridos, que entraban en permanentes intentos de rescate. Comprendía sus palabras y deseos, pero pasaban cuernos arriba del aparejo sin conseguir el fin perseguido.

Para desgracia de mi alma, ni siquiera disponía a mano de la mar para que llevara a cabo su efecto balsámico y reparador, si es que en aquel particular caso era posible. Acudía periódicamente a la fragata *Proserpina* y ni siquiera en sus tablas encontraba un mínimo remanso de paz. Bien es cierto que un barco en puerto no es más que una ballena varada en tierra, sin una mínima onza de aire para respirar. Y por gracia de los cielos, así debieron entenderlo quienes mucho me apreciaban porque abrieron el camino adelante, o lo intentaron al menos. Como supe bastantes meses después, fue la mano de don Antonio de Escaño, en repetida y benéfica conjunción con el comandante general de la Escuadra, quien posibilitó la posible solución.

Se había cumplido un mes desde mi regreso a las aguas gaditanas y el penoso avistamiento de los crespones negros, cuando recibí inesperado aviso para presentarme en la Mayoría General de la Escuadra a la mayor brevedad. Y como, en la vida de los oficiales de la Real Armada, el deber se sitúa cien maderas por encima de la vida privada sin la menor discusión, con el dolor bien cosido a los forros del alma alisté uniforme grande para presentarme en rigor de ordenanza. De esta forma, arribé al buque insignia de la escuadra, navío de dos puentes San Fulgencio. Pero, cuando en las tripas se ha producido un vuelco al compás como el padecido, todos los colores se difuminan en gris. Quiero decir que pisaba cubierta y enfocaba las acciones cual autómatas en función de feria, sin que se posaran con el debido

conocimiento; una sensación jamás padecida y muy difícil de expresar con palabras.

A bordo del insignia fui recibido en cubierta por el oficial de guardia, un joven alférez de navío gaditano, cuyas palabras de bienvenida y protocolo apenas escuché, conforme me acompañaba hacia las dependencias del mayor general. Poco después, el brigadier don Benigno Arlanza, pariente lejano del general Valdés, me acogía con una sonrisa apagada que entendí de suave conmiseración, uno más de esos gestos que, por mi parte, endosaba a la necesaria compasión que mi triste vida presentaba ante todos. Y, una vez más, escuché la repetida frase que bailaba en danza fúnebre de continuo.

—Me alegro de verle alistado de nuevo, Leñanza. La vida sigue avante, aunque nos cueste.

—Muchas gracias, señor. Recibí recado a bordo de la fragata bajo mi mando, para que me presentara ante vos sin pérdida de tiempo —entré en vereda por derecho, un nuevo intento de evitar la serie de palabras en condolencia a las que se veía obligado.

—En efecto, pero es el general Valdés quien desea hablarle en persona, aunque nada puedo adelantarle por la debida discreción que el tema merece. En estos momentos despacha con el comandante general del arsenal, pero deben rematar su conversación en escasos minutos y le será posible presentarse ante él.

Entendí que, con sus palabras, el mayor general me dejaba en el poco agradable trance de la necesaria espera. No obstante, intenté saber algo más, al quedar con la curiosidad prendida en las alas.

—¿Se trata de alguna nueva comisión de guerra para mi fragata, señor?

—Me dijo el general que él mismo lo pondría al corriente del asunto. Como le decía, se trata de un tema bastante reservado en el que no debo entrar.

La curiosidad subía enteros y, como no andaba el espíritu para soportar aguaceros, me moví nervioso al pensar que la espera de recibo podía alargarse por un tiempo indefinido. Pero, para beneficio de los nervios entablados, pocos minutos después observaba cómo desfilaba por el pasillo de babor hacia el alcázar un desconocido jefe de escuadra, que asocié sin dudarle a la jefatura del arsenal. Y no marraba en mis conjeturas, porque, a continuación, y sin más dilaciones, era acompañado por un ayudante de la Mayoría hasta la cámara del comandante general.

El teniente general don Cayetano Valdés me recibió con la afabilidad habitual de otras ocasiones, sin variación alguna en su comportamiento. Cortó

mis frases de rigor, para tomarme por el brazo y hacerme sentar sin pérdida de tiempo en los dos sillones enfrentados a la banda. Y como era hombre que no gustaba de los rodeos innecesarios, cualidad que mucho agradecí en aquellos momentos, pasó de lleno al asunto que manejaba.

—No te repetiré mis condolencias y recomendaciones de futuro, porque supongo que estarás hasta la galleta de tales demostraciones. Son demasiados los que no suelen apreciar que llega un momento en el que poco o nada benefician, más bien al contrario.

—Así es, señor, y se lo agradezco.

—Verás, Leñanza, se nos ha presentado sobre la mesa un asunto de la mayor gravedad, que no es fácil diligenciar por lo llano. Un extraño asunto debería decir, que en verdad se escapa de nuestras habituales acciones. Y no me refiero a trascendencia en los asuntos de la guerra, aunque el tema puede repercutir de forma notable en el curso de las operaciones. Le hemos dado bastantes vueltas desde que el Gobierno pusiera en nuestras manos esta badana negra, que no debía haberse producido en ningún caso si los cerebros de las altas magistraturas trabajaran a ritmo. Pero hay personajes que deberían dedicar sus esfuerzos a juegos de ganchillo, en lugar de entretener el tiempo en asuntos de importancia.

Valdés entonaba con desgana. Pero, como hasta el momento no comprendía una sola de sus palabras, mantuve el silencio al copo, dispuesto a ver llegar las olas de lejos, sin elevar una mota el aparejo. Pero ya continuaba el general.

—Te haré un resumen de lo sucedido hasta el momento, para que te encuentres al tanto de forma general. Resulta que debido a los problemas de movimientos sediciosos que tienen lugar en el virreinato de Nueva España, los productos de las pesquerías de perlas que poseemos en la América central y que deben ser controlados por la Audiencia de Panamá no se han enviado a la Península en los últimos cinco años.

—¿Cinco años, señor? Tenía entendido que cada...

—Que cada año se enviaban a la capital del virreinato, México, para unirse al cargamento de caudales que era remitido al puerto de Veracruz para el necesario traslado a España, vía La Habana. Pero tal periodicidad se ralentizó a un ritmo bianual, por causa de los escasos medios navales a disposición. Y, como te decía, cuando se comienzan a sufrir los movimientos de tropas rebeldes en el virreinato, desde Panamá no se atreven a llevar a cabo el envío por temor a que fuese interceptado, decisión aprobada por el virrey en todo momento. Pero la cantidad había llegado a ser de una importancia

trascendental y de un valor muy notable. Por desgracia, llegó el momento en el que el virrey, cuyas entendederas deben haberse acortado de forma notable con el paso de los años, tomó la decisión de centralizar en el puerto de San Blas, cabecera del departamento marítimo del mismo nombre, tanto los productos de las pesquerías de perlas, como los caudales a enviar a España. Bueno, sin olvidar ciertas mercaderías particulares y estatales de alto valor. En su conjunto, el virrey calculaba un monto total que superaba los doce millones de pesos.

—¿Ha dicho doce millones, señor? —Mi sorpresa era verdadera porque no podía esperar un valor tan alto—. No escuchaba una cantidad así en mucho tiempo, con las disminuciones progresivas que se han producido en los últimos años. Precisamente, corría el año de 1806 cuando llevé a cabo una complicada comisión a Cartagena de Indias al mando del bergantín *Penélope*, para recoger dos millones largos de pesos, cantidad que ya se consideraba muy importante para la Armada.

—Recuerdo aquella apuesta del general Escaño con el valido Godoy, cantidad que se asignaba a la Armada. Y tienes razón al sorprenderte, porque esa cantidad de la que hablamos parece una remisión de caudales más propia del siglo pasado. Y, en estos momentos de espantosas penurias por las que atraviesa la Real Hacienda, se estima ese monto como solución inmediata a bastantes problemas. Porque las arcas permanecen vacías noche y día, sin variación a la vista. Parece que la cosecha de perlas en los dos últimos años ha sido extraordinaria, sin contar el oro y plata que se remite para que no caiga en manos de esos curas guerreros.

—¿He de navegar a Veracruz para recoger esos caudales, señor? Le aseguro que mucho agradecería navegar hacia las Indias y olvidar los asuntos de tierra, aunque se trate de misión hartamente difícil.

—Ya supongo que lo necesitas. Así me lo comentaba hace pocos días el general Escaño, que tanto aprecio te dispensa. Pero no equivoques la puntería. Si te escojo para esta importante misión no es para reconfortar tu espíritu, ni mucho menos. Estimo que eres el mejor oficial para dicho trabajo y tu fragata la idónea para una alargada navegación, como habrás de cubrir a proa. Además, no olvido el agravio de tu ascenso a brigadier, que ha de producirse más pronto que tarde. Es muy posible que una vez rendido el tornaviaje, te encuentres con los entorchados de plata a disposición. Una vez dicho eso, si al mismo tiempo aliviemos tu dolor, mejor que mejor.

—Ya sabe, señor, que no anhele ascensos y honores. Y menos todavía en mi situación actual. Tan sólo desearía alcanzar el bálsamo que la mar ofrece.

—Espero que lo consigas. Pero regresando al asunto que nos ocupa, ojalá tuvieras que navegar al puerto de Veracruz, como dices. Eso supondría una comisión habitual, que zanjaría el tema sin alargar la badana. Y sería adecuado, porque hemos de enviar armamento y material al puerto de La Habana. Pero, por desgracia, el asunto que nos ocupa es bastante más complicado, amigo mío. Ya te digo que el virrey anda con la sesera trastocada e hizo reunir todos esos caudales en San Blas.

—Allí se encontró destinado mi padre, cuando navegaba por las altas Californias. Jamás he navegado por el mar del Sur y bien que lo desearía —en mi cerebro comenzaba a tejer castillos de esperanza—. Pero supongo que, desde San Blas, el virrey reenviaría el cargamento a Veracruz con la debida protección.

—Nada de eso. Como ese vejete debe tener el ánimo encogido por los acontecimientos, sufrió un extraordinario pavor al pensar que un cargamento de tal valor pudiera ser interceptado por las columnas insurgentes, que se mueven por toda la geografía del virreinato. Porque cada peso que nos arrebatan esos traidores cuenta en doble a la contra. Y, como le llegó la noticia de que los rebeldes pensaban atacar la ciudad de San Blas, lo que era cierto, decidió que los tesoros debían salir a la mar de inmediato con dirección a la Península.

—¿Desde el puerto de San Blas? Eso supone un alargado viaje a través del cabo de Hornos o las tierras del fin del mundo, como lo llamaban alguno de nuestros primeros descubridores. Pero si ha salido ya, cuál sería la misión para mi...

—¿A través del cabo de Hornos dices? —el general Valdés me concedió una sonrisa de complicidad—. Aunque un tanto absurda, habría sido una posible y medianamente sensata solución. Pero, en palabras del propio virrey, al no contar en el apostadero de San Blas con unidad de porte suficiente para llevar a cabo un transporte de tal envergadura, se decidió por una solución alternativa.

—¿Una solución alternativa? Creía que en San Blas disponían de pequeñas fragatas, construidas en las gradas de Realejo o adquiridas en el Callao.

—La verdad es que esas fragatas y paquebotes como los que mandó tu padre hace años, se encuentran en la actualidad medio desvencijados por falta de carena y caudales. Incluso el mismo apostadero de San Blas lo es solamente de nombre en estos días, tanto de medios como de personal. Lo que debía haber hecho el virrey era enviar el cargamento hasta Veracruz con una

adecuada protección de tropas, por los caminos libres de rebeldes, que los hay en abundancia. Pero, bueno, de nada sirve pensar en posibilidades no tomadas. El caso es que nuestro genial virrey tuvo conocimiento de que en el puerto de Acapulco, a escasas millas de San Blas, se encontraba fondeada una fragata mercante portuguesa de generoso porte^[5], la *Andorinha*, en operaciones de carga. Y con ella se puso en contacto por medio de un asentador portugués, en quien confiaba plenamente.

—¿Una fragata mercante portuguesa? ¿Embarcó los caudales en un buque extranjero?

—Comprendo la sorpresa que muestras en tu cara, la misma que ofrecí yo al tener conocimiento. Por difícil que sea de creer, esa fue la decisión que tomó nuestro inteligente virrey. Es cierto que los portugueses son en estos días uno de nuestros más fieles aliados, pero no deja de ser un buque con pabellón extranjero y, para colmo, dedicado al transporte de mercancías particulares, sin un juramento de honor en la causa. No habría sido lo mismo si se tratara de un buque al servicio de Su Majestad el Rey de Portugal. El virrey concedió carta blanca a un coronel de las milicias de su máxima confianza para resolver el entuerto y poder lavarse las manos. Según parece, los caudales le quemaban e intentaba con urgencia pasar la responsabilidad a otros.

—Un tanto absurdo, señor. Seguiría siendo el responsable de la operación.

—Por supuesto. El caso es que, para hablar con entera propiedad, debemos reconocer que este oficial de las milicias realizó un buen trabajo, de acuerdo a las órdenes recibidas. Llevó a cabo el transporte de caudales y mercaderías con prontitud y eficacia, sin ser molestado por los revoltosos, desde San Blas hasta Acapulco. Por fortuna, este puerto, aunque ya no se utilice para albergar el galeón que nos unía con nuestras posesiones filipinas, se mantiene bien resguardado.

—Sigo sin comprender, señor. Debe ser mi estado emocional, que no me deja entrever la realidad. Porque si el valioso cargamento abandonó Acapulco en una fragata mercante portuguesa, no sé cuál sería mi papel. ¿Acaso fue interceptada la *Andorinha* por unidades rebeldes en las costas del virreinato de Lima?

—Perdóname, Leñanza —hizo un gesto de disculpa con sus manos—. No puedes comprenderlo porque falta por ofrecerte el detalle más estrambótico e increíble del suceso. Resulta que esa fragata portuguesa no llevaría a cabo el tornaviaje hacia la península desde Acapulco doblando el cabo de Hornos,

como sería condición normal, sino en derrota a través del mar del Sur en dirección a poniente.

—¿Hacia las islas Filipinas? ¿La derrota del galeón de Manila? Un trayecto de miles de millas que puede hacerse eterno. Desde luego que es extraño, señor. Además, una vez en Manila...

—Realizas el mismo proceso de deducción que hice yo, conforme Císcar me comentaba el problema a resolver. Porque después de Manila, debe continuar un generoso trecho a través del mar de la China y el mar de las Indias.

—¡Dios bendito! Toda una circunnavegación del globo, como la llevada a cabo por la expedición de Juan Sebastián de Elcano.

—Ya te dije que sólo un demente habría obrado así. Según parece, se le propuso al capitán don Joao Silveira Cabral, que así se llama al completo quien también es el armador de la fragata *Andorinha*, embarcar los caudales y transportarlos de forma directa a la Península a través del cabo de Hornos. Pero a pesar del alto incentivo comercial que se le ofrecía, contestó que ya se encontraba a media carga y con mercaderías para Manila, Macao y territorios portugueses de la costa oriental africana, por lo que debía tomar derrota a poniente sin posible enmienda. Esas conversaciones las llevó a cabo el coronel Montilla, con delegación de poder absoluto por parte del virrey. El capitán Silveira le comunicó que, una vez entregadas las mercancías en el puerto africano, último de su alargado periplo, podría continuar su derrota hasta Cádiz, siempre que le aseguraran carga de retorno en este puerto. Y así se lo confirmó el coronel Montilla por las bravas. De esta forma y sin más discusión, embarcaron todos los caudales en la fragata portuguesa, con lo que estimaron resuelto el problema. Tanto el virrey como su coronel debieron creer que, una vez los tesoros en la mar, el entuerto pasaba a terreno y responsabilidad de la Real Armada. Bueno, y del Altísimo deberíamos añadir.

—Como decía al principio, señor, creo lo que decís porque esta información sale de vuestra garganta. Porque embarcar un cargamento de tal valor en plena circunnavegación, a bordo de una fragata mercante portuguesa, parece empresa más propia de endemoniados. Y, sin duda, la peor de las muchas soluciones que se podían amparar a la vista.

—En efecto. Bien es cierto que tal locura suelen padecerla a veces a nuestros compañeros del Ejército. Tanto el virrey como su coronel de milicias saben que la tierra es redonda, y que a través de la mar se puede alcanzar el puerto de Cádiz desde Acapulco en derrota hacia poniente. Lo que no han

tenido en cuenta es la distancia a cubrir, un pequeño detalle al que no concedieron la importancia debida.

—De todas formas, señor, continuó sin comprender el papel a desempeñar en este particular caso por la *Proserpina*. Si esa bendita fragata *Andorinha*, bajo el mando del capitán Silveira, se encuentra en derrota hacia España a través de los mares del Sur y de las Indias, tampoco deduzco la misión que he de realizar.

—No acaba ahí la penosa historia, Leñanza, para desgracia nuestra. Cuando tal información llegó a nuestro Gobierno, se aprovechó la circunstancia de que se encontraba en Cádiz el capitán de navío Pimentel, al mando de un navío portugués. Es el que ha cruzado derrota desde Lisboa en repetidas ocasiones. Con buen razonamiento se le preguntó sobre la fiabilidad y crédito personal que ofrecía ese capitán Silveira. Resulta que se trata de personaje bastante conocido, un antiguo oficial de la Real Marina de nuestro país vecino, que hizo abundante fortuna en las colonias africanas y creó su propia compañía, abandonando el servicio al rey luso. Pimentel declaró que se trataba de hombre excesivamente ávido de caudales y poco escrupuloso en los medios empleados. No se le conocía asunto turbio hasta el momento, aunque sí algunas sospechas de tráficos ilegales y otros asuntos poco recomendables, precisamente en los puertos africanos donde parece tener su base de operaciones. Deduzco que se emplearía en el tráfico de esclavos, aunque no haya sido confirmado. Pero doce millones de pesos es una cantidad capaz de tentar al mismísimo diablo. Y, para colmo, han transcurrido catorce meses desde que la fragata *Andorinha* abandonara el puerto de Acapulco, sin que se tenga noticias de ella. Ya sé que la distancia a navegar es de generosa proporción, pero debía haber alcanzado estas aguas.

—Voy comprendiendo, señor. ¿Se sabe dónde se asienta ese capitán Silveira, o es de los que varía su asentamiento al gusto?

—Parece ser que, tarde o temprano, siempre regresa a una extraordinaria hacienda que posee cerca de la bahía de Delagoa, así como una especie de palacete con baluarte propio en Lorenzo Márquez. Y no deja de ser arriesgado porque, según nos cuentan los portugueses, en estos días, los salvajes zulúes devastan las propiedades portuguesas de aquellas tierras.

—La madeja se complica sin descanso. La verdad, señor, debo reconocerle que desconozco por completo la geografía de aquellas tierras y aguas —mostraba expresión cohibida, como si hubiera sido tomado en grave falta—. Deberé instruirme en ese sentido porque comienzo a comprender la misión que deberé encarar.

—Seamos sinceros, Leñanza —el general volvió a sonreírme de forma paternal—. Desde un punto de vista puramente marinero, la misión a desempeñar por la fragata *Proserpina* sería envidiada por cualquier oficial de la Real Armada. Es extraordinariamente raro que un buque español se mueva por las aguas del mar de las Indias en estos días. Y hacia allí deberá navegar sin remedio, a no ser que aparezca esa fragata por la bahía, lo que personalmente dudo mucho. Pero no intentes excusarte por desconocer los detalles de aquellas aguas. Los datos que te expongo debí buscarlos en la biblioteca de la Real Compañía o solicitando información a oficiales portugueses.

—Tiene razón, señor. Es posible que se trate de la única posibilidad de navegar por aquellas aguas a lo largo de toda mi carrera. En cuanto a información propia, sé que los portugueses fueron los primeros europeos en doblar el cabo de Buena Esperanza y entrar en el mar de las Indias, donde parece que establecieron colonias y factorías en las costas del África oriental, India, para extenderse después hasta la China e islas orientales. He leído alguna obra sobre expediciones llevadas a cabo por buques de nuestra Armada desde Manila a Macao, para defender la plaza de los ataques holandeses, cuando Portugal pertenecía a la Corona española. Pero nada más.

—Es correcto todo lo que dices. Pero, aunque le dieron la mayor importancia al virreinato de Goa en la India, un reino fabuloso que, en estos días, intentan copar los británicos de norte a sur, y en el mar de la China, también establecieron estaciones comerciales o de defensa permanentes en la costa sudoriental africana. Al conjunto de esas tierras centradas en el río Zambesi, con fuertes en Sofala, Sena, Tete y extremo meridional en la bahía de Delagoa, colonizada por Lorenzo Márquez, se le da el nombre de Mozambique. Cobró bastante importancia en el siglo XVI, al punto de separarse del virreinato de la India para formar gobierno aparte. Pero debes tener en cuenta que te hablo muy a la vega y de memoria. Deberás establecer conversaciones directas con el capitán de navío Pimentel sin falta. Por fortuna, ha regresado a la bahía, donde se encuentra fondeado su navío. Él podría ampliarte detalles, aunque nadie sea muy partidario de entregar información de derroteros propios a otras potencias.

—Ya lo supongo, señor. Por fortuna, tengo buenos contactos con nuestros vecinos. Voy a emparentar con un capitán de la Infantería portuguesa que, estoy seguro, mantendrá buenos amigos en la Marina.

—Esa puede ser buena condición para abrirte algunas puertas. En cuanto a esos territorios de Mozambique, parece que los queridos primos peninsulares

han cosechado nuestros mismos pecados, enviando a lo peor de cada casa. En su conjunto, y salvo excepciones honrosas, muchos colonos dedicados a la vida licenciosa y con escaso trabajo. Como en tantas otras ocasiones, fueron los religiosos dominicos y jesuitas los que reemplazaron la labor del Estado.

—¿Y continúa independiente del virreinato establecido en la India?

—En el siglo pasado, y dado su declive, pasó a depender nuevamente del virreinato de Goa. Fue cuando los portugueses perdieron todo el terreno al norte del cabo Delgado. No obstante, pareció revivir en la segunda mitad de dicho siglo, cuando se intentó unir las posesiones de Mozambique y Angola por medio de establecimientos portugueses, aunque nada se adelantó en tal sentido. Y, en estos días, casi no rinden en oro, marfil y esclavos, el verdadero negocio, aunque continúan en vigor sus establecimientos y fuertes para no perder el dominio en ellos. Y ahora parece que algunas tribus, como los zulúes, bantúes y cafres organizan incursiones de muerte.

La cabeza giraba a vueltas de coro. Ante mí se abrían una y mil posibilidades que cualquier oficial de la Armada calificaría como extraordinarias, como si se tratara de una expedición científica del pasado siglo, a las que tantos compañeros se ofrecían voluntarios. No sólo debía navegar hacia las Indias, frase mágica, sino que se trataba de las Indias orientales y por la derrota de levante. De todas formas, me faltaban demasiados detalles para establecer un mínimo plan de ataque.

—Entonces, señor, entiendo que mi misión será la de navegar en demanda de la bahía de Delagoa, para buscar por sus aguas a la fragata *Andorinha*. Eso en inicio de la necesaria exploración, que podría convertirse en una empresa muy complicada y sin límite de tiempo. Porque es posible que se acabe convirtiendo en un rondo sin fin, como buscar una aguja en un pajar. Y por aquellas aguas no disponemos de puntos propios de apoyo.

—En principio deberás dirigirte a la mencionada estación de Lorenzo Márquez, por si te sonaran tambores de suerte. Te repito que, según aseguran, allí acaba por recalar el capitán Silveira tarde o temprano. Es muy posible que debas recabar información allá donde te salte la oportunidad. Deberás preguntar, especialmente a buques portugueses. Pero no te falta razón al afirmar que tu apoyo por esas aguas será casi nulo. En el mar de las Indias tienen importantes intereses los portugueses, ingleses, holandeses y nuestros enemigos franceses. Estos últimos se encuentran en permanente lucha con los britanos por mantener la posesión de las islas de La Reunión, Mauricio, Comores, sin olvidar la de San Lorenzo^[6], donde ingleses y gabachos luchan con los salvajes nativos para establecer establecimientos comerciales. Por

cierto que, según parece, es elevada la presencia de buques gabachos armados al corso por aquellas aguas, en defensa de sus derechos. Otro peligro a tener en cuenta. Pero no pienses en gloriosos combates contra unidades francesas. Tu misión principal y única es regresar con esos caudales a bordo. Nada de combates o apresamientos golosos, salvo que decidas el regreso sin éxito.

—Lo comprendo perfectamente, señor. Se trata de una misión un tanto complicada, pero muy atractiva. Muchos compañeros ofrecerían un brazo por embarcarse en ella —me atreví a decir—. Buscaré la fragata *Andorinha* por aquellas aguas y, si se encuentra a flote, daré con ella, puede estar seguro.

—Me gusta escuchar esas palabras, aunque soy consciente de la extrema dificultad de la misión. La suerte será el factor determinante. Es más, como le dije a Císcar, es posible que esos doce millones de pesos hayan pasado al palacete de ese sinvergüenza, al que le hemos solucionado la vida. Pero debemos intentarlo, al menos. Dedicar los días que consideres necesarios para hablar con los oficiales portugueses, recabar información cartográfica y de pilotaje, vientos, mareas y cualquier condición que afecte a la navegación por aquellas aguas, así como todo lo que estimes preciso. No olvides girar visita a nuestro Depósito Hidrográfico, por si disponen de alguna información que pueda interesarte. Y eleva los pedidos que estimes oportunos, tanto de armamento, pertrechos y víveres. Sin olvidar los caudales necesarios, por si has de reponer víveres por aquellas costas. En esta ocasión, nada se te negará, puedes estar seguro. El Gobierno suspira por esos millones de pesos como maná celestial.

—Estimo que deberé salir a la mar con víveres para seis meses, señor, así como caudales o cartas de crédito por si he de adquirir víveres de salud o algún pertrecho. En cuanto al personal...

—De víveres y crédito, sin problemas. Pero el personal es tema tabú. Dispones de una dotación como ningún otro buque de la Armada en estos días.

—Soy consciente de ello, señor. Tan sólo desearía algún oficial experimentado. Y conste que estoy encantado con los oficiales de guerra a disposición, aunque manejen escasos años de servicio. El teniente de navío Romarate es un excelente segundo, y así me lo ha demostrado con creces en la anterior comisión a Indias. Pero apenas cuadramos las guardias de mar.

—Bueno, dada la importancia de tu misión, busca algún teniente de navío o capitán de fragata voluntario y hazme llegar el nombre a la Mayoría General. Pero recuerda que la culpa es tuya al dejar que desembarcara tu cuñado en el Río de la Plata, un excelente segundo.

—Así es, señor, y asumo mi culpa. Pero debe comprender que no podía negarme.

—Ya lo sé y en tu caso habría obrado de la misma forma —volvió a sonreír con gesto bonachón—. Cuando te encuentres listo para salir a la mar, acude a visitarme por si pudiera ofrecerte algún detalle más de última hora. Aunque suene a falsete, dada tu personal situación familiar, te sonrío la suerte, Leñanza. Pocos oficiales de la Armada podrían decir que han navegado por el mar de las Indias. Una comisión muy agradable para cualquier hombre de mar.

—Así es, señor, y es posible que me haga atravesar estos negros momentos que padezco.

—Eso espero.

Abandoné el buque insignia con los pensamientos cruzados, aunque, en verdad, con el primer sentimiento positivo desde que, un mes atrás, observara los crespones negros en las balconadas del palacete familiar. Debía repetirme una y otra vez que mandaba una maravillosa fragata con sus maderas en estado de dulce, que disponía de una dotación y pertrechos como no se encontraba ninguna unidad en la Armada por aquellos días. Y, para colmo de bienes, debía encarar una comisión de gran importancia por aguas jamás navegadas, ni siquiera en los más preciados sueños. De esta forma, se apareció el cabo de Buena Esperanza en mi cerebro, bellas imaginaciones de pura fantasía, porque ni siquiera en algún grabado lo había observado. Sabía que el rostro de Eugenia regresaría con dolor amadrinado a la escena, pero, al menos, ahora podría oponer alguna imagen de colores agradables.

4. Nuestros aliados portugueses

Mucho bien se derramó sobre mi abatido espíritu durante las dos semanas posteriores a la conversación mantenida con el comandante general de la Escuadra. Por una parte, sentía un marcado alborozo ante la extraordinaria misión largada sobre mis hombros, oportunidad única e irrepetible de navegar por aguas tan ajenas a nuestros intereses nacionales. No obstante, eran las dificultades que se auspiciaban por delante las que me hicieron entrar en unas jornadas de trabajo extremo e irrefrenable ansiedad, ese estragador anhelo que puede eliminar otros miasmas más peligrosos del cerebro. Porque atravesé todas las estadias posibles del ánimo, desde la más esperanzadora, con visos de poder abordar la tarea impuesta sin graves problemas, hasta caer abatido en algunos momentos ante la imposibilidad de gestionar en acuerdo la necesaria información.

Es necesario tener en cuenta que un importante factor gravitaba a la contra desde el primer momento. Tal y como había sido informado por el general Valdés, era necesario mantener cerrados a todos los vientos bastantes detalles sobre la fragata portuguesa *Andorinha* y su valioso cargamento, enviado por alocada derrota. Así había sido impuesto por boca del propio Gobierno, celoso tal vez de que se propagara tan absurdo traslado de caudales, que poco bueno decía de la Administración española en las Indias y sus autoridades. Tal condición limitaba en mucho mis posibilidades porque debía moverme en círculo y con falsas excusas, sin atacar el meollo a las claras. Bien es cierto que debí entrar de frente en algunos momentos, porque lo contrario habría sido muy negativo para conseguir el fin perseguido.

Como de cara a la mar, lo primero y principal a bordo de todo buque es la seguridad y firmeza de las tablas propias, expuse con la debida reserva al teniente de navío Romarate, mi segundo comandante, la verdadera empresa que deberíamos acometer en escasos días. Como era de esperar, poco le faltó al joven oficial para dar saltos de alegría, ante la posibilidad de navegación

que se le abría a proa. Pero, al mismo tiempo, como la tarea a realizar antes de la partida era de lomos duros y de necesario reparto entre varios cuerpos por necesidad, no tuve más remedio que convocar a consejo a los oficiales de guerra y mayores, así como al contra maestre primero, oficial de mar imprescindible para todo comandante. Debía exponerles la información mínima necesaria, comprometidos en juramento de honor sobre la debida discreción. No era imprescindible que se encontraran al tanto de los desaguisados del virrey y la incomprensible operación de traslado acometida, pero sí que deberíamos abandonar el puerto para llevar a cabo una misión de búsqueda por aguas nunca navegadas, que podía alargarse sin límite, con lo que tal situación lleva aparejada en cuanto a necesidad de víveres, armamento y pertrechos.

Una vez repartido el trabajo, a mi parcela personal quedaba el acopio de los datos que nos garantizaran en lo posible la navegación por el mar de las Indias, así como noticias más precisas sobre el capitán portugués y su fragata. Siempre, en niveles bajos es más fácil que puedan saltar chascarrillos de coro, noticias corridas en voz baja interesantes para la empresa. También aparecía por el horizonte el tema del oficial con quien deseaba aumentar el cupo de nuestra dotación, lo que comenté con Romarate, comprobando que sufría ante la posibilidad de quedar nuevamente postergado a bordo. Lo tranquilicé en tal sentido con rapidez.

—En cuanto al apartado del personal, segundo, no conseguiremos embarcar un alma más a bordo. Y en verdad que no dispongo de fuerza moral para llorar en ese sentido ante el comandante general, cuando somos la unidad de la Armada con un porcentaje mayor respecto a lo que se prescribe en el Reglamento General de Tripulaciones y Guarniciones. Cuando todos los buques se mueven con media dotación solamente y escasos hombres de mar auténticos, en nuestro caso superamos el setenta por ciento y disponemos de una tripulación de garantía.

—Así es, señor. Decidieron que una fragata, carenada en firme y sin problemas de casco y aparejos, disfrutara de una buena y casi completa dotación, para llevar a cabo misiones a Indias con la debida seguridad. De todas formas, le recuerdo que desde nuestro arribo a esta bahía, hemos perdido por baja de enfermedad o licencia ordenada a dos marineros, un grumete y un artillero preferente.

—Las bajas serán repuestas. Así me lo aseguró ayer el mayor general y no lo pongo en duda. En ese apartado, nos sonrío la suerte, porque ninguno de los desembarcados presentaba mediana categoría, con lo que podemos ganar en

calidad con el cambio si nos entra el viento a favor. Pero también expuse al comandante general nuestra situación en cuanto a los oficiales de guerra. Le expliqué la verdadera situación que atravesamos. Disponemos a bordo de un teniente de navío, que sois vos, un teniente de fragata, un alférez de navío, uno de fragata, para rematar el cuadro con el jovencito guardiamarina, cuya continuidad a bordo depende de la Real Compañía. Por tal razón, y con objeto de poder cubrir las guardias con garantía, le solicité un oficial de guerra para rellenar el cupo.

El teniente de navío Romarate torció ligeramente el gesto, al creer que embarcaría algún oficial más antiguo que él.

—No se preocupe, que sé por dónde navegan sus pensamientos. Aunque el general Valdés me comentó la posibilidad de incorporar a un capitán de fragata, de los muchos que se encuentran pasados a cuartel y sin un escudo para sobrevivir, no es mi intención que deba entregar una vez más la segunda comandancia. Ya sufrió esa circunstancia en la comisión anterior.

—Pues con absoluta sinceridad, señor, se lo agradezco. Me gustaría continuar como segundo comandante a bordo, si ello fuera posible.

—El general Valdés me recordó que era culpable, al haber permitido el desembarcado de mi cuñado en Montevideo, aunque lo comprendió perfectamente. De esa forma, he pensado en algún teniente de navío que sea de confianza y más moderno que usted. Así que ha de moverse en tal sentido con rapidez. Estoy seguro de que conocerá a bastantes oficiales, que presenten esas características. Tantee alguno de buenas manos con la debida prudencia.

—Cualquier oficial se brindaría voluntario para una misión así, señor. Pero conozco dos o tres que son excelentes oficiales de braza y no se encuentran muy a gusto en sus destinos actuales. Déjelo de mi mano. Puede estar seguro de que no se arrepentirá.

—Así lo espero.

—¿Entiendo que el guardiamarina Encuadro ha de desembarcar? Merecería recibir la charretera y continuar a bordo, señor.

—Propuse su ascenso a alférez de fragata tras el magnífico trabajo desarrollado en la comisión al Río de la Plata, y así lo recalqué en la Mayoría General de la Escuadra. Pero no estoy seguro de conseguirlo. Son muchas las nuevas disposiciones sobre los exámenes a cubrir por todos los guardiamarinas, antes de recibir la preciada charretera. En el peor de los casos, espero que sea relevado por otro de su mismo empleo.

—Mucho lo sentirá el pobre.

Debo ser sincero y reconocer que poco me preocupaba el aspecto del personal en la fragata, porque en total conformábamos una dotación de 226 hombres, unos 70 menos del cupo ordenado por reglamento. Y se trataba de una condición impensada en aquellos días, con casi todas las dotaciones en su mitad para vergüenza general. Por ejemplo, se estaba alistando el navío Asia para su partida de comisión a Indias con transporte y se estimaba como aceptable una dotación de 386 hombres, cuando por reglamento le correspondían, como a todos los navíos de dos puentes, nada menos que 614. Nuestros aliados dominaban la mar y nuestro Gobierno estimaba escaso el riesgo de combate con unidades francesas armadas al corso, aunque en mi caso particular lo hubiera sufrido en tres ocasiones durante los dos últimos años, una marca difícil de batir.

Tras la comisión rendida al Río de la Plata, había informado de forma muy positiva de mis oficiales y propuesto para su ascenso a dos ellos, Dávila y Crespi, aunque tal y como se movían los asuntos de la Armada no esperaba milagros. En su aspecto negativo, tan sólo había resaltado el carácter del teniente de fragata Manuel Orcajo, incapaz de evitar su trato despótico al subordinado, lo que no redundaba para bien del servicio. Y lo sentía porque se trataba de un magnífico oficial de guerra, que desempeñaba el mando de la batería con probada eficacia.

En cuanto a la situación del casco, obra viva, jarcia firme, aparejo y cabuyería, se mantenía en estado óptimo desde la varada llevada a cabo en Montevideo. Tan sólo deberíamos solicitar reposición de pólvora y balerío, así como algunas partidas de pintura, brea y otros efectos para cubrir las cantidades gastadas en el combate contra las dos fragatas francesas, así como en el adiestramiento del personal artillero. Y, por último, restaba el importante apartado de los víveres, del que gozábamos en más que aceptable cantidad, tras mantener a bordo con boca cerrada todo lo apresado al paquebot americano. Porque tal y como me recomendara el general Valdés, no lo habíamos notificado en el estado de fuerza y vida rendido al arribo, una omisión muy habitual en todos los buques. No obstante, la comisión a realizar podía alargarse sin medida y por un escenario geográfico con escasos amigos o garantía de provisión, por lo que sería necesario elevar petición en algunos apartados concretos.

A lo que dediqué un mayor esfuerzo personal fue a intentar recabar información cartográfica y geográfica. Disponía de un magnífico apoyo en el piloto, don Enrique Esteller, que había demostrado con creces su profesionalidad en la última comisión a Indias. Tanto es así que lo había

propuesto para su ascenso a piloto primero, porque debía quedar certificado para navegación de altura y con probados conocimientos. Mientras él debería visitar la Escuela de Pilotos y el Depósito Cartográfico en busca de cualquier noticia interesante al caso, pensando en el mar de las Indias, por mi parte solicité oficial visita al capitán de navío Pimentel, cuyo navío *Douro* volvía a encontrarse fondeado en la bahía.

Era consciente de que no se trataba de cuestión sencilla lo que me proponía. Porque, como norma general, no es condición placentera ceder información de derroteros propios a otras marinas, especialmente de costas y aguas en las que se ejerce dominio, como era el caso de los portugueses en la costa sudoriental africana. Pero, en este especial apartado, contaba con el apoyo de mi buen amigo y futuro cuñado Pepe, el capitán de infantería luso que disponía de amigos en el mismísimo infierno. Así lo comenté con él a bordo de la *Proserpina*, invitado a un almuerzo. Y como lo consideraba de absoluta confianza, debí ponerlo al día de la misión a encarar.

—Vaya por Dios. Nada menos que una alargada navegación a nuestras colonias africanas en el mar de las Indias.

—Así es. Y, como puedes imaginar, se trata de comisión muy poco habitual para los buques de la Real Armada. No suelen nuestras unidades surcar aquellas aguas. Estoy seguro de que disponemos de alguna información en el Depósito Hidrográfico, pero no debe de encontrarse muy actualizada. Para bien o para mal, hace muchos años que los españoles no corren las aguas por aquellas costas.

—Y creéis que ese capitán Silveira puede haberle dado mano negra a los doce millones de pesos. Buena cantidad es esa, sí señor.

—Bueno, se trata de una sospecha tan sólo. Pero son demasiados los meses transcurridos sin que se tengan noticias de ella. Ni siquiera un paquebot llegado de Manila el mes pasado, el Salvador, sabe nada de esa perdida *Andorinha* ni oyó hablar de ella. Bien es cierto que en la mar puede suceder cualquier desastre y haber acabado en los fondos de Neptuno. Pero es mucho el caudal como para quedarse de brazos cruzados.

—Es comprensible. En busca de la fragata Golondrina. Ese es el significado en español de *Andorinha*.

—Ya lo sabía. También se denomina en español como andorinas a las golondrinas.

—Eso lo desconocía. Pero, dime, Santiago. ¿Tan importante es disponer de esa información? Me refiero a las cartas y derroteros, porque de los comentarios en corrillo sobre ese capitán y su fragata me encargaré yo con mi

probada eficiencia —preguntó Pepe con ingenuidad—. Creía que los problemas de navegación se limitaban a poner la proa en la dirección adecuada y correr las millas necesarias.

—No seas bruto, Pepe. Hay que saber por dónde se navega. Y lo has vivido en tus propias carnes. No olvides la varada que sufrimos a bordo de la corbeta Mosca en la isla Flores, por incompetencia del piloto y desconocimiento de aquellas aguas.

—Es verdad. Lo había olvidado. Conseguiste aquella milagrosa varada para taponar el boquete en la amura.

—Es imprescindible disponer de una mínima información para navegar con la necesaria seguridad. La mayor parte de los buques que se han perdido en la mar a lo largo de los siglos pasados toparon con detalles desconocidos de la costa que les abrieron la barriga. Por esa razón eran tan importantes, hasta alcanzar la estada de secretos de Estado en ocasiones, los derroteros y cartas alzadas durante los años de los descubrimientos.

—¿Secretos de Estado? Es curioso.

—Como ejemplo, puedo citarte lo que sucedió con nuestras navegaciones por las Altas Californias durante la segunda mitad del siglo pasado, cuando nuestra escasa diligencia en guardar la información reservada de mucho sirvió a los ingleses.

—¿Robaron información los britanos? Bueno, nuestros aliados son capaces de vender su alma al diablo por cualquier pesquisa. Y, si se trata de cuestiones marineras, más todavía.

—En efecto. De las muchas expediciones que se consideraron como fundamentales para conseguir lo que mi padre denominaba como el final del descubrimiento de América...

—¿Descubrimiento final de América en la época de tu padre? —Pepe mostraba sonrisa de incredulidad.

—Eres un indocumentado histórico y deberías leer más sobre nuestra historia, ahora que vas a emparentar con una familia española.

—También debería leer sobre los descubrimientos de la Marina portuguesa en África y Asia, que no son pocos y desconozco en alto grado.

—Debes tener en cuenta que no todo el continente americano se descubrió en el siglo xv o xvi, amigo mío. Han sido centenares las expediciones y navegaciones de exploración y descubrimiento llevadas a cabo por nuestros hombres de mar con posterioridad. Y, cuando hablo de ese descubrimiento final, me refiero a las costas del noroeste americano, calificadas todavía como tierra incógnita a mediados del siglo pasado. Son de destacar las que llevó a

cabo el alférez de navío Juan Francisco de la Bodega y Quadra, acompañado por un excepcional piloto, Antonio Mourelle de la Rúa. Los mapas y diarios de ambos, donde se detallaban el puerto de los Remedios, isla Quadra, puerto Bucareli, islas Nutka y rada de San Lorenzo, el estrecho de Juan de Fuca, etc., que suponían un gigantesco avance en el conocimiento de aquellas costas, llegaron a Madrid y allí volaron con los diablos.

—Supongo que llegaron a manos inglesas.

—En efecto. Eran muy diligentes en ese aspecto los embajadores britanos ante la Corte de Su Majestad Católica. Bien sabe Dios que en nuestras secretarías se perdieron demasiados documentos de alto valor durante el anterior reinado. Pero, de forma especial, en lo que respecta a este apartado, el diario de Mourelle llegó a las manos de ese afamado navegante llamado mister James Cook, que lo utilizó en sus expediciones, aunque los britanos aleguen lo contrario. Son evidentes las pruebas, especialmente tras las declaraciones de un marinero mallorquín con él embarcado.

—¿No fue, entonces, tan importante la labor descubridora de ese famoso navegante?

—Vamos a ver, Pepe. Descubrir es hallar lo que se encontraba ignoto hasta ese momento. Pero ese navegante inglés no ignoraba la existencia de esas tierras que, según los británicos, llegó a descubrir. Cuando el tal mister James Cook salió de Plymouth en julio de 1776, tenía a su disposición una copia del diario del piloto español Mourelle de la Rúa, que llegó a sus manos de forma clandestina^[7]. Pero también disponía de más noticias, no sabemos con que precisión, de las expediciones españolas^[8]. Y ya estoy harto de escuchar tantas historias sobre descubrimientos, que se limitan a cambiar nombres hispanos por otros en honor de ciertos personajes britanos que permanecían con el culo caliente mientras a nosotros nos llegaba el hielo en aquellas aguas hasta las barbas. En lo que respecta a la costa noroccidental americana, ese britano se limitó a redescubrir y rebautizar con nombres ingleses, lo que ya disponía de nombre hispano. Una acción, en mi opinión, vergonzosa, aunque muy utilizada durante el siglo pasado por nuestros aliados actuales. Pero dejemos de divagar y pasemos a lo que de verdad me interesa ahora. ¿Cómo puedo atacar a tu compatriota, el capitán de navío Pimentel? Quiero decir que, si lo conoces, me expliques cómo es y la mejor forma de entrarle al trapo.

—Conozco al capitán de navío Armando Pimentel, aunque de forma un tanto superficial. Pero a bordo del navío Douro se encuentra un gran amigo mío, el teniente de navío Tito Monteiro, a quien conozco desde antes de su

ingreso en la Marina. Pero, ya de entrada, puedo adelantarte que la mejor forma de atacar a Pimentel es con un buen ágape, con ricas carnes y, de forma especial, en el que circulen caldos generosos.

—Me parece una genial idea. Espero que le gusten las carnes fuertemente sazonadas al estilo de caza, como las prepara Okumé.

—Las carnes de tu cocinero africano gustarían en el palacio real. Pero, además de un buen vino, recuerda la necesidad de los aguardientes. Y aunque se trate de documentos un tanto confidenciales, no creo que mis compatriotas desconfíen de vosotros. En estos días, no parece que España vaya a conquistar Portugal ni a arrebatarle sus colonias africanas.

—Estoy de acuerdo. No andamos para tales empresas. En ese caso, como me ha concedido recibo para mañana por la mañana, lo invitaré. ¿Me recomiendas almuerzo o cena?

—Cena sin dudarlo. De esa forma puede regresar a su barco en dulce bamboleo y entrar en sueños profundos por derecho.

Quedamos unos segundos en silencio. Pepe volvió a beber de su copa de aguardiente, antes de largar un comentario que esperaba.

—Ha sido una bendición de Dios que te asignen esa misión. Te hablo en serio. En pocos días has cambiado mucho y para bien.

—Por fortuna, apenas dispongo de tiempo para enhebrar penosos recuerdos en la mollera. De todas formas, cuando cierro los ojos por la noche, todavía aparecen cuadros que causan un profundo dolor. Y hay una escena que se quedó grabada a fuego. Me sigo viendo como la mano que quitó la vida a Eugenia.

—Por favor, Santiago, lo que dices es un verdadero disparate. Nadie podía imaginar que la dulce niñera fuera una asesina, hija del putorrón más tirado del puerto. Pecasteis de generosidad, pero eso no te convierte en asesino. Creo que Eugenia, desde el cielo, ha conseguido que salgas a la mar en esa complicada e importante misión. Ya sé que lo habrás escuchado una y mil veces, incluso te molestará oírlo una vez más, pero el tiempo es capaz de curar hasta los miasmas cerebrales más poderosos. También lo sufrí yo y creí que jamás lo superaría.

—¿Tú? No sabía que...

—No pienses que estuve casado ni nada parecido, por favor. No corre por esa vereda la penosa historia —Pepe ofreció una mueca de tristeza, antes de continuar—. Tenía un hermano gemelo. Éramos tan iguales, que tan sólo unos pocos nos reconocían. Estábamos tan unidos que apenas necesitábamos hablar entre nosotros para comunicarnos. Porque, más que un hermano, fue el mejor

amigo del que jamás disfruté y cuya pérdida consideré imposible de superar, especialmente por las causas que..., las causas que la motivaron.

Pepe guardó silencio, como si buscara recuerdos en su cerebro o intentara evitarlos. Volvió a mirarme fijamente antes de continuar.

—Como sabes, cuando mi padre salía a la mar, nos mudábamos a la hacienda de mi abuelo en tierras extremeñas. Se trataba de unos meses de abierta felicidad, en los que todo nos estaba permitido. La familia al completo era muy aficionada a la caza y nos metieron ese gusanillo bien dentro. Apenas contábamos con catorce años, unos meses antes de que sentáramos plaza en el Colegio de Infantería, ambición sentida por los dos hermanos, aunque nuestro padre prefería que siguiéramos sus pasos en la Marina Real. Durante una cacería, Jorge, que así se llamaba mi hermano, caminaba a mi lado. Los dos manteníamos las escopetas cargadas y a la mano, una verdadera estupidez porque nos dirigíamos hacia un aguardo de reses y no andábamos pendientes del volateo. El desgraciado caso es que tropecé en una piedra y al caer se me disparó el arma. La bala impactó de lleno en el estómago de mi hermano. Fue una muerte lenta y dolorosa —una mueca de congoja apareció en su rostro—. Como tú mismo has dicho, durante bastante tiempo me creí el asesino de mi hermano, del ser más querido. Tanto es así que retrasé en un año mi ingreso en la vida militar porque andaba perdido en sueños negros. Pero lo superé. El tiempo, no siempre para bien, puede con todo. Soy consciente de lo que querías a Eugenia, pero poco a poco se difuminará su perfil en tu cerebro, hasta hacerse difícil recordar su rostro con cierta nitidez. Sé que te parecerá una condición imposible en estos momentos, pero así es la vida, queramos o no.

Guardamos silencio, ahora de forma deseada y con largura, mientras continuábamos bebiendo de la frasca de aguardiente. Sabía que Pepe tenía razón, que era condición normal, como mi padre había casado con una segunda mujer. Pero todavía en mi caso parecía condición imposible y el rostro de Eugenia se mantenía con preciso detalle en mi cerebro.

* * *

Cuando a bordo de la falúa, con Okumé emplazado a la caña, cerraba distancias con el navío Douro, me pareció una magnífica unidad. Fondeado en la bahía gaditana a escasas varas de la ciudad plateada, ofrecía las características habituales en un tradicional 74^[9]. Se asemejaba bastante a los de su clase británicos, navíos de tercera clase con arboladura rebajada,

perchas^[10] de confianza y piezas de 32 pulgadas en su batería baja. Para envidia de muchos buques españoles, mostraba lustre dorado en las tablas y pintura recién labrada. Claro que los seculares aliados de los británicos carenaban y recorrían sus unidades alistadas por el teatro europeo en los puertos ingleses, una ventaja digna de especial mención.

Por fin tomamos el portalón a la banda y, sin perder un segundo más en la pura y gozosa observación, trepé con agilidad hacia su cubierta. Una vez pisé las tablas, fui recibido por un teniente de navío rubicundo, magro de carnes y espigado como Quijote cervantino, aunque cambiara lanza en astillero por el espadín reglamentario a la mano. Me impresionó el impecable uniforme que vestía, como recién salido de las manos de un buen sastre, condición poco habitual en la Real Armada por aquellos días. Se dirigió a mí con soltura y en correcto castellano, aunque silbara las palabras con ese acento natural en los vecinos de nuestro país hermano.

—Teniente de navío Tito Monteiro a su servicio, señor. Supongo que tengo el honor de recibir a bordo del navío Douro al capitán de navío Leñanza, comandante de la fragata *Proserpina*.

El oficial portugués me sonreía como si nos conociéramos de épocas pasadas. Y era tal su soltura en el trato que me hizo dudar a fondo, hasta llegar a pensar que podíamos habernos encontrado en alguna reunión de las mantenidas entre oficiales de ambas Marinas. Por fortuna, caí en la cuenta de que debía ser el amigo de Pepe.

—Le agradezco el recibimiento, Monteiro. En efecto, soy el capitán de navío Francisco Leñanza. Y supongo que vos debéis ser el buen amigo de mi futuro cuñado, el capitán Lopes de Moura.

—Sí, señor. El viejo amigo de Pepe. Asistimos al mismo colegio de franciscanos en Lisboa hace bastantes años, de jovencitos. Un buen hombre que va a sentar definitivamente su alocada cabeza con una bella joven española.

—En eso confío como primo y tutor de la novia, cuando se calmen las aguas en Europa.

—No es esa condición fácil de conseguir en este viejo continente, señor. Al menos, espero que logremos echar a los franceses de la Península. Supongo que deseáis ver al señor comandante.

—Así es. Me ha citado para esta hora, tras elevar la correspondiente petición de recibo.

—Le espera en su cámara. Acompañeme, por favor.

Seguí los pasos de Monteiro por la banda de babor, en dirección a popa. Y aunque desfilamos a elevada velocidad, pude comprobar con cierto regusto que el aspecto del navío, en cuanto a maderas, aparejo y jarcia de firme, era magnífico y muy bien mantenido. Poco después, me recibía el comandante con una sonrisa alargada y muestras amistosas en su cámara.

—Bienvenido al navío Douro, comandante Leñanza.

—Le agradezco la rápida contestación para recibirme a bordo del buque bajo su mando, comandante Pimentel.

—Es un verdadero placer. Además, creo que anda un tanto aligerado de ideas y con mucho trabajo a proa, por lo que no debíamos perder tiempo en inútiles esperas protocolarias.

Quedé en silencio porque no sabía hasta qué punto el capitán de navío Pimentel se encontraría al tanto de la misión encomendada a la *Proserpina*, un desconocimiento que me desazonó en los primeros momentos al comprender que debía haberlo previsto. Pero mientras tomaba el asiento que me ofrecía, acolchado en tinte a la mampara de proa, el propio portugués despejaba las dudas.

—Deduzco por el gesto de su cara, que vacila sobre mis conocimientos respecto a la complicada misión que encarará en los próximos días. No se preocupe. Estoy al tanto y con detalle de la reservada gestión que ha de emprender la fragata bajo su mando por las aguas del mar de las Indias. Así me lo aclaró ayer el comandante general de la Escuadra Española, teniente general Valdés. Y al igual que le aseguré a él, puede confiar al ciento en mi discreción. También nosotros hemos sufrido graves incompetencias de gobernadores o virreyes en las colonias.

—Me alegro de los detalles que ofrece. Pero también de que hable el castellano con tal perfección. He de reconocer que soy muy torpe con su idioma.

—No se trata de acción meritoria. Vine al mundo en una hacienda que mi padre poseía cerca de la localidad de Elvas, a tiro de piedra de la villa extremeña de Badajoz. Tan sólo nos separa el río Guadiana. Allí todos hablamos las dos lenguas.

—Me alegro. El idioma es a veces una barrera infranqueable.

Quedó en silencio Pimentel, con lo que sufrí durante algunos segundos, porque no sabía exactamente por dónde debía atacarlo. No obstante, la diosa llegó en auxilio y mi anfitrión abordó directamente el tema.

—Como vamos a tratar ciertas cuestiones con la debida discreción y lucimos el mismo empleo, si le parece bien, podríamos llamarnos por el

nombre. El mío es Armando. Y ya sé que el suyo obedece a las aguas de San Francisco de Asís, al que le une el condado de Tarfí.

—Mucho le agradezco la confianza que me ofrece, Armando. En efecto, sus conocimientos pueden facilitar en mucho mi labor.

—Ya sé que sufren problemas con el capitán Joao Silveira, un personaje bastante conocido en nuestra Marina —movió la cabeza hacia ambos lados, al tiempo que mostraba una sonrisa incierta que no llegué a descifrar todavía—. Las casualidades en esta vida aparecen cuando menos se las espera. Porque puedo adelantarle que navegué con él hace bastante tiempo.

—¿Lo conoce personalmente?

—Desde luego. Debe ser dos o tres años mayor que yo, pero coincidimos en una fragata, la Santa Catarina do Monte Sinaí, mi primer embarque de oficial con patente. Era un hombre extraordinariamente divertido, educado, colaborador y oficial de guerra muy completo. Por desgracia, se desvió pocos años después.

—¿Se desvió? —dejé la pregunta en el aire durante algunos segundos porque no comprendía exactamente el significado—. ¿Se refiere a posibles problemas con la Real Marina portuguesa?

—No. Jamás sufrió dificultades importantes con nuestra Marina. Se desenvolvía muy bien y mantenía una prometedora carrera, hasta que tomó el mando de un pequeño bergantín, con el que fue asignado a la costa sudoriental africana, a la colonia de Mozambique. Allí conoció a la hija de quien fue, sin duda, el mejor de los virreyes portugueses en aquel virreinato, Francisco José María Lacerda y Almeida.

Uno de los pocos que se decidió a explorar el corazón del África central, actitud necesaria para conseguir la seguridad de nuestros emplazamientos. Además, concibió la grandiosa y previsor idea de unir las colonias de Mozambique y Angola mediante posiciones fuertes portuguesas, lo que habría solucionado tantos problemas. Por desgracia, a su muerte en 1798, todo regresó a su antiguo y deplorable estado.

—Y casó con su hija.

—En efecto. Mi opinión personal es que sucumbió a la belleza de aquellas tierras, costas y perfumes, pero también al sistema de vida colonial, denostado por muchos y anhelado por otros. Hay quien una vez allí, jamás regresa. Silveira había sido siempre un personaje fantasioso con aires quiméricos de grandeza, condición bastante habitual en miembros de familias nobles venidas a menos, especialmente segundones. Creyó que allí podría desarrollar todos sus sueños.

Pimentel regresaba al silencio con demasiada rapidez. Por tal razón, sufría en mis carnes el sentimiento de que debería sonsacarle la información a tirón de esteras y con el necesario tiento.

—Y matrimonió con la hija del virrey en unión de fortuna —medié para aligerar la maniobra.

—Podría decirse así sin entrar en grave error, aunque no se ajuste a la realidad por completo. Se comentaba que la hija del virrey era mujer encantadora y de una belleza arrebatadora, que cayó rendida en amores por Silveira. Es de reconocer que se trataba de hombre agraciado en perfiles y con exquisitas maneras. Una vez casado, comienza a asentarse en aquellas costas. En primer lugar, solicita la separación voluntaria del servicio, condición que le conceden con inesperada rapidez, gracias a la intervención personal de su suegro. Y a partir de ahí se dedica de lleno al comercio, sin olvidar sus posesiones en tierra, recibidas por vía conyugal.

—¿Comercio con buques de su propiedad? ¿Acaso formó compañía propia? —insistí ante el nuevo y repetido descanso.

—Ahí entramos ya en el primero de los comentarios lanzados entre cortinas o, como dicen ustedes, en corrillos cerrados. Porque a partir de ahora le hablo sobre escasa base documental o conocimientos personales y solamente por medio de observaciones particulares, las más de ellas aportadas por oficiales portugueses tras rendir travesía por aquellas aguas. Y, como le decía, se corrió entre nuestros compañeros que, una vez abandonada la Marina Real, había quedado viudo con rapidez y perdido la gran fortuna heredada de su mujer. Pero, a continuación, y con escaso margen de tiempo, ganaba en fabulosa apuesta un palacete suntuoso en la costa de la bahía de Delagoa, generosas haciendas en el interior, así como una hermosa fragata, esa *Andorinha* que debe aparecer en sus sueños.

—¿Un palacete, tierras y una fragata ganadas en una sola apuesta? Parece un giro demasiado llamativo para darlo por cierto. ¿Era Silveira muy aficionado a los naipes? —comenzaban a sonarme aquellas informaciones como jarrón de espuma.

—Desconozco si era aficionado al juego, pero puede dar por corroborado el resultado, aunque le cueste creerlo. Ya le digo que todo se basa en comentarios, pero es indudable que posee y marina esa fragata que le roba los pensamientos —ahora parecía reír su propia gracia—. Pero debe considerarme un oficial con escasas dotes de anfitrión. Todavía no le he ofrecido un refrigerio. ¿Le apetecería tomar un clarete de Madeira?

—Encantado.

Armando Pimentel abandonaba su asiento con extrema agilidad para hacer sonar una pequeña campanilla de plata, que reposaba sobre su mesa de trabajo. Pero quizás obsesionado en mi cerebro con una persistente idea, lo estimé como necesidad por su parte para ralentizar una vez más el curso de la conversación. Pensé para mis adentros que sería una alargada empresa sonsacar hasta los fondos al comandante portugués. Debería ejercer la paciencia al límite máximo, una cualidad de la que no gozaba con la necesaria largura, si deseaba arribar a puerto conocido alguna vez.

5. Declaraciones interesantes

No sin excesivo retraso, nos sirvieron unos vasos de un clarete muy agradable a la garganta. Sin embargo, y para aumentar la decepción que corroía poco a poco mis tripas, Armando Pimentel entraba por derecho y en cambio repentino con temas más propios de recibo y mesa corrida, sin mayor trascendencia ni interés en la empresa embastada hasta el momento. No sé por qué, me sentía atacado por una irrefrenable intranquilidad, impropia en mi habitual comportamiento. Sabía que el anfitrión disponía de escaso tiempo para dedicar a mis muchos interrogantes, pero debía calmar las ansias. No parecía oportuno cerrarme a la banda, sino mantener la conversación en los términos generales de cortesía ofrecidos, aunque la sangre comenzara a correr por las venas a mayor velocidad. De esta forma, decidí alabar las condiciones de su buque, condición que mucho suele alegrar a todo mando que las escucha. Y quede claro que, en esta ocasión, se trataba de impresiones manifestadas con pura sinceridad, sin exageración ni adulación alguna.

—He de declararle, Armando, que me ha causado una magnífica y envidiable impresión el estado general que presenta el navío bajo su mando.

—Le agradezco mucho esas palabras. Pero es de ley reconocer que tan agradable situación se debe en un elevado tanto por ciento a la generosidad de nuestros aliados británicos. Precisamente rindo viaje a Cádiz desde Plymouth, donde he recibido una carena completa digna de falúa real, así como reposición de la cabuyería en mal estado, que no era poca. Incluso me ajustaron algunos pistoletos de fuego y cureñas de la batería baja sin solicitarlo. Fue muy provechoso que me escogieran para efectuar un transporte desde Cádiz hacia el puerto inglés con cuatrocientos prisioneros franceses, que tanto complican la vida en esta bahía. Y oportuno porque solamente me restan unos pocos meses de disfrute por estas benditas aguas, antes de partir de forma definitiva hacia las costas del Brasil. Por desgracia, allí no dispondré de tan efectivos remedios.

—Le ha sonreído la suerte. Por el contrario, compruebo que también se manejan a la baja en el apartado del personal, esa asignatura que sufrimos con superior estrago en nuestra Armada.

—En efecto. No llegamos a la media dotación ordenada para sus buques, condición difícil de comprender, pero tampoco alcanzamos el completo. Parece que nuestras autoridades entran en el mismo yerro, porque no se estima como amenaza cierta más que alguna fragata francesa armada al corso. Y es cierto, sin duda. Sus navíos, escasos y en mala situación de mantenimiento, los guardan celosamente en puerto. Pero la mar se mantiene en las mismas condiciones, ya sea cruzando periodos de paz o guerra, y a ella debemos enfrentarnos con los hombres necesarios. Durante el tornaviaje hacia aquí, se me presentó una ocasión de oro cuando barajaba lo que ustedes denominan como costa de la muerte, donde avisté una fragata gabacha de cuarenta cañones, en las cercanías de Oporto.

—En Galicia la llaman como Costa da Morte. Muchos son los buques que se han abierto de cuadernas en sus aguas. ¿No consiguió entrarle en fuegos?

—Era a pleno día y con buena visibilidad. Detectó mi presencia a bastante distancia y pudo escapar con todo el aparejo largado. Pero supongo, Francisco, que deseará retomar el tema abandonado sobre nuestro amigo Silveira. Seguro que le interesa más.

Respiré a fondo y con agradecimiento, al escuchar aquellas palabras.

—Si lo estima conveniente, no he de negarme.

—Bien, regresemos al capitán Joao Silveira entonces. Creo que le hablaba de esa apuesta fantástica que aclaró su futuro, tal y como se comenta en chascarrillos.

—Debió ser un envite fabuloso.

—Desde luego, si son ciertas las noticias manejadas en Portugal. Y deben amparar verdad porque me llegaron desde diferentes vías, aunque varíen algunos detalles menores. Pero no debió andar muy a las claras porque la jugada se remató en duelo de caballeros.

—¿Un duelo?

—Según parece, todo se desarrolló en una partida de cartas, mano a mano con un comerciante holandés que poseía ricos negocios en Mozambique y el Transvaal. Este afrikáner...

—¿Ha dicho afrikáner? ¿Se trata de alguna raza en especial?

—Se denominan a sí mismos con ese nombre, los descendientes de holandeses establecidos en los territorios sudafricanos de El Cabo, Natal,

Orange y Transvaal. Este debía ser de pura sangre holandesa porque se llamaba Van der Toorn, si los recuerdos no me fallan.

—Lo desconocía.

—Pues este hombre, aunque procedente del Transvaal, había centrado su vida de forma permanente al sur de la bahía de Delagoa, en una antigua factoría portuguesa fundada a mediados del siglo XVI por Lourenço Marques, que con ese nombre se ha convertido en el puerto principal de la colonia. Allí había construido ese palacete que le refería, fabuloso según algunos comentarios de compañeros que llegaron a ser invitados a él, una vez en manos de Silveira. El afrikáner también había fundado una compañía comercial, de la que esa fragata *Andorinha* era el buque principal, aunque su nombre original era Hollandia, posiblemente, en recuerdo de su origen. Debe ser cierto que la famosa partida de naipes tuvo lugar, así como que Silveira le ganó al afrikáner el palacio, la compañía y buenas tierras del interior.

—Vamos, que, como dicen los jugadores profesionales, el portugués desplumó al afrikáner hasta dejarlo con los cueros pelados y al aire.

—En efecto. También se comentaba que el holandés había jugado la partida con demasiado alcohol en el cuerpo, borracho cual bucanero en taberna jamaicana, lo que normalmente se considera incorrecto en un caballero, como bien sabe. Por tal razón, al día siguiente Van der Toorn acudió a visitar a Silveira para pedirle explicaciones. Le afeó su conducta por haberlo desplumado mientras se encontraba como una cuba y aprovechándose de tan indecorosa circunstancia. Mi compatriota no entró en razones de ninguna forma y se afirmó como justo ganador de aquellos bienes, que no pensaba devolverle. La discusión debió alcanzar tintes elevados, al punto de ser ofendido Silveira en el rostro por Van der Toor y acordado desenlace de caballeros. Pero nada de duelo a la primera sangre ni esas comedias infantiles tan al uso en estos días, sino encuentro a muerte. Por fortuna para el portugués, era un magnífico tirador a pistola y experto en lances de ese tipo. No falló en la ocasión, dando muerte al ofensor. Parece ser que acertó en pleno corazón, con instantánea muerte del ofensor.

—Su narración se asemeja a una historia de aventuras. Supongo que, a partir de entonces, Silveira continuó con los negocios del holandés.

—Así es. Ya se encontraba el portugués viudo y arruinado, por lo que esa jugada lo reflató al nivel de vida ambicionado, y de qué manera. La compañía disponía de la mencionada fragata, pero también de otras unidades menores nada despreciables, ideales para el tráfico entre las islas de aquella zona. Se hizo cargo de ella, de la suntuosa mansión en Lourenço Marques y de las

haciendas del sur. Pero en esta ocasión no se dedicó a dilapidar su fortuna como en la ocasión anterior, sino que comenzó a multiplicarla sin medida. Parece que había aprendido bien la lección. Y aunque no se deban comentar los detalles deshonorosos de los caballeros sin la debida certificación, son muchas las voces que basan su posterior y fabuloso enriquecimiento gracias al comercio del oro, del marfil y..., y de la venta de esclavos.

—¿Se dedicó a la trata de esclavos?

—Bueno, parece ser que ya el afrikáner había entrado en esa lucrativa actividad y Silveira se limitó a continuarla, pero en mayor escala. Aunque sea un negocio muy criticado en algunos ámbitos, y a pesar de que la campaña abolicionista se encuentra en auge por estos días, todavía no ha sido aceptada por Portugal ni España, entre otros países. Pero ya se habla de que será un tema a tratar en cuanto acabe la guerra, y estoy seguro de que se prohibirá de forma tajante. Siempre fueron los franceses, desde su revolución, los abanderados en esa cuestión, pero parece que ahora se les suman los británicos y refuerzan tal postura, aunque se hayan beneficiado de la trata más que ningún otro país. Supongo que debe ser porque han perdido sus plantaciones algodonerías en las colonias americanas.

—Mucho lucharon a lo largo del siglo pasado para que España les concediera el asiento de negros en nuestras posesiones americanas.

—En efecto.

—Bueno, parece ser que el señor Silveira se convirtió en un hombre muy rico —no estaba dispuesto a cerrar el grifo otra vez.

—Enormemente acaudalado. Con buen ojo comercial, llegó a trabar muy beneficiosos acuerdos con tribus de la zona hacia el interior de Mozambique, especialmente con el pueblo zulú, de los más belicosos, al punto de haber arrasado algunas factorías portuguesas en repetición. Y parece ser que ellos respetan sus posesiones, al tiempo que le surten de esclavos en suficiente cantidad, así como marfil y otros productos. Supongo que las contrapartidas de Silveira serán muy atractivas. Pero no sólo vende hombres por el camino habitual en las colonias establecidas por las costas americanas, sino también en los mares de las Indias, de China y del Sur.

—De acuerdo con su información, parece que Joao Silveira dispone su base de operaciones principal en ese puerto de Lorenzo Márquez.

—En efecto, aunque también posee establecimientos comerciales en Macao y la costa de la India. Pero parece que ha ensanchado su campo de acción en los últimos años, porque apareció en Acapulco, donde el virrey español le embarcó el acaudalado transporte y llevaba carga para Manila. Y

en esta ocasión se encontraba el propio Silveira al mando de la *Andorinha*. Porque según tenía entendido, no siempre patronea la fragata. También dispone de una goleta muy velera, creo que la llaman Capital, en la que gusta recorrer el mar de las Indias.

—Si tan inmensamente rico es, no debería ensuciar sus manos con doce millones de pesos.

—En ese caso concreto prefiero no opinar, y debe comprender mi postura. De todas formas, si ya se trata de una cantidad muy importante para el Gobierno de España, imagínese lo que supone para la bolsa particular. A cualquier hombre puede llegar a cegarle la avaricia. Aunque también es posible que andemos elucubrando calumnias en falso y la *Andorinha* se haya topado con un tifón o un temporal de muerte, hasta acabar por reposar sus cuadernas en los fondos. O que sufriera graves averías y se encuentre en reparación por algún puerto perdido. Sin olvidar la piratería que asuela el mar de la China de forma inclemente. En fin, ambos sabemos que en la mar todo es posible y más todavía si se encara una navegación de ese calibre, con miles y miles de millas a navegar. Y las dificultades aumentan si embarcas a bordo mercancías por valor de doce millones de pesos.

—Si se rindió a los fondos de Neptuno, nada quedaría por hacer. Pero tal noticia habría llegado tarde o temprano hasta el mundo civilizado. Ahora he de pedirle una respuesta, que puede declinar en caso de considerarla inoportuna. Si tuviera que dar con el capitán Silveira en misión de importancia como la mía, ¿por dónde comenzaría la búsqueda?

—Le adelanto, Francisco, que la Real Marina portuguesa no se siente orgullosa del capitán Silveira ni una onza. Incluso se ha propuesto en más de una ocasión investigar sus actividades muy en serio. Pero contestando encantado a su pregunta, si me viera forzado a encontrarlo, comenzaría por la estación de Lourenço Marques, sin dudarlo. Parece que mantiene especial predilección por su palacete africano. También se rumorea que siempre vuelve allí, donde le espera su segunda mujer, una princesa india de inmensa belleza, raptada en Goa ante la oposición de sus padres. Por tal razón fue perseguido durante algunos meses por los ingleses, que mantienen buenas relaciones con esas extrañas monarquías indias. Bueno, esta última historia podría componerse en coplillas populares o novela de lance. Pero ya ve que estoy dispuesto a narrarle hasta el último de los chascarrillos menores sobre el capitán Silveira y sus circunstancias.

—Se lo agradezco, Armando. Cualquier detalle puede ser interesante, llegado el momento.

—Aparte de esa estación portuguesa en Mozambique, es posible que Silveira se encuentre navegando por quién sabe dónde. También se comentaba que mantiene buenas relaciones con los franceses y baraja a menudo la isla de La Reunión, donde posee factoría propia, las islas Comores y la de San Lorenzo. La guerra abierta entre su país y esos gabachos endemoniados no parece afectar a sus transacciones comerciales, uno de los aspectos por los que debería ser investigado. Pero como no disponemos de pruebas en tal sentido, nada podemos hacer. Y no debe olvidar que donde aumenta la presencia de unidades gabachas es en esas aguas que deberá recorrer. Son muy celosos de sus islas en la zona, que han pasado de manos francesas a inglesas y viceversa en diversas ocasiones.

—Eso me había comentado el general Valdés. Creo que no va a ser misión sencilla, esta que acaban de endosarme sobre las alas.

—Muy complicada por ambas bandas y con muchos miles de millas por navegar. Pero estoy seguro de que la encuentra apasionante, lo que se percibe en su rostro. Aunque ya entré en la cuarentena, gozaría con una misión así y me ofrecería como voluntario ahora mismo, aunque ya haya barajado aquellas costas.

—Ese es otro punto del que deseaba tratar con usted, Armando, dada su importancia para la seguridad de mi fragata. Es una magnífica noticia que haya navegado por aquellas aguas y pueda transferirme, aunque sea en parte, su experiencia. Pero no debo abusar de su tiempo —había comprobado que Pimentel dirigía la mirada de forma repetida hacia el reloj de balances, lo que confirmaba la noticia expuesta por el teniente de navío Monteiro sobre la próxima cita de su comandante—. Es posible que sea más adecuado continuar esta conversación a bordo de la fragata *Proserpina*, durante una cena a la que tengo el placer de invitarle.

—Pues ya que lo dice, se lo agradecería. Estoy citado dentro de una hora con el comodoro inglés de esa división que fondeó ayer tarde, procedente de Lisboa. Creo que en mi tornaviaje a Brasil deberé darle conserva a un par de buques británicos. Acepto su invitación más que agradecido. Soy un gran amante de la cocina española, sin olvidar sus extraordinarios vinos. Y según tengo entendido, es conocida la categoría de la mesa del señor conde de Tarfí.

El capitán de navío Pimentel ofreció una sonrisa franca y deseosa, como si soñara con los caldos rojos por adelantado. Estimé que formaba parte del grupo de hombres dependientes en alto grado de las bebidas generosas, al observar la velocidad con la que trasegaba las copas del clarete a tan temprana

hora, y su piel enrojecida en nubes por el rostro. Y era buena condición para la segunda tanda de peticiones que debería elevar.

—No es igual en tierra que a bordo, pero lo intentaremos. Puede estar seguro, Armando, de que probará exquisitas carnes y los mejores caldos españoles que se puedan encontrar. Sin olvidar un aguardiente capaz de curar la peor de las enfermedades, orgullo de mi casa y de mi buque. ¿Le parece bien mañana a las ocho de la tarde, si no se encuentra cerrado por otro compromiso?

—Nada he de afrontar mañana en la noche. Será un verdadero placer y allí me tendrá.

—Me gustaría ampliar la invitación al teniente de navío Monteiro, conocido del capitán portugués Lopes de Moura, buen amigo personal y prometido de mi prima, con la que ejerzo tutoría familiar.

—Creo que conozco a ese capitán. No se preocupe, llevaré a Monteiro conmigo. Será una excelente velada hispano-portuguesa.

—Por supuesto.

Abandoné el navío Douro con sentimientos encontrados en el pecho. Al menos, había remitido la impaciencia que me reconcomía las entrañas, absurda e inexplicable actitud de mi parte. Porque dispondría de mucho tiempo para atacar al portugués borrachín y sonsacarle hasta la última letra. Pero debía ser que, conforme recibía información del capitán Silveira, comprobaba que la misión ordenada a la *Proserpina* se agigantaba por momentos, y no solamente en mi cabeza, sino en los miles de millas que podría cubrir. Y las posibilidades de éxito quedaban un tanto embarcadas en naves de fantasía. Porque si aquel capitán portugués, cuyo desconocido rostro se me aparecía con claridad en el cerebro, poseía tan importante fortuna, debía ser lo suficientemente inteligente para no dejarse cazar por un español, desconocedor del terreno y de las aguas por donde él se movería como liebre en cama propia. No obstante, los detalles que escuchaba de aquellas lejanas tierras me atraían más y más. No podía quejarme, bien lo sabía Dios y el coro de ángeles. Abordaba la misión más deseada por cualquier oficial de la Armada y debía disfrutar de ella a fondo, aunque los pensamientos negros recalaran en demasiadas ocasiones por el cerebro.

* * *

Preparamos a conciencia la cena que debía ofrecer a bordo al capitán de navío Pimentel. Aunque fuera normalmente conocido por mi generosa y cordial

hospitalidad como anfitrión, he de reconocer que en este caso particular me movía en alto grado la propia conveniencia y el más puro egoísmo profesional. Porque no podía olvidar que en aquel hombre centraba la principal o única fuente de información sobre determinados detalles del escenario geográfico en el que debería moverme en pocas semanas, así como esos comentarios de vida privada que acababan por ofrecer pormenores de cierta importancia. Y no debemos olvidar que las ricas carnes y los caldos generosos sueltan la lengua con facilidad.

Por su parte, el piloto, don Enrique Esteller, regresó de la Escuela de Pilotos y Depósito Hidrográfico con extraordinarias noticias y material de sumo interés. Habíamos ofrecido escasa importancia a nuestro depósito, en el que se encontraba una parte muy importante de todo el mundo conocido por medio de atlas, cartas náuticas, portulanos, derroteros y diversa información general sobre vientos, corrientes y otros detalles de relevante trascendencia para la navegación. En la práctica, y en cuanto a nuestra específica misión, conseguimos cartas y derroteros que abarcaban toda la costa atlántica occidental, aunque en su segundo apartado, el de la información gráfica y escrita, aparecieran lunares de cierta importancia. En cuanto a la parte oriental africana que tanto nos preocupaba, para nuestra sorpresa se nos ofreció una colección muy completa de cartas náuticas impresas en el Instituto Hidrográfico portugués, labor dirigida por la sabia mano del cartógrafo luso Antonio Pereira da Franca. Se trataba de material recién entrado en la casa, por lo que debimos proceder a levantar copias a mano alzada, labor en la que nos apoyó la Escuela de Pilotos. Pero con los condicionantes habituales en cuanto a accidentes desconocidos o de observación dudosa, tan sólo presentaba el déficit de los accesos a puertos o portulanos, una información que ni siquiera aparecía como endoso lateral.

Reunido con el piloto y el segundo comandante, llegamos a la conclusión de que, como información de la mayor importancia, solamente nos restaba por conseguir los detalles de algún puerto o zona geográfica concreta que debiéramos abordar. Y, de forma especial, teniendo en cuenta la derrota que pensaba seguir, consideramos imprescindible un buen y detallado plano de la bahía de Delagoa, así como de la desembocadura del río Espíritu Santo, en la que se asienta la entrada al puerto de Lorenzo Márquez. También pensando en futuros, si las fuentes corrían en negro, podría ser necesario disponer de un mayor detalle de algunas islas del mar de las Indias, en las que el capitán Silveira ejercía influencia. Y, de acuerdo a la información recibida, estimaba como tales a las de La Reunión, Comores y costa oriental de San Lorenzo.

En el día y hora señalados, me movía con el segundo y Pepe por la cubierta, en espera de nuestros invitados. Aunque la visibilidad comenzaba a declinar, pudimos observar como la falúa del navío portugués, perfectamente empavesada para la ocasión, se dirigía hacia nosotros. Con fuerza de remos y una maniobra perfecta de su patrón, los marineros portugueses acabaron por arbolar la bancada de babor, cuando ya se acoderaban a nuestro costado. Pocos segundos después y con la ceremonia de ordenanza, recibía a bordo de la fragata *Proserpina* al capitán de navío de la Real Marina portuguesa Armando Pimentel Mesquita, comandante del navío Douro. Al llegar a la meseta y pisar cubierta, me destoque en cortesía al tiempo que recitaba la frase ritual.

—Es un gran honor recibirle a bordo de la fragata de la Real Armada *Proserpina*, comandante Pimentel.

—El honor es mío, comandante Leñanza —aunque de forma discreta, el marino portugués giró la vista hacia su alrededor—. Muchas gracias.

—Permita que le presente a los oficiales.

Tras el acto protocolario a popa del combés, paseamos en silencio por la cubierta, ceñidos a la banda de estribor, con dirección a mi cámara. Nos seguían a corta distancia Monteiro, Pepe y mi segundo, a quien había invitado para reforzar el grupo. Ahora, ya Armando inspeccionaba los detalles de mi fragata a la vista y con cierto descaro. Cuando tan sólo habíamos recorrido unos pocos pasos, largó el primero de sus comentarios, con una agradable sonrisa en el rostro.

—No comprendo los lamentos de tantos de sus compañeros, Francisco. A la vista se ofrece con claridad que su fragata se encuentra en dulce.

—Le agradezco sus palabras, Armando. Pero debe recordar que se encuentra a bordo de una de las pocas unidades elegidas, con especiales atenciones y dotación reforzada.

—Recuerdo ese detalle. Debe ser un hombre de suerte, no hay duda.

Llegamos a mi cámara donde, una vez tomado asiento junto a la balconada, le ofrecí una copa de malvasía, una bebida a la que, según me había comentado Pepe, era muy aficionado.

—No puedo creer que me ofrezca malvasía —gesticulaba con signos de felicidad—, una de mis bebidas favoritas. Creo que su servicio de información funciona a las mil maravillas.

—Bueno, es obligación de todo anfitrión intentar conocer las preferencias de sus invitados. De todas formas, es una bebida bastante habitual en España,

aunque solemos tomarla en la sobremesa. Pero ya sé que ustedes la prefieren con anterioridad a las comidas, como los británicos.

—En efecto. Se trata de un caldo delicioso, y este que me ofrece ampara un color más propio de bebida celestial. ¿Sabe de dónde procede el nombre de Malvasía?

—Pues la verdad es que no.

—¿Ustedes tampoco?

Se dirigía al resto de los oficiales, que se mantuvieron en silencio, negando con sus cabezas.

—Es el nombre con el que se conocía antiguamente el vino de Monembasía, ciudad del Peloponeso, muy apreciado en la Edad Media. Parece que para desgracia de los griegos, ya no se elabora en aquel país. Pero se sigue denominando así el vino que se produce con uvas de esa variedad en otras islas del mar Egeo, Chipre, Sicilia, Cerdeña, Provenza y diferentes localidades de España, como Cataluña, Mallorca y Canarias. También se introdujo en las islas Azores, aunque con una muy reducida producción.

—Y deben saber —medió Pepe con autoridad—, que fueron transportadas por los soldados españoles, cuando se llevaron a cabo las expediciones a Oriente del Reino de Aragón. Son los que repartieron aquellas vides por diferentes regiones de Europa. Por tal razón, y de forma especial, se cultivan en la localidad catalana de Sitges, donde aquellas uvas blancas, redondas y tiernas se aclimataron muy bien.

—Un portugués experto en vinos españoles y su historia. Lo aplaudo como se merece —rió Armando, al tiempo que batía palmas.

—Ya sabe que soy medio español, señor comandante. Y cuando matrimonee con mi prometida española, aumentará el porcentaje aunque sea moralmente.

—Debería pasar en ese caso a la infantería española. Pero regresando al tema anterior, lo cierto es que se trata de un vino fabuloso. Un tanto licoroso y fino que recuerda al Moscatel, aunque sin tanto aroma —insistía Pimentel al atacar su segunda copa—. Le agradezco el detalle, Francisco.

—Soy yo quien debe agradecerle toda la información que me suministró ayer. Sin su colaboración, la misión impuesta a esta fragata se haría casi imposible.

—No he hecho nada especial, Francisco. No olvide que somos aliados y debemos auxiliarnos mutuamente. Es posible que, en otra ocasión, la necesidad se produzca en sentido contrario. Por tal razón, me gustaría inaugurar esta velada con un brindis por la reciente colaboración entre

nuestros países, que deberá extenderse en el tiempo. No deberíamos ser enemigos quienes llevamos una sangre muy pareja por nuestras venas.

—Muestro mi acuerdo a sus palabras, una por una —contesté con decisión.

A continuación, se sirvió la cena que habíamos preparado con todo mimo, en la que Okumé destacó de forma sublime, como pocas veces había comprobado en sus muchos años de compañía. Servimos un vino de La Mancha, con cuerpo capaz de derribar a Sansón y un aroma afrutado muy agradable. Pero de forma especial, el comandante portugués alabó una y mil veces las paletillas de cordero en salsa espesa con especias de caza, la máxima especialidad de mi africano. Y mientras se trasegaba vino rojo por boquera ancha, rematamos la cena con unas natillas de media luna, adornadas con variadas confituras. Tan sólo faltaba cubrir la marea con mi máspreciado aguardiente, del que me restaban en casa pocas frascas. Pimentel mostraba ya colores redondos y alababa sin cesar.

—Un almuerzo digno de real palacio, Francisco, y no tome mis palabras como obligado reconocimiento. No comprendo cómo los franceses y los ingleses desprecian la comida española. Porque, en mi opinión, y le soy absolutamente sincero, es de una gran categoría. Cuando llevemos algunas semanas en la mar con proa al continente meridional americano, estoy seguro de que recordaré el cordero que acabo de tomar. Y, por supuesto, sin olvidar los vinos espesos y este delicioso aguardiente, capaz de devolver la vida a un muerto. Es un nombre acertado para la bebida, ese de agua ardiente —reía, divertido—. En otros países sigue un camino parecido, y a las destilaciones de muy alta graduación las llaman agua de vida o agua de fuego. En portugués recibe casi el mismo apelativo español, lo llamamos aguardente. Pero este que bebemos ofrece un aroma muy especial. ¿Puedo saber su procedencia?

—Lo fabrican cerca de Cartagena, en la villa de Cehegín. Mi familia posee una hacienda cerca de esa localidad, en el reino de Murcia. Por esa razón hemos sido aficionados siempre a esta bebida.

—Ya sé de su elevada posición y categoría familiar, señor conde de Tarfí —elevó una sonrisa preñada de picardía, entrado ya en efervescencia de plena camaradería—. Mi segundo comandante, que tiene justa fama de conocer hasta el mínimo detalle de amigos y enemigos, me puso al corriente ayer de los detalles. Es un honor para mí poder colaborar en su misión. Y ya sabe que si necesita cualquier información más, me tiene a su disposición.

—La verdad es, Armando, que hemos encontrado bastante información cartográfica en nuestro Depósito Hidrográfico de las aguas por las que hemos

de navegar. No obstante, sería del máximo interés disponer de algunas cartas de punto mayor, enfocadas a algunos escenarios muy concretos...

—Como la bahía de Delagoa —exhibió una sonrisa de complicidad.

—En efecto, así como la entrada a Lorenzo Márquez. Además, es posible que, si no encontramos allí a nuestro amigo Silveira, debamos progresar hacia otros emplazamientos en los que disponga factoría. Me dijo que tal condición disfrutaba en La Reunión y otras islas.

—Así es. Le hablaré con sinceridad. Puedo ofrecerle todos los detalles que desee sobre la costa mozambiqueña en general, así como de la bahía de Delagoa y la desembocadura del río Espíritu Santo en particular. Para ello será necesario que su piloto se ponga en contacto con mi segundo comandante, porque deberá realizar copias al gusto. También le autorizo a tomar las notas que estime oportunas del derrotero de esa zona, bastante completo y con muchas referencias. Pero en cuanto a las islas francesas, la información de la que dispongo es menor, aunque también la tiene a su disposición. Bueno, como Monteiro se encuentra entre nosotros, puede quedar su segundo con él para tales asuntos.

—Me parece perfecto y le reitero, de nuevo, mi agradecimiento.

—Le repito que somos aliados. Además, y con sinceridad, soy consciente de que no se trata de una zona geográfica de especial interés para su Armada.

—Tiene razón.

—Ahora debo declarar que una cena como la que nos ha ofrecido, bien merece un especial brindis.

Todavía corrió el aguardiente de forma generosa, condición fácil de comprobar al observar el rostro del comandante portugués, que tomaba un vivo color anaranjado. Y era muy aficionado a los brindis, acción repetida en la que no parecía presentar final. Por fortuna, debió comprender que llegaba a su límite de bonanza, aunque en mi opinión lo había sobrepasado con creces, porque decidió despedirse. Supuse, para mis adentros, que necesitaría auxilio de brazos para el pertinente barqueo. Sin embargo, me impresionó el tono firme de su voz al iniciar la definitiva despedida.

—Ha sido una cena memorable, comandante Leñanza, que siempre recordaré. Le repito que es un honor haber colaborado con un oficial de la Real Armada de tan noble estirpe como la suya. Y, según tengo entendido, un verdadero hombre de mar.

—Muchas gracias, comandante Pimentel. Me alegro de haberle conocido y espero que repitamos esta experiencia en el futuro, cuando hayamos expulsado a los franceses de nuestra tierra.

—Que así sea. Le repito que me tiene a su disposición. Si le surge alguna duda, puede pasarme a la voz cualquier requerimiento.

—Así lo haré.

—Por último, elevo mi copa para desearle toda la suerte en esa importante misión que encara. Y aunque se trate de un compatriota mío, espero que cace al capitán Joao Silveira y le haga devolver unos caudales que no son de su propiedad.

Despedimos al capitán de navío Pimentel con los mismos honores que a la llegada. Y aunque en la necesaria corrida por cubierta se mostrara en perchas de corrección, tomó un peligroso balance corporal cuando intentaba embarcar en su falúa. Por fortuna, el teniente de navío Monteiro se mantenía al quite y le ofreció el apoyo necesario. Una vez a bordo, se mantuvo en pie, no sin esfuerzo, mientras nos destocábamos en mutua cortesía.

Convencí a Pepe para que durmiera a bordo, por lo que todavía repasamos en mi cámara el resultado de la cena, mientras dábamos el toque final a una frasca de aguardiente que no se debía perder. Por mi parte, me mostré encantado tras el ofrecimiento de Pimentel, especialmente en cuanto a la copia de cartas y derroteros. Tan sólo dudaba de que tal postura girara en veinte cuartas cuando se evaporaran los vapores alcohólicos. Pero Pepe me convenció de que se trataba de un hombre de palabra. De esta forma, dormí mejor aquella noche y sin sueños oscuros. Tal y como había profetizado el cirujano mayor, el aguardiente es un remedio eficaz para los males del corazón.

6. Listos para salir a la mar

El capitán de navío Pimentel cumplió su palabra hasta la raya y un poco más, si tal condición fuera posible. Acabé por mejorar mucho la impresión inicial hacia él, hasta acabar por convencerme de que se trataba de un auténtico caballero, un hombre de mar honrado y cabal, aunque suspirara en exceso por la malvasía y los aguardientes de carga. Es cierto que en lo más hondo de mi ser había dudado ligeramente de su promesa, sin hacerlo público. Por tal razón me satisfizo sobremanera que, por su orden, tanto el segundo comandante como el piloto del Douro accedieran a los requerimientos de mis hombres en todos los sentidos y con la mejor de las sonrisas. Y destacó por largo el piloto, que había navegado en diversas ocasiones a la colonia de Mozambique, al ofrecer a su colega sabios consejos, que don Enrique anotó de forma concienzuda. De esta forma, podía asegurar que sería posible salir a la mar con el máximo de información disponible para encarar la misión impuesta, dentro de las limitaciones que una navegación por aguas poco navegadas presenta.

En lo que se debía definir como costas de interés directo o de dominio portugués, marcábamos el linde máximo, pero no así con otras que podrían considerarse necesarias en un próximo futuro. No obstante, quedaba bastante madeja por cortar, teniendo en cuenta que la labor de don Enrique necesitaría algunos días de intenso trabajo, como era copiar cartas, portulanos y derroteros, labor en la que fue auxiliado por el pilotín, José María Rovira. Y no era mucho el tiempo disponible porque se nos anunciaba la salida a la mar del Douro para la semana siguiente.

No todas las necesidades de la fragata *Proserpina* se ceñían a esas lagunas cartográficas y de interés para la navegación. Los pertrechos no llegaban en el tiempo previsto y también se retrasaban los víveres solicitados, un delicado aspecto, teniendo en cuenta la impredecible duración de la comisión. Pero seguíamos avante en la preparación, sin prisas acaloradas ni corridas de bulto

porque en poco variaba abandonar la bahía una semana antes o después. Por su parte, el fiel Okumé entraba en habituales tratos con los marchantes para el abastecimiento de la cámara del comandante. En ese particular campo no me atacaba ninguna duda, porque la ciudad de Cádiz se encontraba bien abastecida y, en cuanto a mi persona, continuaba con la carta de crédito en blanco proporcionada de forma generosa por el banquero y amigo don Benito de la Piedra.

Se cubrieron las escasas bajas de personal en marinería y artilleros, aunque tampoco recibíamos ejemplares de alabanza. Sin embargo, fracasaba de momento Romarate en la busca del oficial que debía rellenar el cupo a bordo. Y no porque se moviera poco o faltaran voluntarios para cubrir el puesto, sino por la negativa de sus respectivos jefes a acceder, como era necesario, a desprenderse de dichos tenientes de navío. Mucho hacía sufrir tal condición a mi segundo, al comprobar que solamente restaba la solución de buscar un capitán de fragata, con lo que perdería de nuevo la segunda comandancia. No obstante, la solución, aunque redundara a la baja en teoría, llegó de la mano del guardiamarina Bartolomé Encuadro. Pocos días después, quien había rendido servicio durante la travesía al Río de la Plata y desembarcado para sufrir los pertinentes exámenes en la Academia, nos sorprendió luciendo su immaculada y reciente charretera^[11] en el hombro izquierdo. Mientras el nuevo alférez de fragata era felicitado por sus compañeros en el alcázar, comprobé que me miraba con cierto recelo, como si temiera alguna reacción negativa por mi parte. Para entrar en el tema, le inquirí acerca de su futuro.

—Me alegro de su merecido ascenso, Encuadro. ¿Le han asignado nuevo destino?

—La verdad, señor comandante, que no sé si he obrado en conveniencia en ese aspecto.

—¿A qué se refiere?

—Una vez ascendido, me presenté en la Mayoría General de la Escuadra porque todavía corría en revista como oficial embarcado en la fragata *Proserpina*. Al llegar al navío San Fulgencio, tropecé de cara con el mayor general, que me reconoció. Y doy mi palabra en honor, señor comandante, de que no busqué pasillos de concordia.

—¿Lo reconoció?

—Verá, señor comandante, resulta que el brigadier don Benigno Arlanza es tío mío. Bueno, no por vía carnal, solamente un primo de mi padre. Tras felicitarme por el ascenso, me preguntó por el futuro. Le expuse que mi

mayor deseo sería continuar embarcado bajo sus órdenes a bordo de esta fragata. Y, sin dudarlo, me contestó autorizándolo, aunque agregaba a continuación un recado para usted.

—¿Para mí?

—Así es, señor. Debía comunicarle de su parte que, con mi confirmación a bordo en el empleo de alférez de fragata, podía olvidarse del oficial que buscaba. Entendía que conmigo quedaba más que cubierto el cupo de oficiales de guerra de la fragata *Proserpina* —el joven volvía a tragar saliva con el rostro teñido en blanco—. La verdad, señor, nada sabía de que intentaban embarcar otro oficial. Tan sólo me limité a exponer un deseo. Comprendo que no es lo mismo disponer a bordo de un teniente de navío, que de un imberbe alférez de fragata con la charretera nueva y reluciente.

Dudé algunos segundos porque, en verdad, la noticia no cuadraba con mis expectativas. Pero decidí que, después de todo, el mayor general tenía razón. Encuadro, aunque joven e inexperto, había demostrado valor en combate, trabajo hasta rendir cueros y ganas de aprender. Y nada hay mejor para un oficial de guerra que esos ánimos bien prendidos. Sentí pena al comprobar su ansiedad.

—No se preocupe y sea bienvenido de nuevo a bordo. En efecto, con usted cubrimos el cupo de oficiales. Nada puedo exigir porque otras unidades se mueven con mayor precariedad. Ahora intentaré que de la Real Compañía me asignen a un nuevo guardiamarina.

—Muchas gracias, señor comandante. No sabe lo que se lo agradezco. Lo he pasado muy mal hasta poder largar este peso de mis hombros. Además, tengo entendido que salimos en comisión a Indias de nuevo —volvía a iluminarse su cara—. ¿Hacia el Plata?

—El segundo lo pondrá al día. Pero puede estar seguro de que no se arrepentirá de su decisión.

Una vez resuelto el asunto de personal, dediqué mis esfuerzos al resto de los problemas que aparecían a bordo, aunque ninguno sobresalía por exceso. Parecía difícil de creer que hubiera sido designado para una misión tan suculenta y que, al mismo tiempo, todo se abriera en rosas y sin ninguna merma de importancia a la vista. Disponía de una fragata magnífica bajo mi mando, con la que debería navegar por mares jamás surcadas por los oficiales de a bordo ni por la mayoría de miembros de la Real Armada en aquellos días. Pero, al mismo tiempo, la dotación era buena, aunque ligeramente escasa, destacando un contramaestre, el segundo y el piloto, de excelentes manos. En resumen, ningún garbanzo negro a la vista que pudiera emborronar

el cuadro. Mi hermana Rosalía continuaba asegurando que se trataba de regalos enviados por Eugenia desde el cielo, lo que me costaba creer cuando las pesadillas entraban por la noche a rondón.

* * *

La mañana en la que el navío Douro abandonaba la bahía gaditana definitivamente en demanda de aguas brasileñas, nuestro piloto acababa de rematar su duro trabajo, aunque hubiese debido dormir escasas horas durante los últimos días. También en aquella jornada recibía la buena noticia del embarco de un guardiamarina pequeño de cuerpo y aniñado de cara, llamado Pascual Mascari, palermitano y, por lo tanto, paisano del alférez de fragata Crespi. Se debía a un buen trabajo y apoyo del capitán de fragata y buen amigo Joaquín Cortés, destinado en la Real Compañía. Y, aunque el caballere te se encontraba en verdad más cerca de la teta materna que de las olas en ampollas, parecía vivo, decidido y con ganas de comerse el mundo, detalles siempre positivos en la carrera de las armas.

Solamente restaban escasas partidas de pertrechos y víveres desde el arsenal, para ofrecer a la Mayoría General el preceptivo «listo para salir a la mar», por lo que decidí mantener una nueva reunión con mis oficiales. Establecimos las prioridades, así como posibilidades de derrota hacia el sur, de acuerdo con los vientos dominantes que se prescriben en los tratados de navegación. Bien es cierto que poco confiaba en esos trazados de manual. Todavía recordaba nuestra navegación por las costas patagónicas, en las que sufrimos temporales con vientos que no se ajustaban un palmo a dichas prescripciones. A continuación, volví a charlar de llano con el contra maestre primero, don Anselmo Ruiz, pieza fundamental de todo comandante en la mar. Y como sabrán quienes hayan leído alguno de mis anteriores cuadernillos, se trataba de un personaje formidable, uno de esos nostramos^[12] chapados a la antigua, brazos verdes y mar encastrada en las venas. Una verdadera garantía para las situaciones de mar dura y combate que normalmente se han de sufrir a bordo.

—Bueno, nostramo, queda poco para regresar al tajo mariner o.

—Con toda sinceridad, señor comandante, lo deseo como agua de mayo.

—¿No le ha ido bien por tierra? ¿Algún problema familiar?

—Mi mujer e hija se encuentran en salud, aunque las deudas aumenten en casa. Pero cuando he atravesado tres o cuatro semanas varado en tierra, siento

un hormigueo en la barriga que no me deja dormir. Creo que se me acaba por agriar la sangre.

—Pronto se le endulzará y durante bastantes singladuras. Creo que en una semana más podremos cobrar las anclas. Espero que nuestros hombres regresen a la faena con rapidez.

—Un poco de badana dura en los primeros días será suficiente para que entren de nuevo en cuerdas. Debo declararle, señor, que muero por doblar el cabo de Buena Esperanza. Es la muesca que me falta para entrar en la suprema cofradía de las aguas —se mostraba orgulloso como pocas veces lo había visto—. Y ya sabe que mucho creo en los dioses de la mar y sus corporaciones.

—De modo que ya ha cruzado el ecuador de norte a sur en el mar del Norte, atravesado en sentido contrario por el mar del Sur, doblado el cabo de Hornos hacia poniente y alcanzado los sesenta grados de latitud norte. Debe de ser así, si solamente le falta doblar el cabo de Buena Esperanza hacia levante.

—En efecto, señor. La verdad, nunca creí que consiguiera la última muesca, porque no es habitual navegar por esas aguas en nuestras unidades. Pero los dioses de la mar nos sorprenden cada día y he debido de ser elegido.

—¿Cuándo navegó por las Altas Californias?

—En el empleo de grumete, señor, a bordo de la goleta Mejicana. Una expedición científica que partió desde San Blas para reconocer el estrecho de Juan de Fuca o, mejor dicho, certificar su inexistencia.

—¿Bajo el mando de don Cayetano Valdés?

—En efecto, señor. Un gran oficial y ahora comandante general de la Escuadra. Antes de salir en la *Proserpina* para la anterior comisión, crucé camino con él en el arsenal y me reconoció. No olvida una cara.

—Tiene fama ganada en ese sentido. Pues esa comisión hacia el Norte de la que habla fue una de las más renombradas expediciones científicas del pasado siglo. Y la otra goleta, la Sutil, navegaba bajo el mando de don Dionisio Alcalá Galiano.

—Murió el pobre frente al cabo Trafalgar, cuando mandaba el navío Bahama. Según me contaron, una bala inglesa le quitó la cabeza al tajo y murió en el acto. Un hombre valiente como pocos. Aquella expedición en la que participé fue dura y trabajosa. No era fácil navegar por tan altas latitudes, con mares heladas y escasa leña a disposición.

—Eso decía mi padre. Mucho frío, escorbuto y mares heladas. Allí perdió una mano, cuando mandaba el departamento marítimo de San Blas, en

navegación por las islas Nutka.

—Esperemos que no nos alejen los vientos muy al sur del cabo de Buena Esperanza, donde también los fríos se agarran con fuerza. Por fortuna, salimos a la mar en invierno, lo que supone el verano austral. Soporto bien el calor, aunque chorree en sudores. Pero el frío acaba con la moral de los marineros.

—Ya lo había pensado. Pero si se nos alarga la comisión, habrá que pensar en acopiar lonas y mantas para los hombres.

—Si me permite una pregunta, señor. ¿Estima que seremos capaces de encontrar la fragata portuguesa? Esos mares son profundos como el abismo, hasta hacer que este mar del Norte parezca un pequeño lago.

—En primer lugar hemos de desear que la fragata *Andorinha* haya alcanzado la costa africana sudoriental. Quiero decir sin haber sufrido problemas de mar o piratería que le impidieran cumplir su compromiso. Si es cierto que su capitán ha decidido recabar para su propio beneficio los caudales del Rey, la única ventaja a nuestro favor es que no espere la presencia de una unidad de la Real Armada por aquellas aguas en su busca, sabedor de cómo se mueve hoy en día esta depauperada Marina. Nuestra gran opción es que se encuentre en su base de Lorenzo Márquez, disfrutando de la vida regalada con esos millones de pesos en su caja. Sería la ocasión ideal para echarle el guante allí mismo.

—¿No lo protegerán los militares portugueses allí destacados? Nos moveremos por terrenos sin apoyo posible en miles de millas.

—Está prevista tal contingencia. El comandante general de la Escuadra me hizo llegar un documento de las autoridades portuguesas, solicitado por nuestro Gobierno, en el sentido de que me autoricen a inspeccionar, e incluso apresar, a la fragata *Andorinha*, llegado el caso, si en mi opinión su capitán juega en falso.

—¿Y si no se encuentra allí?

—Dejan en mi mano tomar el camino que estime oportuno. Pero cada problema en su momento, don Anselmo. No cuadremos trazas de borrón antes de tiempo.

—Esperemos que se porten bien con la *Proserpina* esos cuarenta rugientes^[13] de los que tanto se habla.

—La verdad, don Anselmo, que no creo mucho en esos tratados. Ni siquiera en las zonas de calmas, tanto las ecuatoriales como las tropicales. Después es el dios Eolo quien manda soplar al gusto.

—Razón tiene, señor, que así lo sufrimos en la última navegación al Plata. Si tuviéramos que perseguir a esa fragata *Andorinha*, deberemos dar la nota alta. Parece ser que esa unidad es velera como la que más.

—¿Qué es velera? ¿Quién le ha ofrecido esa información?

—Pues verá, señor —parecía azorado, como si hubiese entrado en grave falta—, se la escuché al piloto esta misma mañana.

Quedé intranquilo antes esa nueva desconocida para mí, por lo que hice llamar a don Enrique, que se encontraba de forma impenitente en la timonera. En aquellos momentos, estaba en su tambucho toda la información acopiada del navío portugués.

—¿Me llamaba, señor comandante?

—Creo que dispone de información sobre la fragata *Andorinha*. Y nada me ha comunicado en tal sentido.

—Perdone, señor, intenté hacerlo esta mañana y así se lo comuniqué al señor segundo. Pero entramos en otras materias y se marchó el duende de viaje. Cayó de suerte durante una de las muchas conversaciones que mantuve con Mario Souto, el piloto portugués del Douro.

—¿Había visto alguna vez esa fragata?

—En efecto, señor. Navegó por aquellas aguas antes de la invasión francesa, a bordo de una goleta de la Real marina portuguesa, y coincidió en Lorenzo Márquez con nuestro objetivo. Me la describió con detalle. Y mucho me extrañó porque en mis pensamientos entendía que se trataba de una fragata mercante y panzuda. Un error.

—Vamos, remate la información de una vez.

—Me dijo Souto que se trataba de una fragata de la Marina holandesa, adquirida por su anterior dueño. Según parece, es la fragata típica que antes llamábamos de tercera clase, con 26 cañones, aunque de calibres rebajados, en su opinión de a 8 y a 4. Pero muy velera porque pudo observarla en la mar. Como es posible que le hayan desmontado alguna pieza artillera y rebajado su carga, debe correr la milla como un galgo.

—Mala condición es esa si debiéramos perseguirla. Su artillería no me preocupa, al menos.

—Con nuestros veintiséis cañones de a 12 y ocho de a 6, todos ellos con llave de fuego, no podrá levantar cara una pulgada.

—Sin olvidar los veinticuatro obuses —era el segundo comandante, Francisco Romarate, quien se incorporaba a la conversación.

—Me hablaba don Enrique de la *Andorinha*, unos detalles que desconocía.

—Le comenté esta mañana, señor, que debía hablarle de ese tema. Pero corrimos a otro asunto. Según parece, el único problema se abriría si es necesario perseguirla y larga todo su aparejo. De todas formas, debemos pensar que puede haberse deteriorado con el paso del tiempo y sin un buen arsenal de mantenimiento.

—Si dispone de fortuna suficiente, sabrá encontrar buenas manos y excelentes pertrechos, que todo se vende en esta vida. Y en la isla francesa de La Reunión puede localizar artesanos competentes.

—Perdone si interrumpo, señor, pero debía decirle que don Cayetano ha regresado con buena remesa para el botiquín.

Era buena noticia aquella. Había enviado a nuestro cirujano, don Cayetano Robledo, de requisa al Real Hospital de la Armada, para intentar aumentar el material de la enfermería. En la anterior comisión, salimos a la mar casi a cero de tales elementos, porque todavía se presentaba bastante faena de sangre en la defensa de Cádiz y no pudimos conseguir una sola onza de láudano. Aunque poco confiaba en unguentos y pomadas, estimé que ahora se nos abrían mayores posibilidades, al haber disminuido la presión del bloqueo francés. Pero ya se acercaba el galeno con una sonrisa en su cara.

—Ha funcionado su sistema, señor. Se me cerraban las puertas en los primeros momentos, pero conseguí hablar con el director, el cirujano mayor don Fermín Nadal, que en mucha estima lo tiene. Cuando mencioné su nombre, se avino con rapidez a proporcionarnos una docena de cajas, de esas que se entregan a las cañoneras como botica de emergencia. Y para rematar el cuadro, nos concedieron seis frascos de láudano, que todavía me cuesta creer. Con ese opiáceo a la mano no habría sufrido tanto su criado, cuando debí amputarle la pierna.

El cirujano señalaba al joven Barbate. Tras el combate mantenido con las dos fragatas francesas en auxilio de la inglesa, había sido necesario amputarle la pierna izquierda. Para no desembarcarlo en Montevideo y ante sus ruegos, decidí endosarlo a mi servicio personal en el libro de embarco, como ayudante de Okumé. Y no me arrepentía, que el rapaz recién abierto a la vida era inteligente, noble y leal hasta la galleta. Como se encontraba a mi lado junto al africano, me dirigí a él.

—¿Has oído, Barbate? Ahora podemos cortarte la otra pierna sin dolor.

—La verdad, señor comandante, que prefiero seguir con una de carne, aunque sea de muestra. Pero es cierto que la de madera no duele ni pica, una gran ventaja —mantenía su buen humor contra viento y corriente.

—Hizo un buen trabajo Okumé al tallarte esa pierna con madera noble. Por cierto, espero que hayáis embarcado los víveres necesarios.

—Todo en orden, señor —contestó Okumé con seriedad—, y listos para navegar por esas aguas desconocidas el tiempo necesario.

Aquella misma tarde, el segundo me informó de que nos encontrábamos con todo el material solicitado a bordo. Desde que embarcara el alférez de fragata Encuadro y allanado el problema de la segunda comandancia, se le apreciaba feliz.

—En ese caso, mañana acudiré al navío San Fulgencio y ofreceré la novedad en la Mayoría General. Intentaré despedirme del general Valdés, si no circula mucha faja^[14] por su cámara. Es posible que disponga de alguna última noticia de interés para la empresa. Debemos aprovechar las buenas condiciones que se gozan en la bahía por estos días. Cuanto más lejos de tierra nos tomen los vientos, mejor para el alma. Si no aparecen cruces a la contra, pasado mañana, a mediodía, abandonaremos estas aguas. Prepare todo en dicho sentido, segundo.

—Se hará al punto, señor. Creo que, a bordo, hasta el último paje de escoba se huele la próxima salida. De todas formas, y si me lo autoriza, lo haré saber para los que deseen despedirse de sus familias. Por supuesto, sin anunciar las aguas de destino.

—De acuerdo.

Se acercaba el momento de abandonar las aguas gaditanas, por lo que aquella misma tarde bajé a tierra para decir adiós a los míos. Y no era plato de gusto porque, desde la muerte de Eugenia, sufría al embocar la calle de la Amargura y divisar las balconadas del palacete desde el que habían colgado los crespones de muerte. Y me negaba a dormir allí, donde tantas veces estrechara entre mis brazos a la mujer querida. De esta forma, aceleré la maniobra cuanto pude. Recibí los besos de todos y sufrí al comprobar que el pequeño *Pecas* andaba errante, como si todavía buscara a su madre. Tenía razón María Antonia y el tiempo lo curaría todo, pero necesitaba que saltaran los meses al galope para dejar de sufrir.

También giré una rápida visita al teniente general don Antonio de Escaño, ese gran personaje a quien tanto debía y tanto cariño profesaba. Se mantenía en las mismas cuerdas de salud y con pocas esperanzas a la vista, pero era fuerte como una roca y estaba seguro de que atravesaría aquellos rompientes. Me deseó lo mejor, como tantas otras veces, mientras me abrazaba emocionado.

* * *

Cuando alcancé la cubierta del navío insignia, y mientras era recibido en ordenanza por el oficial de guardia, pude observar que el mayor general se movía por el alcázar en conversación con el comandante del buque. No debí esperar minuto alguno porque, al comprobar mi presencia, hacía inequívocas señales con su mano para que me acercara hasta él. Y no se mantuvo a tientos para elevar la primera pregunta.

—¿Listo para salir a la mar, Leñanza?

—En efecto, señor. Acudía ante vos para dar la novedad en tal sentido.

—Ya lo supuse, al comprobar que el navío Douro había partido. Me llegaron noticias de que exprimió a su comandante hasta sacarle la última gota de información disponible. Creo que le ofreció una magnífica cena con caldos suficientes como para ablandar las voluntades más enquistadas — sonreía, divertido, al tiempo que golpeaba mi hombro en confianza.

—Mucho gustó el capitán de navío Pimentel de nuestros aguardientes.

—Ese hombre se mueve como borrachín de taguara, aunque se trata de un buen profesional. Espero que haya embarcado en la *Proserpina* todo el material solicitado. No puede quejarse. Se le ha entregado hasta la última onza de brea solicitada. Bueno, es la primera vez que el Gobierno intercede para que se aliste un buque en conveniencia, condición que deberíamos celebrar.

—Estoy encantado, señor. Espero regresar a la bahía con esos pesos, que tanto suponen para la nación y el curso de la guerra. De todas formas, mucho deberé ser ayudado por la Patrona en la ocasión y con suerte a chorreras.

—Estoy convencido de que el Gobierno se alegrará a lo grande si consigue triunfar en tal diligencia y regresa con esos millones de pesos. Pero más me contentaría si adjudicaran alguna moneda a la Armada para pagar las soldadas atrasadas. Bueno, ese tema no es más que harina molida en doble cara. Por cierto, el general Valdés quería despedirlo.

—Estoy a su disposición.

Poco después penetraba en la cámara del comandante general, una estancia visitada en diversas ocasiones durante los últimos meses. Y para constatar lo que estimaba como una vertiente sin retorno, encontré al general Valdés más entristecido todavía, lo que me hizo recordar aquellas palabras suyas sobre la posible dimisión de su cargo. Pero, como otras veces, al verme dibujó una perdida sonrisa en el rostro y renovó su confianza.

—Supongo que te encuentras listo para salir a la mar con tu hermosa fragata, Leñanza.

—Así es, señor general. Si nada ordena a la contra, abandonaré la bahía mañana a mediodía.

—Se te abre una afortunada comisión como oficial de guerra, aunque su éxito final quede centrado en el albur de los mares. Supongo que habrás embastado algún plan de búsqueda.

—Por supuesto, señor.

Expuse al general todas las noticias recibidas sobre el capitán Joao Silveira, así como de la fragata *Andorinha*. También le resumí la colaboración prestada por el capitán de navío Pimentel y sus hombres.

—Me alegro de que Pimentel haya colaborado. Estimo que la alianza de nuestros vecinos portugueses es sincera, mucho más que la de otros. En cuanto a la personalidad del mencionado Silveira, no sé si nos beneficia ese alocado correr de su vida. Quiero decir que, si la fragata no ha sido víctima de la mar o la piratería que se sufre en el mar de la China, ha debido caer en la tentación de guardar para sí los doce millones de pesos. En esa situación, no será fácil tomarlo con las manos en la masa. No debe ser hombre de los que se achantan al primer soplo.

—Nuestra única ventaja es que no se espere la aparición de una fragata española en su busca. La sorpresa es el gran factor a nuestro favor.

—Desde luego. Y si tuviera lugar en lo que llaman colonia de Mozambique y, más en concreto, en ese puerto de Lorenzo Márquez, los documentos que portas del Gobierno portugués te allanarían el camino. Pero tampoco confíes mucho en las autoridades lusitanas, que pueden haber sido generosamente compensadas de la mano pecadora del tal Silveira. Ya me entiendes. Nuestros vecinos peninsulares sufren de mucha corrupción en sus colonias, tanto o más que nosotros.

—Si no lo encuentro allí, preguntaré a todo bicho que levante cabeza sobre las aguas. Un barco no se pierde fácilmente, aunque el mar de las Indias sea de una incomparable extensión. No tengo el plan premeditado para esa segunda opción, que deberé enhebrar sobre la marcha y de acuerdo a las noticias que reciba. No obstante, dispongo de algunos puntos donde podría buscar. Es fácil comprender que la comisión puede alargarse muchos meses.

—Soy consciente y poco nos agrada perder una de las unidades mejor alistadas de la Escuadra. Pero el Gobierno así lo requiere. Ordena que se le dé carta libre y comisión de mar sin límite de tiempo, aunque se niegue a aportar una sola moneda más a la Armada. Se lo debían haber encargado a los

ingleses. Algunos politiquillos aseguran que siendo aliados de los britanos, ellos pueden defender nuestros intereses.

—¿Es posible que alguien con una mínima instrucción haya declarado tal barbaridad?

—Más de uno y de dos, y con elevada instrucción, como dices. Pero, bueno, dejemos la madeja negra a la banda o nos comerá la cabeza. Disfruta de esta alargada navegación, en la que recorrerás mares y costas que no has visto jamás ni, posiblemente, vuelvas a barajar. He de reconocer que me gustaría acompañarte. Jamás he navegado por ese mar de las Indias.

—Esas mismas palabras me expresó don Antonio de Escaño cuando acudí a despedirme de él. Se lo explicaré con detalle a mi regreso, señor.

—Eso espero. En cuanto al aspecto puramente de guerra y combate, puedes encontrarte en tu derrota con alguna unidad francesa, especialmente por la costa africana oriental y sus islas de influencia. Como creo recordar que ya te adelanté en la anterior visita, olvida el papel de capturar alguna presa, que a tal distancia no compensaría marinar. Y no arriesgues una mota en combates sin clara superioridad, porque tu misión es la de intentar regresar con los doce millones de pesos a bordo. Pero si se te cruza algún mercante gabacho, éntrale con los cuernos por delante. Toma lo que estimes conveniente de su carga y déjalo caer a los fondos.

—Entendido, señor.

—¿Alguna duda? ¿Necesitas alguna información?

—Tan sólo desearía elevar una pregunta, señor. He leído en los noticieros de las Cortes que se prepara una declaración formal contra el asiento de negros. El capitán de navío Pimentel me avisó de que, posiblemente, cruce derrota con algún buque negrero, tanto de los que toman su carga en la costa occidental como en la oriental. Entiendo que nada me obliga en ley para impedir ese tráfico, a no ser que se trate de buques franceses, con los que operaría como ya me ha explicado.

—Nuestras Cortes navegan con excesiva velocidad en ocasiones, olvidando en el camino algunos apartados fundamentales del día a día. Me parece que intentan imitar demasiadas actitudes de las que tomó la Revolución francesa en sus primeras discusiones. Bien sabe Dios que estoy en contra de la esclavitud y esa monstruosa trata de negros, como le llaman al tráfico y asiento. Y, sin disculparla, debo reconocer que esa lacra ha existido desde que el mundo es mundo. Por desgracia, en casi todas las colonias americanas y las de las Indias orientales, la necesidad de brazos se presentó de forma muy intensa, una vez constatada la incapacidad de manejar las

extensas plantaciones con el personal nativo. Y es cierto que la supresión de la esclavitud, como exigen esos movimientos abolicionistas, significaría la ruina económica de muchos estados.

—Desde un punto de vista moral, señor, no parece aceptable.

—Desde luego y concuerdo contigo de pleno en esa opinión. Pero tampoco acepto las posturas hipócritas y cínicas de algunos países. Por ejemplo, ahora la Gran Bretaña se ha convertido en el máximo adalid contra la trata de negros, incluso de la misma esclavitud. Lo que sucede es que una vez perdidas las colonias del norte americano, en el resto consideran suficiente la mano de obra del personal indígena, al que trata con igual perversión o peor que a los negros. No son más que una pandilla de hipócritas redomados. Y precisamente nosotros, de los más criticados, hemos sido los menos beneficiados con ese tráfico que ha amasado enormes fortunas y creado compañías ahora muy respetables, como la Royal African Company. Sin olvidar que, en la actualidad, casi el cien por cien de las pólizas de seguro de los buques negreros se firman con compañías establecidas en Londres.

—Postura británica habitual, señor.

—Se habla en estos días de que Inglaterra y Francia abanderarán el fin de la trata por medio de un tratado internacional, en cuanto finalice esta guerra que ya dura demasiados años. Y como perderá Bonaparte, Inglaterra conseguirá ser el valedor de esa idea y obtendrá poder omnímodo para inspeccionar buques en todo el mundo, con el pretexto de impedir la trata. Porque, cuando venza a Bonaparte y acabe por conquistar la India, la Gran Bretaña será dueña y señora no sólo de los mares, sino de los destinos mundiales. Y empleará su british rule para lo que le convenga con absoluta prepotencia.

—Son poco halagüeñas esas palabras, señor.

—Pero será así. Y monopolizarán el comercio con nuestras provincias americanas, que obtendrán su independencia en los próximos años con su vergonzoso auxilio. Ya lo hemos hablado otras veces. Los britanos son fieles aliados en Europa, para que los españoles mueran en tierra contra el francés. Pero en las colonias se posicionan con claridad a favor de los movimientos independentistas y poder copar posteriormente el comercio de sus puertos. Es todo pura basura.

Comprendí que no pasaba el comandante general de la Escuadra por sus momentos más optimistas, que todo parecía verlo en negro. Pero ya seguía con su letanía, como si necesitara largar toda la bilis mental almacenada.

—Y nosotros, si conseguimos echar al francés, encararemos un futuro en la más espantosa ruina y sin el auxilio de los caudales de Indias. Sin contar con que mantendremos la guerra contra los movimientos de independencia, y perderemos. Porque, sin Armada, es imposible mantener un imperio ultramarino, algo que cualquier ciego podría ver. Y esos politiquillos de tres al cuarto, esperan que los britanos nos ayuden —reía con desgana y tristeza—. Nos someterá la bota británica.

—Esperemos que el retorno de nuestro Señor produzca beneficios.

—Ya veremos cómo se mueve don Fernando. Mucho confían en él tirios y troyanos —el tono de su voz destilaba una pesadumbre que me preocupó—. Espero que no porte en sus venas demasiada sangre de su padre. Pero, bueno, no deseo amargarte esta despedida con mis descreimientos. Por cierto —dio una palmada, como si hubiera olvidado el aspecto más importante—, me dejaba en la cartera la mejor y más importante de las noticias.

El general se dirigió hacia su mesa, donde revolvió una montaña de documentos hasta dar con el que parecía buscar. Regresó hasta mí con una sincera sonrisa.

—No todo iba a ser rumazón negra esta mañana. Ayer debí acudir a la Secretaría, donde recibí malas noticias, como de costumbre. Al menos, el propio secretario de Marina me informó de tu ascenso al empleo de brigadier. Ha sido vergonzoso que haya necesitado muchos meses en conseguirlo, tantos que ya deberías ceñir la faja por largo. Te lo ganaste a pulso y con heridas de muerte. Y no sólo me refiero a la pérdida de tu ojo. Aquí tienes la patente. Te felicito cordialmente, brigadier Leñanza.

Como tantas otras veces, la noticia me tomó desprevenido. Había escuchado por boca del general, en diferentes ocasiones, que me había propuesto para la promoción, pero ya no creía que se produjera jamás. En aquellos momentos llegaron a la cabeza las imágenes de Eugenia y de mi padre, que desde el cielo disfrutarían de aquel especial momento.

—Se lo agradezco mucho, señor. La verdad es que no hay mejor premio ni ascenso que esta comisión, que ha dejado bajo mi responsabilidad.

—Me alegro de que la noticia me haya llegado cuando te encuentras a punto de salir a la mar. En caso contrario, debería haber buscado un nuevo comandante para la *Proserpina*. No es lógico que sea mandada por un brigadier. Pero ya no disponemos de tiempo para buscar quien te releve y se haga con el barco en pocos días. Sin embargo, ya sabes que a tu regreso deberás entregar el mando de la fragata sin remisión. Al menos, puedes lucir tus antorchas plateadas en las vueltas hoy mismo, si te aligeras con algún

sastre antes de tu salida a la mar. Recuerdo a tu padre en dicho empleo, al mando del navío Santísima Trinidad.

—También yo, señor. Por desgracia, no pudo llegar a saber que había ascendido a teniente general.

—Espero que recibas la faja pronto, Leñanza. Te lo mereces de sobra y, si por méritos fuera, ya la calzarías en la cintura.

Abandoné el navío insignia con el vuelo alzado. Cercano a cumplir los veintinueve años solamente, me veía en tan elevado empleo que sería difícil creer lo que mis vueltas mostraban a la vista. Por desgracia, atravesábamos un tenebroso momento en la Real Armada. Y me refiero a la posibilidad de mandar un 74, buque adecuado al brigadier. Lástima no haber vivido treinta años atrás, cuando contábamos con más de cincuenta navíos y surcábamos las aguas con orgullo. De todas formas, no era momento de entrar a desánimo, sino todo lo contrario. Acababa de ascender al empleo de brigadier y estaba a punto de salir a la mar con proa hacia mares desconocidos. ¿Qué más podía pedir? Por desgracia, el rostro de Eugenia volvió a aparecer, con lo que me arrepentí de la frase pensada. Porque era mucho lo que Santiago de Leñanza podía pedir a los cielos.

7. Barajando la costa africana

Al comenzar estos cuadernillos, que componen un legajo más de las historias vividas por los miembros de la familia Leñanza imbricados en la Real Armada, navegaba al mando de la fragata *Proserpina* por aguas de la costa occidental africana con proa firme en rumbos de componente sur. Consideré necesario exponerles el estado emocional que sufría por aquellos días, para que entraran en situación. La mar y su componente amortiguador de negativos sentimientos embastados en tierra no habían operado de lleno para mi desgracia. Todavía atravesaba periodos en los que, por el cerebro, aparecía mi mano como ejecutora del envenenamiento de la pobre Eugenia, lo que producía un agudo dolor.

Con objeto de que comprendieran las razones que me habían llevado a aquella situación y la extraordinaria misión de mar y guerra que encaraba, he expuesto a sufriente velocidad lo acaecido en las semanas anteriores, que se abrieron en mi vida de diferentes colores según el momento y la ocasión. Por tales razones, me movía en los dos polos que marcan nuestras vidas, mientras cubría singladuras avante con futuro incierto. Porque si era inmensamente feliz en el aspecto marineramente, no podía apartar por completo el sentimiento de culpa y las visiones de sufrimiento.

Les repito que por aquellos días de enero del año del Señor de 1813, me encontraba en la situación ideal y soñada durante años por todo oficial de guerra de la Real Armada, esos sueños que, sin embargo, nunca colman al ciento nuestras aspiraciones. Cuando abandoné la bahía gaditana, recién ascendido al empleo de brigadier y con mucha mar por cubrir a proa, entendí que las nubes negras pasarían con velocidad hacia popa, tragadas por ese bálsamo reparador que conforma la superficie de las aguas. Y así suele acontecer al hombre de mar, cuando en tierra le oprimen escenas de derrota. Pero no se había obrado el esperado milagro, desde luego, porque los

remordimientos regresaban una y otra vez, en cuanto cerraba los ojos durante la noche.

Es posible que las condiciones favorables de mar y viento otorgaran demasiado tiempo para que el cerebro navegara con absoluta independencia. Porque desde la salida de Cádiz nos habíamos movido sobre las aguas como carroza en sendero de flores. Con vientos de componente norte, entrados del cuarto o primer cuadrante, normalmente en fuerza de juanetes, navegamos hacia el sur. Y tragamos leguas a buen ritmo, con la corredera marcando una media de avance superior a las cuatro millas^[15]. También colaboraba el estado de la mar, con marejadas de orden y alguna marea de rescoldos lejanos en bucles discretos, que no afectaban un palmo a la vida de reglamento.

Aproando desde el primer momento hacia el sur o sudsudoeste, ajustamos la derrota sin mayores compromisos, de forma que llegamos a avistar las islas de Lanzarote y Fuerteventura a suficiente distancia, mientras también el cabo Yubi africano y su costa sinuosa se perdían por la banda de babor. Fuimos bendecidos por los alisios^[16] superiores con vientos del nordeste en orden, que nos permitían una proa a elegir con absoluta libertad. Y, aunque no deseaba barajar la costa africana en aquellas latitudes a escasa distancia, y dar con algún vigía no previsto en las cartas náuticas, nos mantuvimos con la suficiente prevención. No obstante, cerrábamos en ocasiones a babor para reconocer algún punto determinado, que se nombrara en el derrotero como de especial encanto o con suficiente razón. Así lo hicimos con el cabo Verde, que reconocimos sin problemas, momento en el que ceñimos proa a babor de acuerdo a la línea de la costa.

Raleando el viento entre suspiros y tras reconocer el cabo de Palmas, aproamos francos hacia levante. De esta forma, profundizamos en el golfo de Guinea, zona geográfica de la costa occidental africana comprendida entre el cabo Roxo y el cabo Negro, con las dos grandes bahías de Benín y Biafra, según mantenían los marinos portugueses que levantarán sus perfiles por primera vez. Así, nos aproximábamos a la Línea equinoccial y a las previstas encalmadas que dicha zona suele ofrecer a los navegantes. Intentaba no quedar con las velas a la plomada y seguir la opinión del piloto portugués del Douro, quien asegurara que cercanos a tierra se sufren en menor cantidad esas zonas de calmas. Aunque saben bien quienes me conocen que otorgaba escaso crédito a tales razones de viento y mar oficiadas en legajos de teoría, decidí seguirlas en la ocasión.

Cruzamos la línea equinoccial en los últimos días del mes de enero, momento en el que autoricé al contramaestre primero a ejecutar la ceremonia

del paso. Siempre he sido defensor a ultranza de las tradiciones marineras a bordo de los buques de la Real Armada, si no obraban contra el buen servicio de las armas, y el paso del ecuador era una de las principales. Al igual que en la anterior ocasión por las costas americanas, el gaviero Matas fue escogido para actuar como dios Neptuno y descender a cubierta desde la galleta del palo trinquete, circular de proa a popa en doble sentido con sus divinos ropajes y acabar besando las aguas. De esta forma, y siguiendo al punto las viejas creencias de la mar, la dotación gozó de un día de jolgorio general y disfrute a pulmón, sin contratiempos de mención salvo algún grumete con exceso de vino en el cuerpo.

Una vez cruzada la línea equinoccial, llegaba el momento de la decisión más importante en cuanto a la propia navegación, mientras se dejaban sentir las encalmadas durante dos días con velas en golpes de seda, pero con variantes y sin cuadrar al plomo. Porque, en cuanto entraran los alisios bajos con sus soplos del sudeste, una dirección del viento que, según los tratados, debería acompañarnos con escasas variaciones durante bastantes cientos de millas, se me abrían dos posibilidades. O bien ganaba barlovento por derecho y nos abríamos hacia fuera con rumbos del sudoeste, sin forzar la bolina una mota, o nos dedicábamos a las bordadas de mayor o menor extensión para barajar la costa a distancia del gusto, con trabajo extra para los hombres. Decidí adoptar la primera opción sin dudarle. De esta forma, me separaría del continente africano a voluntad hasta alcanzar los veinte grados de latitud sur, aproximadamente, para entrar con posterioridad con rumbos de levante y por derecho hacia el cabo de Buena Esperanza. Claro que todo se basaba en teorías de libro, que no siempre se mantienen, y en la aparición posterior del viento de poniente.

Tal decisión me hizo recordar la hazaña del insigne navegante Juan Fernández en el siglo XVI, cuya maniobra en cuanto a vientos mucho se asemejaba a la situación actual que atravesábamos. Y así se lo expuse a mis hombres en el alcázar, durante una de las jornadas atacados por la falta del divino soplo. Ya saben que mucho gustaba de instruidos en la parte marinera e histórica, que tan poco se cultiva en la Escuela Naval.

—Vamos a ver, caballero —me dirigía al guardiamarina Mascari—. ¿Qué navegante español adquirió renombrada fama por llevar a cabo una maniobra parecida a la que vamos a emprender, pero en los mares del Sur? Claro que entonces se trataba de algo desconocido y peligroso. Y me refiero a alejarse de la costa para ganar barlovento en busca de vientos propicios más allá.

El joven y aniñado guardiamarina, que conforme pasaban los días encontraba más parecido con lo que podría suponer mi hijo *Pecas* en un futuro, quedó cohibido y sin palabras. Temía fallar en algún concepto que debiera conocer por obligación. No obstante, y a pesar de su corta edad, presentaba descaro suficiente para salir adelante de las olas. Contestó con voz firme.

—He de reconocer con todo el debido respeto, señor comandante, que ignoro al ciento el tema por el que me pregunta. Pero estoy dispuesto a aprenderlo, si así se requiere para mi formación.

—No se preocupe, caballero. Me parece que ninguno de los oficiales presentes dispone de un mínimo conocimiento sobre el tema del que les hablo —entonaba con falso enfado—. Me refería al insigne navegante Juan Fernández, que dicen natural de Cartagena de Levante^[17]. Este gran hombre de mar fue quien descubrió una nueva y definitiva vía para navegar por el perfil americano meridional desde el puerto del Callao, cercano a Lima, hasta las estaciones del sur como Valparaíso. Mientras que desde los puertos chilenos en su navegación hacia el norte, se solía alcanzar el Perú en tres o cuatro semanas, acariciados los buques por los vientos casi de empopada y corrientes a favor, el tornaviaje hacia el sur se traducía en una penosa experiencia que solía durar tres meses como mínimo, suponiendo el mejor de los casos.

—¿Tres meses desde El Callao hasta Valparaíso, señor? —era el alférez de navío Dávila, quien exclamaba en tono de sorpresa.

—Ya le digo que como mínimo. La navegación hacia el sur solía llevarse a cabo barajando la costa a escasa distancia. Y era tal la lentitud en el avance que muchos viajeros, desesperados de la interminable travesía, solicitaban ser trasladados a tierra y continuar viaje a pie, con lo que muchos perdían la vida en el camino por los peligros que el trayecto acechaba.

—Parece difícil de creer —musitó el teniente de fragata Orcajo en voz baja.

—Difícil de creer para los que no suelen leer los episodios principales de nuestra historia naval —entré al trapo con voz firme—. Y, para que me crean, entre las anécdotas que muestran la alargada y terrible experiencia que suponía el trayecto marítimo hacia el sur, muy curiosa y aclaratoria resulta la que comenta el obispo fray Reginaldo Lizárraga al respecto en una de sus obras. Les cito la parte principal y de memoria, aunque no creo errar una sola palabra: «Este viaje por mar del Puerto de Callao a Chile, agora veinte años, solía ser muy tardío porque no hacían cada día más que dar un bordo a la mar,

otro a la tierra y surgir en la costa, y así están toda la noche, a cuya causa tardan un año y más en llegar a Chile. Conocí en aquel reino un español que, embarcándose sus padres para aquel reino, se engendró y nació en la mar, y tornó su madre a se hacer otra vez preñada, y no habían llegado al puerto de Coquimbo» —observé rastros de asombro en la cara de mis oficiales—. En fin, entiendo que las palabras del obispo conforman una clamorosa aclaración del largo trayecto, así como del ardor guerrero del español en tránsito, aunque hemos de reconocer los pocos alicientes que debían encontrarse a bordo en aquellos años.

Todos rieron, de forma especial el caballero guardiamarina aunque no estaba seguro de que hubiera comprendido mis palabras.

—Esos problemas en la navegación hacían que el reino de Chile permaneciese aislado política y económicamente del resto del virreinato. Tanto es así que el virrey Andrés Hurtado de Mendoza llegó a pensar en la posibilidad de utilizar galeras o galeotas, embarcando a los numerosos malhechores que moraban en las cárceles de Lima, aherrojados al banco para formar su chusma, y de esta forma cubrir los trayectos norte-sur con cierta regularidad. Según parece, no llegó a ser autorizada su propuesta para construir buques de remo, aunque no parecía mala idea.

—¿Por qué presentaba tan gran problema navegar hacia el sur, señor? —preguntó el alférez de fragata Encuadro—. No lo puedo comprender.

—La razón principal de que se necesitara tanto tiempo en la navegación de norte a sur se debía a que se llevaba a cabo a escasa distancia de tierra, con vientos constantes de componente sur. Tal condición negativa se veía aumentada por las corrientes que, partiendo del Polo Austral, recorren aquellas costas en dirección norte. Por supuesto, tales detalles eran desconocidos por los navegantes de aquellos años. No olviden que hablamos del siglo XVI.

—¿Y que hazaña consiguió ese tal Juan Fernández, señor? —preguntó el guardiamarina Mascari, envalentonado al comprobar que la ignorancia era general y no particular suya.

—En las condiciones expuestas se encontraba el piloto Juan Fernández cuando, el 27 de octubre de 1574, sale del puerto de El Callao con dirección a la ciudad de Concepción, al sur del continente. Nuestro piloto era hombre experto en aquellos mares, había tomado notas en su viaje con Mendaña, así como comentado las posibilidades de navegación con su paisano y buen piloto Hernando Lamero. También, según sus propias palabras, en algunas navegaciones hacia el sur había observado mareas^[18] con respetable tamaño

del oeste y del sudoeste, condición que le llevó a imaginar, con excelente criterio mariner, que más afuera se entablarían con suficiente fuerza estos vientos en condiciones más que favorables para su derrota hacia el sur. Y ese 27 de octubre tomó la decisión que le haría pasar a la historia de la navegación. En lugar de aproar su navío Nuestra Señora de los Remedios con rumbo sur y barajar la costa peruana a corta distancia como hacían todos, decidió navegar hacia fuera, con rumbos de componente oeste y ánimo de buscar aquellos vientos que presagiaba.

—¿Y los encontró? —ahora eran varios los que preguntaban, interesados en la narración.

—Puedo adelantarles que los encontró de forma y manera adecuada. En aquella navegación que rompía la norma habitual, alejándose de tierra hacia poniente, decisión criticada por muchos de los embarcados en su navío durante las primeras singladuras, Juan Fernández avistó el día 6 de noviembre unas islas a las que bautiza, como era norma habitual en aquellos tiempos, con el nombre del santo del día, San Félix. En realidad se trataba de las islas Desventuradas, que en la actualidad se denominan como de San Félix y San Ambor, descubiertas por Magallanes en 1520. Eran islas deshabitadas, como todavía continúan, pequeñas y faltas de agua, aunque con abundante pesca y mencionadas por Pedro Sarmiento de Gamboa en su obra Viajes al Estrecho de Magallanes.

Tomé un breve descanso en la parla, mientras los oficiales no separaban la vista de mi persona. Comprendí por sus miradas que urgían a la continuación del relato.

Como en otras muchas ocasiones, mi principal interés era demostrar que se trataba de uno más de los mil episodios de nuestra historia naval, dignos de ser conocidos por todos sin quedar en el olvido, como suele acaecer con tantas de las proezas llevadas a cabo por nuestros hombres de mar. Continué para aplacar su impaciencia.

—El piloto cartagenero continúa con su derrota, aproando ahora más hacia el sur, alentado por fin con esos vientos de componente oeste que buscaba y presentía. El día 22 avista las islas que, con posterioridad y hasta el día de hoy, se conocen como de Juan Fernández, estimando su situación a 80 leguas este-oeste de Valparaíso y cerca de siete grados y medio más al sur que las anteriores avistadas. Bautizó las nuevas islas con el nombre santifical de la Iglesia en ese día, Santa Cecilia. No llega a acercarse lo suficiente para reconocerlas y pasa a tres leguas de distancia, que su misión del momento no es otra que llevar su navío mercante al puerto de Concepción, donde da fondo

el día 27 del mismo mes. De esta forma, consiguió realizar el hasta entonces largo y penoso viaje en poco más de 30 días.

—¿Treinta días? Quedarían asombrados en dicho puerto —también Romarate se sumaba a la expectación.

—Desde luego. Como es lógico imaginar, Juan Fernández se apresura a comunicar su hazaña y escribe con rapidez al virrey del Perú, por aquellos días don Francisco de Toledo, asegurando haber descubierto unas islas en su navegación desde Lima, en la que había tardado treinta días, no habiéndose acercado a reconocerlas por hallarse embarcado en navío de mercaderes y poco apercebidos para la faena. Aunque parezca mentira, aquí comenzaron los problemas para nuestro personaje, porque no le fue fácil hacer creer su descubrimiento y que las autoridades llegasen a comprender que, alejándose de la costa a suficiente distancia hacia poniente, hasta perderla de vista, se encontraban vientos propicios y favorables en la navegación hacia el Sur.

—¿No lo creyeron? Parece difícil de imaginar —insistía Dávila.

—Les recuerdo que tales hechos ocurrían en 1574. Por fortuna, Juan Fernández disponía de las fechas de las cartas que transportaba como correo, exponiéndolas como prueba irrefutable de su hazaña, aunque comenzó a correr el rumor que se trataba de un brujo capaz de navegar con artes diabólicas hasta el punto de torcer los vientos y mareas a su voluntad. Fue tan divulgada y extendida esta creencia que pasó a ser de dominio público el apodo con el que fue reconocido desde entonces, El Brujo, de tal forma que llegó a conocimiento del Tribunal de la Inquisición, que lo llamó a comparecer ante su mesa, acusado de hechicería.

—¿Fue apresado por el Santo Tribunal? —preguntó Orcajo con rostro escéptico.

—En efecto. Pero debía ser este cartagenero persona bragada y valiente como pocas. Según se comenta, presentó sus datos ante el temido Tribunal con arrogante decisión. Juan Fernández expuso con claridad que no había hecho más que buscar lo que todo marino busca en la mar: vientos propicios para sus naves. Según aseguró, cualquier piloto con suficientes luces, aunque fuese santo reconocido en los altares, se haría tan brujo como él mismo con sólo seguir una derrota similar a la llevada en su navegación, alejándose de la costa a más de cuatrocientas leguas. Debió explicar los vientos reinantes en una carta de marear por él mismo dibujada, de forma que convenció a los escépticos miembros del Tribunal, que dieron por buenas sus explicaciones, absolviéndolo de la acusación.

—Menos mal —enfaticó Encuadro.

—A partir de aquel momento, se aceptó de forma oficial como nombre del archipiélago el de islas de Juan Fernández, formado por las tres principales de Más Atierra, Más Afuera y la pequeña Santa Clara, aparte de numerosos y pequeños islotes. Según parece, el motivo de tal reconocimiento pudo ser el de un merecido homenaje a su descubridor, o que le hubiesen sido concedidas en propiedad por el gobernador, asunto muy discutido este último. Y eso es todo, señores. Cuando consigan navegar por esas aguas del sur, espero que puedan visitar las islas de Juan Fernández y recordar esta pequeña exposición.

—Tiene razón, señor, al equiparar aquella navegación con la que abordamos en estos momentos —corroboró el alférez de fragata Encuadro.

—Desde luego. Llevamos a cabo la misma maniobra que hizo famoso a Juan Fernández. Intentamos abrirnos hacia fuera en busca de vientos de componente oeste, para evitar las encalmadas cerca de la costa y regresar a ella con vientos dominantes del sudeste. Y supongo que también en el continente africano las corrientes operarán en dirección hacia el norte, aunque nada expongan los derroteros en tal sentido. Pero ahora regresen al tajo, que es hora de llevar a cabo los ejercicios doctrinales. Que no bajen los brazos nuestros hombres.

De acuerdo al plan trazado, con proa al sudoeste cuarta al sur y viento de todas las velas, comenzamos la bordada larga hacia fuera. Y era tanta la placidez vivida desde la salida de Cádiz que ya el contramaestre mostraba su preocupación.

—¿Qué le sucede, don Anselmo? ¿Desea que suframos algún temporal de borlas? Parece que este continente es mucho más llevadero que el americano.

—Creo que ya me conoce lo suficiente, señor comandante. No me gusta disfrutar de tranquilidad en la mar durante demasiado tiempo. Las costumbres se relajan y los hombres acaban con las manos blandas.

—Vamos, nostramo, si todos los días los achuchamos con ejercicios doctrinales.

—Pero con vientos de río y mar de donas, señor. No digo que desee un temporal de barbas blancas, pero no me importaría disfrutar de algún soplo cascarrón para lavar los cuerpos.

—No se preocupe, que ya llegarán y echaremos de menos estas singladuras más propias de los cielos.

Fue aquel el momento en el que escuchamos la voz del vigiador, instalado en la cofa del palo trinquete.

—¡Una vela, dos cuartas a estribor!

Fue grande la impresión al escuchar aquellas palabras que, normalmente, en situación de guerra, agitan los corazones de los hombres a bordo. Pero en esta ocasión me extrañaban en verdad porque, desde el paso por las islas Canarias, no habíamos observado ni un pequeño falucho en el horizonte. Y tal condición acaba por exasperar al hombre de mar, que siente haber traspasado la dimensión terrenal y encontrarse a solas en el globo. Pero ya el segundo comandante ordenaba al guardiamarina Mascari subir hacia la cofa del palo mayor para aumentar la información. Escuché las palabras de Romarate a mi lado, mientras observaba al pequeño caballero^[19] trepar por los flechastes como un mono, con su antejo encastrado en el cinturón.

—Este guardiamarina es un verdadero niño, señor.

—Como casi todos, segundo. Lo que sucede es que, a sus catorce años de edad, muestra el rostro pecoso de un jovencito de diez. Pero es decidido y no se raja a la banda ni con mordaza.

—Estoy de acuerdo, señor.

Poco después, se escuchaba la voz aflautada del caballero con claridad.

—¡Tres palos! ¡Aparejo de fragata!

Me moví inquieto al escuchar aquellas primeras palabras. No podía olvidar la presencia de fragatas francesas, con las que había topado en dos ocasiones en los últimos años. En estos casos, siempre entraban en comparación mis 32 cañones con los 42 que normalmente montaban las unidades gabachas de aquella clase. Y no podía olvidar la misión impuesta, que debía prevalecer por encima de cualquier otra consideración. Además, me encontraba a sotavento, con lo que una posible escapada debería forzarla con rumbos de bolina y en dirección opuesta a mi destino. Por fortuna, la siguiente información de Mascari rebajó los interrogantes.

—¡Borda muy baja! ¡Doce cañones a la banda! ¡Fragata mercante y con elevada carga! ¡Navega a un largo, mura a babor, proa a poniente! ¡No se distingue pabellón!

—Son muchas las posibilidades que se abren a las bandas —musité a la baja—. Pero haremos por ella.

—¿A qué se refiere con las muchas posibilidades, señor? —preguntó Romarate, a mi lado.

—A las posibles nacionalidades de esa fragata. Por estas aguas se mueven portugueses, britanos, holandeses y franceses, aunque estos últimos suelen ser de la Marina Nacional. Y, normalmente, todos ellos en demanda del mar de las Indias. Pero esta fragata parece que lleva proa hacia las Indias occidentales del continente americano.

—También podría ser un mercante con pertrechos para los rebeldes de Buenos Aires, señor. En Montevideo nos avisaron, que incluso llegaban al Plata procedentes de la colonia de El Cabo —Romarate sonreía al elevar tal posibilidad.

—Esa solución sería como acertar el palo al primer envite. Como no nos sentimos constreñidos por el tiempo y entra en una de las misiones impuestas, hagamos por ella a ver qué pabellón decide izar.

Debimos enmendar el rumbo solamente dos cuartas a babor, para arrumbar un puño a proa de la fragata e intentar cerrarle el paso. Y, como poco después comenzábamos a divisarla con detalle desde el alcázar con nuestros anteojos, se ordenaba al guardiamarina Mascari descender a cubierta. En efecto, pude comprobar que se trataba de una fragata panzuda, cercana en estructura a una urca, pero con la popa alzada en brisca. Nada sospeché en principio porque aparecía escaso personal en cubierta, condición habitual en los buques dedicados al comercio. Sin embargo, cuando ya nos encontrábamos a unas dos millas de distancia, todavía no mostraba pabellón alguno. Tal condición indicaba a las claras su procedencia británica, remisos siempre a mostrar el pabellón propio hasta el último momento, a no ser que amparara otros intereses por descubrir.

—No muestra pabellón, señor —era el joven caballero, quien andaba prendido a su propio catalejo, un bello ejemplar heredado posiblemente de algún familiar—. ¿Le solicitamos señal de reconocimiento?

Me hizo sonreír el desparpajo del caballere, entregado a la causa. El segundo comandante le entró por cuerdas prietas.

—No diga sandeces, Mascari. Para bien o para mal, pocas naciones poseen el mismo código de señales que el nuestro. Como debería saber, no se consiguió que se adoptase el sistema internacional preconizado por los ingleses. Si llega a izar pabellón britano o portugués, sería el caso de pedirle reconocimiento.

Como si los dioses de la mar quisieran favorecer al guardiamarina, pocos segundos después la fragata izaba el pabellón británico a popa. El joven se mantuvo en silencio, aunque dirigía miradas de reajo hacia el segundo. Decidí intervenir.

—Caballero, ice señal de reconocimiento.

—Quedo enterado, señor comandante.

Salió disparado hacia la timonera, por lo que supuse que desconocía las banderas utilizadas. Pero debió componerse el cuadro en conveniencia, porque poco después se desplegaba la señal en la driza del palo trinquete. Ya

se ofrecía la fragata a la vista con detalle, cuando escuché la voz del contramaestre, a mi lado.

—Apostaría la soldada de un año, aunque no la recibiré en bastante tiempo, a que hemos topado con un buque negrero, señor.

—¿Barco cargado de esclavos en su bodega? —No quería exponer mi ignorancia porque jamás había observado unidad alguna dedicada a la trata en la mar. Así que le di pie al nostramo.

—Ningún buque baldea la cubierta a la meridiana con jareta en chorro, salvo los negreros. Durante los días buenos, como el de hoy, suelen sacar a esos desgraciados de la bodega a esta hora para el necesario oreo y que sean rociados con agua de mar. También les obligan a largar sus propias pestilencias por la borda. Tras esas acciones, se lleva a cabo un baldeo de fuerza o no podrían vivir a bordo. Y, si le entráramos por sotavento, oleríamos el insoportable hedor que despiden.

Una vez más sentí ese desasosiego interior que me entraba al atacar el problema de la esclavitud o contemplar sus efectos. Es posible que me viera influido por la historia familiar y la vida sufrida por mi abuelo en las galeras, esa nota reservada en lacre de la estirpe familiar. También recordaba el trato recibido por Okumé, antes de que mi padre consiguiera su manumisión. En aquel momento, deseé que el buque fuera francés, único camino que posibilitaba mi acción contra él.

—Llevaremos a cabo el derecho de inspección que nos asiste —expuse, convencido, sin dirigirme a nadie en particular.

—¿A un buque con pabellón inglés por estas aguas, señor? —preguntó Romarate con dudas en su rostro.

—Si no responde a la señal de reconocimiento, y todavía no lo ha hecho, inspeccionaremos su carga, despachos y documentos. Puede ser un mercante gabacho con bandera de conveniencia.

Nos encontrábamos a una milla de distancia y el buque continuaba sin mostrar señal alguna. Por el contrario, mantenía su proa hacia poniente dos cuartas al norte, como si no nos hubiera avistado. Quedé convencido de que no se trataba de buque inglés ni portugués, aunque restaban bastantes naciones que no tenían por qué conocer el sistema de señales y no ser objeto de persecución por nuestra parte. Sin embargo, una voz en las tripas me urgía a inspeccionar esa unidad que, ahora a menor distancia, aparecía cubierta por mugre y suciedad de proa a popa.

Como nuestra velocidad era muy superior, en escaso tiempo llegábamos a su altura. El escaso personal que deambulaba por su cubierta ofrecía el

habitual aspecto de un buque dedicado al comercio, aunque su proporción era menor a la habitual. Decidí pasar a la acción.

—Icen señal para que se ponga en facha.

—Es posible que no la comprenda, señor —argumentó Romarate.

—Ya lo supongo, pero debemos hacerlo. Acostúmbrese a cumplir las órdenes en primer lugar y comentarlas después, Romarate.

—Por supuesto, señor.

Izamos la señal correspondiente, a la que tampoco respondió el buque, que se encontraba a escasas cien varas de nosotros. Y, tras un tiempo prudencial, decidí el siguiente paso.

—Segundo, ordene con la bocina que fachee inmediatamente, para ejercer derecho de inspección.

No necesitó mucho tiempo Romarate para tomar entre sus manos la bocina, que refulgía en oro bajo los rayos del sol. Pasaba a pronunciar la orden en español e inglés, teórico pabellón de la fragata.

—¡Acorte vela y quede en facha^[20]! ¡Debe ponerse en facha inmediatamente!

Quien parecía ser el capitán del buque, un hombre alto, moreno y fortachón que aparecía en el alcázar embutido en una casaca descolorida, continuaba con su mirada hacia proa, como si la orden de Romarate fuera dirigida hacia los vientos. Me reafirmaba en mi sospecha y decidí entrar por cueros altos.

—Avísele de que se hará fuego inmediatamente, si no obedece la orden.

—¡En facha! —Romarate gritaba con todas las fuerzas a disposición—. ¡Póngase en facha de forma inmediata o abriremos fuego!

Para dar crédito cierto y visible a nuestras palabras, ordené que todos los cañones de babor entraran en batería, un ruido característico que suele forzar el ánimo a la baja. No obstante, solamente se cargaron dos piezas de a 6 de las emplazadas en el alcázar. Y debió ser observada la acción en la fragata, porque largaban escotas con rapidez para disminuir su arrancada. Por fin, quedaban en facha aunque no se movía nadie a bordo en ningún sentido, ni siquiera para largar una escala de gato que facilitara su acceso. Comenzaba a entrar en nervios, al tiempo que el runruneo aumentaba de grado en mis tripas.

—¡Lancha al agua! ¡Orcajo!

—Mande, señor comandante.

—Embarque en la lancha con seis soldados, fusil en mano y arma cargada. Espero que, al observarlo, larguen por la borda alguna escala de una

putañera vez. Pase a su bordo, hable con el capitán y que le muestre todos sus documentos, hasta la partida bautismal. Inspeccione su bodega para confirmar que se trata de buque negrero, como asegura don Anselmo. En caso contrario, hágame saber su carga con todo detalle. Sin miramientos, pero tome las precauciones necesarias, Orcajo. No me huele bien este negocio.

—Ahora mismo, señor.

—Un momento —acaba de recordar la presencia del joven guardiamarina que, con los ojos abiertos como platos, observaba todo a escasa distancia, sin perder una sola palabra de mis órdenes—. ¡Caballero!

—Aquí me tiene, señor comandante.

—Acompañe al teniente de fragata Orcajo en la lancha. Le servirá de experiencia y aprenderá cómo se lleva a cabo la inspección de un buque sospechoso en acuerdo de ley. Ya sabe que ha de alistarse en orden para la ocasión. Uniforme completo y armamento de revista.

—Como mande, señor.

—Pues no pierda un segundo.

Mascari parecía haber recibido el mayor de los regalos y salía a la carrera para uniformarse en conveniencia. Dimos la lancha al agua, en la que embarcaba el teniente de fragata Orcajo con sus hombres sin pérdida de tiempo. Los marineros tomaban los remos para entrar en boga de fuerza y atravesar la escasa distancia que nos separaba de esa extraña fragata, donde su dotación parecía pertenecer a un grupo de mudos o demonios en especial aquelarre. Porque el capitán continuaba sin concedernos una sola mirada, inaccesible a la presencia de una fragata de guerra con sus cañones cargados contra él.

8. Podredumbre

La embarcación de la *Proserpina* se dirigía hacia su objetivo a fuerza de remo, una vez largada la boza que la mantenía amarrada contra el portalón. A bordo de nuestra lancha destacaba por alto la figura del teniente de fragata Orcajo, mantenido en pie de forma orgullosa, con impecable uniforme y sable a la vista. Era en tales momentos cuando este singular personaje, de tan complicada estructura mental, se transformaba en estampa majestuosa, con el rostro altivo alzado en percha y una mirada capaz de penetrar el mamparo más robusto. Y para rematar el cuadro a luces, a su popa se situaba el pequeño guardiamarina embutido en su casaca de relumbrón y espadín de cuño al cinto, con el orgullo reflejado entre las pecas de su rostro.

Conforme progresaban con la boga de fuerza, me extrañó que, por parte de la fragata mercante, no se hubiera largado todavía escala alguna que posibilitara el acceso de mis hombres a su buque. Por fin, cuando la embarcación se encontraba casi a fil de borda, dos marineros de aspecto poco recomendable desenrollaban una mugrienta y escasamente fiable escala de gato a la altura del castillo, en lugar de hacerlo en el lugar esperado, por el combés, como marcaban las normas. Y no me cuadraba en orden esta nueva e incorrecta virada. Aquel conjunto de malnacidos olvidaban que la suma de granos de arena negra puede acabar por formar un saco terrero relleno de pólvora.

Trepó Orcajo hasta la cubierta con su habitual decisión, seguido por el caballero Mascari y los soldados de Marina con el fusil en bandolera. A continuación, se dirigía a un marinero, que le indicaba con la mano en dirección a popa. Poco después, quien parecía encontrarse al mando del buque recibía a mi oficial en el alcázar sin un mínimo detalle de cortesía, porque ni siquiera se destocaba del costroso sombrero que calzaba a estaca en su cabeza. Seguía con el largomira todo detalle, mientras la sangre comenzaba a borbotear por mis venas.

Pronto comprendí que no se encontraba feliz el oficial al mando de la inspección. Porque Orcajo gesticulaba con fuerza ante el capitán, como si protestara por uno y mil motivos de ofensa. Y para aumentar la desazón, quien mandaba el buque se mantenía en actitud chulesca, más propia de matón en danza de tahona. A continuación, ambas figuras se dirigían a la escotilla del alcázar, para desaparecer por ella poco después hacia las entrañas del buque, seguidos a corta distancia por Mascari y los soldados.

Comenzaron a pasar segundos y minutos con desesperante lentitud. No había razón evidente para la intranquilidad, es cierto, aunque desde el primer momento una voz me avisara de un peligro que no debía aparecer en ningún momento. Así lo comenté con Romarate.

—No me gusta una mota cómo se cocina esta jodida puchera, segundo.

—Por mi parte encuentro que todo se desarrolla de acuerdo a lo previsto, señor. Bueno, ese capitán exhibe escasas muestras de la debida cortesía, por lo que debería ser reprendido con mano severa en su momento, pero nada más digno de mención.

—Esa fragata panzuda asemeja un buque fantasma. No me entienda mal, que no creo en tales efectos demoníacos. Pero parece como si nada de lo que los rodea pudiera afectarles para bien o para mal. Supongo que no intentará hacernos perder tiempo, mientras una fragata francesa con más de cuarenta piezas se mueve en las cercanías para tomarnos entre los cuernos. Gracias a los cielos, la visibilidad es buena, aunque la línea de costa se mantenga suspendida entre borra. ¡Piloto!

Como urgido por una prisa difícil de comprender, necesitaba disponer de algunos datos. Pero también pensar y moverme de alguna forma para agilizar el cerebro. Don Enrique llegaba con rapidez a mi altura.

—Mande, señor comandante.

—A qué distancia nos encontramos de tierra.

—Unas catorce millas, señor.

—¿Algún punto notable?

—Prácticamente hacia levante, debe aparecer la punta de Padrao, que cierra la desembocadura del río Congo. Este río se anuncia como muy caudaloso en el derrotero. Cerca del cabo debe aparecer un pequeño poblado llamado Raonda. Hemos bajado de los siete grados de latitud sur y...

—Es suficiente, gracias.

Regresé a la misión de enfocar el antejo hacia la cubierta del mercante, donde ahora tan sólo aparecían cinco o seis hombres sin trabajo aparente, como si anduvieran en paseo galante por los jardines del Prado. Fue entonces

cuando creí percibir un olor nauseabundo que me entraba por las fosas nasales en oleadas, aunque lo estimé producto de ese extraño malestar que me atacaba. Poco después hacía su aparición en cubierta un personaje digno de llamar la atención por su corpulencia y altura, uniformado también con casaca en reliquias y calzas amplias de las que, en Indias, suelen denominarse como coloniales. Para colmar aquella extraña mezcolanza, se cubría la cabeza con un amplio gorro de tres picos, más propio de soldado continental. Y, para aumentar la sorpresa, sin dudar, llegaba hasta la escala de gato para bajar por ella hasta nuestra lancha, seguido por uno de sus marineros.

—¿Qué hace ese culebrón? —preguntaba Romarate—. ¿Por qué embarca en nuestra lancha?

Antes de que pudiera contestarle, el gigantón discutía con el patrón de la lancha, oficial de mar don Manuel Tejero. Y tras unos segundos en los que ambos señalaban con los brazos a la fragata *Proserpina* en visible desacuerdo, desatraca la embarcación para dirigirse hacia nosotros. Ahora sí que mi pulso se encontraba cercano a brincar con guante de hierro.

—Por los huevos del sultán y de sus crías. ¿Qué cojones sucede aquí?

—No comprendo nada, señor.

La lancha se aproximaba a nosotros. Cuando los marineros arbolaban para rematar el ataque al portalón, pude comprobar el rostro encendido del patrón, sin atreverse a elevar la mirada hacia el buque. Mi cerebro trabajaba a destajo, aunque no conseguía encontrar una posible causa que justificara aquel descosido. Alarmado como tantas otras veces, ante lo que mi sexto sentido aconsejaba, me volví hacia el africano.

—Okumé. Corre a mi cámara y hazme llegar sable y pistolón, cargado.

—Regreso en un vuelo, señor.

—¡Segundo!

—Mande, señor.

—Acuda al portalón. A ver qué desea ese bujarrón endemoniado. Pero concédame un par de minutos. Necesito disponer de tiempo suficiente para vestir en regla.

—Sí, señor.

Pocos segundos necesitaba Okumé para regresar hasta el alcázar. Sin preguntas, enlazaba el sable en el biricú, para entregarme a continuación el viejo pistolón que perteneciera al general Barceló. Y, siguiendo su norma, lo encastraba en mi cintura con su boca bien cerca de los huevos. A continuación, desenvainaba el sable, que tomaba en la mano derecha. De esta

forma, esperé la llegada de esa extraña visita, mientras en la fragata mercante ninguno de mis hombres aparecía en cubierta.

Observé a Romarate en su recorrido hacia popa a través del pasamanos, acompañado a pocos pasos por el gigantón. Y volvía a sentir estofado de tripas en corrida al observar el aspecto de quien parecía o vestía como oficial piloto. Porque, además de mostrar una indumentaria inequívoca de canalla antillano, se movía y mostraba gestos más propios de alcahuete de mesón putero o rufián chulesco. Tampoco la conversación mantenida con Romarate debía haber sido del gusto de mi segundo, porque mostraba cara en rojo subido y manos temblorosas.

Por fin llegaron a mi presencia en el alcázar, momento que entendí de romper cruces sin elevar una sola pestaña. Porque aquel bellaco no sólo no esperaba a ser presentado en ordenanza mínima por el segundo comandante, sino que se adelantaba hasta mi altura sin haberse siquiera destocado. Con una prepotente sonrisa en sus labios, se dirigía hacia mí con un indecente desparpajo.

—Parece ser que tiene serios problemas, capitán —para mi sorpresa, hablaba en correcto castellano con el deje habitual de las islas caribeñas, sin abandonar su postura—. Los dos oficiales y soldados bajo su mando que envié de inspección, se encuentran en estos momentos en la cubierta baja, con veinte fusiles apuntando hacia ellos a escasa distancia. Como puede suponer, se encuentran en riesgo cierto de...

No permití que rematara su frase. Con un movimiento rápido de mi sable, cruzaba en abanico para golpear el ala de su sombrero, a escasas pulgadas del rostro. La prenda salía despedida con fuerza hasta rodar por la cubierta. De forma instintiva, el gigantón se cubría con las manos, creyendo que el mandoble iba dirigido contra su pecho. La rápida acción pareció rebajar su gallardía inicial en bastantes enteros. De todas formas, protestó de forma airada.

—¿Se ha vuelto loco? Debe saber que con esa acción pone en peligro...

—¡Cállese de una puta vez, canallón de lupanar! En primer lugar, debe saber que soy el comandante de esta fragata y ha de destocarse ante mí al ser presentado. Se encuentra a bordo de un buque de la Real Armada y cualquier ofensa contra la bandera que izamos a popa se encuentra penada con la muerte. ¿Dónde se encuentran mis oficiales y soldados?

—En peligro de muerte, si no sigue nuestras indicaciones. Y como vuelva a insultarme...

—Es usted una mezcla de bastardo de putorrón tirado y pirata jamaicano de huevos podridos. Lo insultaré las veces que estime oportuno porque así lo merece, antes de que lo envíe al infierno.

—Y sus hombres morirán, puede estar seguro.

—Eres español.

—Era español. Decidí cambiar por una nueva patria, la Francia imperial que se hará dueña del mundo. La fragata Aurore se encuentra basada normalmente en el puerto de Fort de France, en la isla de la Martinica. Como habrán supuesto por el aroma que despedimos, nos dedicamos al comercio de negros, un negocio muy lucrativo. Cuando avistamos su fragata e hizo por nosotros, a pesar de izar pabellón británico, comprendimos que estábamos perdidos. Pero el capitán Jean Marie Decourt es hábil y valiente como pocos. Sabíamos que enviaría algún oficial para llevar a cabo la inspección, por lo que se preparó la escena en conveniencia. Y los tiene a buen recaudo, sin posible escape. Si nos permite continuar la navegación franca, lo que le recomiendo, sus hombres serán bien tratados y recuperarán la libertad más adelante.

—¿En la Martinica, quizás?

—Eso lo decidirá el capitán. Pero da su palabra de que serán libertados.

—¿Su palabra? No suelo aceptar las palabras dadas por sacamantecas y carroñeros de presidio.

—No le conviene adoptar esa postura ni insistir en los insultos. Solamente consigue aumentar el peligro en el que se encuentran sus hombres. Si observa la cubierta de mi fragata, comprenderá que no miento.

Los nervios iniciales se habían remansado como por encanto, dando paso a esa placidez que siempre he disfrutado en combate, aunque brotara sangre a chorros a mi alrededor. Dirigí la mirada hacia la Aurore para comprobar que Orcajo y Mascari se encontraban en el alcázar, apuntados por armas francesas a escasa distancia. Y fue la figura del joven guardiamarina, sin perder una mota de su orgullo, lo que me decidió, aun a sabiendas del riesgo que corrían aquellos hombres.

—¡Segundo! ¡Zafarrancho y prevención para el combate! Que todos ocupen sus puestos.

—Sí, señor.

Tocaba la corneta a combate y redoblaba el tambor en llamada de sangre, cuando mi interlocutor quedaba con el rostro en blanco. Ahora elevaba la voz en grito.

—¿Se ha vuelto loco? Sus hombres...

—No vuelva a elevar la voz en mi presencia, mamón de mierda. Y no lo repetiré una vez más.

—Gritaré lo que desee —ahora su voz se elevaba como alarido desgarrado—. Qué se ha creído, capitán de...

No debía esperar más porque necesitaba un golpe de mano, que restableciera el orden natural de las cosas. Sabía que desde el buque francés seguían nuestra charla y movimientos con detalle. Con calma absoluta desenfundé el pistolón de la faja, amartillando su perrillo. Dirigí el arma hacia él.

—Ha ofendido de forma repetida al comandante de una fragata de Su Majestad Católica y, por lo tanto, a su bandera. Ya le adelanté que tal ofensa se encuentra penada con la muerte.

—No se atreverá a...

Con espantosa frialdad, como comentarían mis oficiales en los siguientes días, y sin dudarle un segundo le disparé un tiro a escasa distancia contra el centro de su pecho. A pesar de su fortaleza, el corpachón de aquel presidiario saltaba hacia atrás como monigote de feria en impacto de piedra. Pero no me crean ofuscado ni con los nervios desatados. Era necesario mostrar firmeza ante aquella cuadrilla de desalmados, sin rebajar el espíritu una sola pulgada. Y solamente había dado el primer paso de los entablados en el cerebro. Me giré hacia Okumé para entregarle el arma, que todavía humeaba por su boca.

—Carga de nuevo el pistolón.

—Ahora mismo, señor.

En aquel momento nos encontrábamos casi abarloados al buque francés, pues apenas nos separaban treinta varas de distancia. Ahora se percibía el olor a podredumbre con fuerza. Como siguiendo un guión marcado, di las siguientes órdenes.

—¡Segundo! ¡Cargar con doble bala todas las piezas de babor!

—Quedo enterado, señor comandante.

La voz de Romarate no se mostraba muy firme. Estaba seguro de que sufría, pensando en la seguridad de sus compañeros, pero entendí que adoptaba la única vía posible. Poco después recibíamos la novedad del jefe de la batería, alférez de navío Dávila por ausencia de Orcajo.

—Cañones de babor cargados con doble bala, señor. Botafuegos a mano. Listos para abrir fuego a la orden.

En aquel momento me dirigí hacia Romarate con la voz en bajo.

—¿Sigue siendo el cabo de cañón Benítez el mejor de nuestros artilleros?

—Sin duda, señor.

—Que suba. Debe apuntar dos de los cañones de la batería contra la mesa de guarnición del palo mayor. Y otros dos, de las piezas del alcázar, contra el mismo palo, a besar la cubierta. Listo para disparar esas piezas a mi orden y a un tiempo, a la voz de fuego. Y júrele que lo destriparé en vivo como falle a esta distancia. Ese palo debe rendirse hacia la banda contraria.

—Quedo enterado, señor.

—Otra cosa —bajé todavía más el tono de mi voz—. El mejor fusilero deberá apostarse en el lugar que estime más conveniente. A mi orden, deberá disparar contra el capitán y no fallar. Otro buen fusilero que se sitúe a su lado para enmendar, si el primero no alcanza el objetivo. Disparos al centro del pecho. No puede marrar el tiro a veinte varas de distancia. Si me quito el sombrero, será la señal para que haga fuego.

—De acuerdo, señor.

Era el momento de adoptar la siguiente vía con decisión. Pedí la bocina, que tomé entre mis manos, acercándome a la regala de babor. El capitán francés parecía inmovilizado por los hechos, dudando de los pasos a seguir. Me dirigí hacia él en correcto idioma francés, con el tono de voz en altura de cruces.

—Capitán, dispone de tres minutos para permitir que mis hombres lleven a cabo la inspección en orden de ley. En caso contrario, abriré fuego.

Pareció dudar aquel hombre que, a corta distancia, mostraba signos de pérdida nobleza en su figura. No obstante, contestó con cierta decisión, aunque sabía que intentaba una última postura.

—Si abre fuego, morirán sus hombres. Además, en caso de hundimiento de esta fragata, se llevará a los fondos a más de cuatrocientos negros, que se encuentran encadenados en la bodega.

—Le juro por la salud de mi alma, capitán —ahora gritaba en estallido de cielos—, que si alguno de mis hombres sufre un solo rasguño, toda la dotación de su fragata morirá con especial lentitud y nunca imaginado dolor. Y la suya será todavía más cruel. ¡Lo juro por Dios! Le quedan dos minutos.

Comprendí que el capitán comenzaba a dudar. Pero seguía con elevado temor los movimientos de los que apuntaban contra Orcajo y Mascari. De forma especial, imaginaba la figura del caballero tendido sobre cubierta con los ojos perdidos en sangre, una imagen que me hizo sufrir. Por último, escuché la voz de Romarate, también con cierto trémolo en su tono.

—Han transcurrido los tres minutos, señor. De verdad piensa... No esperé un instante más, como si no hubiera escuchado las últimas palabras del segundo comandante.

—¡Fuego!

Tronó el cañón bien cerca de nuestra posición, al haber escogido las dos piezas que se abren desde el palo mayor hacia popa. Y bendecidos por los cielos, no marraba el cabo Benítez en la ocasión. En primer lugar observamos cómo saltaba gran parte de la mesa de guarnición de estribor en astillas. Y pocos segundos después, como escena retardada comenzaba a caer el palo mayor hacia babor, arrastrando toda su cabuyería y jarcia de fuerza. La escena se había desarrollado con pasmosa normalidad, como si se tratara de un ejercicio más.

A bordo de la Aurore parecían haber quedado clavados en cubierta como estatuas de sal. El capitán lo intentó de nuevo, aunque ya algunos de sus hombres se retranqueaban hacia fuera.

—Voy a ordenar que den muerte a sus hombres. Usted lo ha querido y no...

Era llegado el momento y no podía esperar un segundo más. Con manifiesta tranquilidad, me destoqué para pasar a alisar el cabello. De forma casi simultánea, se escuchó un único disparo de fusil. Y no marraba el fusilero, porque el capitán caía en redondo sobre la cubierta con el pecho abierto en rojo. Sabía que la falta de mandos era fundamental en todo buque. Y, si tal condición se consideraba determinante en combate entre escuadras, su importancia aumentaba todavía más en buques mercantes, donde sus hombres no se empleaban por un ideal ni en defensa de una bandera. Volví a tomar la bocina.

—¡Dotación de la fragata Aurore! Si deponen las armas de forma inmediata y permiten que mis hombres continúen con su misión, se les perdonará la vida y quedarán en libertad por la costa africana. En caso contrario, barreré su barco con mi artillería y los que consigan salvar la vida, serán pasados por la quilla. Disponen de un minuto solamente para decidirlo. ¡Segundo!

—¿Señor?

—Preparen los arpeos^[21] para ser lanzados inmediatamente. Fusileros, a sus puestos con arma preparada. Carguen los cañones superiores con metralla y apunten a la cubierta.

Daba las órdenes a voz desgarrada para que se oyeran con facilidad a bordo del buque francés. Y no debimos esperar el minuto concedido ni unos pocos segundos tan sólo. De forma inmediata, todos los hombres salidos a cubierta con motivo del cañoneo, alzaban las manos, al tiempo que los encarados contra Orcajo y Mascari depositaban las armas en cubierta.

Nuestros soldados las recuperaban con rapidez, apuntando con mala cara contra aquella mezcla de bucaneros y saltimbanquis de feria. Fue el momento de lanzar los arpeos y quedar abarloados de forma compacta a la fragata, momento en el que el hedor se hizo casi insoportable.

Como triste episodio, el primero a mencionar en aquella navegación, acababa de apresar a un buque negrero francés. Pero me sentía feliz por el desarrollo de los acontecimientos. Por encima de cualquier otro detalle a tener en cuenta, reinaba el simple pensamiento de poder ofrecer la libertad a tanto ser desgraciado.

* * *

En ocasiones, aparecen problemas importantes en nuestras vidas, atravesados a tan extrema velocidad y con tan importantes decisiones tomadas, que no somos capaces de percibir su dificultad o el peligro aparejado, hasta que los rescoldos se apagan por completo, horas o minutos después. Viene a cuento tal pensamiento, porque si el órdago lanzado al buque negrero se elevó en perchas hasta las nubes y con grave peligro para mis hombres, las experiencias que vivimos a continuación también son difíciles de olvidar, si es que tal condición fuera posible.

Es premisa bien demostrada por duendes y halcones, que una cosa es tratar o discutir de algún problema determinado, por penoso o lamentable que este se aparezca, y algo muy distinto atacarlo en persona y comprobar de primera mano sus efectos. Digo esto porque, una vez rendida la fragata *Aurore*, mientras Orcajo y Mascari llevaban a cabo la inspección ordenada, debía decidir con rapidez los pasos a seguir. Bien es cierto que me lancé a ellos sin dudarlo un segundo, aunque sufriera al comprobar lo que un buque puede encerrar entre sus cuadernas. Pero todo comenzó con el regreso de mis dos oficiales a bordo, una vez finalizada su misión. Y ya de entrada me pareció observar en sus rostros un aspecto más propio de quien acaba de enfrentar un alargado y peligroso abordaje de sangre, condición que achaqué a su sentido de culpabilidad por haber caído en la trampa que les tendieran los negreros. Pero no todo se debía a tales hechos.

—Lamento mucho, señor, que nos dejáramos atrapar en esa encerrona inesperada y tan bien preparada —comenzaba Orcajo su letanía con voz a la baja en tono de reproche propio—. Aunque suene a disculpa de lanzas, le juro que apenas dispusimos de tiempo para reaccionar, cuando bajamos por la

escotilla. Entramos en un recinto oscuro, donde nos esperaban diez hombres con las armas cargadas y apuntadas a nuestros pechos. Nada pudimos hacer.

—No han de lamentarse ni excusar acción alguna. No son más que gajes del oficio y también es culpa mía haberlos enviado con fuerza de protección tan escasa. Debí tomar más precauciones, sin confiar en que un buque mercante apareja siempre espíritus blandos. Pero podemos olvidarlo porque el resultado tronó al gusto. Siento que hayan sufrido cuando eran amenazados o si atravesaron algún momento de duda cuando di muerte al piloto. Estaba seguro de que no se atreverían contra ustedes.

—No temimos en ningún momento por nuestras vidas, señor —el guardiamarina se adelantaba con impropia decisión, ante la estupefacta mirada de Orcajo—. Su jugada fue perfecta y pronto comprobamos el pánico que asolaba a quienes nos encañonaban. Tan sólo se trataba de una fanfarronada de ese petulante capitán francés, que equivocó jugada y lance.

Debí esforzar el gesto en seriedad para no entrar en risas, al observar al mozalbete encrespado a la brava. Pasé con rapidez a otro tema, antes de que Orcajo lo hiciera callar.

—¿Qué me dice de la inspección?

—Es difícil encontrar las palabras adecuadas para exponer lo que vimos, señor, si es que existen en nuestro idioma. Nada más embarcar, percibimos ese hedor nauseabundo que ahora se extiende con claridad por ambos buques. Creo que se mantendrá durante meses atrapado en mi nariz. Pero cuando contemplamos las cubiertas dedicadas al transporte de esos..., de esos pobres hombres, quedé sin aliento. Creo que he visto mucho en los años corridos a bordo de la Real Armada y no soy afamado por mi blandura en combate. Pero jamás supuse que encontraría algo así. Y si mantenía bastantes dudas sobre los movimientos abolicionistas que intentan erradicar esa lacra de la trata y sus consecuencias, se me han eclipsado al golpe. No lo creerá si no lo ve con sus ojos.

—Pienso verlo, Orcajo. Creo que es una buena escuela para el futuro. ¿Alguna carga más digna de mención?

—Mucha y variada, señor. Para comenzar, víveres en abundancia, con algunas variantes notables.

—¿A qué se refiere?

—Por una parte, almacenan víveres para unos cuatro meses, teniendo en cuenta la dotación de 114 hombres, bastante escasa para marinar ese buque. En cuanto a la alimentación de las más de cuatrocientas almas que allí se mantienen como ganado en corral, utilizan lo que asemeja harina de maíz o

mijo en copos gruesos de color oscuro, con el que preparan una especie de sopa migada o caldo de enfermo al mezclarse con el agua. Nada de fogones y todo en frío. Aunque cueste creerlo, es la única ración que se les ofrece y una sola vez al día. Y por fortuna llevaban solamente seis jornadas de navegación, por lo que los negros se encuentran todavía sin enfermedades y con relativas fuerzas. Pero en tres o cuatro semanas, deberían ofrecer una visión más propia del infierno. Creo que una quinta parte muere en la travesía y son arrojados al agua, incluso mujeres y niños. Un contradiós difícil de aceptar por un ser humano, señor.

Mucho me extrañaba observar al teniente de fragata Orcajo, el más duro y odiado oficial a bordo por su dureza, exponer aquellas sentidas palabras.

—Lo comprendo. ¿Y en cuanto a su armamento?

—Es verdad, señor, que no he acabado. La impresión de esos negros me hace perder el tino. Los cañones de la bodega fueron aliviados para almacenar una mayor cantidad de carne humana. Tan sólo disponían de cañones en la cubierta alta, por castillo y alcázar, de calibres de a 6 y a 8. Pero es de destacar una maravillosa pieza de bronce y de a 24 que mantenían a proa como cañón de caza. Según parece, la había adquirido el capitán antes de acometer el último viaje y se encontraba muy orgulloso de él. Creo que no se debería perder una joya así.

—¿De bronce y a 24? Desde luego que la transbordaremos a la *Proserpina* sin dudar. ¿Son de especial calidad los restantes?

—Ferro viejo con ánimas muy rascadas y mecha llana, señor. Podemos lanzarlos al agua sin mayor preocupación. En cuanto al armamento portátil, unos cincuenta fusiles casi nuevos, un número similar de chuzos o sables y una docena de pistolas viejas. Bueno, sin olvidar la pareja de pistolas del capitán, una verdadera maravilla. Parecen ejemplares de la mejor arcabucería vasca.

—Son muy buenos y afamados los artesanos franceses en ese aspecto. Destaca muy por alto el taller del armero real Nicolás Bouet. En recuerdo del mal momento que han atravesado por mi culpa, no deben aparecer esas armas en el acta de recuento. Reciban un ejemplar para cada uno de ustedes como regalo personal.

—¿Una para mí, señor? —el guardiamarina mostraba un rostro de extrema felicidad.

—En efecto, caballero. Y bien que se la ganó en la ocasión. Espero que entre muchas veces en combate con ella. ¿Algo más, Orcajo?

—Almacenaban bastante pólvora en jarras, en excelente estado, demasiada para tan escaso número de cañones. Y la buena noticia es que esos hombres parecen bastante aficionados a la mesa palaciega, porque abunda la carne en salazón de primera categoría, costillares, piernas y paletillas, tocinos magníficos, muchas legumbres con buenos ojos, una veintena de cerdos pequeños y morenos mantenidos en jaulas, así como un apreciable número de toneletes con ron antillano. Y para rematar el cuadro a luces, señor —se abría en sonrisas—, mucho vino almacenado en una especie de redomas de gran tamaño, aparejadas con paja gruesa para su seguridad. Según nos indicó quien hacía de guía, un marinero cubano, esos caldos proceden de la zona de Burdeos en la Francia, cargados en la Martinica porque el capitán era muy aficionado a ellos.

—Todo pasará a la *Proserpina* para beneficio de nuestros hombres. Viene bien porque no sabemos cuánto podrá durar esta comisión.

El guardiamarina Mascari parecía que deseaba intervenir, aunque el sablazo moral recibido por mano de Orcajo en la primera ocasión, le hacía contenerse.

—¿Algo más interesante?

Dirigí la mirada al caballero, que acabó por decidirse.

—Queda por narrar, señor..., las monedas... —miraba a Orcajo con aprensión.

—Tiene razón el caballero Mascari, señor. Olvidábamos la guinda de la torta. En la cámara del capitán, descubrimos un arcón de regular tamaño, con cinco bolsas repletas de luses de oro. Pero auténticos luses de ley. Ha debido amasar una respetable fortuna ese endemoniado con el tráfico de carne humana. ¿Los consigno al contador para que levante acta de requisa de caudales?

—En efecto y vienen al pelo. Digo esto porque si se alarga la comisión y hemos de adquirir alimentos por el mar de las Indias, es posible que las letras de cambio con respaldo de nuestro Gobierno no ofrezcan las garantías suficientes. Por el contrario, el oro abre cualquier puerta enquistada. Bien, ahora desearía pasar a la fragata *Aurore*, antes de reunir consejo de oficiales para decidir nuestros pasos.

—En verdad que no se lo recomiendo, señor —apuntó Orcajo—. No sólo la visión es dantesca, porque el olor no se puede describir. Me siento fuerte y bragado, pero debí salir a la carrera de esas cuevas de inmundicia para no regurgitar.

—Algo me ha adelantado el cirujano en tal sentido. Por lo visto, no debieron entrar sin protección. ¿No es así, don Cayetano? —me dirigía al cirujano, que se encontraba a nuestro lado en atenta escucha.

—Entre la población negra proliferan muchas enfermedades desconocidas para los europeos y a las que somos muy sensibles. Y, cuando se trasladan esclavos, dichos miasmas se multiplican por mil. No les recomiendo entrar en las cubiertas donde los mantengan almacenados. Pero si deciden hacerlo por necesidad, utilicen una pañoleta en antifaz para rebajar el peligro y no aspirar de sus pestilencias.

Siguiendo las instrucciones de don Cayetano, pasamos a la fragata negrera con el rostro embozado, como trabuqueros de las sierras andaluzas. En un primer recorrido, porque obligué a todos los oficiales con posterioridad, me acompañaban Romarate, Dávila, Crespi, el propio cirujano y el contra maestre, que deseaba inspeccionar cables, cabuyería y velamen, por si se ofrecía a la vista algún efecto aprovechable como elemento de respeto. Pronto pude comprobar que Orcajo no había exagerado un ápice en sus comentarios iniciales. Incluso alabé en mi interior la fortaleza del joven guardiamarina, al haber superado aquella prueba a tan corta edad, condición que endurecería su espíritu sin duda.

Siempre había dibujado en mi cerebro, al pensar en el tráfico de esclavos negros desde el África a las colonias de los diferentes países en las Indias, a un buen número de hombres estibados a bordo en las cubiertas bajas y en pésimas condiciones. Pero lo que vi a bordo de la fragata francesa superaba toda posible expectativa. Salvo una escasa parte de la primera cubierta, aplicada para la dotación, el resto de lo que debía presentar la batería desmontada y dos cubiertas bajas que supondrían bodega y sollado, asemejaba un torrente de masa humana almacenada en condiciones difíciles de imaginar siquiera. Divididos en líneas paralelas y rematados por otra completa en seguimiento de la estructura del buque, se agolpaban tendidos aquellos desgraciados hombro con hombro. Con una sencilla y basta lona como aposento, se distribuían de a cuatro en vertical, como catres de horma en seminario, pero sin espacio apenas para elevar la necesaria respiración. Cada grupo de cuatro esclavos se encadenaban por argollas al cuello, mientras que, al mismo tiempo, se unían por argolla al pie con el grupo vecino. Calculé a ojo que podían encontrarse estibados como rebaño un número cercano a los doscientos en cada cubierta.

Según nos aseguraba el marinero cubano con absoluta naturalidad, eran sacados en grupos hacia el castillo cada día a la meridiana, para ser baldeados

con agua de mar. De esta forma, el conjunto pasaba por esa ración de limpieza teórica solamente una vez a la semana, siempre que las condiciones de viento y mar lo concedieran. Tras unos pocos días, su aposento se convertía en una inmunda cloaca, llena de las eyecciones de todo tipo, que intentaban baldear ellos mismos una vez a la semana. Teniendo en cuenta que su derrota habitual cruzaba desde los poblados al sur del golfo de Guinea hasta las islas francesas de las Antillas, la duración del terrible viaje se alargaba de cuatro a seis semanas como mínimo.

Como es fácil imaginar, regresé a bordo de la *Proserpina* con el ánimo sumido a la baja, verdaderamente impresionado de lo que el ser humano puede llegar a realizar por ganar unas monedas de oro. Porque es preferible matar o asaltar con arma de fuego que consentir el padecimiento de aquellas manadas de seres humanos. Y, aunque nos señalaran a los españoles como esquiladores de pueblos, era necesario reconocer que donde la esclavitud alcanzaba cotas elevadísimas era en el Brasil, en las antiguas colonias inglesas del norte americano y algunas islas francesas. Por aquellos años era escaso el número de negros en nuestras provincias americanas, con la excepción de la isla de Cuba, aunque no alcanzara ni de lejos los porcentajes de las mencionadas.

Una vez a bordo de mi buque, que estimé al regreso como el palacio más ostentoso y perfumado del mundo, reuní a los oficiales de guerra y mayores en su cámara. Deseaba comentar con ellos las disposiciones que pretendía tomar y, al mismo tiempo, escuchar sus opiniones.

—Bien, señores, poco queda por añadir después de lo que he podido presenciar. Según tengo entendido, la mayoría de ustedes han pasado a la fragata negrera para comprobar con sus ojos la monstruosidad que supone la trata de negros. Ha sido una lección que no debemos olvidar jamás. Pero ahora no nos queda más remedio que abordar las próximas acciones. En primer lugar, transbordaremos los víveres, armamento y pertrechos seleccionados que, en su conjunto, no son de despreciar. Y, aparte de esos luises de oro que pueden abrirnos puertas cerradas en la costa africana oriental, debemos felicitarnos porque la *Aurore* poseyera dos cables que ya desearía el buque insignia, así como otros pertrechos de mar en perfecto estado. Es posible que, con el transbordo de tan generosa carga, baje alguna pulgada nuestra borda, especialmente con el cañón de a 24, que no pienso largar a los fondos.

—¿Tiene intención de instalarlo a bordo, señor? —preguntó el segundo comandante.

—Ya que se encuentra a mano, sería estúpido almacenarlo en la bodega. Como su cureña es buena y acorde para ser montado como pieza de caza en el castillo, lo emplazaremos en la misma forma.

—Será un peso notable a proa, señor —argumentó el teniente de fragata Orcajo—. Nos reducirá el andar y puede que haga hociocar en demasía la proa.

—Andar perderemos con tanta carga, desde luego, pero de momento no tenemos que perseguir a nadie. En cuanto al hociamiento de la proa, no creo que sea excesivo aunque instalemos una carga cercana a los cincuenta quintales^[22] en el castillo. Es una medida habitual en muchos buques. Los bergantines ingleses armados al corso suelen emplear una pieza de ese calibre a proa. Tan sólo si son perseguidos, lo lanzan al agua. De momento, estará bien allí. Si observamos perniciosos efectos en la maniobra, ya lo pasaremos al sollado.

Dejé pasar unos segundos en silencio, antes de abordar el tema principal. Y ese no era otro que decidir sobre la fragata, su dotación y carga humana.

—Según parece, los franceses embarcaron a los negros en ese poblado del que precisamente me había hablado el piloto. ¿Cómo se llamaba, don Enrique?

—Aparece como Raonda en el derrotero, señor, aunque los franceses lo llaman Rondaz o algo parecido.

—Se ve que el cacique o jefe de ese poblado es quien apresa a sus paisanos continentales con evidente ánimo de lucro. Entregó más de cuatrocientos hombres a cambio de diez caballos y cuarenta toneletes de ron. Qué monstruosidad, Dios mío. Porque tan culpables como los negreros son esos reyezuelos tribales que llevan a cabo terribles razias por el interior, donde toman ese elevado número de desgraciados, posiblemente pertenecientes a diferentes etnias. Por las razones expuestas, es mi intención arrumbar hacia el mencionado poblado con la Aurore a remolque, una vez desembarazada del palo mayor y todos los restos de su jarcia y caballería en cuelgue, medida que ya ataca el contraamaestre con sus hombres.

Los oficiales esperaban, interesados, mis próximas decisiones.

—En resumen, y con pocas palabras, pienso destruir ese poblado, liberar a los negros embarcados, hundir la fragata y dejar a los miembros de su dotación por la costa. Bien sabe Dios que desearía entregarlos a un penal, pero no nos es posible. La verdad, no creo que sobrevivan en esta tierra sin armamento ni bebidas que entregar a cambio. Peor para ellos. Y si son asaltados con saña por los que intentaban esclavizar, tampoco sufriré. Que reciban de su propia medicina.

—Si sus tribus se encuentran lejos, esos negros volverán a ser capturados para la esclavitud.

—Bueno, según el cirujano todavía se mantienen bien de salud, por lo que les será posible correr hacia sus propios poblados. Tengan en cuenta que les hablo sin conocimientos precisos, desde luego, pero espero que se cuiden más en la próxima ocasión. Por tal razón pienso disparar con toda nuestra batería contra ese poblado maldito, donde parece ser que mantienen un almacén de grandes dimensiones. En él amarran como borregos a los negros apresados, hasta que aparece un buque para el necesario trueque.

—En ese poblado que piensa destruir, señor, también vivirán mujeres y niños inocentes.

Era Orcajo quien elevaba tal información en voz baja. Me hizo pensar de nuevo que mucho había cambiado en sus sentimientos de piedad el duro oficial. Pero tenía razón en sus palabras, desde luego.

—Estoy de acuerdo. En ese caso, nos limitaremos a destruir el almacén. Pero también intentaré atraer al reyezuelo por medio del marinero cubano. Y si se acerca, acabaré con él.

Estaba decidido a rematar aquella historia con pulso firme. No obstante, era consciente de que poco o nada variaría en los siguientes meses y años el sistema empleado hasta el momento. Eran demasiadas las compañías o armadores particulares dedicados a tan lucrativa empresa. Intentaba rebelarme con mis limitadas armas contra aquella lacra, aunque se tratara de una sola gota de agua en el inmenso océano. De todas formas, muchas veces en esta vida un simple gesto es capaz de abrir surcos profundos, y a tal esperanza me aferré con arpeos de fuerza.

9. Efímera venganza

La experiencia vivida a bordo de la fragata Aurore, rápida pero intensa, dejó profundas secuelas en mi alma, como si un ánima perdida hubiera acariciado las venas en recorrida con hierro candente. Ya conocen las opiniones en circulación por mi cerebro sobre aquel terrible problema, que se abría al ser humano desde que el mundo era mundo, esa innata propensión a esclavizar a nuestros semejantes por necesidad o interés, muchas veces amadrinados ambos conceptos. Sin embargo, a partir de aquel día, y como principal efecto de la prueba sufrida, que así la consideraba, me convertí en un beligerante abolicionista con todos sus efectos. Y no solamente de la trata de negros en sí misma, sino de la esclavitud en todas sus formas y expresiones. No había sido partidario hasta entonces de establecerme en posturas definidas que rozaran el ámbito político, pero en aquel tema específico lo entendí como una necesidad e ineludible. Y ya les adelanto que tan decidido abanderamiento trajo consigo algún que otro quebradero de cabeza en los siguientes años.

Una vez aclarada por lo llano y sin miramientos la maniobra a bordo de la fragata Aurore, lanzando al agua los restos del palo desarbolado, jarcia firme y cabuyería dañadas, la tomamos a remolque para progresar hacia la costa, que se adivinaba en el horizonte por el levante. Aunque disponía de capacidad suficiente para navegar con sus propios medios, entendí como más seguro largarle un cable con marineros de mi dotación a su bordo y guardia armada por cubierta. No deseaba sufrir ninguna sorpresa más, aunque ya aquellos hombres se mostraran blandos de espíritu cual tripa de manteca.

Como primera medida, había ordenado desengrilletar a todos los negros encadenados, una acción de la que me sentí muy orgulloso e insufló aires de esperanza en mi interior. Era consciente de que se podía producir alguna algarada a bordo, si tomaban represalias contra quienes los habían esclavizado, pero poco me importaba tal detalle porque, sencillamente, lo merecían. No obstante, aquellos pobres desgraciados salían a cubierta

dubitativos y protegiendo sus ojos de los rayos del sol, incapaces de comprender el futuro que se abría ante ellos. Por medio de un marinero mulato, que se decía entendedor de sus lenguas, se les indicó que serían libres de abandonar el barco y dirigirse hacia la costa, una vez nos encontráramos a escasa distancia. Y hubo de repetirlo más de cien veces porque no creían nada ni en nadie, hasta comprender que se movían a bordo con entera libertad.

Como el derrotero no marcaba sondas ni de forma aproximada, tan sólo una simple mención de que se podía barajar la costa a escasa distancia sin problemas aparentes, ordené sondear^[23] de forma periódica, conforme cerrábamos distancias y se aparecía a proa una línea suave y aplacerada con espesa vegetación en el interior. Avistamos y reconocimos con claridad la punta Padrao, donde se divisaba la desembocadura del río Congo en su magnífica amplitud, momento en el que enmendamos unas dos cuartas a estribor, para identificar poco después el poblado de Raonda, o como fuese su verdadero nombre, a unas dos millas de distancia. Se trataba de un conjunto miserable de chozas, alineadas pocas varas tierra adentro. Y debía ser un pueblo marinero, porque se podían observar en la playa cercana unas canoas alargadas y de muy escasa manga, con las que se podían dedicar a la pesca.

La sonda continuaba franca, indicación clara de que atacaríamos una playa con elevado gradiente. Y tanto así que casi embocamos la arena cuando largábamos las dos anclas en un fondo arenoso de cuatro brazas, acción que ordenaba llevar a cabo en las mismas condiciones a la Aurore. Aleccionado por el marinero cubano, que se intitulaba Manrique, disparamos un cañón sin bala, señal que soba esperar el cacique tribal para salir al encuentro de los europeos y manejar el trato nefando. Y no necesitó de mucho tiempo aquel culebrón con plumas para acercarse hasta la orilla, porque escasos minutos después avistábamos un personaje de elevada estatura y planta firme, enjaezado con unas tiras de piel de vivos colores, acompañado por lo que parecía un grupo de sus guerreros.

—Ese es el jefe Papanga, señor comandante —musitó Manrique a mi lado.

—Parece un comediante de feria emplumado en fiesta. ¿Qué acciones suele llevar a continuación?

—Embarca en una de las canoas y se dirige al barco negrero con los más valientes de sus guerreros. Como estimará que es su caso, llegará hasta aquí por derecho. Se le suele recibir con la debida pompa a su alta magistratura, cualidad que mucho agradece, así como entrega en especial presente de bienvenida de abalorios y ron, este último el producto que más gusta.

—¿Alta magistratura ha dicho? —entoné en sorna y con soniquete de desprecio.

—Bueno, señor, no es más que una función de teatro necesaria, a la que todos los tratantes se ajustan en beneficio propio.

—Recibiré con guirnaldas en apretado ramo a ese reyezuelo mamón.

—Debe tener cuidado, señor. Es un personaje altivo y violento con reacciones inesperadas y peligrosas. Le gusta dejar claro que es el rey de todos, incluidos los europeos que acuden a comerciar con él. En una ocasión llegó a golpear al capitán Decourt en la cabeza, al entender un gesto de desprecio por su parte, hasta hacerle rodar por la cubierta. Y sus guerreros escogidos tampoco se andan con chiquitas.

—No será el caso en esta fragata bajo mi mando, puede estar seguro. ¡Segundo!

—Mande, señor.

—Quiero guardia armada en cubierta en suficiente número, apuntando a cada uno de esos guerreros si llegan a embarcar. Okumé —me dirigía al africano—, hazme llegar de nuevo el pistolón.

—¿Y sable?

—No. Con el arma de fuego es suficiente.

En efecto, el tal Papanga saltaba a la canoa más grande de las alineadas en la costa sin pérdida de tiempo. Tras embarcar su grupo de tropa escogida y suficientes brazos de remo, abandonaban la playa en nuestra dirección. Lo observaba con detalle por mi antejo, para comprobar que atravesaba diferentes partes de su cara con aros y estiletos de madera, lo que le confería un aspecto verdaderamente repugnante. Sus guerreros, provistos de pequeñas lanzas, movían las armas en lo que más parecía ceremonia de recepción o previa a la contienda. De todas formas, ya nuestros soldados ocupaban posiciones adecuadas por combés y castillo. Volví a dirigirme a Romarate.

—En caso de que se abra la situación a malas y ordene abrir fuego contra esas bestias, necesito que uno quede con vida para acciones posteriores. Pero bien tomado de manos y sin movimiento posible.

—Comprendido, señor.

Pocos minutos después, cuando ya la canoa besaba nuestro costado, lanzábamos una escala de gato para que accedieran a bordo. Y debían estar acostumbrados a aquella faena, porque treparon por sus tablas con rapidez y agilidad, sin desatender el armamento. De esta forma llegaba el reyezuelo a mi altura en el alcázar, donde lo esperaba con el marinero francés traductor de lenguas. Y si esperaba alguna cortesía de su parte, caía en falso. Porque aquel

personaje, con escudo y lanza de mayor tamaño, me lanzaba una ininteligible parrafada a la cara con mal tono y gestos de ofensa. Miré hacia el traductor para que llevara a cabo su trabajo.

—Dice el jefe Papanga que no dispone en estos momentos de ningún esclavo para comerciar. El almacén, aquel edificio grande y de paja larga que se levanta al sur del poblado, se encuentra vacío. Asegura que si esperamos algunos días, podría conseguirlos —el marinero Bourdet parecía conocer la lengua con bastante dominio—. Pero que desea tomar del Líquido que le suelen ofrecer y prepararle algún tonelete como habitual obsequio a su persona. También desea espejos. Vamos, señor, que exige recibir algún regalo antes de entrar en el trato.

—¿Exige? —sentía la sangre caliente y en recorrida—. Traduzca mis palabras con la mayor precisión. Dígale que he llegado a estas aguas en representación de Su Majestad Católica y que ha de cesar en esas actividades abominables que ha abordado hasta ahora. Se le prohíbe de forma tajante apresar a naturales de estas tierras para ofrecerlos en trueque de esclavos, bajo la pena más severa.

—No le va a gustar, señor comandante. Este reyezuelo es muy orgulloso y se cree...

—Limítese a traducir mis palabras —ordené de forma tajante.

Cuando el cacique escuchó aquellas frases de orden, frunció el ceño en gesto de inconfundible ofensa. Dio un paso hacia delante, al tiempo que manejaba su lanza con evidente peligro y aumentaba el tono desabrido de su voz.

—Dice Papanga que aquí el único rey es él y no admite órdenes de nadie. Que sois vos quien ha de seguir sus indicaciones al punto, si apreciáis vuestra vida. Pregunta a qué ha venido si no desea esclavos.

—Conteste que no le considero rey de nadie ni obedeceré indicación alguna de su parte. Y repita que he venido para prohibirle ese maldito trueque a partir de ahora, bajo pena de perder la vida.

Mientras Bourdet traducía la última frase, me dirigía a Romarate.

—Segundo, no me gusta el tono y actitud de estos malditos. Que los soldados apunten de firme contra esos negros armados. Atentos a disparar a mi orden, si pasan a mayores, con las indicaciones que le adelanté.

—Estamos preparados, señor.

Tras escuchar las últimas palabras, Papanga se dirigía a mí con odio reconcentrado en la mirada. Como la distancia era demasiado corta y su lanza se movía en abanico con demasiado peligro, desenfundé mi arma,

amartillándola a continuación. No pareció arredrarle el movimiento, si es que llegó a comprenderlo. Por el contrario, hizo aumentar sus gritos, al tiempo que sus guerreros también comenzaban a moverse en amenaza. Y como no era situación de exponer nuestras vidas de forma inútil, sin pensarlo dos veces disparé contra su pecho, al tiempo que ordenaba la misma acción a mis soldados. En pocos segundos, todos caían heridos de muerte sobre cubierta. Tan sólo uno de ellos, de acuerdo a mis instrucciones, se libraba en la distribución de fuego, aunque un soldado parecía querer entrarle a muerte en un segundo intento.

—No disparen contra este hombre. Bourdet, ordénele que deje su lanza en cubierta, si no quiere morir como sus compañeros.

El valiente guerrero debía ser persona inteligente porque obedeció con rapidez, absorto ante la rápida masacre de su jefe y compañeros. Me felicité porque era necesario para proseguir con los planes aliñados.

—Dígale que puede regresar a su poblado en la canoa. Pero que ha de avisar a sus paisanos de que, a partir de ahora, quien trafique con esclavos, acabará como el jefe Papanga y sus compañeros.

El guerrero asintió con la cabeza de forma sumisa, conforme se le traducían mis palabras. Y sin pérdida de tiempo, saltaba a la canoa para salir en estampida hacia la costa. De esta forma, una vez lidiada la situación, que se desarrolló a gran velocidad y con un desenlace más que positivo, dediqué mis esfuerzos a rematar la faena.

—Vamos a ver, segundo. Los negros que sepan nadar, pueden lanzarse al agua y alcanzar la playa. Si alguno no es capaz de bracear o en el caso de esos niños con sus madres, que la lancha los transporte.

—¿Y los miembros de la dotación?

—Esa guinda la comeremos más tarde.

Necesitamos algunas horas y mucho barqueo para transbordar aquel ingente número de esclavos a tierra. Y no fue fácil convencerlos de que debían embarcar en la lancha para recuperar su libertad, porque algunos intentaban escapar de ella como si se tratara del diablo en persona. Muchos se lanzaron al agua, aunque un número cercano a la mitad decidieron ser transportados. Y parecieron comprender pronto que se encontraban en libertad porque, una vez llegados a la arena, salían a la carrera en diferentes direcciones, como urgidos por una prisa demoníaca. Era el momento de rematar la faena. Pensaba enviar de inmediato a los miembros de la dotación hacia la playa a nado, cuando el marinero cubano llegó hasta mí en representación de sus compañeros.

—Señor comandante, si nos abandona en esta playa, moriremos todos.

—Mire, Manrique, no creo que les falten agua y alimentos. Soliciten ayuda a los habitantes de ese poblado, con los que han negociado tantas veces. Nadie les obligó a ejercer ese espantoso oficio. Si pertenecieran a un buque de la Marina Nacional francesa, los llevaría conmigo hasta el próximo puerto, donde quedarían internados. Pero no es mi obligación transportar a un grupo de asesinos facinerosos a bordo de mi fragata. Disponen de veinte minutos para abandonar la *Aurore*, porque será hundida a continuación.

—Le prometemos, señor, que si nos deja el buque, jamás volveremos a traficar con...

—El tiempo pasa y no cambiaré la orden dada.

—Apiádese de mí al menos, señor. Soy español y tan sólo me enrolé en esta fragata como sencillo marinero, sin conocimiento de sus fines, para ganarme la vida. Puede emplearme a bordo en el puesto de mayor peligro, si así lo desea. Me dedico a la mar desde que abrí los ojos y no se arrepentirá.

Me apiadé de aquel hombre que, en verdad, no parecía mala persona. Decidí que eran suficientes las muertes producidas hasta el momento y podía compensar la balanza con algún detalle de bondad. Accedí a que se inscribiera a bordo como grumete. Y también entraba con egoísmo propio, que no venían mal dos manos de braza a bordo. Al mismo tiempo, y pensando en futuras acciones o necesidades de traducción, permití que se mantuviera embarcado en la *Proserpina* el marinero Bourdet, cuyo conocimiento de aquellas extrañas lenguas podía beneficiarnos en próximos acaecimientos. El gigantón de tez morena aceptó de mil amores la propuesta. No obstante, antes de pasar a formar parte de la dotación de la fragata española, le hice abjurar de su nacionalidad francesa.

La dotación de la *Aurore* al completo, con las excepciones citadas, acabó en la playa en escasos minutos, sin saber qué hacer ni a dónde dirigirse. Muchos de ellos se limitaron a tomar asiento en la arena, con pocas esperanzas en su futuro. A continuación, un grupo de nuestros hombres se dedicó a incendiar el emponzoñado almacén, que servía de estancia provisional a los esclavos tomados del interior, ante la espantada mirada de algunos nativos. Y, sin pausa, que deseaba rematar la faena a luces, ordenaba dar fuego intenso a la fragata negrera, única forma de eliminar por completo aquel engendro del mal. Y mucho gocé al observar como las llamas lamían sus palos en dirección a los cielos, acabando sus restos calcinados por rendirse y entrar en las aguas con humareda negra en rizos. Hasta entonces,

los oficiales callaban, como si me vieran inmerso en una dantesca operación. Por fin, me dirigí hacia ellos con voz en alto.

—Pueden pensar que en el día de hoy la trata de negros no se encuentra penada y puedo haberme extralimitado en mis funciones. Se equivocan en redondo si así lo estiman. Hemos apresado una fragata enemiga, dedicada a un comercio muy especial y dañino para la raza humana. No nos sería posible marinarla hasta puerto propio, por lo que era necesario enviarla a los fondos. En cuanto a su dotación, tampoco podía mantenerlos a bordo, en contra de nuestra seguridad. Así que los he dejado en tierra y a salvo, una magnánima acción. Pero bien sabe Dios que no me importaría verlos perseguidos por aquellos desgraciados a los que llevaban a bordo como corderos arracimados. En su conjunto, podemos asegurar que ha sido una buena experiencia, de la que hemos obtenido un generoso botín en armamento, víveres y caudales, buenos para nuestra depauperada Hacienda. Debemos sentirnos orgullosos. Y ahora continuaremos con la misión impuesta, sin echar la vista atrás.

Una vez rematadas las palabras en tono alto, dictadas con sentida emoción, creí entrever rostros de complacencia entre mis hombres. Y más se notó cuando, al día siguiente, ofrecimos rancho extraordinario para la dotación y excelente almuerzo a mis oficiales en su cámara, con excelentes costillares cocinados por Okumé y ricos caldos de Burdeos. Había pasado una página que consideraba importante en mi vida, una singular experiencia que jamás olvidaría. Había dado muerte con mis manos a dos hombres en rápida sucesión, pero me sentía muy orgulloso de ambas acciones. Sin embargo, ya el cerebro se movía en otros derroteros, pensando en el capitán Silveira, la fragata *Andorinha* y los millones de pesos almacenados en ella.

* * *

Regresamos a la navegación en los mismos parámetros decididos con anterioridad a nuestro encuentro con el buque negrero. De esta forma, y como se mantenía el viento del sudeste y fresco de fuerza, aproamos hacia fuera con todo el aparejo largado para ganar barlovento y buscar esos vientos pregonados del oeste que nos permitieran cruzar el cabo de Buena Esperanza en felicidad. Así, al menos, se planifica en la mar, aunque después lleguen las olas con recados de enmienda y tirabuzones en rocío.

Corrimos millas en abundancia durante las cuatro primeras singladuras, con el sudeste encastrado a pernos de fuerza y sin una mínima variación. Nos manejamos de través, con alguna cuarta caída a favor, pero aun en tales

condiciones la *Proserpina* parecía largar espuma más propia de empopada. Con estas benignas condiciones, atravesamos los veinte grados de latitud sur, estimando que en un par de jornadas deberíamos alcanzar la altura deseada para cambiar el bordo en un primer intento. Pero no parecía de momento que el sudeste fuera a dejar paso a soplos del tercer cuadrante, por lo que ya estimábamos el necesario role como mágico.

Todo se movía al compás de damas, con la mar en rizos y restos de marea lejana en danza de vientre, como decía don Anselmo con cierto abatimiento burlón. Por tal razón agradecí que, en el quinto o sexto día, comenzara a soplar el viento con más fuerza. Era ocasión de avivar el alma, porque es verdad irrefutable que nunca en la mar se duerme al gusto de cien. Y, por desear tales amores, en la misma singladura cruzamos del viento fresco al frescachón y, por fin, cascarrón de esteras en rápida sucesión.

En cuanto a su dirección y tras un primer role de tontoneo, acabó por entablarse casi del sur. Y aunque no cooperaba al completo aquel cierre meridional, era de esperar que continuara su recorrido hacia poniente, como exponían los tratados. De momento, nos hizo forzar media bolina, aunque también en esa situación cubríamos millas a pulmón. De acuerdo al aumento del soplo, habíamos aferrado los juanetes y tomado dos fajas a las gavias, que era mucha la navegación a proa y absurdo aceptar el mínimo riesgo. Pero, aun así, se movía la *Proserpina* con extrema galanura, tomando las olas al gusto y sin quejas de sus cuadernas. Por mi parte, tan sólo comenzaba a rogar para que el viento cruzara un par de cuartas más a levante de una putañera vez, suficiente para enmendar a babor con garantías. De todas formas, don Anselmo aseguraba malos tientos.

—Ya tiene el viento por el que suspiraba, nostramo. Puede manejar a sus hombres al gusto entre rociones. Espero que se empapen bien.

—No ha de quedar este soplo en tales cuerdas, señor. Aunque no toparemos con temporal de guindas altas, hemos de acabar a la capa más pronto que tarde. Debe abrirse la mar en olas de montaña cientos de millas más allá y nos alcanzan solamente los rescoldos.

—Pues prepare esa capa en prevención.

—Ya se encuentra en faldones, señor. Si por fin el dios Neptuno nos ampara entre sedas y cayera el viento un par de cuartas más a poniente, podríamos embocar el bordo definitivo.

—Eso espero.

—Por cierto, señor, que ese cubano adjudicado a mis manos tras su perdón es de toda confianza desde un punto de vista naval. Nos ha caído en

suerte porque podemos habilitarlo como marinero de garantía y ejercer de pareja con Matas en las gavias.

—Sígale los pasos de cerca y no le largue las escotas por libre. No me gusta nada que proceda del putorrón buque negrero.

—No es mala persona ese Manrique, señor, y trabaja como el que más. También debemos comprender que los marineros se emplean allí donde se les abre oportunidad, y no siempre pueden escoger las tablas de orden.

—Tiene razón. ¿Y el otro? ¿Cómo se llamaba el que posee don de lenguas?

—Creo que su nombre o apellido era Bourdet, aunque no estoy seguro. A bordo lo apodan Lenguas de momento, señor. Pero ya le endosarán otro apodo adecuado. Ya sabe que nunca gustan de los nombres extranjeros. Se trata de un buen marinero y con mucha mar a la espalda, sin duda, aunque no abre el pico. Va a lo suyo en silencio, lo que no es mala razón. Es posible que no conozca una sola palabra de nuestro idioma.

Fue en aquella noche cuando cruzamos la raya y se hizo presente un ventarrón de cuerdas altas, todavía encastrado desde el sur. Mandé aferrar las gavias para movernos en seguridad, quedando con las mayores en fuste, mientras don Anselmo mantenía la capa a la mano. La mar mostraba ya olas de respeto con bigotes blancos en sus crestas, aunque todavía las tomáramos sin peligro, salvo alguna montaña perdida que nos atacara a destiempo, de esas rondonas que pueden ofrecer un mordisco de muerte. Entendí, cuando amanecía en gris sucio, que el temporal acabaría por abrirse en troneras aunque con pulso aceptable, por lo que pensé en dar el bordo definitivo. Creo que fue entonces cuando el vigiador volvió a cantar su habitual melodía.

—¡Una vela a proa, dos cuartas a babor!

Observé con alegría como, sin mediar orden expresa, trepaba Mascari por la jarcia, con el pelo revuelto por los rociones de viento aturbonado. Y bien se amarraba el cababereite a los flechastes, porque las rachas atacaban con fuerza. Poco después nos Llegaba su voz en tono medio perdido, que ya el sopro tronaba por sí mismo entre velas y estructura.

—¡Buque desarbolado! ¡Aparejo de fragata! ¡Mayor y mesana rendidos!

—Vaya por Dios, que nada nos ha de faltar en esta travesía antes de cruzar el cabo.

—Ya le dije, señor, que el temporal de espuma debía haberse entablado hace bastantes días y en dirección a levante. Ese buque lo habrá sufrido en carnes vivas.

—Deberíamos hacer por él. Es posible que se encuentre en extremas dificultades.

—No le dará el viento para aproarse, señor.

—Ya lo veo. Caeremos un par de cuartas a estribor, hasta que podamos manejarlo.

—¡Lanzan fardos por la borda! ¡Debe andar muy pesado de agua! —
Continuaba Mascari a voz en grito.

Tales indicaciones hacían suponer que aquellos pobres debían encontrarse en apuros muy serios. Y bien sabe Dios que habría deseado acelerar nuestra presencia a su lado para intentar algún auxilio, lo que de momento nos impedía la mar por derecho y revés. Sin embargo, una sensación de bajeza moral me inundaba, al punto de comentar en alto las posibilidades.

—¿Y si entramos al límite de la bolina aunque salte fuego, don Anselmo?

—¿Con mayores solamente, señor?

—Pensaba en izar la trinqueta y bracear al troncho. Si mantenemos esta proa, cuando podamos caer hacia él se encontrará perdido en los fondos.

—Arriesgaremos el trapo en demasía, señor —el tono de su voz no mostraba alegría alguna.

—Así es la vida entre las aguas. Cuando perdí la corbeta Mosca contra las islas Berlingas, nos salvó la vida una goleta inglesa, la Sunset, que se jugó las barbas entre aquellas piedras por echarnos una mano de fortuna. Es ley de mar, nostramo.

—Tiene razón, señor.

Sin pensarlo más, caímos a babor, izando la trinqueta y el foque a despuntar, una vez braceadas las cruces y cobrado de la cangreja a escotillón. Protestó la fragata sin miramientos, porque ahora nos entraba la espuma de cara y con violentos machetazos contra el león^[24]. En estas condiciones nos movimos durante dos horas, acabando por reconocer a la vista con cierta claridad su penosa situación. Ya el joven Mascari había descendido a cubierta, por lo que Romarate entró en lecciones.

—Ese buque no es una fragata, caballero.

—Ahora ya me parece de menor porte, señor segundo. Pero arbola, o arbolaba, tres palos.

—Parece una polacra por disponer de palos tiples, sin cofas ni crucetas. Pero no había visto ninguna con tres árboles.

—Los ingleses las suelen utilizar —comenté mientras mantenía enfocado el antejo—. También alguna Marina de los estados del norte de Europa. Supongo que el mesana sería de guinda baja. Pero lo están pasando muy mal

y a punto de entregar el alma. Han embarcado mucha agua y en una de esas olas puede acabar desfondado.

—Han aligerado carga al máximo. No creo que lleguemos a tiempo, señor.

En efecto, poco después comenzaban a barrer las olas su cubierta sin misericordia. O bien sufría alguna entrada de agua en la obra viva o las bombas habían dejado de funcionar. Fue el momento en el que debieron divisarnos, porque pudimos observar cómo agitaban brazos en nuestra dirección. Nos encontrábamos a unas dos millas largas, pero era mucha distancia con las guiñadas a las que la mar nos forzaba. Y para colmo de males, se rifaba nuestro foque de fuerza al látigo, un riesgo que habíamos asumido. Como escena más propia del infierno, comprobamos cómo la polacra se hundía con lentitud. Y en muestra final, quedaba solamente su proa elevada con cierto orgullo sobre las aguas durante unos pocos minutos.

Los miembros de la dotación o pasaje del buque siniestrado habían fabricado algunas jangadas^[25], que se apreciaban en la distancia cuando las crestas de espuma las elevaban por alto. Y como no es fácil mantenerse amarrado en tan precarias condiciones, cuando las olas entran con azotes de muerte, cada vez eran menos los que aparecían afirmados a ellas. Sufría mucho al comprobar que progresábamos en su dirección con desesperante lentitud, sin ser capaces de auxiliarles. Y por desgracia, llegó el momento en el que no conseguíamos divisar nada en la superficie de las aguas, salvo algunas tablas sueltas. Necesitamos todavía una hora más para llegar a su situación, triste momento en el que comprobamos diversos restos de tablas y pertrechos arracimados al gusto de las olas. Sentí una gran pena en mis fondos, por no haber sido capaz de salvar a nadie.

—Creo que no ha servido de nada el esfuerzo realizado. Tan sólo nos cabe rezar un responso por sus almas —musité a la baja.

—Hicimos todo lo posible, señor —entonó el contramaestre a la baja—. Por fortuna, nos costó solamente el foque.

—¡Se agita un brazo! ¡Hay supervivientes! —era el guardiamarina Mascari quien gritaba a pulmón.

—¿Dónde? —pregunté mientras barría el horizonte con mi anteojito.

—Ahí, señor —señalaba a popa del través en la banda de estribor—. Alguien se encuentra en una jangada o lo que de ella queda.

En efecto, acabamos por comprobar que eran dos las figuras que agitaban sus brazos con desesperación hacia nosotros, instalados en los restos de una jangada a escasas varas de distancia. Caímos con toda la caña, hasta quedar

casi de empopada. Pero no era fácil recogerlos con aquella mar. Don Anselmo indicó una posible salida.

—Podemos dar una escala en peso y marcada a las bandas a la altura del combés, señor. Pero necesitaremos algún voluntario de brazos fuertes y que se juegue la cara.

—Inténtelo con rapidez porque llegaremos a ellos en escasos minutos.

Largamos la escala punteada a proa y popa y con un rezón de peso, aunque se movía como pañoleta largada al viento con el empuje de las olas. Se trataba de maniobra muy arriesgada pero era de ley intentarlo, con aquellos dos hombres a la vista en situación desesperada. Y para mi sorpresa, fue el grumete Lenguas el primero en ofrecerse, aunque debiera hacerlo con los movimientos de sus manos. Por fortuna, era hombre moreno, con tinte africano y de brazos muy poderosos. Descendió palmo a palmo, aferrado a muerte. Consiguió entregar el cabo fuerte de demanda, que fue agarrado por un hombre joven que todavía amparaba fuerzas en sus brazos. Y aquí se presentó la sorpresa, porque en tal situación ayudaba a incorporarse a una mujer, que fue tomada por Lenguas con resolución.

Fue digno de admiración el esfuerzo llevado a cabo por el marinero francés, para izar a fuerza de peso a la mujer, estibada sobre su hombro derecho. Sufría al progresar tabla a tabla, esperando la oportunidad que le concedían las olas. Por fin la alzó lo suficiente, para que pudiera ser recogida en cubierta. Y descendía de nuevo para amarrar un cabo al hombre que, con inteligencia, lo enrollaba a fuerza alrededor de su cintura, cuando ya se sentía desfallecer. Todavía no comprendo cómo el propio Lenguas y ese otro jabato consiguieron acabar en nuestra cubierta, aunque el naufrago debió ser izado por la propia cintura, con riesgo de cortar su respiración.

—Un hombre y una mujer —mascullaba Romarate—. Parece mentira que haya podido aguantar una hembra en la jangada durante tanto tiempo.

—Ha debido ser él quien la mantuviera bien amarrada. De todas formas, el ansia de vivir ofrece fuerzas supletorias a todo ser humano.

—Ese Lenguas es un toro y un valiente, señor —comentaba Orcajo con admiración.

—Y deberá ser felicitado por su acción como se merece. Que le ofrezcan ron caliente a los tres para que regresen a la vida.

—Dicen que Lenguas no habla una palabra con sus compañeros. Pero si se conduce así siempre, no le hace falta —comentó Romarate en chanza.

—Se presentaron más voluntarios, algunos demasiado flojos de brazos —aseguró Dávila.

—Estaba seguro de que aparecería más de uno —aseguré a mis hombres—. La gente de mar es noble como pocas en situaciones parecidas.

Tanto los náufragos como el rescatador necesitaron de varios minutos para ser capaces de enhebrar una sola palabra, tal era el estado de máximo agotamiento en que se encontraban. Y, aunque empleamos una hora añadida para navegar entre restos de maderas, cabuyería suelta e incluso algún equipaje al descubierto, no conseguimos salvar una vida más. Ni siquiera avistamos algún cadáver al que ofrecer una última misericordia marinera. Se trataba de una triste visión, momentos en los que se comprende lo que es capaz de ejecutar la mar cuando entra con fauces abiertas. Aquella polacra, que como supimos por boca de la pareja rescatada era inglesa y de nombre Robery, debía andar todavía en descenso hacia su lecho definitivo allá en las más absolutas profundidades, donde reina de forma implacable el dios Neptuno.

Pero no perdimos tiempo por nuestra parte, y entramos en rumbo de bordada con proa al levante puro de inmediato. No era cosa de mantenerse en aquellas aguas de triste memoria, y ya el rumbo debería permitirnos atravesar el cabo.

Después de todo, habíamos salvado a dos seres humanos, aunque ya protestara el maestro velero, don Esteban, por el foque destripado que debería reparar. Una experiencia más, pensé en los bajos. No obstante, deseaba navegar sin más sobresaltos y dedicarnos de lleno a nuestra misión, que todavía quedaba a demasiadas millas de distancia.

10. El cabo de las Agujas

Tras el triste incidente atravesado, porque siempre mueve a lamento observar la pérdida de un buque en la mar y las vidas humanas que en ella se mueven, continuamos metidos en el temporal de ritmo bajo y alas cortas. El viento del sur anunciaba tendencias hacia el sudeste, ese soplo que esperábamos como agua de mayo, aunque parecía resistirse con obstinación. Y, si las rachas aturbonadas se distanciaban poco a poco, aquella misma noche cayó el soplo a ventarrón largo con olas en descenso apreciable. Como decía el contramaestre, habíamos tocado los rescoldos de una mar de mortaja para suerte y beneficio de la *Proserpina*, así como de las 226 personas en ella arranchadas, cantidad aumentada ahora con los dos nuevos marineros y el matrimonio rescatado. Todos sabemos que en la mar los copos de sangre se dejan caer allá donde los dioses previenen, y en la ocasión nos habían beneficiado por largo.

Mi conversación con Jonathan y Judith Beard, que así se llamaba la pareja librada en milagro de las aguas, fue penosa hasta rascar muescas de dolor en el alma. Porque, si debían elevar agradecimientos al Altísimo y al grumete Lenguas por haber salvado sus vidas en el último suspiro, no cesaban en largar llantos y lamentos por la pérdida de su única hija en el desastre, condición que desconocíamos a bordo. Era la desconsolada esposa quien se repetía una y otra vez la misma frase, entre sollozos capaces de conmover la roca más dura, como si de esa forma pudiera hacer regresar el tiempo horas atrás.

—La tenía entre los brazos, señor, estrechada con toda la fuerza de la que era capaz, mientras mi marido intentaba amarrarnos con unos cabos a las tablas medio sueltas. Pero una gigantesca ola me la arrancó de cuajo y nada pude hacer para impedirlo. Me arrancó a mi hija del alma. ¿Por qué sigo aquí? —Mostraba el más puro rostro de la desesperación—. Debí marchar con ella, escuchar sus últimas palabras a mi lado, junto al oído. No volvimos a verla

por mucho que gritáramos su nombre una y mil veces. Mi pobre Felicity, santo Dios. Pobre niña mía. Solamente contaba con dos años de edad.

Dejé que llorara a lágrima libre aquella buena mujer que, estoy seguro, se habría dejado llevar con las olas hasta el fondo más profundo, si con ello pudiera devolver la vida a la querida niña. Su marido intentaba consolarla, aunque también él entraba en llantos capaces de desgarrar el alma más bragada. Aunque rechazaban todo alimento, les hice beber ron con agua caliente y miel, un intento de elevar sus espíritus en alguna cuarta. Y para rebajar la tensión, me dediqué a recabar datos sobre su odisea por pura curiosidad, así como la preceptiva necesidad de anotar los acaecimientos en el cuaderno de bitácora.

—¿De dónde procedían?

—Salimos de Inglaterra a bordo de la polacra Robery hace más de treinta días. Una agradable travesía, hasta que tocamos puerto en la isla Ascensión, donde se debía llevar a cabo una descarga de alimentos. De esa forma se alargaba el viaje, pero disminuía el cargo a pagar. Mucho protestamos por las encalmadas ecuatoriales, qué gran error —aquel pobre hombre, bajo de estatura y magro de carnes, mesaba sus cabellos con desesperación.

—Pero su destino final...

—Nuestro destino definitivo era Ciudad del Cabo, en la colonia del mismo nombre, donde poseemos casa y próspero negocio familiar. Decidimos visitar a los padres y hermanos en la ciudad de Gosport, al sur de Inglaterra, a los que no veíamos desde hacía más de diez años. Qué gran estupidez, Dios mío. Nunca debimos abandonar nuestro hogar. Si no hubiéramos decidido efectuar ese viaje, Felicity se mantendría ahora con vida.

—O habría muerto de alguna enfermedad, que los designios de nuestro Señor son inescrutables día y noche. Además, señores, nada se consigue en la vida pensando en posibles rectificaciones de acciones pasadas, que no han de regresar. Deberán olvidar este terrible trance y agradecer que salvaran la vida. Fueron los únicos supervivientes del espantoso hundimiento.

—Somos conscientes de que a ustedes y a ese marinero en particular debemos la vida, lo que hemos de agradecer en su justa medida. De todas formas, de poco nos vale en estos trágicos momentos.

—Les valdrá para vivir por el resto de sus vidas, que no es poco, aunque ahora lo observen todo entre tinieblas. Engendrarán más hijas y este penoso trance quedará enmarcado en la distancia con el paso del tiempo. ¿Era elevado el pasaje a bordo de la Robery?

—Unas quince familias, algunas con niños de muy corta edad. La dotación apenas alcanzaba los cien hombres. Fue espantoso. Navegábamos con bendita placidez cuando, de la noche a la mañana, nos atacó un temporal terrible. Nunca creí que el mar pudiera elevarse con tal magnitud. Según dijeron, un golpe de mar, una de aquellas terroríficas olas había abierto una importante vía de agua a proa. Intentaron cerrarla por medio de una vela grande, amparada de banda a banda bajo la quilla, maniobra en la que perdieron dos hombres.

—Intentarían emplearla como pallete y enlonar la vía de agua. Así salvé a una corbeta bajo mi mando en aguas de las islas Azores.

—No fue el caso de la Robery, por desgracia. Cuando la bomba de achique se atascó sin remedio, comprendimos que todo estaba perdido. Se trataba de un buque demasiado viejo y con algunas tablas medio podridas. Fue entonces cuando los marineros comenzaron a construir esas balsas de cuartones sueltos, enlazados entre sí. Saltamos a una de ellas cuando ya el agua barría la cubierta y el buque se hundía. Éramos cinco en ella; un matrimonio holandés de edad avanzada y nosotros tres. La pobre pareja se dejó ir en silencio, sin elevar una sola queja. Quizá se encontraban cansados de luchar y de vivir. Fue entonces cuando..., fue entonces cuando una ola, tan alta como la catedral más grandiosa de la cristiandad, nos atacó a muerte. Aunque no lo crea, trepamos cientos de yardas por ella, prendidos en su espuma. Sufrimos el calvario más trágico porque en esos momentos perdimos la niña, y de milagro no nos llevó consigo también a nosotros. Ya había amarrado a Judith en seguridad, que pudo aguantar el envite. Pero les fallé. Debía haber amarrado también a la pequeña.

—No se martirice más. Hizo lo que pudo, pero el destino maniobró a su gusto.

Tras aquella estremecedora conversación, caí en la triste realidad de que intentaba confortar a aquel matrimonio con palabras similares a las que rechazara una y otra vez tras la muerte de Eugenia, unas escenas que todavía se aparecían con claridad en mi cerebro. Es fácil enhebrar frases de dulce consuelo, mientras la dificultad y el dolor anidan en los corazones que sufren. Por fortuna, la agitación de aquellos días con el buque negrero y el hundimiento de la polacra Robery, apartaba las visiones negras de mi cerebro, y urgido por aquella agitación deseaba continuar, que no hay mejor unguento para las calamidades del alma.

Ordené que se arrancara al matrimonio Beard con la mayor comodidad a bordo, dentro de las limitadas cortesías que se pueden ofrecer en una fragata,

diseñada y construida para entrar en combate. Pero no creo que lo sintieran una ligera mota, todavía con sus mentes entabladas en los días anteriores y los recuerdos en vivo, esos marcos que tanto daño llegan a causar. Tampoco les anuncié que deberían seguir camino hasta Lorenzo Márquez y allí intentar conseguir pasaje para Ciudad del Cabo o progresar por tierra, condiciones que desconocía.

En cuanto a nuestra navegación, se entabló por fin el viento cascarrón en el sudoeste, lo que nos permitió progresar con las mayores solamente y olas de respetable tamaño, que nos alzaban la popa con peligrosa generosidad. Pero ya parecía vencida la etapa negra. Aun así, necesitábamos una fuerza menor del soplo para caer más a estribor y dirigirnos directamente hacia el cabo del Sur. No lo conseguimos hasta dos días después, que mucho se alargaba aquel ventarrón del demonio para incomodidad de todos. Porque ya nevábamos demasiadas jornadas con los hornos apagados y rancho en frío, situación que poco agradecen las bocas de mar.

Creo que fue traspasado el vigésimo día del mes de febrero, cuando las condiciones se aconcharon al gusto en elevado porcentaje. La mar se rendía en marejada suelta, sin desprenderse todavía del maretón largo del oeste. Y, por su parte, el viento descendía a frescachón, al tiempo que se entablaba del poniente puro, incluso con alguna cresta variable hacia el último cuadrante de la rosa. No era la perfección deseada a la medida, que pocas veces se consigue en la mar, pero sí muy asequible. Fue momento de comenzar a volar sobre las aguas, aunque debiéramos mantener aferrados los juanetes, que el soplo era recio y a morder las velas altas. Habíamos sobrepasado los treinta grados de latitud, pero como se mantenían las nubes encastradas en los cuatro últimos días, dudábamos del punto de estima^[26] con tanto movimiento a revolco entre las olas. Así me lo comentó el piloto cuando intentaba animarlo.

—Alegre esa cara, don Enrique. Poco o nada me preocupa errar por gordo en la estima, si no disminuye la visibilidad.

—Preferiría poder tomar alguna estrella o el sol antes de recalar^[27] en la costa, señor.

—Puede estar seguro de que tal condición la desearía hasta el último paje de escoba. Pero no pueden ser las corrientes de tanta intensidad como para hacernos variar en demasía la predicción.

—El derrotero señala para esta época del año una corriente de una a cuatro millas y siempre a la contra de nuestro avance, señor. Hasta que alcancemos el cabo de Buena Esperanza se señalan con dirección noroeste y, posteriormente, hacia el sudeste.

—Esas condiciones deben aparecer en los casos de máxima intensidad y suficientemente cerca de las piedras. Nos recortarán el avance, desde luego, pero no podemos errar en muchas millas. A este rumbo debería aparecer el cabo de Buena Esperanza abierto alguna cuarta a babor, ¿no es así?

—En efecto, señor, aunque es posible que se nos ofrezca con anterioridad el comienzo de esa península que se abre hacia el sur en pico de lanza. Podemos avistar el monte de la Tabla, cercano a Ciudad del Cabo, o la punta Duiker.

—¿Es muy sucia esa bahía de Tablas?

—Alguna isla o islote en su seno, a no más de tres millas de la costa, pero limpios y con mucha sonda. También es posible que aparezca alguna banca de hielo^[28].

—Atravesamos la época adecuada para que aparezcan esos fenómenos. Me habló de ellos el capitán de navío Pimentel, que los había manejado en un par de ocasiones. Me gustaría observar alguno.

—En el derrotero marcan avistamientos en los meses de enero y abril. Y aunque sea difícil de creer, un navegante portugués avistó hace diez años, en el mes de abril y a menos de treinta millas de la costa, una banca de hielo con más de cien pies de altura. Y recomiendan otorgar a dichos efectos un generoso resguardo, que bajo el agua aumenta en mucho su tamaño y puede cortar las tablas de un barco como sierra de leñador.

—Hermosa visión debe ser contemplar una montaña helada en movimiento, siempre que no se cruce en noche cerrada. Pero siguiendo con el tema de nuestra derrota, millas después deberá torcerse el camino al copo.

—Una vez avanteado el cabo de las Agujas, punto más meridional del África, corriente y vientos se mostrarán de proa sin remisión. Hasta nuestro destino en la bahía de Delagoa, habrá que afrontar bordadas de fuerza sin remedio, señor. Bueno, a no ser que el dios Eolo fuerce la torta a favor.

Continuamos millas avante, con cielos cerrados a tenazón y horizontes tomados. Por fortuna, la visibilidad nos permitía un alcance razonable y de seguridad. El viento, mantenido de poniente, bajaba a fresco de fuerza, con lo que largamos todo el aparejo sin vergüenzas. Y enmendamos a estribor una cuarta más, pensando en esa corriente cercana a tierra. Pero nada anunciaba la que debía ser inminente recalada, como pueden ser signos en la mar o aves en vuelo. Según la estima ya deberíamos haber avistado tierra, lo que movió nuestros cuerpos en ligera tensión. Por tal razón, aquella noche rebajamos el trapo para navegar en papahígos^[29], y no por la fuerza peligrosa del viento, sino por mera precaución.

En la amanecida del día siguiente cantó tierra el vigiador del trinquete, una hermosa sinfonía cuando se espera con avidez. Se abrió la jornada de regular cariz con cielos tomados y bruma larga, pero sin cambios en mar y viento. Por más que utilizamos los anteojos, no éramos capaces de reconocer una costa rocosa y oscura, de aguas sucias, con una punta abierta al norte en espigón. Por fin, tras consultar derrotero e informaciones por derecho y revés, decidimos que nos encontrábamos frente al cabo de San Martín, casi en los 33 grados de latitud. Y tal reconocimiento significaba un error en la estima cercano a las sesenta millas.

—Pues esas corrientes deben ser de fuerza mayor, don Enrique.

—Siento haber recalado con tamaño error, señor comandante —el pobre sufría sin culpa—. En pocas ocasiones me ha sucedido.

—Hemos recalado con error, situación normal tras muchos días sin poder cazar una putañera estrella. Nada sucede y nadie es culpable. Además, este viento nos permite caer a estribor en comodidad.

—En estos momentos podemos sufrir una corriente de proa de tres millas.

—Tomaré suficiente resguardo.

Ordené una proa franca al sudeste cuarta al sur, para barajar aquella costa a suficiente alcance. Tan sólo cerré distancias para observar la Ciudad del Cabo, capital de la Colonia. Y ese fue el momento escogido para excusarme ante el matrimonio inglés, que reconocía a la vista aquellas tierras.

—Siento que pasemos tan cerca de su hogar y no pueda acercarlos a él. Pero desconozco la entrada de su barra y perdería demasiado tiempo por las necesarias precauciones, así como explicar a las autoridades británicas mi presencia en sus aguas. Prefiero no arriesgar hasta mi destino en Lorenzo Márquez.

—No se preocupe. Lo comprendo. Bastante ha hecho por nosotros —contestaba Jonathan, con quien había mantenido interesantes conversaciones y ya parecía regresar a la normalidad—. Además, en Lorenzo Márquez vive una hermana de Judith. Puede ser bueno que pase algunos días con ella, a la que mucho quiere.

—¿Vive allí su hermana? Es una ventaja. Por cierto, ¿no habrán oído hablar del capitán Silveira y su fragata *Andorinha*? —no perdía ocasión para aumentar las noticias sobre el marino portugués.

—Nada conocemos de esa colonia portuguesa, señor. Jamás la visitamos. Bueno, sería más correcto decir que se trata de una colonia portuguesa en disputa con la Gran Bretaña.

—Ya sé que aparecen distintas opiniones sobre esos dominios entre británicos, holandeses y portugueses, aunque creo que estos últimos se llevan el gato al agua.

Por fin avistamos el cabo de Buena Esperanza, ese accidente geográfico que otorga muescas de orgullo a los navegantes. Y a decir verdad que avanteamos sus piedras con absoluta comodidad, acariciados por un viento fresquito del sudoeste y mar casi en leche, aunque no fuera su situación habitual. Acortamos distancia a tierra para reconocerlo con cierto detalle y grabarlo en la mollera con especial dedicatoria. De esta forma, y tras enmendar al sudeste cuarta al leste, atravesamos a unas cuatro millas la bahía Falsa, el cabo Hangklip, con su espolón lanzado hacia el sur, las puntas Danger y Quoin, antes de enfrentar el también famoso cabo de las Agujas, cercano a los 35 grados de latitud sur, el extremo meridional africano.

Fue al encontrarnos tanto avante con el citado cabo cuando las condiciones dieron un vuelco de estopa larga, esa cualidad tan propia de la mar en su diario capricho. Porque si la superficie de las aguas quedaba en plata absoluta, el soplo descendía al cero de remate, con todas las velas en caída de plomo. Y así comenzaron a pasar las horas, con escaso gusto de mi parte, especialmente cuando don Enrique entró en avisos de una negativa condición.

—Aunque la corriente debería moverse en dirección de poniente, señor, parece que nos acerca a tierra. Acabo de tomar el punto una vez más en plena confianza, y ese cabo de las Agujas cierra una milla más.

—¿A qué distancia lo tenemos ahora mismo?

—Cinco millas, señor.

—Bueno, disponemos de cancha todavía. ¿Hay fondeadero en sus faldas?

—Me temo que no, señor. La sonda marca quince brazas bajo el mismo cabo.

—No creo que esta extraña encalmada se mantenga durante mucho tiempo. Estaba previsto que el viento rolara hacia el nordeste o norte, una vez atravesado el cabo de San Francisco o la bahía de Algoa, pero no una encalmada de trazo largo.

A pesar de mis vaticinios, la encalmada se mantuvo a cierre de luces. Bien saben quienes se dedican a cruzar las aguas el rostro mudadizo que ofrece la mar por fuera de reglamentos y tratados. He hablado posteriormente con muchos hombres que cruzaron lo que dio en llamarse como banco de las Agujas, y nadie recordaba haber sufrido una encalmada en su seno. Pero, en nuestro caso, se hizo la noche en las mismas condiciones, cerrando distancias

y con el cabo a tres millas cuando se apagaba el crepúsculo. No era la situación ideal, desde luego. Tampoco me gustaba el rostro que mantenía el contramaestre, con su mirada aviesa dirigida hacia los cielos.

—¿Soplará de una jodida vez, nostramo?

—Solamente el dios Neptuno es capaz de saberlo, señor. Tan sólo confío en que, de alzarse en vuelo, no sea del sur y con crestas. Nadie gusta de ver la costa a tan escasa distancia.

—Abriremos aunque nos cueste. ¡Segundo!

—Mande, señor.

—Demos la lancha al agua. Que nos remolque hacia fuera unas tres millas.

—¿Con rumbo sur?

—Desde luego.

Aunque poco gusta a los grumetes y marineros pasar a boga de fuerza con remolque pesado en los lomos, no había más remedio. De esta forma, entraron a la brega con los oportunos relevos, una vez afirmado el cable en la popa de la lancha. Y así se mantuvieron casi toda la noche, aumentando raciones de cecina, galleta y cacillos de ron en conveniencia. Y para cuadrar el marco, abría el crepúsculo con un leve vagajillo de moscas, cuando pudimos comprobar que habíamos abierto del cabo de las Agujas hasta las cinco millas. Pero ya las formas eran diferentes, con una visibilidad infinita y cielos despejados.

—Esperemos que este vagajillo perezoso acabe por madurar.

—Lo hará, señor —contestó don Anselmo con inesperada convicción.

—No sabía que tan cerca de la costa se abrían cadenas montañosas —comentaba con el antejo dirigido hacia el interior.

—Y algunas con crestas elevadas por encima de los cinco mil pies, señor —contestó el piloto, que parecía de mejor humor.

La situación retornó a buenas conforme el sol se elevaba con rayos de calor. Tras un tontoneo de dudas, el viento acababa por despuntar del nordeste, para entablarse a media mañana en dicha dirección, aunque no alzara el vuelo en demasía. Y, como no era buen negocio manejar bordos hacia tierra, nos abrimos en franquía, que las lecciones se aprenden con rapidez. Don Enrique repasaba datos una y otra vez, por ser muchas y variadas las fuentes de información acopiadas.

—Todos coinciden, señor, en el aumento de la corriente del nordeste conforme se baraja la costa a menor distancia, hasta superar los cuatro nudos en ocasiones.

—No pienso costanear al palmo, desde luego. Segundo, proa al límite de la bolina, que debe andar cerca del leste-sudeste.

—Más o menos, señor.

Con el nuevo rumbo, nos separamos suavemente de la costa, sin perderla de vista. Y como el soplo era variable, con tendencia a mantenerse entre flojo y flojito, necesitamos de dos jornadas completas para alcanzar la altura del cabo San Francisco, momento en el que la costa africana comienza la estrepada hacia el nordeste. Y no fue hasta el tercer día del mes de marzo cuando, a la altura de la punta Pescador, el viento se mostraba con claridad del nordeste y fresco de fuerza. Llegaba el momento de escoger bordadas para progresar hacia el norte, una necesaria compensación entre cerrar hacia la costa y mantener la prudente distancia que nos posibilitara reconocer los puntos principales. Porque las condiciones no deberían variar en cantidad, al menos en la dirección del maldito soplo.

—Llegó el momento de cambiar de mura. ¿Hemos de subir mucho en latitud, don Enrique?

—Dirección nordeste hasta alcanzar los 27 grados, señor, momento en el que nos aparecerán unas sesenta millas de costa casi al norte, que rematan en el cabo Colatto, la punta que ofrecerá la deseada entrada a nuestro destino: la bahía de Delagoa. Hemos de navegar en total unas seiscientas millas aproximadamente.

—Bueno, siempre he soñado con manejar distancias de cientos de millas.

Dimos comienzo a una alargada etapa de lo que, por el cono sur americano, se denomina como rizar tirabuzones, bordadas día a día con las necesarias maniobras y a verlas venir. No fue situación de turbaciones ni alas rendidas en ningún momento, porque las condiciones eran ideales y las maniobras Llegaban al punto para que los hombres no se olvidaran de las muras en cambio permanente. Y aunque el viento se mostraba digno de falúa real en río dorado, nos cayó una bola negra en los ojos cuando navegábamos a la altura de la desembocadura del río Búfalo, donde en una carta portuguesa denominaban como Cafraria las extensiones hacia el interior, y Cafrería en un documento español. Entendí que se refería a la tierra donde moraban los cafres, una raza de la familia bantú que nada bueno inspiraba con tal acepción en rango de nombre propio.

La desgracia tuvo lugar en una de las muchas viradas al tiento que llevamos a cabo. Y, para mayor sorpresa, se producía con unas condiciones de mar y viento inmejorables. Parecía que se perdía un cambio de bordo por avante, cuando el gaviero Matas, uno de los mejores brazos de mar a bordo,

caía desde la verga del velacho hasta cubierta. Se trataba de un exceso de confianza, sin duda, que cerca estuvo de llevarlo en volandas hasta los cielos. Y no se podía quejar de la suerte corrida, quien ocupara de forma repetida la personificación del dios Neptuno en los pasos del Ecuador, porque rebotó en jarcias y cabos, condición que amortiguó su golpe definitivo en cubierta de forma más que beneficiosa. No obstante, sufría fractura en las dos piernas, una de ellas abierta y con huesos a la vista, lo que ofrecía malos designios de futuro.

—¿Cómo ha podido sucederle algo así al gaviero Matas, precisamente el mejor de nuestros marineros? —pregunté al contraamaestre, que mostraba rostro de enfado y cierta tristeza—. Nadie más hábil que él en danza por las vergas altas.

—La mar no perdona bobadas infantiles, señor, que la gran señora es seria por nacimiento. No se puede jugar a péndolas sobre las aguas. Cada brazo debe ser una garra y dejar para mañana lo que no se puede hacer hoy. Ya se lo había avisado en un par de ocasiones, al observarlo por las vergas como tunante en paseo de rizos. Dios quiera que no deba perder la pierna.

—Estima don Cayetano que, tras el necesario remiendo y entablillado, podrá mantenerla por entero si no aparecen malos humores o putrefacciones. Pero de la futura cojera no le libraré ni la Santísima Trinidad en ejercicio. Un tullido más de los que la mar ofrece en requisa. Confiemos en que las secuelas sean leves y no le impidan regresar a los palos.

—Siento decirle, señor, que como marinero de brazos está perdido, por mucho que nos pese. No es el primer quebrantamiento de huesos que observo en tono parecido. Si todo le sale al punto y a favor, manejo de brazas por cubierta y poco más.

—Menos mal que contamos con Manrique para el trinquete. En caso contrario, habría quedado ese árbol bastante desnudo.

—En la mar todo se apareja de la misma forma. Una ola pasa de largo, pero ya se atisba la cresta de la siguiente, aunque sea de menor altura. Por favor, señor comandante, si a bien lo tiene, diga al cirujano que trate al gaviero Matas con cariño. A pesar del exceso, es de los mejores marineros que he barajado bajo mis órdenes. Siempre cumplió hasta el pecho y más adentro.

—No se preocupe, que ya me encargo de ello en persona. Y se abra la madeja a favor o en contra, le buscaremos remedio en el futuro.

—Muchas gracias, señor.

Aunque rudo de formas y con fama de duro trabucón, era don Anselmo hombre de bien y con nobles sentimientos. Y en verdad que no podía ser de otra manera en un contraamaestre de su categoría. El gaviero Matas sufrió mucho en los primeros momentos, pero pronto lo vimos aparecer por la cubierta con las muletas utilizadas por mi criado Barbate meses atrás.

Sin más incidentes dignos de mención y con el mismo sistema de navegación empleado hasta el momento, bordadas hacia fuera y hacia dentro, progresamos millas en dirección norte, cruzando paralelos sin descanso. Y bien que acertaban en la ocasión los tratados vigentes, porque el viento apenas se despegaba una o dos cuartas del nordeste que se entonaba como habitual. No sufrimos mares altas ni soplos duros, hasta superar los 27 grados de latitud, cuando ya nos restaban solamente unas sesenta millas por derecho a nuestro destino. El viento roló franco al norte y aumentó de fuerza a frescachón, pero sin lanzar las barbas por alto, con lo que tan sólo debimos apagar alguna vela alta. Y aunque habría preferido manejar la entrada a la desconocida bahía de Delagoa, también llamada como de Lorenzo Márquez, en condiciones más bonancibles, de esta forma avistamos el esperado cabo Colatto, punta de lanza en cierre de la bahía en la que depositábamos gran parte de nuestras esperanzas.

11. La bahía de Delagoa

Embocábamos el final de una alargada travesía, más de seis mil millas navegadas a bordo de la fragata *Proserpina*, desde que abandonáramos la bahía gaditana en el mes de enero de aquel inolvidable año del Señor de 1813. Y debíamos elevar preces en reconocido agradecimiento. Porque, salvo los dos incidentes habidos, tanto el encuentro con el buque negrero, rematado con generosa carga a favor de las arcas propias, como el triste hundimiento de la polacra británica, no habían dejado secuelas negativas en nuestro buque. Por tales razones, podíamos felicitarnos de los vientos propicios y mares de orden concedidos, que ni siquiera el último temporal atravesado se abrió en barbas de espuma.

Antes de alcanzar la altura del cabo Colatto, me reuní en la timonera con el segundo comandante, piloto y contramaestre, para repasar nuestros conocimientos sobre el escenario donde deberíamos movernos pocas millas después. Como don Enrique había dibujado y recopilado información de diversas fuentes con extraordinario esfuerzo, y confiaba en su facultad profesional por entero, condición que no siempre se disfruta a bordo, le dirigí las primeras palabras en merecido aliento.

—Bueno, ha llegado su momento. Aunque todos hayamos picado en la torta de esa bahía por diferentes caminos, háganos una adecuada exposición de sus características y las posibilidades que se nos abren.

—Muy bien, señor comandante. Pero antes debo disponer a la vista tanto la carta cedida por el Depósito Hidrográfico, portuguesa de 1778, como los dibujos del derrotero, que nuestros primos peninsulares me dejaron copiar. Lo denominan de Souto, quien, según parece, era un gran navegante del pasado siglo.

Don Enrique, con sus nerviosos movimientos habituales, procedía a extender en el planero los documentos mencionados, al tiempo que rescataba folios por él mismo pergeñados a la rápida.

—Bueno, como deben saber, el nombre asignado a esta bahía significa en castellano «de la laguna». La razón es porque Delagoa^[30] conforma la terminación hacia el norte de una serie de pequeñas lagunas que bordean la costa de la bahía de Santa Lucía. Ahora mismo, recorreremos su pared oriental, que corre de sur a norte en forma de estrecha península, Llamada de Injack, con una leve inclinación de una cuarta a levante. Al final de esta costa aparecerá el cabo Colatto. Pero, tras un angosto paso, que no se puede utilizar para entrar en su interior, continúa en la misma dirección por la isla de Injack, al punto de asemejar una prolongación indivisible. Su extremo lo forma el cabo del mismo nombre. Y, más tendida a poniente, aparece otra isla menor, que llaman de Elefantes.

—Según tengo entendido, la abertura habitual a utilizar por los buques se ofrece al nordeste, una vez avanteada esa isla Injack de la que habla.

—Así es, señor. Deberemos continuar a rumbos de componente norte hasta superar su punta más septentrional, el cabo Injack, durante unas cinco millas, momento en el que podremos caer a babor con las necesarias precauciones. Son numerosos los bancos de arena a banda y banda aunque, en su conjunto y especialmente en su parte meridional, ofrece un surgidero de garanda. En la bahía desembocan un elevado número de ríos o riachuelos, como el Manhissa por el norte y el Maputo por el sur. Pero por su zona central se abren a la mar varias corrientes más pequeñas, el Matóla, el Umbeluzi y el Tembi, que, de forma global, forman un generoso estuario que los portugueses denominan como río del Espíritu Santo y los británicos como río Inglés. Al comienzo de dicho estuario y en su costa septentrional aparece la población actual de Lorenzo Márquez. Se trata de un puesto portugués del siglo XVI, aunque después también haya sido gobernado en soberanía por holandeses y británicos con las naturales divergencias. Incluso el pirata Taylor lo ocupó en la primera mitad del siglo pasado. La bahía de Delagoa dispone de una longitud de norte a sur cercana a las cuarenta millas y una anchura de poco más de diez.

—Bien, vayamos al grano gordo de una vez, don Enrique —intervine para recortar la parla del piloto, demasiado minucioso a veces con sus datos—. De acuerdo con toda esa información, una vez avanteado el cabo Injack, podemos caer a babor hasta el noroeste durante unas cinco millas aproximadamente.

—Así es, señor. Después, proa franca al oeste-sudoeste. Hemos de librar la isla Shefina Grande a estribor, con sus peligrosos arrecifes y bajos, concediéndole un margen de seguridad de unas dos millas. Una vez avanteada

la isla, podemos fondear a la vista de Lorenzo Márquez, a no ser que desee entrar hasta sus espigones.

—No. Prefiero quedar fondeado al abrigo, sin progresar hacia el estuario. Entiendo que debe ser aquí —señalaba con el dedo en la carta náutica.

—En efecto, señor.

—Si por causas ajenas nos vencemos a alguna banda, entiendo que los peligros a encarar son bajos de arena. Quiero decir que podríamos librarlos con el auxilio de la lancha, si llegamos a clavar la quilla en alguno.

—Así es, señor, salvo esas piedras en arrecife acoderadas a la isla Shefina Grande, que libraremos en los primeros momentos sin mayores problemas, al quedar a la vista con claridad.

—Muy bien. Tan sólo nos estorba ligeramente que el viento se mantenga con demasiada fuerza. Pero no es causa para retrasar la arribada. Así que repetiremos los pasos mencionados uno a uno. Y aunque el soplo nos entra a favor de la empresa, navegaremos con mucho tiento, poco trapo y la lancha en el agua, por si es necesario su concurso para enmendar la proa o el remolque final.

—Hay que llevar especial cuidado con esos ríos que desaguan en el Espíritu Santo, señor. Se anuncian llenos de hipopótamos y cocodrilos, animales muy poco sociables, según se indica en el derrotero.

Al observar nuestras caras de escepticismo, se vio obligado a intervenir.

—Bueno, señor, lo digo por si se autoriza pesca libre a la dotación. Según parece es muy abundante. De forma especial anidan a cientos los cangrejos grandes y langostas gigantescas, muy propias para cocinar esa sopa que tanto gusta a los marineros.

—Se autorizará la pesca de red y mano a voluntad, pero por fuera del estuario. Nada de riesgos innecesarios. No quiero más tullidos a bordo, en este caso por dentelladas de animales salvajes.

Caía la tarde cuando nos encontramos tanto avante con el cabo Colatto. Pudimos comprobar a la vista que, en efecto, no parecía apropiado ni recomendable el paso estrecho hacia la bahía, que se ofrecía entre la península y la isla Injack. Por tal razón continuamos con proa al norte cuarta al leste, hasta alcanzar el cabo del mismo nombre al extremo de su isla. Y un par de millas después, observamos la espléndida bahía de Delagoa en toda su extensión, aguas azules y transparentes como las del más puro mar antillano, incluso con zonas demasiado blancas que anunciaban los bajos de arena. Pero ya comenzaban a decaer las luces del crepúsculo y aunque fuera escasa la distancia a cubrir hasta el fondeadero previsto, estimé más adecuado y seguro

navegar durante la noche por fuera y al gusto. En la mañana siguiente encararíamos la entrada a nuestro punto de destino con visibilidad al tope.

Aproamos hacia levante con el aparejo mínimo, mayores y foque solamente, mientras el viento se mantenía en frescachón de fuerza. Y cuando se ocultaba el sol por encima de las sierras africanas, también decidieron los dioses largarnos líquido a esteras. Porque en pocos segundos se abrieron las espitas del cielo y comenzó a caer sobre nuestras cabezas lo que bien parecía el diluvio universal, una manta espesa de agua que, al menos, refrescaba el caluroso ambiente. Y como suele suceder, al torrente de agua siguió la calma más absoluta en mar y cielos. Aproveché la ocasión para atacar una cena apetitosa en mi cámara, buenas carnes del buque negrero y una frasca del delicioso vino francés. Debía encontrarme con fuerzas elevadas al día siguiente, con la esperanza de encarar al capitán Silveira y su fragata *Andorinha*, si la esquivada suerte se mostraba a favor.

* * *

Cuando ya el sol se elevaba un puño largo por encima del horizonte, decidí atacar la entrada a la bahía de Delagoa. Para mayor beneficio, el viento apenas levantaba cresta desde el nordeste, con lo que decidí seguir los pasos señalados en la reunión de la tarde anterior sin variación alguna, navegando con mayores y triángulos de proa solamente. De esta forma metimos cabeza en esas aguas tan esperadas en el tiempo, siendo capaz de reconocer todos los puntos notables mencionados por don Enrique y leídos por mí en diversas informaciones.

Una vez entre las puntas de la tenaza, abierta al nordeste con holgura, aproé al medio entre la Shefina Grande y la punta Gibon, extremo occidental de la isla Elefante. Y al encontrarme tanto avante con esta última y enmendar de lleno la proa a poniente, continuaba unas seis millas aligerado con el soplo en empopada y unas aguas en calma absoluta. Tras un par de horas alargadas en felicidad y sin sobresaltos, una milla antes de alcanzar el fondeadero previsto cargaba todo el aparejo, para conceder a la lancha y sus hombres las últimas varas de distancia. Por fin, largaba las dos anclas en el pozo de las agujas seleccionado, con cuatro brazas de agua bajo la quilla y fondo de arena blanquecina que, a través de las aguas transparentes, serpenteaba.

Un sentimiento de tranquila placidez recorrió mi cuerpo en oleadas, al comprobar que había llevado a feliz término la que podía ser considerada como etapa primera y posiblemente definitiva de la misión impuesta, si el

destino se abría en ventura. El surgidero parecía seguro en cuartas y suficientemente recogido a los vientos dominantes. Fue el momento de comprobar a la vista la extensión y características del puerto que llamaban de Lorenzo Márquez, que se elevaba tras una pequeña punta a una milla de distancia por nuestro través de estribor. Y debo reconocer que conformaba una localidad de mayor extensión a la prevista y nombrada en el derrotero, posiblemente por el desarrollo sufrido en los últimos años. Aunque eran escasos los edificios de fábrica en fuerza, despuntaban los clásicos coloniales en amarillo ceniciento, dos de ellos con suficiente altura y dignidad. Pero la bombardera blanca saltaba a la cara cuando el pequeño guardiamarina, que no separaba el antejo de su cara, cantaba la mejor de las noticias.

—En los espigones del puerto aparecen cinco barcos, señor. Dos bergantines, otros dos parecidos a tartanas del comercio y una preciosa fragata.

—¿Ha dicho una fragata, caballero?

—Una inconfundible fragata de hermosas líneas, señor comandante.

Al escuchar las palabras de Mascari, todos los oficiales enfocaron el largomira^[31] en la dirección mencionada. Y por los dioses de la mar amparados en coro que se elevó una oleada de calor hasta mi garganta. Porque comprobaba con rapidez que la fragata mencionada se ceñía bastante a las características apuntadas para nuestro soñado objetivo.

—¿Nos habrán bendecido los ángeles en pila bautismal de plata y se tratará, en efecto, de la fragata *Andorinha*? —pregunté con un tono de voz que más se acercaba a rezo de prior—. Apunta demasiado sencillo para ser real.

—En líneas generales se parece bastante a la descrita por el piloto portugués, señor —comentaba don Enrique sin arriesgar—. Bien es cierto que todas las fragatas se asemejan unas a otras.

—No comadree en negro y a la baja, piloto. Juro por todos los santos, que si se trata de la fragata buscada y mantiene los caudales a bordo, emprenderé romería de penitencia y castigo a la ermita de Nuestra Señora de Valdelagua, en cuanto regrese a España.

—Perdone mi pregunta, señor —intervenía Romarate de buen humor—. ¿Por dónde se encuentra la ermita de esa advocación que tanto nombra?

—Pues si le digo la verdad, segundo, nunca peregriné a ella, ni he llegado a observar una mínima estampa de su figura en talla o grabado. Era muy nombrada por mi padre y se trata de una vieja advocación familiar. Parece ser que la citada ermita levanta sus piedras allá por las tierras de secano en

Guadalajara. Pero en esta ocasión no fallaré, si la suerte nos favorece en tan alto grado.

—Desde aquí no podemos confirmar o negar que se trate de la fragata buscada, señor —Dávila entonaba con deje de tristeza.

—Pero solucionaremos ese problema en escasos minutos, señores míos. Vamos, segundo, que el patrón de la lancha se acerque al puerto ahora mismo. Deberá conducirse como si se encontrara en barqueo menor y sin llamar la atención. Pero que observe el nombre de esa fragata en su coronamiento con meridiana claridad. Quiero la información en cuestión de minutos y sin posible error.

—Como mande, señor.

Salió la lancha a cumplir la orden con rapidez, como si el patrón fuera consciente de mi intranquilidad. Y seguimos sus movimientos sin perder una sola palada de los remos. Una vez entre los espigones desalineados del puerto, viraba al gusto hasta pasar bajo la popa de la fragata, cuyas maderas ofrecían a la vista un cuadro de muy correcto mantenimiento. Cuando se encontraba cerca de abarloadse a nuestro portalón, el guardiamarina Mascari me preguntaba en apuros.

—Perdone, señor, pero con la emoción del avistamiento no hemos largado pabellón a popa. ¿Izo el nuestro?

—Por supuesto. ¿Cómo lo duda, caballero? Las armas del Rey Católico largadas a los vientos y con inmenso orgullo. Ninguna treta hemos de preparar en la ocasión.

Mientras el joven dirigía sus pasos hacia la toldilla con guardia armada, se atracaba la lancha a nuestro costado. Allí esperaba el segundo comandante para recabar noticias sin mayor espera. A continuación, regresaba Romarate al alcázar con la más grande de las sonrisas clavada en su rostro, señal inequívoca de que el pájaro se encontraba en la jaula.

—Deberá peregrinar a esa desconocida ermita sin pérdida de tiempo, señor. Ahí tenemos, frente a nosotros, la famosa fragata *Andorinha* de nuestros sueños. Y según comenta el patrón de la lancha, parece recién salida del carenero.

—No se anticipe, segundo. Para deber cumplir con esa peregrinación prometida, debe mantener los caudales a bordo sin merma posible.

Aunque los sentimientos de dicha se distribuían al golpe por todo mi ser, el cerebro trabajaba a ritmo y sin descanso. Porque era necesario decidir el camino a seguir. De esta forma y aunque todavía observara la fragata en la distancia con la máxima atención, intentaba pergeñar el plan perfecto, sin

entrar en posibles yerros. Y aunque no lo deseara en aquel preciso momento, comenzaron a llover algunas preguntas inquietas de mis oficiales.

—¿Cree que mantendrá los caudales a bordo, señor? —preguntó Orcajo.

—¿Seguirá la fragata a cargo del capitán Silveira? —entonaba Crespi—. Podría haberse desprendido de su titularidad.

—Bueno, señores, no entremos en detalles e intrigas que ahora mismo conocen los cielos y nadie más. Tan sólo nos queda elucubrar sobre bastantes posibilidades, sin mayor recorrido. Es posible que la *Andorinha* haya hecho escala en este puerto, en su derrota hacia Cádiz, de acuerdo al plan previsto. Ya sé que contestarán sobre los muchos meses transcurridos, pero puede haber sufrido algún incidente en su alargada circunnavegación. No hemos de sospechar sobre la honorabilidad del capitán Silveira, ni de nadie, sin datos que lo corroboren. Pero, siguiendo con esa paleta de posibilidades, también puede haber dispuesto los doce millones de pesos a buen recaudo —exhibí una sonrisa de picardía—, en cuyo caso deberíamos entrar en palabras de orden mayor. Sería importante saber cuánto tiempo hace que entró en puerto esta fragata.

—¿Qué piensa hacer, señor? —preguntaba el segundo, impaciente como todos—. ¿Deberá presentarse a las autoridades portuguesas en primer lugar, o atacará al capitán Silveira de frente?

—Ni siquiera el capitán de navío Pimentel podía asegurarme la presencia de autoridades portuguesas de rango. No olviden el permanente ir y venir que ha sufrido esta colonia a lo largo de los años, convertida a veces en virreinato con sede en Sofála, unas quinientas millas más al norte. Me aseguró que, como norma habitual, residiría algún general del Ejército como Gobernador en Lorenzo Márquez, aunque también era posible la existencia de algún encargado en asuntos coloniales, sin más, en estos días de guerra. Pero lo que debo hacer ahora mismo es enviar un recado de mi parte al honorable capitán Silveira, si se encuentra a bordo.

—¿De palabra o escrito, señor? —preguntaba Romarate con ansiedad.

—Escrito, por supuesto. Avise a mi amanuense. Que acuda con los trastos.

Poco tiempo necesitaba en llegar a mi altura don Nicomedes con los bártulos de escribir, que instalaba a mi lado. Y sin dudarle le dictaba las palabras que ya había trasegado a la rápida en el cerebro.

—Debe formar folio cerrado a cuartos con la mayor dignidad. Por grapa frontal, indique que se dirige a don Joao Silveira, capitán de la fragata mercante portuguesa *Andorinha*. El texto interior será el siguiente: Mi muy

apreciado capitán Silveira, habiendo arribado a la bahía de Delagoa en el día de hoy y comprobado la presencia de su fragata en puerto, solicito permiso de recibo a bordo de su buque, a la mayor brevedad. El motivo no es otro que diligenciar un asunto de la mayor importancia para ambos, encargado a mi persona por orden del Gobierno de Su Majestad Católica don Fernando el Séptimo, con sede en Cádiz. Firmado, brigadier Francisco de Leñanza, conde de Tarfí, comandante de la fragata de la Real Armada *Proserpina*.

—Quedo enterado, señor comandante —don Nicomedes remataba su tarea con rapidez y excelente letra.

—¿Listo y seco?

—Todo en orden, señor.

—Lacre en cruz con mi sello.

—Señor —apuntaba el segundo—, ¿no sería más correcto y acomodado a normas, que acudiera el capitán Silveira ante su presencia?

—Desde luego. Pero no tiene obligación de saber que deseo parlamentar con él. Espero que conteste con la debida cortesía, solicitando permiso para visitarme a bordo. Pero ahora pasemos a la acción sin demora —dudaba al escoger la persona adecuada para la misión, pero me decidí con rapidez—. ¡Caballero Mascari!

—Aquí me tiene, señor comandante.

—Como oficial más moderno a bordo, le corresponde llevar a cabo una importante misión. Vista su mejor uniforme y embarque en la lancha. Ha de entregar este recado en persona al capitán Silveira o, en su defecto, al piloto más cualificado de esa fragata. Pero no se duerma en la encomienda, que todavía no he comido una migaja de galleta y me aprieta tanto la impaciencia como el hambre. Y, si le es posible, intente averiguar algún dato interesante, ya me entiende.

—No se preocupe, señor. Regresaré como el rayo y con halagüeñas noticias.

—Que la Patrona le escuche.

Una vez cambiada la casaca, partía el guardiamarina con porte orgulloso a bordo de la lancha, momento en el que, de nuevo, se entablaban los nervios a tenazón por las tripas y todavía más abajo. Era mucho lo que me jugaba en aquel inicial envite, que podía solucionar nuestra misión de forma rápida y, dicho con sinceridad, inesperada. Una vez más elevé rezos, en esta ocasión a la Patrona, Nuestra Señora del Rosario, para que la empresa se dilucidara al compás y en orden.

No necesitaba mucho tiempo el joven Mascari para regresar a bordo, aunque aquellos escasos minutos me pareciesen una eternidad. En la distancia podía comprobar cómo urgía la fuerza de remo a sus hombres, para agilizar la maniobra, aunque no mostraba en su rostro signos con los que conjeturar el resultado de su encomienda. Y sin más demora, lo recibía en el alcázar poco después, entrado el caballero casi a la carrera, cuando ya los nervios se desmadraban de pies a galleta.

—¿Ha hablado con el capitán Silveira? —le lancé la primera andanada a la cara cuando todavía se movía por el pasamanos de estribor—. ¿Propone acudir a mi presencia sin pérdida de tiempo? ¿Parecía nervioso por nuestra arribada a la bahía?

—Déjeme respirar un segundo, señor —intentaba normalizar la respiración—. Pero ya le adelanto que el capitán Silveira no se encuentra a bordo de su fragata en estos momentos. He hablado con un piloto que se ofreció muy cortés de formas, al tener conocimiento de que llegaba con recado de su parte. El capitán se ha trasladado a su mansión que, por cierto, allí se observa con claridad. Me lo indicó ese piloto.

El guardiamarina señalaba con la mano hacia la falda de un pequeño cerro, que se alzaba por detrás de la punta Muhona, al extremo meridional de la barra. Lo enfoqué con el antejo, para descubrir una mansión de impresionante tamaño y columnas poderosas, pintada en un blanco immaculado, más propia de virrey en ejercicio. Debía ser el palacete del que tanto hablaba Pimentel, ganado al holandés en juego de cartas. Pero esas noticias no llenaban la alforja.

—¿Qué más ha dicho?

—Le hará llegar el recado a su capitán de forma inmediata. También me aseguró que recibirá respuesta a la mayor brevedad, señor.

—¿Qué más información ha recabado? Vamos, caballero, dé un paso adelante y desembuche la rosca sin que necesite preguntarle mil veces.

—Eso intento, señor —el jovencito no se cortaba un pelo—. El piloto parece una persona muy prudente y hombre de confianza del capitán. No crea que no intenté sonsacarle los mayores datos y con mis mejores armas. Procuraba charlar con él en plan amistoso y como compañero de mar, pero no se prestaba a la maniobra. Acabé por preguntarle sin rebozo sobre la fecha de arribo de la fragata a este puerto, pero se salió por la tangente. Y como insistí a la brava, acabó por contestarme que llevan varias semanas en puerto, reparando algunos desperfectos. No conseguí más información porque

chocaba contra portón a doble llave. Pero, como resumen, no me pareció que este sujeto hablara con sinceridad.

—¿Por qué saca esa conclusión?

—No podría asegurarlo, señor. Se trata de una impresión solamente, aunque no suelen fallarme. Lo encontré demasiado esquivo y con una desconfianza poco adecuada al momento y la ocasión.

—Bueno, en ese caso no nos queda más remedio que esperar a que ese culebrón de los cojones conteste. Espero que lo haga pronto y en normas.

—Por cierto, señor, que abrí bien los ojos mientras me encontré a su bordo. La fragata se encuentra en perfectas condiciones de mantenimiento, como si disfrutara de los servicios del mejor arsenal. No encontré un solo desperfecto a la vista en maderas, jarcias, cabuyería y demás elementos.

—Pues no parece que ese puerto ofrezca servicios de garantía, a no ser que incorpore buenos profesionales a bordo.

—Lo que sí sabía el piloto era nuestra arribada a la bahía.

—¿Qué quiere decir?

—Al hablarle de vos y de nuestra fragata, me contestó que ya había avistado nuestra maniobra de fondeo. Y que le había extrañado comprobar la presencia de un buque español por estas aguas.

—No le comentaría detalle alguno sobre nuestro objetivo final.

—En absoluto, señor.

—Bueno, tranquilidad para el alma. Dedicemos algunos minutos al necesario alimento, que casi todos andamos en ayunas. Es necesario aguantar los nervios hasta que el capitán Silveira ofrezca señales de vida, lo que deberá producirse en las próximas horas. Pero no debemos apartar los ojos una vara de esa imagen, segundo.

—Por supuesto, señor. Mantendremos vigilancia visual sobre la fragata *Andorinha* entre los oficiales, de forma permanente.

—Muy bien.

Me retiré a la cámara con los sentimientos encontrados y en pugna valiente. Si por una parte ofrecía preces a los cielos en agradecimiento por haber encontrado la fragata en puerto, situación soñada días y semanas atrás, al mismo tiempo, un extraño desasosiego se abría paso en el pecho, hasta producir una inquietud malsana que derivaba en generalizado malestar. De todas formas, no alzaba tanto su copa el árbol como para evitar divisar las nubes. Porque, auxiliado por Okumé, calmaba la hambruna que padecía con inesperada avidez, un apetito aumentado si cabe por aquellos extraños movimientos del alma.

Una vez trasegados carnes y caldos con extremo placer, me empecé en reconfortante reposo. Tras unas copas de aguardiente y al no haber dormido un solo minuto durante la noche anterior, dejé recostar la cabeza en los apoyos del sillón. Como era de esperar, quedé rendido en los más profundos sueños pocos segundos después, sin tiempo siquiera a que me atacaran los negros pensamientos. No obstante, había dejado aviso a Okumé para que me alzara con fuste de agua a la cara, si se recibía noticia del capitán portugués, por mucho que me temiera en aquellos momentos una espera alargada e indeseable.

Desperté sin auxilio exterior, sobresaltado al comprobar a través de la balconada que ya el sol comenzaba a declinar, precisamente por encima de los dos grandes edificios de Lorenzo Márquez. El hecho de no haber sido avisado en las cuatro o cinco horas de profundo sueño, significaba a las claras que nuestro amigo portugués se mantenía mudo o desaparecido, un pensamiento que poco me agradó. Mientras pensaba en el capitán Silveira con escasa simpatía, la observación del puerto me recordó la necesidad de presentarme a la autoridad portuguesa. Era tarea que pensaba llevar a cabo al siguiente día, aunque desconociera por completo situación y jerarquía.

Cuando aparecí en cubierta, mis oficiales continuaban de charla en corro, con los anteojos a la mano. No parecía haberse calmado la ansiedad ni una pulgada, al tiempo que sus rostros denotaban cierto desánimo. Intenté rebajar la vara en lo posible.

—No exageremos las condiciones, señores. El capitán Silveira no tenía obligación de esperar a bordo de su buque la arribada de la fragata *Proserpina*. Es posible que todo se aclare sin complicaciones y andemos con la sesera en demasiadas cavilaciones de sospecha.

—Podía haber dado señales de vida, señor —apuntó Romarate—. No debe ser habitual que fondee en estas aguas una fragata de la Real Armada. Han transcurrido más de cinco horas desde que le llevaron el recado.

—No olviden que este capitán portugués, además de una fragata y otros buques menores posee amplia fortuna, de la que debemos destacar una formidable hacienda en tierras del interior. Bueno, todo eso si las noticias ofrecidas por el capitán de navío Pimentel siguen en vigor y no la ha perdido en el juego de naipes, al que parece muy aficionado. Es posible que haya debido girar visita tierra adentro o llevar a cabo cualquier otro cometido de importancia. Hemos necesitado bastantes semanas para llegar hasta aquí, no perdamos los nervios por unas horas o días de espera. Dejemos pasar el tiempo, que la marea acabará por subir.

—Tiene razón, señor —apoyó Romarate.

—Por otra parte, no he avistado algún fuerte o baluarte donde ondee la bandera portuguesa, a la que rendir los honores de ordenanza.

—No deben estar muy asentados en esta tierra, señor —apuntó el alférez de fragata Crespi—. O deben pensar que no se les abre peligro desde la mar. Sin embargo, sí que ondea la bandera portuguesa en ese edificio de cuerpos simétricos en el centro del puerto, más parecido a un almacén de repuestos.

—Ya lo veo. Si no aparece alguna otra información, allí deberé dirigir mis pasos mañana. Bueno, lo que ha de ser, será.

Me dediqué a pasear por la toldilla, mientras la *Proserpina* borneaba con el perezoso role del viento que, en las últimas horas de la tarde, parecía cubrirse más hacia el norte. Aunque expusiera aquellas palabras de tranquilidad a los oficiales, en mi interior sopesaba al detalle las posibilidades que se nos abrían, y en verdad que casi ninguna me cuadraba a favor. Porque si la *Andorinha* llevaba en puerto varias semanas, ¿a qué esperaba su capitán para continuar su necesaria derrota hacia Cádiz? Esa era la pregunta asomada en cresta, sin duda, de la que necesitaba una pronta respuesta. Por tal razón, suspiraba con intensidad por encontrarme con Silveira cara a cara de una vez y aclarar la madeja.

Comenzaba el sol a perderse en tierra, cuando el segundo llegó hasta mi altura en la toldilla. Y como se manejaba con evidente prisa, deduje que debía haberse producido alguna novedad.

—Una falúa desatraco de la fragata *Andorinha* y navega en dirección hacia nosotros, señor.

—Por todas las brasas del infierno. ¿Se reconoce a alguien a bordo?

—No con certeza, señor. Pero Mascari cree distinguir al piloto con quien habló.

—Sea quien sea, hágalo pasar a mi cámara, si aparece a bordo con recado para mí. Por si acaso, debo vestir en condiciones.

Tras observar que, en efecto, la embarcación se acercaba a nuestro costado, me retiré con rapidez. Y acababa de enfundarme Okumé una casaca de apariencias en el cuerpo, cuando escuchaba los golpes dados en la puerta en petición. Abría Okumé con rapidez, para dejar paso al segundo comandante.

—El primer piloto de la fragata mercante *Andorinha*, don Firmino Walsum, desea hablarle, señor comandante.

—Hágalo pasar.

Poco después entraba en mi cámara un personaje que parecía gravitar en el espacio. Digo esto porque pocas veces en mi vida he observado un hombre tan silencioso de movimientos, como si sus pies no necesitaran posarse en las tablas de la cubierta para trasladarse de un sitio a otro. Se adecuaba a la descripción dada por el guardiamarina, sobre el piloto con quien había mantenido la conversación a bordo de la fragata portuguesa. Bajo de estatura, magro de carnes y cercano a la cincuentena, exhibía una cordial sonrisa y educadas maneras. También su voz me resultó agradable cuando, desde la puerta, se presentó en un correctísimo idioma castellano y ligero seseo portugués.

—Con el permiso del señor comandante de la fragata *Proserpina*. Ante vos presenta sus respetos Firmino Walsum, primer piloto de la fragata mercante portuguesa *Andorinha*, con recado de mi capitán para vos.

—Encantado de conocerle, piloto —le tendí mi mano en amistad—. Pase y acomódese, por favor. ¿Desea tomar un refrigerio?

Como era mi intención alargar la conversación e indagar el mayor número de datos posible, me ofrecí con la mejor de las sonrisas.

—Mucho se lo agradezco, señor, pero debo rehusarlo si a bien lo tiene. Se me ha ordenado llevar la respuesta a mi capitán con la máxima rapidez, una vez le haga entrega de este recado.

Alargó la mano para ofrecerme un folio plegado en normas, que abrí sin aparentar prisa ni excesivo interés. A continuación, leí con especial atención las primeras palabras que recibía del buscado marino portugués, eje de mis pensamientos en los dos últimos meses.

El capitán de la fragata «*Andorinha*», Joao Silveira Cabral, solicita con el debido respeto hora apropiada para cumplir visita de cortesía al capitán de navío Santiago de Leñanza, conde de Tatfí, a bordo de la fragata «*Proserpina*» bajo su mando. Ruego exponga al portador del presente recado la respuesta que estime oportuna.

Doblé el pliego con la misma parsimonia, dejando pasar algunos segundos, como si dedicara mis pensamientos a otro tema de interés. Por fin, y tras planear los siguientes movimientos, contesté con medidas palabras.

—Comunique al capitán Silveira que será un honor recibirlo a bordo de esta fragata. Es mi intención presentarme mañana a la autoridad portuguesa en esta colonia, lo que llevaré a cabo en las primeras horas. Creo que las once sería una hora adecuada para recibir al capitán de la fragata *Andorinha* y charlar amigablemente de los asuntos que nos conciernen a ambos.

—Así se lo comunicaré de inmediato a mi capitán, señor. Le agradezco el trato recibido.

Ya intentaba partir el silencioso personaje a la carrera y sin pérdida de tiempo, lo que impedí al interesarme por algunos detalles.

—Como desconozco toda la información necesaria sobre este puerto y su situación colonial, acudo a vos como única fuente de información. ¿Podría indicarme quién es la mayor autoridad presente en Lorenzo Márquez?

—En estos días no disponemos de virrey en la colonia de Mozambique. Pero podrá conversar con el general del Ejército Antonio Nolasco, que asume las funciones de gobernador general en Lourenço Marques. Encontrará su residencia con gran facilidad. Una vez en puerto, diríjase hacia el edificio de mayores proporciones que se alza en su única plaza, donde ondea nuestro pabellón.

—Habla usted muy bien nuestra lengua.

—Bueno, señor comandante, he navegado por muchos mares durante bastantes años.

—Pero su apellido no parece portugués.

—Mi padre era holandés y mi madre portuguesa. Llegado el momento, me decidí por la segunda patria.

Como el silencioso seguía mostrando rastros de prisa contenida, le entré a fuego directo, aunque no mostrara excesivo interés en el tono de mi voz.

—¿Hace mucho que arribaron con su fragata a Lorenzo Márquez?

—Un par de semanas solamente, señor. Necesitábamos reparar algunos desperfectos, así como rellenar víveres y aguada. Pero con el debido respeto, señor, debo entregar la respuesta a mi capitán a la mayor brevedad. Así me lo ha urgido con extremo interés, porque ha de cumplir un compromiso contraído anteriormente esta misma noche, una cena con importantes comensales.

—No lo retengo más en ese caso. Cumpla con sus obligaciones y salude a su capitán con afecto de mi parte. Mañana charlaremos.

—Muchas gracias, señor.

El personajillo de alas cortas abandonó mi cámara, volando sobre el piso hasta la puerta con inesperada rapidez. Y, la verdad sea dicha, quedé con mil dudas encastradas en el pecho. Por una parte, parecía que la vida en la fragata *Andorinha* se cubría con absoluta normalidad y su capitán intentaba cumplir con la derrota establecida en principio, de acuerdo a la carga almacenada. No obstante, una voz en el interior, ese duende que suele martirizar, clamaba a la contra. Porque no había sido muy normal la conversación mantenida con

quien parecía ser un hombre de confianza de Silveira, y esas prisas desatadas, rayanas en la ligera descortesía. Alguna vela desentonaba del aparejo, estaba seguro, aunque no fuera capaz en aquellos momentos de calibrar cómo ni dónde.

Pero no era mi intención entrar en absurdas disquisiciones con mis oficiales sobre posibilidades de futuro, que a ningún puerto conducen. Por tal razón, decidí permanecer en la cámara con los pensamientos batidos en solitario. Al día siguiente se despejarían las dudas, y soñaba con que la normalidad se instalara en la comisión a rendir por las dos fragatas.

12. El capitán Silveira

Dormí poco y mal durante aquella primera noche, fondeados con extrema placidez en la bahía de Delagoa, una condición extraña en mi persona. Podían ser varios los factores entrados a concurso, pero destacaba por alto la desazón producida por la visita del piloto y la extraña forma de encarar su conversación conmigo, unas palabras repetidas una y otra vez en busca de ocultos significados que no era capaz de descifrar. Y, como era de esperar, las nubes negras regresaron a su habitual vuelo, abierto el camino en libertad. El rostro de Eugenia se apuntaba con extraordinaria nitidez en el cerebro, como tantas otras veces, clavando picas a su paso. Llegó un momento en el que me di por vencido y salí a cubierta para pasear a tranco largo por la toldilla, situación en la que escuché picar la campana que daba fin a la guardia de alba^[32].

Entre los muchos temas que pude atacar en silencio durante aquellas alargadas horas, no quedó apartada la visita de cortesía que debería encarar en escasas horas con el gobernador general portugués, aunque no se tratara de preocupación importante. Dudé en los primeros momentos sobre la necesidad de exponer los auténticos motivos de mi llegada a Lorenzo Márquez, pero decidí que sería mejor recorrer camino en sinceros, sin ocultar el verdadero fin perseguido. No debía olvidar que amparaba documentos oficiales portugueses, en acreditación y permiso de la misión a llevar a cabo en sus aguas, así como el posible apoyo a recibir si las cuentas entraban a desfavor.

Con el ánimo cuadrado a medios, atacé en mi cámara un plato de regias tajadas de tocino y cecina pasada a las brasas, acompañado con varias tazas de café, esa bebida que se había convertido en brebaje de primera necesidad para manejar un nuevo día en condiciones. Mientras tanto, Okumé preparaba en silencio mi mejor uniforme grande con su habitual empeño. Y una vez más, me asombré al comprobar cómo relucían los entorchados de plata en sus

vueltas, correspondientes al elevado empleo de brigadier. Porque todavía me parecían ajenas, imposibles de pertenecer a mi persona.

Una vez entrado en hora prudente, embarqué en la falúa de la fragata, empavesada con luces de acuerdo a la ocasión. Como de costumbre, Okumé se manejaba con maestría a la caña, ordenando con voz recia a los marineros el ritmo de la boga. Y de esta forma arribamos a un muelle preñado de cuarterones y suciedad, en el que una pobre y estrecha escala de madera se ofrecía como único auxilio para desembarcar. Aunque su aspecto ofrecía escasa robustez y Habilidad, la atacé con decisión, escuchando las protestas de sus maderas cuando apoyaba mi generoso peso de más de doscientas libras en sus peldaños. Al igual que en otras ocasiones, me hacía acompañar por guardia de dos soldados del Cuerpo de Batallones y el guardiamarina Mascari en función de ayudante. Y no bajaba el mentón el niño, con su espadín en movimiento de marcha.

Poco antes de desembarcar, pude apreciar de cerca los perfiles de la fragata *Andorinha*, atracada por duques a escasas varas de la escala. Y, en efecto, parecía haber salido del dique en el día anterior, tras una carena de categoría. Porque brillaba de quilla a galleta hasta en su mínimo detalle, sin una sola merma o desdoro a la vista, Y destacaba por alto la marinería en trabajo por su cubierta, enfundada en uniformes impecables y coloridos. Me pareció un detalle interesante y digno de ser copiado, a no ser que aquellos gastos se hubiesen forzado en base a los caudales españoles.

Tal y como me había anunciado el piloto, no dudamos al encarar nuestros pasos hacia el único edificio que se podía nombrar de cierta categoría en una plaza recogida y abierta al norte. Pero también mostraba conchas y regueros poco propios a la residencia de tan alta magistratura, comenzando por su puerta con pintura medio perdida. Un contraste llamativo con la fragata atracada a tan escasa distancia. Bien es cierto que en las colonias portuguesas de África no todo brillaba en oros.

Un soldado negro aparejado con el típico vestuario colonial, camisa y pantalón corto de color marrón, nos recibió en pie, adosado a una garita. Tras exponerle el motivo de mi visita en un defectuoso idioma portugués, hacía sonar un pequeño silbato de llamada. Y con extrema rapidez acudía un compañero, que nos introducía escaleras arriba con severas inclinaciones de cabeza. Por fin, y tras un ajetreado deambular por alargados pasillos, pude presentarme a un capitán del Ejército portugués, a quien supuse ayudante del gobernador. Me contestó en agradable tono y con sonrisa abierta.

—Ya tenía conocimiento de su arribada a la bahía de Delagoa, señor. Sea bienvenido a estas tierras coloniales, tan alejadas de nuestra querida Península. Comunicaré al señor gobernador su presencia para que lo reciba. No se produce todos los días una ocasión tan especial. Una fragata española en estas aguas se convierte en la comidilla corrida por todo rincón.

Quedé en la amplia sala de recibo con el guardiamarina Mascari en silencio. Poco después regresaba el ayudante, que, para mi sorpresa, masajaba sus manos con cierto nerviosismo, o así lo creí entender.

—El señor gobernador se encuentra ocupado en estos momentos, señor. Pero no se preocupe, que lo recibirá en cuanto le sea posible.

No era buen disimulador aquel oficial, sin duda. Quedaba claro que el gobernador retrasaba mi recibo por desconocidas razones, pero no por dedicación a otros menesteres. Y no me entró por derecho aquella rasa, que nada bueno podía presagiar en futuros. De esta forma, decidí tomar asiento en un viejo y descolorido sillón, al tiempo que depositaba los documentos sobre la mesa del ayudante. El tiempo comenzó a correr con extrema lentitud, mientras la sangre comenzaba su reguero habitual en las venas y el sudor manaba a chorro por mi espalda, obligado por el uniforme de paño. A veces cazaba la mirada del capitán a hurtadillas, como si se sintiera avergonzado de la situación, unos pensamientos que me desazonaban más y más. Debían haber transcurrido más de treinta minutos, cuando decidí intervenir.

—Si el señor gobernador se encuentra demasiado ocupado a lo largo de esta mañana, puedo regresar en otra ocasión. Siento no haber solicitado petición de recibo, aunque no es norma habitual para comandantes de buques en arribada a puerto. Pero no deseo molestarlo en ningún sentido. Además, tengo citado al capitán Silveira a las once y no desearía hacerle esperar.

—¿Don Joao Silveira? Un buen amigo del gobernador. Precisamente anoche cenó en su palacio con otros conocidos. Es un afamado anfitrión y de gran categoría los banquetes que hace servir. Tan sólo asistí en una ocasión y quedé maravillado.

Comprendí con rapidez que podía sacar buena tajada informativa de aquel simpático capitán, amante de la charla y, posiblemente, aburrido con su diario trabajo.

—Tengo entendido que se trata de hombre con elevada fortuna personal.

—La más importante de esta colonia, señor, y con manifiesta diferencia respecto a cualquier otra. Posee una importante compañía de buques, haciendas y todo lo que un hombre puede desear en esta vida. Además, es un caballero muy agradable y generoso.

—Es muy hermosa su fragata, que acabo de observar junto a la escala real.

—Su compañía dispone de un elevado número de barcos, aunque esa fragata es la unidad principal y más querida, según sus propias palabras. El buque insignia de la flota, podríamos decir.

—Creo que arribó a Lorenzo Márquez hace poco de una larga travesía.

—Bueno, creo que se mantiene en puerto desde hace bastantes semanas, aunque...

Para mi desgracia, en aquel preciso momento escuchamos el repique de una campanilla. Y saltó el capitán como movido por resorte, para entrar de nuevo en el despacho de su jefe, del que salía pocos segundos después.

—El gobernador le espera, señor comandante.

Si todo lo observado en el edificio hasta el momento mostraba tintes de penuria y escasa grandeza, me vi sorprendido al contemplar una sala que en poco se aparejaba al resto. Porque debí encarar una alargada estancia de brillante tarima, aderezada con magnífico mobiliario, retratos de personajes con marcos nobles y ricos tapices en cuelgue. Muy adecuada, desde luego, como gabinete de trabajo de un gobernador general.

Me esperaba en pie el general Nolasco, apoyado en su mesa de forma un tanto desmayada, como si debiera acometer una función de rutina poco deseada. Quien vestía impecable uniforme de general de la Real Infantería portuguesa, mostraba hechuras de noble apariencia, alto de estatura, recio y vigoroso. En su rostro atezado por el sol africano tropical, destacaba un generoso mostacho blanquecino de guías enhiestas. No obstante, y como primera impresión a recibir, amparaba un rictus de seriedad poco adecuado a un recibo de cortesía. Entendí que no debía gustar de mi presencia, a no ser que se tratara de su habitual compostura.

—Presento mis más rendidos respetos ante vos, señor gobernador — intenté que mi portugués fluyera con la mayor perfección—. Brigadier de la Real Armada Santiago de Leñanza, conde de Tarfí, comandante de la fragata *Proserpina*, arribada en el día de ayer.

—Bienvenido a esta colonia, brigadier. No es usual la presencia de unidades de la Real Armada en estas costas, tan alejadas de sus habituales zonas de influencia. ¿Acaso entra de arribada forzosa?

Tras escuchar el tono en la voz del gobernador, quedé convencido de que aquel hombre conocía al detalle el motivo de nuestra visita. Pero debía desechar las ideas preconcebidas o perdería el norte con rapidez.

—No se trata de entrada forzada por causas de navegación o averías sufridas a bordo, señor general, sino misión encarada con este destino desde que salí de Cádiz en el mes de enero pasado.

—¿Un buque español con destino a Lourenço Marques? Esa es toda una noticia. ¿A qué se debe tal honor?

—En busca de un buque portugués, señor general. Me refiero a la fragata mercante *Andorinha* —a pesar de las negativas influencias recibidas, no dudé en atacar con la verdad por delante. Y a ello contribuía el tono indiferente y hasta sarcástico del general—. Salió hace dieciocho meses desde el apostadero de San Blas, en la costa occidental de Nueva España, con destino a Cádiz e importante cargamento a bordo; caudales remitidos por el virrey español para nuestro Gobierno. Una vez transcurrido tanto tiempo, se tomó la decisión de enviar un buque para investigar las causas de su ausencia. Las autoridades portuguesas nos indicaron que comenzáramos las pesquisas por la bahía de Delagoa. Y parece que su consejo fue muy acertado porque aquí se encuentra el objetivo buscado.

—¿Autoridades portuguesas ha dicho? —ahora el gesto de su cara se tornaba más adusto y menos complaciente todavía—. ¿Qué tienen que ver los portugueses con esta empresa puramente española?

—Olvida que llevamos bastantes meses de hermanada lucha contra los franceses por toda la península Ibérica, señor —exhibí una sonrisa condescendiente, como si debiera adoctrinarlo de la situación actual que se vivía en su patria—. El Gobierno de Su Majestad Católica se puso en contacto con las autoridades portuguesas en Lisboa, recabando información sobre la fragata *Andorinha* y solicitando el oportuno apoyo a esta misión. Lo que es bueno para uno lo es también para la empresa común. Y la respuesta fue muy positiva. Aquí le entrego los documentos que certifican mis comentarios.

Desatando los balduques de la carpeta, le hacía entrega de los documentos citados. El gobernador los leía con rapidez, sin desmontar la seriedad de su rostro.

—Parece un caso de evidente impaciencia por parte de su Gobierno —exhibió una cínica sonrisa—. Además, no entiendo cómo pueden dudar de la honorabilidad de un cabañero tan recto y generoso como el capitán Joao Silveira.

—Perdone mi atrevimiento, señor general, pero se equivoca por completo.

Nadie duda de la honorabilidad del capitán Silveira. No obstante, debe comprender que es obligación de mi Gobierno comprobar por dónde se mueve un cargamento valorado en doce millones de pesos, cuando no sobra

una sola moneda en la lucha que arrostramos contra los franceses para arrojarlos de nuestra patria. Somos conscientes de que en la mar todo es posible. La fragata *Andorinha* podía haber sufrido algún problema de seriedad, que le impidiera progresar hacia su destino final. Esa es mi misión. Por fortuna, he comprobado a la vista que se encuentra en perfectas condiciones.

—Puede estar seguro de que no llegó así. Ha sufrido bastantes reparaciones, algunas de mucha importancia. Creo que también padeció problemas en el mar de la China. Pero, según escuché de boca del propio capitán, pretende continuar travesía hacia España a la mayor brevedad, para entregar el cargamento acopiado. Por esa razón, le decía que no se debe dudar de la honorabilidad de tan prestigiosa persona a la ligera.

Empezaba a cargarme de espinas el tono excesivamente autoritario y corrector del general, al punto de pensar dos veces las palabras antes de lanzarlas.

—Es posible que no sepa expresarme en su idioma de forma correcta, señor, porque parece no comprender mis palabras. Le repito que no dudamos de la honorabilidad de nadie. Tan sólo cumplimos con nuestro deber. Las únicas opiniones que nos hemos formado sobre el capitán Silveira, han sido fomentadas por declaraciones de autoridades portuguesas y algunos de sus compañeros, de cuando era oficial de la Real Marina portuguesa. Y debo exponerle que no todas le achacan esa intachable honorabilidad expuesta por vos. Pero no se trata de opinión nuestra lanzada a la ligera, sino de sus propios compatriotas.

—Como de costumbre, a más de dos mil leguas de distancia todo se contempla de distinto color. Ya que ha escuchado opiniones diversas, me reafirmo en la expuesta sobre la extrema caballerosidad y probidad del capitán Silveira, a quien tengo el placer de considerar como un buen amigo.

—Pues no sabe lo que me alegra escuchar esas palabras. Porque en tal situación se soluciona nuestro problema con extrema facilidad y doy la misión como finalizada con éxito. He citado al capitán Silveira a bordo de la fragata bajo mi mando a las once y espero que podamos salir a la mar en escasos días. Le concederé la adecuada conserva^[33] en el necesario tornaviaje hacia Cádiz. Y, si no se le ofrece nada más, señor gobernador, debo regresar a mi barco sin pérdida de tiempo.

—Hágame saber la fecha de su salida a la mar.

—Por supuesto, señor. Puede estar seguro de que suelo cumplir las normas de protocolo sin falta.

Abandoné el gabinete del gobernador con los puños aferrados en firme y las cejas rifadas en alto. Porque jamás había encontrado una indelicadeza mayor, rayana en la grosería, con personaje en ejercicio de un puesto de tal categoría. Ese culebrón con pintas me había mantenido en pie durante todo el recibo, sin un mínimo ofrecimiento de cortesía. Y ni siquiera se había molestado en preguntar por posibles necesidades de mi barco, como víveres, pertrechos o aguada, norma habitual de mínima consideración. Pero todo quedaba anotado para futuros, pensando en el informe que debería rendir a mi regreso.

Mientras abandonaba el edificio, las preguntas recalaban con fuerza en el cerebro. Porque nada es casual en esta vida y la actitud mostrada por el malencarado general se debería a causas por mí ignoradas. Es posible que durante el ágape ofrecido en la noche anterior conversaran sobre el tema, y se encontrara predispuesto contra mi persona. No obstante, continuaba sin ser capaz de comprender su actitud. Me tranquilizó pensar que en escasos minutos podría hablar con el honorable caballero Silveira y desentrañar alguno de los misterios que se cerraban a mi alrededor.

Una vez a bordo de la fragata *Proserpina*, no comenté una sola palabra con mis oficiales sobre la conversación mantenida con el gobernador. Habría sido una pérdida de tiempo entrar en discusiones que a ningún puerto conducían. Sin embargo, mi cara soba representar la verdad como un mapa de confianza, y Romarate comprendió con rapidez que no había asistido a sarao de corte. Me retiré a la cámara, en espera de la importante visita que debía aclarar tantos puntos oscuros.

* * *

Cuando restaban solamente tres minutos para la hora señalada, fui avisado por el segundo comandante de que una falúa perfectamente engalanada en fastos se dirigía hacia nuestro buque. También comentaba Romarate la extraordinaria uniformidad y presencia de los marineros alistados a los remos, esa asignatura que todavía no cumplíamos en nuestra Armada ni de lejos. Y se trataba de condición fácil de suponer, tras la imagen recibida en mi visita a puerto. Como el segundo andaba con la moscarda en vuelo, me preguntó en tono bajo y con rostro de intriga.

—¿Acaso piensa recibir al capitán Silveira en el portalón, señor?

—No corresponde en normas, segundo. Recíbalo con toda cortesía y acompáñelo hasta aquí.

—Así lo haré, señor.

Me mantuve en tensa espera porque encaraba el momento definitivo, razón primera y principal de haber navegado tan elevado número de millas. Como ya ceñía el mejor de mis uniformes, no era necesario entrar en mudas ni mayores preparativos. Por desgracia, el día se movía sin variación, con elevada temperatura y humedad penetrante, con lo que las gotas de sudor acariciaban a fondo hasta la pañoleta del alma. Tan sólo encargué a Okumé preparar una frasca de un magnífico clarete portugués que mantenía entre vendas, para ofrecerlo en su momento. Y aunque había pensado durante la noche anterior una y mil formas de atacar el pájaro en vuelo, decidí que sería mejor dejar rodar la madeja por su propio peso y mi natural habilidad para encarar fuegos cruzados. Por fin, escuché pasos en el acceso a mi cámara y la habitual solicitud de recibo.

Debo reconocer con sinceridad que, cuando el capitán Joao Silveira se mostró por fin en la puerta de la cámara, me impresionó vivamente, como estampa jamás imaginada. Porque ante mí no aparecía la figura del habitual hombre de mar sino, como habría dicho mi padre, un figurín de corte almibarado y fachendoso por más. Y no me estimen avanzado en prejuicios negativos hacia su persona. Porque aquel hombre no ofrecía ni uno solo de los normales atributos de quien se mueve sobre las aguas en normal habilidad: tez bronceada, pelo alzado en rizos de sal, patillas y cejas de espolón, manos fuertes y anchos hombros. Por el contrario, a la vista se aparecía un hombre magro de carnes, de aspecto delicado, tez sonrosada, cabello rubio empolvado al gris ceniza, manos delicadas de pianista en ejercicio y, como aspecto fundamental, esa forma de moverse más propia de noble en recibo de palacio. No obstante, puedo asegurar que ofrecía un conjunto de elevada nobleza.

En cuanto a su vestuario, también puedo asegurar por derecho que mostraba el más puro aspecto de cortesano ataviado con las últimas corrientes francesas, aquellas que llamaban «del imperio». Porque utilizaba casaca bermeja de relumbrón bordada de verde en sus relingas, chupa al oro viejo, calzas blancas impolutas y ajustadas, medias de seda en crudo de carne y zapatos negros hebillados a la cuadra en plata. Como halaguero resumen, la imagen inconfundible y característica de un marqués de casa pudiente en recibo de corte. Y me mostró su sagacidad desde el primer momento, al enhebrar en un perfecto idioma castellano sus iniciales palabras.

—El capitán Joao Manuel Silveira Cabral tiene el placer de presentar sus más humildes respetos al brigadier de la Real Armada Santiago de Leñanza,

conde de Tarfí, comandante de la fragata *Proserpina*. Al mismo tiempo, le ofrezco la más cordial bienvenida a esta hermosa bahía de Delagoa.

—Muchas gracias, capitán. Por favor, tome asiento —le ofrecí uno de los dos sillones enfrentados a la banda—. Me alegro de conocerle.

—Al observar su rostro, deduzco que le ha impresionado mi apariencia, que estimará cortésana en exceso, posiblemente por no corresponderse con el clásico capitán de buque mercante —mostraba una sonrisa atractiva, que concedía de forma automática una atmósfera de mutua confianza—. Debo reconocer que soy presumido y concedo la debida importancia a los elementos externos en todo caballero, si desea comparecer como tal. Nunca me gustó utilizar barba espesa, patillas largas en ristra o la pipa de mar.

—Como la sinceridad es mi mayor virtud, le contestaré que, en efecto, me ha sorprendido encontrar un verdadero cortesano, tan alejado de cualquier corte. Pero como espero que nuestra relación sea amistosa y alargada en el tiempo, ¿cómo desea que me dirija a vos? ¿Capitán o señor Silveira a secas?

—Aquí en Lourenço Marques todos me llaman capitán, aunque me encuentre varado en tierra durante meses. Pero es igual. Si así lo desea, puede dirigirse a mí como lo hacen muchos amigos, un sencillo Joao —una vez más aparecía la sonrisa seductora.

—¿Varado en tierra dice? Entiendo que no siempre se maneja embarcado en la fragata *Andorinha*.

—Además de esa fragata, poseo otras embarcaciones para el tráfico que necesitan mis diferentes negocios. Y no es la niña de mis ojos la *Andorinha*, aunque así lo estimen muchos por ser el buque de mayor porte enlistado en mi modesta compañía. Y, después de las negativas experiencias sufridas a su bordo, que escuchará en pocos minutos, aumenta tal disposición. Prefiero navegar en una goleta que adquirí hace bastantes años a un inglés en la India. Una embarcación marinera como pocas y capaz de dejar millas a popa a cualquier unidad.

—¿Se refiere a la goleta Capital? —pregunté con dulzura. Debía comprender que me movía con suficientes conocimientos sobre su persona.

—Ya veo que se ha informado en profundidad sobre mis actividades. Me parece, comandante Leñanza —ahora pasaba a la seriedad más radical—, que desconfía de mi humilde persona.

—¿Desconfiar de usted? ¿Por qué dice eso?

—Mire, comandante, hablemos con sinceridad, si le parece oportuno. No me gusta dar rodeos sobre la pieza sin morderla. El hecho de que una fragata de la Real Armada española aparezca en esta bahía sólo puede presentar un

significado. La carga almacenada a bordo de la fragata *Andorinha* en el apostadero de San Blas es muy importante y las depauperadas arcas de vuestra Hacienda no pueden permitirse esa pérdida. Todo se originó con la soberana estupidez del virrey español en Nueva España, que así estimó cargar los caudales en mi buque para llegar a Cádiz en absurda circunnavegación. Parece que ya creía los caudales caídos en manos de los rebeldes. Como han transcurrido excesivos meses desde que abandoné San Blas, más de uno pensaría que el capitán Silveira había decidido alargar la mano en exceso y apropiarse de lo ajeno. Y por dicha razón han enviado una de sus mejores fragatas en mi busca.

—Creo que prejuzga nuestras intenciones con excesiva severidad y manifiesto error.

—Es lógico que le concedan la debida importancia a los caudales embarcados. Estoy al corriente de la penuria en que se mueve la Real Armada por estos días y la escasez de unidades de que dispone para tanta misión. Pero si lo que acabo de exponerle es cierto, y así lo estimo, debería sentirme ofendido, comandante Leñanza. Porque han dudado de mi honradez y profesionalidad, lo que no puedo aceptar de ninguna forma.

En su permanente mutación de rostro y maneras, ahora el capitán Silveira aparecía como caballero herido en su más íntima honorabilidad.

—Puede estar seguro, capitán, de que expone meras suposiciones — intenté mostrarme firme en las palabras—. Como dice, los caudales embarcados en su buque presentan un monto muy importante para mi Gobierno, en unos momentos de guerra en la que nos jugamos nuestra propia identidad como nación libre e independiente. Y también es cierto que nuestra Real Hacienda navega bajo mínimos. Pero no puede deducir que a causa de esa preocupación, lógica y natural, se haya dudado de su honor. Fui comisionado hacia estas aguas con una misión clara y definida: averiguar qué le había podido suceder a la fragata *Andorinha* en su travesía desde San Blas hacia Cádiz. Somos conscientes de los muchos factores negativos que un buque puede atravesar en tan alargada navegación. Incluso andar desarbolado en algún puerto perdido. Para recabar noticias, nuestros aliados portugueses nos indicaron que comenzara indagando por esta bahía donde, según parece, mantiene lo que podríamos denominar su cuartel general. Eran acertadas tales suposiciones. Pero nadie ha dudado de su probidad en ningún momento, ni debe sentirse ofendido. También me atacó el gobernador en ese sentido, durante la audiencia rendida a su autoridad hace pocos minutos. No comprendo las razones que lo movieron a ello, al punto de sentirse también

injuriado, supongo que por la buena amistad con usted. Y llegó al extremo de ejercer su autoridad con escasa o nula cortesía, lo que mucho me cuesta admitir.

—Debe perdonarlo. Es un buen amigo y anoche, durante la cena que ofrecí en casa, comentamos su arribada a la bahía. Puede ser que le comentara algo en tal sentido y se viera obligado a salir en mi defensa.

—Pues como suelo ser sincero, debo indicarle que jamás sufrí audiencia tan negativa, por no decir grosera, y así lo haré llegar a mis superiores en el preceptivo informe. Pero regresando a nuestra conversación, le repito que no ha de sentirse ofendido en ningún momento. Supongo que podrá explicar las causas que han retrasado en muchos meses su arribo a España.

En una nueva y rápida metamorfosis de sus formas, Silveira mostraba otra vez la sonrisa atractiva y de confianza.

—Estaba exagerando solamente y, como dice, basado en conjeturas. Comprenderá todo lo acaecido a la fragata *Andorinha* por ser hombre de mar. Si fuera un general del Ejército, me habría apresado por desfalcador sin aguardar un solo minuto —emitió una ligera risa—. Ya sé que no puedo acusarle de ofensa porque son ciertas sus palabras y en su caso habría obrado de la misma forma. En efecto, han sido muchos y variados los problemas atravesados desde que abandoné el apostadero de San Blas. En primer lugar, la navegación hasta Manila, donde debía desembarcar una importante carga, precisamente de comerciantes españoles, se alargó sin medida. Y eso que utilicé las últimas recomendaciones de su extraordinario piloto Mourelle de la Rúa. Vientos y mar se abrieron a la contra desde el primer momento. Si ya son muchos los miles de millas que debía navegar, sufrí lo más parecido a un terrible tifón que cerca estuvo de mandarme a los infiernos, así como periodos de largas e insufribles encalmadas. Como resumen, necesité seis meses para arribar a Manila, desarbolado del mesana y con las bombas de picar a pleno funcionamiento.

—Una dura travesía.

—Puede jurarlo. He atravesado momentos muy difíciles en la mar a lo largo de mi vida, pero esta fue una prueba que no deseo al peor de los enemigos. Permanecí en Manila casi dos meses. Debí reclutar una veintena de marineros porque había perdido demasiados entre los temporales y la maldita peste de la mar^[34]. Desembarqué la carga y, al mismo tiempo, otros mercaderes españoles y las propias autoridades de la isla me embarcaron mercaderías de las costas chinas, especialmente sedas y porcelanas, al tener conocimiento de que me dirigía hacia Cádiz.

Apareció el silencio por primera vez, circunstancia que aproveché para cuadrar en cortesía.

—Debe perdonarme, capitán, por no haberle ofrecido un refrigerio. ¿Desea una copa de un magnífico clarete, procedente de la isla de Madeira?

—Encantado. Y acierta de lleno porque se trata de una de mis bebidas favoritas, muy adecuada para soportar estas condiciones de temperatura y humedad que sufrimos. Creo que debe encontrarse incómodo con ese uniforme de paño. Debería vestir prendas más ligeras.

—Hay que cumplir con la uniformidad establecida, nos guste o no.

Mientras Okumé servía las copas del clarete, dejé correr el silencio establecido. Me convencí de que la historia continuaría, por lo que permití que tomara un respiro.

—Magnífico clarete, sí señor. Se percibe de lejos que sois hombre de clase, comandante.

—Muchas gracias.

—Bueno, continuaré con mi pequeña y lamentable historia. De Manila hacia aquí, y a pesar de que también la distancia a navegar es de las que puede ofuscar las barbas de Neptuno, debería haberse desarrollado la travesía sin mayores problemas. No obstante, debo aclarar que el auxilio recibido en Manila para reparar mi buque no fue todo lo profesional y de calidad que era de exigir. Abandonadas las islas Filipinas, me adentré en el mar de la China, un hervidero de maldad muy conocido. Y, para mi desgracia, no topé con un pirata del tres al cuarto, sino con una flotilla en acción conjunta.

—¿Ha dicho una flotilla de piratas? —intenté que no se percibiera vacilación o escepticismo alguno en el tono de mi voz.

—Ya le digo que mi travesía desde San Blas a esta bahía podría conformar una obra de aventuras. Pero, en efecto, tras una encalmada con niebla cerrada, me vi envuelto por tres buques, esos champanes que tanto se avistan en las aguas de la China y el Japón.

—He oído hablar de esas peculiares embarcaciones, aunque nunca vi un ejemplar.

—Normalmente son de generosa eslora y bastante arrufo. Arbolan tres palos con velas de estera fina al tercio. El que podríamos denominar como trinquete se vence mucho a proa. La vela mayor es de gran tamaño, menor la de proa y bastante pequeña la del mesana. El buque se compone en su estructura de seis u ocho cajones grandes unidos y bien calafateados. Y es apto para navegar por ríos o alta mar en tiempos bonancibles. Incluso

aparecen por las costas de Filipinas, donde arrasan con todo. Creo que ustedes los llaman también como pataches.

—En efecto. Pero tenía entendido que no son buques de fuerza. Quiero decir que ante una fragata...

—Con escaso viento, y si toman la delantera, pueden hacer mucho daño. De los tres champanes que me rodeaban, uno manejaba grandes proporciones, como nunca había visto, mientras los otros dos se mantenían en dimensiones normales. Como es lógico buscaban el abordaje, que esos piratas no dejan alma con vida. Y como el viento raleaba por más, hacían por mí con demasiada facilidad. Uno de ellos, por fortuna de menor porte, llegó a nuestra altura y disparó sus pequeños cañones. Aunque lo repelimos con los nuestros, llegó a abarloadse y lanzarnos unos arpeos especiales que se clavan en los costados. Gracias a Dios, no consiguieron compenetrar bien el ataque con sus compañeros. Dimos muerte a casi todos, aunque perdimos quince hombres. Son valientes hasta alcanzar extremos más propios de suicidio.

—¿Y fueron atacados por los dos restantes? —me sentía atraído por la narración.

—El de menor porte llegó a distancia de fuego, pero gracias a los cielos no llegaron a clavarnos los arpeos de pinchos. Los rechazamos con nuestros cañones de a 6. Pero esos chinos disparaban con todo, incluso una especie de saetas que nos produjeron bastantes bajas. Bien sabe Dios que eché de menos montar una mayor artillería. Pero los servidores de mis cañones son buenos artilleros, no crea. Y para beneficio del alma, cuando ya el champán de mayor eslora me entraba a fuerza de remos, saltó el viento. Esa fue mi salvación definitiva.

—¿Logró escapar?

—En efecto. Con dieciséis muertos y doce heridos a bordo, así como la mesa de guarnición del trinquete medio levantada en alas. Parece mentira que buques de tan escasa entidad, lleguen a poner en peligro a toda una fragata. Y, si se hubiese mantenido la bruma o atacaran de noche, llegando a clavar sus arpeos y forzar ataque en grupo, no habría sobrevivido nadie e bordo de mi buque.

—Aunque le sonriera la suerte final, siento que haya padecido tan elevado número de bajas.

—La verdad es que esos chinos son valientes y dejan en mantillas a los bucaneros antillanos, en cuanto a ferocidad y crueldad. Pero continuando con mi penosa travesía, debía reparar y buscar algunos marineros de braza. Tenga en cuenta que las fragatas mercantes se manejan con dotaciones al mínimo.

Lo intenté en las islas inglesas malayas que, según aseguran, devolverán en escaso tiempo a los holandeses, sus auténticos dueños. Como me encontraba al norte de Borneo, probé en Kuching, en su costa occidental. Pero el asentador inglés me recomendó seguir viaje, porque de nada se disponía y nadie medianamente honrado podría contratar ni para sencillos trabajos. De esta forma, y tras atravesar el estrecho de Malaca con serios problemas, salí al mar de las Indias y progresé hacia poniente. Aparecieron las dudas. Porque no sabía si atacar un puerto inglés de la India o continuar. Me incliné por la segunda opción. Por fortuna no me atacó temporal alguno. Y de esta forma arribé a esta bahía, que encontré más maravillosa que nunca. Han transcurrido desde entonces seis semanas, dedicado a reparar mi fragata, buscar marineros de confianza y, por qué no decirlo, dedicado a los placeres que la vida nos ofrece, tras una travesía demasiado arriesgada. Cuando se ha estado tan cerca de perder el alma, todo se abre del color de las flores.

—Lo comprendo.

—Creo que ha llegado el momento de navegar con mi querida goleta entre las cercanas islas y dejar las derrotas de miles de millas para otros. Por desgracia, mi hijo mayor, Marco Antonio, es pequeño, débil, apocado y enfermizo, aunque haya cruzado los quince años hace escasas semanas —hizo un gesto de repulsa—. No sé si será capaz de echar sobre sus hombros todo lo que he conseguido con gran esfuerzo, pero a la vista ofrece falta de sangre. Mi segundo hijo es demasiado joven todavía, un par de años solamente, aunque en él tengo depositadas todas mis esperanzas.

—Los hombres débiles y pequeños pueden agigantarse en determinados momentos —recordé la estampa de mi hijo *Pecas*—. Un tío mío era de parecidas condiciones y, no obstante, afamado como un jabato en la Armada. Murió en el empleo de brigadier por una bala inglesa.

—No es el caso de mi hijo Marco Antonio, para mi desgracia.

Se produjo un nuevo silencio, mientras Silveira mostraba ahora un rostro de tristeza. Aproveché para que Okumé nos sirviera una nueva ronda de alivio. Pensé que llegaba el momento decisivo y así pareció adivinarlo el portugués.

—Estará pensando por qué me mantengo durante tantas semanas aquí, en vez de continuar travesía hacia Cádiz —recuperaba en segundos el porte altivo y obsequioso—. En el día de hoy, la fragata *Andorinha* se encuentra en perfectas condiciones para navegar con toda seguridad. Debe comprender que ha sido tanto el tiempo transcurrido y las fatigas atravesadas que me concedí unas semanas de merecido reposo. Pero ya que ha llegado hasta estas aguas,

creo que podríamos navegar en conserva hacia España, si no le cumple otro objetivo.

—Ya le dije que mi única misión era indagar sobre su paradero. Me alegro mucho de que todo se haya desarrollado con un buen final. Por supuesto que le ofrezco mi protección en la derrota hacia Cádiz. ¿Cuándo tenía pensado...? —dejé la frase en el aire.

—Podemos abandonar la bahía de Delagoa cuando lo estime oportuno, comandante. ¿Necesita relleno de víveres o algún pertrecho determinado? Puedo conseguirle lo que desee.

—Rellenaré aguada solamente. Bueno, y algunos víveres de salud, especialmente frutas, si puedo conseguirlas.

—Las que desee. Que me haga llegar su segundo comandante el listado. ¿No necesita salazones u otro artículo?

—En la navegación hacia el cabo de Buena Esperanza apresé una fragata francesa, dedicada a la trata de negros. Liberé los esclavos y hundí el barco, pero trasvasé los víveres, muchos y en excelente estado.

—Un buen negocio el comercio de negros, bien sea con América o por estas aguas.

—Espero que sea abolido como se merece. Es un negocio denigrante.

—Estoy de acuerdo con vos, aunque debo reconocer que me dediqué a esa trata hace bastantes años. Pero dejemos los temas amargos. Es mi intención ofrecerle una recepción en mi mansión antes de que abandonemos la bahía.

—Un hermoso palacete, según se aparece a la vista.

—No puedo quejarme. Supongo que habrá escuchado muchas historias dantescas sobre partidas de cartas y duelo aparejado contra un riquísimo comerciante holandés. Nada es cierto. Por el contrario, dispuse de un estupendo socio afrikáner, que murió de muerte natural y sin descendientes, por lo que me hice con el total de nuestra compañía. Pero nada ilegal ni tormentoso. Es mucha la envidia que puede anidar en el ser humano.

—En efecto. Puedo decirle, capitán, que me siento feliz tras escuchar sus palabras y proyectos. Y le agradezco la invitación. Estoy a su disposición. Tan sólo desearía..., quiero decir que...

—Que le gustaría abandonar estas aguas en dirección a España cuanto antes. Lo comprendo perfectamente. Por mi parte estoy dispuesto para salir a la mar y a sus órdenes. Pero antes, tanto a mi esposa como a mí nos gustaría ofrecerles una cena mañana por la noche. Por otro lado, le procuraré esos alimentos que desea. Y, a partir de ahí, puede escoger la fecha de nuestra partida definitiva.

—Como mañana es jueves, si le parece bien podemos establecerla para el próximo lunes. Así dispondrá del tiempo necesario, por si ha de llevar a cabo alguna gestión personal de última hora. Bueno, si no es demasiada premura para vos.

—Me parece perfecto. Aunque son muchas mis ocupaciones, una más de las razones por las que debí mantenerme en esta bahía durante algunas semanas, se han resuelto en beneficio de todos. Los bantúes se habían alzado de nuevo en peligrosas algaradas y debía contenerlos. Es una suerte que disponga de bastante ascendiente sobre ese pueblo belicoso, desde que mantuve transacciones comerciales con ellos. Por tal razón no suelen molestar mis intereses ni los de esta zona de dominio portugués. La pasada semana mantuve algunos contactos y he conseguido que paralicen sus alborotos, o que los dirijan hacia otras zonas.

—Problemas coloniales.

—Puede estar seguro, comandante Leñanza, de que emprendo esta travesía en su compañía no sólo por la importancia del cargamento, sino porque se trata de un servicio para la Corona española e intento enmendar las molestias que les he originado. En caso contrario, permanecería aquí y otorgaría el mando de la fragata *Andorinha* a alguno de mis capitanes.

—Es un detalle que le agradezco.

—Bien, en ese caso mañana podrán disfrutar de mi hospitalidad, que es apreciada por todos, amigos o enemigos —volvió a sonreír con manifiesta felicidad en el rostro—. Una cena en honor de los oficiales de la fragata *Proserpina*. Si no le incomoda, puedo invitar a las personas principales de esta colonia.

—Lo que estiméis oportuno, capitán.

—Pues no se hable más. Y le agradezco este refrigerio, así como su comprensión. Una vez más, lamento que mi retraso haya obligado a que empleen una fragata hacia esta zona y detraerla de otras misiones más importantes. Pero el hombre propone y la mar dispone.

—Es bueno todo lo que se remata al gusto, por mucho que cueste. Y desde un punto de vista puramente personal, agradezco la oportunidad de haber navegado hasta aquí.

—Es una zona maravillosa. Lástima que no dispongamos de tiempo para que se la muestre con detalle.

—También a mí me gustaría. En ese caso, nos prepararemos para salir a la mar el próximo lunes y embarcaremos los víveres frescos que nos pueda proporcionar, que pagaremos en oro.

—Ya haremos cuentas al arribar a Cádiz. También debo cobrar una importante prima por el traslado de esos caudales en derrota de circunnavegación. Les espero mañana por la tarde a las siete, si les cumple.

—Será un placer.

Acompañé al capitán Silveira hasta el portalón, donde lo despedí con extrema y exagerada cortesía. Poco después, admiraba la maniobra de la falúa y el comportamiento de sus hombres. Y ya se alejaba en dirección a Lorenzo Márquez cuando Romarate, comido por la intriga, me abordaba sin mayor espera.

—¿Todo en orden, señor? ¿Le han convencido sus explicaciones?

—Me ha contado una alargada historia de temporales, tifones, ataques de piratas chinos y mil contratiempos. Pero deberá preparar el buque para salir a la mar el próximo lunes, hacia España. Mañana estamos invitados al palacio del capitán Silveira. Pretende ofrecernos uno de sus famosos ágapes.

—Será una agradable experiencia. En ese caso, señor, partimos el lunes... con la *Andorinha*.

—Por supuesto. Le daremos conserva de medio cable hasta la bahía gaditana.

—Bendita sea la Patrona, señor —Romarate batía palmas de felicidad—. No creí que se solucionara el problema con tal rapidez. No lo creerán en Cádiz cuando nos vean arribar con los caudales.

—Todo se nos abre en mil maravillas, desde luego. Pero quiero vigilancia de la fragata *Andorinha* noche y día y con cien ojos. No me fío un pelo de este relamido cortesano de la mar.

—¿Cómo dice, señor? Creía que... —Romarate abría los ojos en inesperada sorpresa.

—¿No lo comprende, segundo? No me creo nada de todo lo que me ha contado este maldito culebrón. Y por esa razón debemos marcarlo a él y a su preciosa fragata, sin despegar los ojos una pulgada. Atentos también a las posibles descargas o transportes de fardos desde la *Andorinha*. Quiero información puntual de todo, hasta de la respiración de sus marineros —quedé pensando unos segundos antes de continuar—. Por cierto, que debemos ampliar el control a su goleta Capital. ¿Dónde se encuentra?

—Atracada a popa de la fragata, señor.

—Pues lo dicho. Ojo avizor minuto a minuto.

—Lo que ordene, señor.

Regresé a mi cámara con el ánimo abatido, aunque parezca difícil de comprender. Soy consciente de que debería batir palmas por mantener al

bicho en la zorrera y con buenos perros a la puerta. Pero la voz del duende me avisaba a gritos destemplados. Y mi duende particular solía fallarme en escasas oportunidades. Aunque no pudiera demostrarlo ni dispusiera de bases reales para tal afirmación, estaba convencido de que el capitán Silveira se había inventado una historia más propia de narraciones épicas. Y, si no me había entrado por verdades, tal hecho significaba que sus fines podían ser otros bien distintos a los expuestos. Decidí rematar la frasca de clarete con los pensamientos cruzados al negro más absoluto.

13. El palacio Oosterwijk

Aunque la bahía de Delagoa debería ofrecer una inmensa placidez para el espíritu de cualquier ser humano y, de forma especial, para el hombre de mar fondeado en sus aguas, en mi particular caso redundaba a tensión de costras. Porque la dificultad para entrar en sueños parecía haberse impuesto durante los últimos días. Si a lo largo de aquella tarde, tras la entrevista mantenida con el capitán Silveira, conseguí apartar los pensamientos y ocupar varias horas en una revisión general de la fragata en su conjunto, pensando en la próxima partida, cuando llegó la noche atacaron de lleno los cuervos.

Me mantuve durante horas en danza de mártires, repitiendo una y mil veces cada una de las palabras pronunciadas en la inolvidable conversación, un intento de obtener la verdad, si tal empresa fuera posible. Atravesé momentos en los que dudaba de todo, hasta convencerme de haber asistido a una representación teatral sublime. Así clamaba en mi interior sin pausa la voz del duende negro. Por el contrario, el rumor del genio blanco también aparecía en otros momentos para asegurar por derecho, la injusticia de presuponer al caballero portugués unas actitudes más propias de rufián burlesco, sin base alguna en tal sentido.

Para colmar el vaso negativo, a la mañana siguiente, mientras Okumé me servía los primeros alimentos, su voz sonaba a sentencia de catedral.

—Poco o nada me gustó ese caballero refinado de los mares, señor. Para mí que no ampara mucha verdad en su talego.

—¿Por qué dices eso, brujo?

—No lo sé, señor. Ya sabe que arrastro en mi sangre vapores de hechicería africana imposibles de apartar. Esos rostros almibarados entre sedas y con sonrisas falsas suelen rodar por la mano negra.

—Así me lo pareció en algunos momentos, aunque no dispongo de una sola prueba en tal sentido. Si fuera verdad que se ha inventado todas esas

tribulaciones sufridas a bordo de la fragata *Andorinha*, ¿cuáles son sus reales pretensiones?

—Ninguna buena, señor.

—Parece difícil de aceptar que piense en jugarnos una trastada. Porque no la cumple solamente a nosotros, sino al Gobierno de Su Majestad Católica. Tiene su vida muy prendida en esta colonia, donde es reconocido como un verdadero personaje, hasta para el mismísimo gobernador. Sería su final y no parece hombre que desee abandonar el ritmo de vida social por el que se mueve.

—En ese caso, ¿por qué sospecha de él?

—Pues no estoy seguro. Estimo que llevamos demasiados meses escuchando historias de todo tipo sobre este capitán, su fragata, duelos a muerte y jugadas de naipes, sin olvidar los caudales en transporte. De tal forma, apenas podemos creer que la realidad pueda ser mucho más sencilla y nada sospechosa. Es posible que nos extrañe haber solucionado un problema que se nos agigantaba como montaña a la vista con tal facilidad.

—Puede ser cierto todo lo que dice, señor. En ese caso, lleve a cabo la prueba del pasábalas y reste en paz de una vez. ¿No puede comprobar que los caudales se mantienen a su bordo?

—Sería una ofensa imperdonable por mi parte, efectuar una inspección de la fragata sin unas pruebas mínimas para acometer tal acción. Podría convertirse en una medida más negativa que otra cosa. Hasta el momento, todo en el capitán Silveira demuestra honradez y colaboración sin resquicios. Ninguna prueba en su contra. Hasta el gobernador lo defiende a muerte. Además, tenemos la *Andorinha* a la vista y no dejaré que se mueva una pulgada ni desembarquen material sospechoso.

—A no ser que esos caudales se encuentren ya a buen recaudo en lugar seguro. Si pensamos a malas, sería absurdo suponer que el preciado cargamento ha sido mantenido en la bodega de la fragata durante tantos meses.

—Bueno, si sale a la mar en nuestra compañía con destino a España en unos pocos días, y me aseguraré de que sea así, podemos afirmar que los mantiene a bordo. Sería una locura lo contrario.

—En eso sí que le concedo razón, señor.

Atravesé la jornada del jueves, día previsto para la recepción en el palacete del marino portugués, desazonado y nervioso. Intentaba apartar de la cabeza los rifirrafes mentales, tarea poco sencilla. A media mañana apareció a bordo quien se intitulaba en tono engolado como administrador del capitán

Silveira, un mulato de escasa estatura y ademanes pretenciosos, pero muy eficiente en su trabajo. Quien, en efecto, ejercía como procurador de la compañía, tan sólo intentaba recabar al detalle los víveres necesarios para la *Proserpina*, por orden de su señor. El segundo comandante, siguiendo mis instrucciones, le elevó el listado. Y aunque disponíamos en general de suficientes elementos de boca para encarar el tornaviaje hacia España, como se ofrecía con generosidad, apuntamos un buen número de material en fresco, especialmente frutas y verduras, que tanto colaboran a la salud de los hombres en la mar. Romarate parecía eufórico.

—Parece que el capitán Silveira es un hombre de palabra, señor. Ha cumplido su promesa con inesperada celeridad. Abandonaremos esta bahía con buenos alimentos y en más que suficiente cantidad. Aunque nos encontremos en una localidad tan alejada del mundo civilizado, parece que de nada les falta. Incluso se ha ofrecido a conseguirnos aguardiente brasileño, que en nada desmerece del producido en nuestras tierras.

—Las monedas de oro abren puertas cerradas al troncho. Bueno, soy injusto porque nada quiso saber del cobro, de momento. Ojalá sea un hombre de palabra, por el bien de la empresa.

—Creo que continúa con el cerebro centrado en demasiadas dudas, señor. Pero entiendo que puede relajarse en paz y sin mayores sobresaltos. Mantenemos a la fragata mercante y a la goleta bien controladas, aunque posiblemente no sea necesario. El administrador ha comentado su especial trabajo de hoy, pensando en la cena que va a ofrecer su señor en nuestro honor. A veces, todo es más sencillo de lo que manejamos ojos adentro.

—Es posible que tenga razón, segundo, y me comporte susceptible en exceso. De todas formas, prefiero no dejar una puntada al aire. Quiera Dios que todo hayan sido elucubraciones sin sentido de mi atormentado cerebro y arribemos a Cádiz con los caudales a bordo, sin mayores problemas. Pero no bajemos la guardia una pulgada.

—Desde luego, señor. Por cierto, me preguntó el administrador el número de oficiales que asistirían a la recepción. Le contesté, de acuerdo a sus instrucciones, que serían el comandante, segundo, cuatro oficiales de guerra y tres oficiales mayores; cirujano, contador y piloto.

—Muy bien. ¿Quién se mantendrá de guardia a bordo?

—Le corresponde al alférez de fragata Crespi, señor. En su compañía quedará el pilotín para comprobación del fondeo. Bueno, esta segunda medida podamos considerarla excesiva, en un surgidero con tan excelentes condiciones —el segundo parecía elevar petición cerrada.

—Ya le he dicho que no pienso bajar la guardia una mota, segundo.

—Lo comprendo, señor. Y bien que lo sienten ambos oficiales. Mucho han escuchado sobre esos banquetes que ofrece el capitán Silveira en su residencia. Me comentó el administrador que suele contratar músicos para animar la velada. Y, en ocasiones especiales, grupos de nativos para mostrar espectáculo de danzas.

—Conociendo al personaje, estoy seguro de que será una cena más propia de palacio real. Y, para mayor tranquilidad, este fondeadero parece bien abrigado a todos los vientos y mar larga. De todas formas, si se levanta el soplo en demasía o estima Crespi algún peligro, deberá disparar un cañón en dirección a la punta Muhona.

—Así se lo haré saber, señor. También me indicó el administrador que a las seis y media se encontrarán dos carruajes a pie de la escala real para nuestro traslado al palacio.

—¿Llaman escala real a ese conglomerado de maderas podridas? ¿Y dos carruajes? Todo un lujo. Pero me parece demasiado tiempo tomar en avance media hora. ¿Tanto necesitaremos para llegar hasta allí? —señalaba en dirección al edificio blanco que destacaba en el cerro, tras la punta Muhona.

—Parece ser que el camino es de mala calidad, señor. Como la mansión se alza en la ribera opuesta del río Espíritu Santo, hemos de rodear un buen trecho para alcanzar el único puente disponible.

—Si le digo la verdad, segundo, estoy deseando abandonar esta bahía con la fragata *Andorinha* bien pegada a mi costado y el capitán Silveira a la vista en su alcázar.

—Pues nuestros hombres se encuentran encantados con esta oportunidad que se les brinda. Hace muchos meses que no disfrutan de un sarao de fuste. Además, pocos oficiales de la Armada podrán presumir de haber asistido a una recepción tan espectacular en un magnífico palacete, erigido en la costa sudoriental africana.

—Una gran verdad.

—¿Serán muchas las familias notables invitadas, señor? El alférez de navío Dávila se encuentra ansioso por encontrar alguna belleza con la que departir.

—No lo sé. Dígale a Dávila que le prepararemos una hermosa damisela, hija del más rico hacendado. Ahora en serio, es posible que invite solamente a los personajes de más relieve establecidos en Lorenzo Márquez o sus alrededores. Pero nada puedo asegurar en tal sentido. El capitán Silveira debe prodigarse en su generosa hospitalidad. El día que arribamos a esta bahía,

ofrecía una cena para sus amigos, a la que asistió el gobernador general. Y bien sabe Dios que se trata de un personaje, al que poco deseo enfrentar de nuevo.

—Debe poseer una inmensa fortuna el capitán Silveira.

—Esperemos que no la aumente de forma notable a nuestra costa —exhibí una sonrisa.

Aquella tarde, mientras calzaba el uniforme para la recepción, Okumé mantenía el ceño fruncido. Y como lo conocía tan a fondo como a la palma de mi mano, entré en justificaciones.

—No es posible, Okumé. Nos trasladaremos en dos carruajes del capitán Silveira y no sería correcto que nos acompañaras en ellos.

—Puedo izarme al pescante con el cochero, como tantas otras veces, señor.

—No sería adecuado en carruajes que no son de mi propiedad. Patronearás la falúa y regresarás a bordo. Cuando observes luces en movimiento por la dirección del palacete, será el momento de que te dirijas de nuevo hacia el embarcadero.

—Nada de eso, señor —protestó de firme—. Lo esperaré como siempre en la falúa, desde que desembarque hasta que regrese a ella.

—Lo que tú quieras, cabezota. Pero pueden ser demasiadas horas.

Embarcamos en la falúa en el momento preciso, con Okumé estibado a la caña y su gesto fruncido a malas. A la hora señalada, desembarcábamos por la escala mugrienta del puerto. Y exigí que lo hicieran de uno en uno, porque poco confiaba en su robustez. Comprobamos que los dos carruajes aguardaban a escasos metros. Y, como con todo lo que rodeaba al capitán Silveira, quedamos impresionados al contemplar lo que bien parecían landos de cinco vidrios, enlucidos al brillo celestial y con personal de raza negra embutido en libreas de un verde llamativo. Sin necesidad de emitir una sola palabra, arrancaron hacia nuestro destino. Por su parte, los oficiales se mostraban de excelente humor, entrados en bromas y risas.

Aunque el sol se acercaba al límite de su senda, todavía nos concedió suficiente luz para observar en el recorrido la ciudad de Lorenzo Márquez y sus alrededores, marcados en ocre con reflejos dorados. Y, a continuación, la confluencia de ríos ofrecía una paleta de colores vivos que se cruzaban en el estuario a fuerza. Poco después, conforme serpenteábamos por el cerro, se nos abrió una magnífica vista de la bahía de Delagoa en su conjunto, como mirada larga a ojo de cormorán. Un incomparable paisaje que justificaba en sí mismo, el encendido amor de tantos europeos por aquellas tierras. Por fin, los

carruajes comenzaron un ligero descenso para abordar al golpe una visión, que parecía escapar del entorno y remitirnos a una capital europea.

* * *

Quien ordenara edificar aquel soberbio palacete, debía haber seguido con fervor las tendencias que huían del abigarrado barroco, para buscar en fortuna las antiguas formas. Inicialmente atacamos unos jardines que se abrían como patio frontal, habitual sistema en los palacetes franceses del pasado siglo, con alargados parterres en los que crecían plantas de flores exuberantes y de vivos colores. Sin embargo, a continuación, se alzaban cuatro poderosas columnas del nuevo clasicismo, con unas escalinatas en gradas de acceso por bandas laterales. Y en el último escalón central, que ofrecía el noble acceso al recibidor porticado, nos esperaba el apuesto anfitrión, engalanado como príncipe de casa real. Y si su porte llamaba poderosamente la atención, los ojos de mis oficiales quedaron prendidos en la figura que aparecía a su lado, una visión difícil de olvidar.

Sabía por el capitán de navío Pimentel, aunque se tratara de comentarios corridos en cámaras, que el capitán Silveira, tras la muerte de su primera mujer, había matrimoniado en segundas nupcias con una princesa india de inmensa belleza, raptada en Goa ante la oposición de sus padres a permitir sus amores. Por tal razón había sido perseguido durante algunos meses por los ingleses, que tan excelentes relaciones mantienen con esas extrañas monarquías indias de maharajás y maharaníes en reales pompas, pero muy útiles para extender su soberanía en la zona. Como decía Pimentel, esta historia se asemejaba más a copla popular o novela de lance, aunque ahora se nos aparecía como una auténtica realidad.

En situación de recibo junto a su esposo, posaba una mujer de tez morena y un tanto aceitunada, que no debería sobrepasar en mucho la veintena. Sus grandes ojos negros se abrían con brillo de esplendor, como las primeras estrellas del crepúsculo vespertino. Alta y delgada, con el pelo moreno armado en moño de picaporte, mostraba un porte de extraordinaria nobleza. Se embutía en el clásico vestido que suele aparecer en los grabados de los reinos de la India, al que llamaban sari, fabricado en seda blanca y virginal, con un pequeño bordado de cinta dorada en cuello, mangas y remate. Pero por encima de cualquier otra consideración, era su aterradora belleza la que se alzaba en vuelos, al punto de cruzar sin querer la desconsideración de un excesivo análisis. Una mujer capaz de generar guerra entre naciones, como

habría asegurado un conquistador de fortuna. El anfitrión sonreía al recibirnos.

—Sean bienvenidos al palacio Oosterwijk, señor brigadier, conde de Tarfí, y oficiales de la fragata *Proserpina*. Sepan que nos conceden un alto honor con su presencia. Tengo el placer de presentarles a mi esposa, la princesa Ratna Parva Shivosinhji.

—El honor es nuestro, capitán Silveira, tanto por ser recibidos en su palacio, como por concedernos el privilegio de conocer a su bella esposa.

Aunque dudé en los primeros segundos, decidí adoptar las normas de protocolo europeas y besé la mano tendida al desmayo por la princesa, que me obsequió con una inolvidable sonrisa. La acción fue copiada por mis hombres, aturcidos todavía ante la celestial visión. Poco después, la gran señora abrió paso a través del portón labrado, con expresa lentitud y sin haber emitido una sola palabra todavía. Situado a la altura del portugués, le lancé la primera de mis preguntas.

—He escuchado que llamaba a su mansión como palacio Oosterwijk, capitán. ¿Se trata, acaso, del nombre de quien fuera su socio afrikáner, tal y como me comentara en nuestra conversación?

—No. Este palacio fue edificado por uno de los pioneros holandeses venidos a estas tierras, corrido desde el Transvaal hacia la costa, el barón Willem Alexander van Oosterwijk. Un personaje de memorables hazañas e impresionante aspecto, como podrán comprobar en la galería de retratos que preside. Mi socio, Peter van der Toorn lo adquirió por compensación de bienes a sus hijos, cuando heredaron la propiedad y decidieron regresar a los Países Bajos. Pero mi buen amigo Peter deseó mantener la denominación primitiva, que se acomoda al escudo de armas expuesto en el patio interior.

—Verdaderamente maravilloso. Parece difícil creer que edificara un edificio de esta categoría en tierras tan alejadas de la civilización. Sería una tarea ardua y complicada.

—Debía ser un hombre obstinado, sin duda, y así lo atestiguan sus hechos. Hizo traer los elementos esenciales para la construcción desde su tierra holandesa, así como los profesionales necesarios.

En verdad que una ligera visita al palacio Oosterwijk impresionaba al ánimo más elevado. Porque todo en él era majestuoso y de la máxima calidad, ya fueran muebles, tapices, armaduras, pinturas, arañas, entarimados o cualquier mínimo accesorio en detalle. Pero de forma especial resaltaba al comprobar su enclave en un escenario tan inapropiado, o lo que entendíamos

como tal. Sólo se necesitaba observar el paisaje desde alguna de sus ventanas, para preguntarse cuál de los dos factores era más irreal.

Subimos por una escalera imperial de doble cuerpo, para atravesar a continuación el mencionado pasillo donde se exhibía la galería de retratos. Y como si se tratara de las diferentes generaciones de una noble familia europea, las últimas imágenes mostraban al capitán y a la princesa india en pose cortesana. Por fin accedimos a un comedor de enormes dimensiones, capaz de servir a un centenar largo de comensales, aunque la mesa se encontrara guarnida solamente con doce cubiertos, condición que me extrañó. Como de costumbre, Silveira cazó al vuelo mis pensamientos.

—Como soy persona variable en mis deseos, he decidido que celebremos una cena dedicada en exclusiva a los hombres de mar. Después de todo, hablamos un idioma común, que poco comprenden quienes se mueven por tierra. Bueno, salvo la presencia de mi querida esposa, a la que nada atrae navegar sobre las olas. Por tal razón, he evitado la asistencia de otros comensales. También es cierto que hace un par de días ofrecí una recepción para las familias principales de Lourenço Marques y sería demasiado agobio repetir con ellos.

—Todo sea por los que decidimos vivir en permanencia sobre ese medio fascinante.

—En efecto. De esta forma, podemos considerarlo como un ágape de hermandad marinera. Y bien que lo merecemos. Aunque muchos lo olvidan, fuimos los hombres de mar quienes abrimos camino al mundo hacia los nuevos continentes. Bueno, se trata de la necesaria despedida al mismo tiempo. La fragata *Andorinha* regresa a su tarea de tragar millas y en pocos días se hará a la mar en compañía de la *Proserpina*.

—Esperemos que se nos concedan vientos propicios.

Nunca había asistido a comida o cena de gala en el Palacio Real de Madrid, pero supuse que en poco desmerecería la apariencia de la que nos ofrecía el capitán Silveira. Porque de nada faltaba a la mesa y su entorno, estudiado y cumplido hasta el mínimo detalle. Un criado, con la librea verde de todo el servicio, se situaba detrás de cada una de las sillas, mientras los adornos sobre la mesa aparecían con un lujo llamativo. Cualquier mínimo elemento despedía gran clase y elevada fortuna. Creo que fue entonces, mientras nos manteníamos en muda observación, cuando descubrí la presencia de un joven, casi un niño, ataviado con uniforme de piloto. Y como presentaba corta alzada y escasas carnes, así como rostro infantil, supuse que

se trataba del hijo del capitán. Pero volvía a cazar mi mirada el anfitrión, que entraba en explicación.

—Perdonen que no les haya presentado todavía a mi hijo Marco Antonio —lo señaló con su mano—. Suele navegar conmigo y pronto le concederé el título de capitán, si se hace acreedor a tal distinción.

No parecieron gustar las palabras al joven, que se movió de forma nerviosa y huidiza. Y en contra de las opiniones expuestas por el padre en mi cámara, no parecía enfermizo ni débil, sino un muchacho de cortas hechuras y poco desarrollado, aunque de mirada inteligente. Tras saludarnos con ligereza y con perfecto encaje, comenzó a charlar de forma animada con el guardiamarina Mascari que, en verdad, presentaba parecidas trazas y edad.

Tomé asiento a la derecha de la princesa Ratna, mujer de escaso verbo aunque intentara expresarse en correcto castellano, condición que apenas alcanzaba. Despedía un perfume que embriagaba los sentidos, aunque era su belleza la que debía provocar tal aura a su alrededor. Y aunque en los primeros momentos empleé con ella el tratamiento debido a princesa de casa real, me auxilió a rebajarlo en confianza con rapidez. Por su parte, el capitán Silveira, situado frente a mí, disfrutaba con largura del ambiente creado. Y parecía escrutar mis pensamientos, como si deseara ahondar hasta el último rincón del cerebro. Decidí entrarle con halagos.

—Me encuentro sobrecogido de forma permanente, capitán. Si el palacio es impresionante en sus formas, estimo como más llamativo todavía los detalles de su interior, por su clase y belleza. En nada ha de envidiar a un palacete español o portugués de casa noble.

—Se lo agradezco. Y no lo estime como tarea sencilla, que no todo se puede comprar en esta vida con lingotes de oro. Cuando el edificio pasó a mis manos, todo el material interior se encontraba en un estado lamentable, como si hubiese pasado por sus estancias una horda de salvajes en terrible ataque. Salvo los retratos y tapices holandeses, todo lo demás debí encargarlo a Europa. Pero he de reconocer que me siento encantado con el resultado, aunque se me considere inmodesto al proclamarlo.

—Solamente rinde servicio a la más pura realidad. Por cierto, parece que su hijo hace buenas migas con el caballero Mascari.

—Debe ser por afinidad física. El guardiamarina también parece débil y enfermizo.

—Se equivoca al compás, capitán. El joven Mascari es un verdadero hombre de mar y valiente como pocos, tanto en maniobra como en combate —exageraba por baño, pero comenzaba a cargarme el desdoro que Silveira

mostraba por su hijo—. Debería haber visto cómo hizo frente a los negreros, cuando los asaltamos. Ya le decía que estatura y hechuras, no conforman al ciento el comportamiento del caballero ni sus posibilidades de futuro.

—Es posible que sea así en el guardiamarina, pero no en mi hijo. Y sé bien de lo que hablo.

A una señal del anfitrión, comenzaron a servir la cena que, sin exageraciones, podría ser considerada como una bacanal romana en todo su amplio aspecto. Porque sería empresa imposible recordar cada uno de las muchísimas y variadas viandas que nos sirvieron. Pero creo recordar que comenzamos con algunas sopas, una de ellas elaborada con tortugas de Sofala, que hizo exclamar en admiración tras la oportuna prueba. A continuación, y en largo rosario, continuamos con diferentes pescados, aves y selecta variedad de carnes. Y más valía no entrar en demasiadas preguntas o cavilaciones sobre el nombre y tipo de los animales sacrificados, porque alguno de ellos podía repugnar a estómagos delicados. Ese fue el caso de una pasta negra embutida en frutas y regada de vino dulce. Al parecer se cocinaba en base a la carne de unos animales más parecidos al roedor aunque de gran tamaño, según explicación del anfitrión, que se explayaba con gusto en los detalles.

Desde el momento de abrir la mesa, comenzamos a escuchar compases de música de cámara en unos tonos suaves y agradables, que aumentaron en volumen poco a poco, sin alcanzar el tono que pudiera dificultar la conversación. No comprendíamos desde dónde brotaba aquella sugestiva melodía, hasta poder distinguir en un extremo de la sala una pequeña orquestina, compuesta por tres instrumentos de cuerda y un piano. Como todo en aquel ambiente, número certero y de gran clase.

Dicen que el marino es persona de mal comer a bordo, mientras en puerto puede atacar un cerdo de morro a rabo sin desmontar el espadín. Y así se aplicaron mis oficiales, que no perdonaban ni uno solo de los manjares ofrecidos. De tal forma, las casacas comenzaron a ceñir en exceso a la vista, aunque el correr de los generosos caldos alargara las lenguas sin medida. Porque también los vinos, franceses en su mayor parte, ofrecían un sabor extraordinario. Por tal razón, aumentó mi conversación con la princesa y el anfitrión, hasta encontrarme de excelente humor y entrar en historias vividas de todo tipo. Incluso me sentí avergonzado por los pensamientos anidados sobre las intenciones del capitán, para quedar convencido de que me encontraba ante un verdadero caballero, sin tacha y sin doblez alguna.

—Disfruto cuando mis invitados hacen honor a los alimentos ofrecidos, comandante Leñanza. Sus oficiales son auténticos hombres de mar y nada rechazan en tierra. Los que nos movemos sobre las aguas comprendemos tal inclinación, que luego sobre las olas nos alcanzan los malos tiempos y el rancho en frío.

—No le falta razón —confirmé en asentimiento—. Y, a veces, se comen alimentos que ni siquiera serían ofrecidos en tierra a los más descuidados animales. Cuando mi padre navegaba por las Altas Californias, arribaban a puerto en más de una ocasión con un elevado porcentaje de hombres atacados por la peste de la mar, tras haber comido solamente algunas plantas amargas tomadas de la costa y hervidas en agua de hielo.

—De esa forma descubrimos casi todo el mundo conocido portugueses y españoles. Porque los demás pueblos se limitaron a recorrer caminos abiertos por nuestros navegantes.

—Una irrefutable verdad, aunque mucho duela a nuestros vecinos europeos.

Entrados en los postres, se mantuvo la prodigalidad habitual de la noche. Porque aparecieron bandejas con diferentes frutas ensambladas en admirables composiciones, dulces de lago y compota, tortas de diversos tipos y todo aquello que pudiera conformar cualquier deseo personal. También fueron atacados sin reserva, al tiempo que aumentaba la euforia general de grado. Bien es cierto que ya los vinos habían caldeado las aguas hasta entrarlas en suficiente confianza. Y mucho parecía disfrutar Silveira con el evidente placer de mis oficiales. Tan sólo la princesa parecía atacar las viandas con el ánimo de un sencillo pajarito, aunque era condición habitual y comprensible en toda dama.

Creo que embocábamos el final del túnel invisible, con los cuerpos entrados al límite de la bolina, cuando sirvieron los licores. Y mientras eran atacados en norma y por su orden, nuestro anfitrión elevaba el cuerpo para ofrecer un brindis.

—Comandante Leñanza, debo declarar que ha sido un placer tenerles con nosotros en el palacio Oosterwijk esta noche. Y no se trata de frase protocolaria, ni mucho menos, sino de entera sinceridad. Deseo elevar mi copa por la fragata *Proserpina* y por la Real Armada, con el firme deseo de que se acabe por expulsar de una vez a los franceses de nuestra Península. Brindo por los reinos de España y Portugal, dos naciones hermanas que no deberían vivir jamás de espaldas.

Todos bebimos, al tiempo que repetíamos el molde en cortesía. Poco después era yo quien debía seguir sus movimientos.

—Capitán Silveira, también yo declaro entrado en sinceros, y asumo el pensamiento de mis oficiales, que el inmenso honor lo hemos recibido nosotros. En primer lugar, por haber sido invitados a su mesa. Pero sin olvidar en ningún momento la inapreciable compañía de su esposa, la princesa Ratna. Creo que ninguno de mis hombres olvidará el ágape ofrecido, tanto por su calidad como por la variedad típica de estas tierras. En mi caso, elevo la copa por su familia en primer lugar y, cómo no, porque recibamos vientos propicios en nuestra travesía hacia la península Ibérica.

Parecía que se remataba la faena con las habituales exclamaciones de fervor, cuando el capitán volvió a levantarse.

—Como es mi intención que, en verdad, no olviden esta noche en nuestra casa, deseo agradecerles con dos últimos detalles de mi hospitalidad. Por una parte, he de ofrecerles lo que en muchos palacios europeos se define como oro líquido. Se trata de esa bebida que se produce en la región francesa de Armagnac, escogida en privilegio para las mesas de los reyes franceses y alguno español o portugués. Lo conseguí hace ya algunos años, gracias a una transacción comercial difícil. Desde entonces, lo guardo como especial tesoro en mi bodega. Pero creo que es llegado el momento de destapar los tarros de las mejores esencias. Y mientras bebemos de este brebaje más propio de dioses, un grupo de nativos bantúes les ofrecerá una de sus habituales danzas guerreras. Se trata de un espectáculo fascinante, del que pocos ciudadanos europeos han podido gozar. La excelente amistad que me une con el jefe Nemba y su pueblo lo hacen posible.

Todo se desarrolló con la misma medida, ese tempo perfecto y más propio de recepción principesca, establecido desde el primer momento. Porque a la vez que los sirvientes ofrecían unas frascas de cristal tallado, con un licor en su interior que refulgía en destellos de oro viejo, se descorría lo que parecía el telón de un improvisado escenario. A la vista se nos ofrecía un grupo de guerreros negros, ataviados con sus llamativas vestimentas y guarnidos con lanzas y escudos. A una señal del capitán y sin esperar un segundo más, comenzaron a tronar los tambores, al tiempo que los guerreros danzaban en lo que más parecía preparación de un ataque a sangre.

Quedamos con el ánimo suspendido, conforme los guerreros bantúes danzaban y proferían gritos a coro. Y a veces saltaba el corazón encogido, cuando los rostros pintarrajeados en guerra aullaban en nuestra dirección, lanza en ristre, al punto de echar mano a la cintura en movimiento

inconsciente, como si mantuviera el pistolón aderezado. Al mismo tiempo, degustábamos esa bebida nunca probada en mi garganta, que se deslizaba río adentro como fuego dulce y embriagador, hasta producir una sensación de felicidad pocas veces percibida a lo largo de mi existencia y digna del mayor mérito.

Timbales, gritos, saltos y el delicioso licor en trasiego me comenzaron a rendir de voluntad. Comencé a navegar por los cielos, listo para acariciar las estrellas con la punta de mis dedos, una sensación de laxitud extraordinaria. Y no disminuía un ápice, sino que los vapores a mi alrededor elevaban el alma en mantas de seda, hasta entrar en el círculo de la eterna felicidad.

14. Amargo despertar

Durante un alargado tiempo, me creí inmerso en un caudaloso río, mientras las aguas vivas de una poderosa catarata batían sobre todo el cuerpo. Y era tanta la fuerza del curso, que un poderoso dolor se cernía en oleadas hacia la zona posterior de la cabeza. Para rematar el cuadro a duelos, y por mucho que lo intentara, no conseguía apartarme de la torrenciosa una sola pulgada, como si los pies se mantuvieran clavados en el lecho arenoso de la corriente con piedra y argamasa. No puedo certificar el tiempo que me mantuve en aquella desconsolada situación, pero debió ser apreciable por el estado de postración resultante. Para beneficio del alma, comencé a escuchar una conocida voz que hablaba en un suave susurro. Al mismo tiempo, agitaban mis hombros con fuerza.

Regresé al mundo de los vivos con un terrible esfuerzo, como quien consigue escapar de una espantosa pesadilla. Acabé por comprender que la supuesta catarata no era más que el chorro de agua de la jofaina sobre mi cabeza, mientras Okumé insistía en la misma frase una y otra vez.

—Despierte, señor. Debe abandonar la modorra cuanto antes. La faena se le abre a charcos. Beba una taza de café bien caliente.

Comencé a descifrar perfiles, aunque debiera enfocar la vista al cierre de párpados en repetición y con cierta dificultad. Comprobé que me encontraba en la cámara a bordo de la *Proserpina* con el torso desnudo, mientras el buen africano continuaba esparciendo agua sobre la cara y el cuello, como si se tratara de una mustia planta de jardín necesitada de nutriente.

—¿Qué sucede? ¿Por qué me lavas la cara? ¡Santo Dios! Me duele mucho la cabeza.

—Beba de esta taza, señor. Ahora le explicaré todo lo sucedido al detalle. Pero apure el café aunque se encuentre demasiado caliente.

Obedecí las órdenes de Okumé, como niño bajo orden materna, y bebí del líquido negro, que encontré más amargo y fuerte que nunca. No obstante, me

hizo mucho bien porque las figuras y detalles se estabilizaron con rapidez. Fue entonces cuando creí comprender la situación, todavía alejado de la terrible realidad.

—Debí beber anoche demasiados caldos, especialmente de aquel brebaje maravilloso que se nos ofreció como especial remate. Santo cielo, no recuerdo haber entrado en borrachera de tal calibre durante toda mi vida. ¿Quién me trasladó a bordo? Porque nada recuerdo, desde que aquellos bantúes comenzaron a danzar en son de guerra. Sería vergonzoso pensar siquiera, que mis oficiales hayan observado a su comandante...

—Nada de torturas mentales, señor. No es momento para tal faena. Su estado no se produjo a causa del trasiego de los caldos solamente, que siempre los ha aguantado por más y en regla. Debieron escanciar láudano, adormidera o ambos productos en maléfica conjunción por alguna de las bebidas. Si le sirve de consuelo, en la misma situación se encuentran todos los oficiales que asistieron a la cena en ese palacio del infierno. Y debéis ser el primero que regresa al mundo de los vivos.

—¿Láudano y adormidera? ¿Todos mis oficiales has dicho? —Rematé la primera taza de café, lo que aproveché Okumé para servir una segunda con rapidez. Al mismo tiempo, comprobé que el sol entraba por la balconada con fuerza—. ¿Qué ha sucedido? ¿Qué hora es?

—Cerca del mediodía, señor. Debió ser grande la cantidad de adormidera ingerida, porque debe llevar más de ocho horas en estado de inconsciencia.

La luz se hizo de pronto en el cerebro, lo que aumentó si cabe el dolor por la cabeza.

—¿Cómo llegué a bordo?

—Continúe bebiendo del café, señor, que se trata de una larga y nada agradable explicación.

—¿Nada agradable? —Sentí correr en las tripas el primer ramalazo del miedo—. Deja el café y cuéntame lo sucedido de una putañera vez. ¿Y el oficial de guardia? Bueno, me refiero a quien ocupaba tal puesto en el día de ayer, el alférez de fragata Crespi. Quiero hablar con él ahora mismo.

—Se encuentra en la misma situación que el resto de los oficiales, señor. Dormido como un borrego lechal.

—¿Dormido dices? Eso es completamente imposible. Se mantenía a bordo como oficial de guardia —un nuevo destello me entró en el cerebro como un rayo—. ¿Y la fragata *Andorinha*?

—Bueno... —Okumé parecía dudar, pero acabó por decidirse—. Salió a la mar, señor. Ese petulante cabrón nos la ha jugado a modo.

—¿A la mar? —Más que una pregunta, lanzaba un grito desgarrado—. ¿La fragata ha escapado de la bahía? ¿Con el capitán Silveira a bordo?

—Siento comunicarle que así parece haber sucedido, señor. Pero antes de continuar con sus muchas preguntas, si desea comprenderlo todo deberá permitir que le explique lo sucedido paso a paso.

—¡Por todas las putas del harén, Okumé! ¡Vamos! ¡Larga de una vez la bolsa! Debemos perseguirlo.

—La primera noticia en alarma de fuerza, hasta comprender que algo podrido se cocía en la perola, tuvo lugar sobre la medianoche. Llegó un carruaje al embarcadero. Me hallaba adormilado, pero mantenía un marinero de guardia, quien debía avisarme de lo que pudiera ocurrir. Dispuse de tiempo suficiente para distinguir cuatro figuras que se movían en la oscuridad, aunque a demasiada distancia para ser reconocidas con detalle. Pero bien sabe Dios que intuí la presencia de ese portugués de sonrisas blandas entre el grupo, así como la de un jovencito de escasos años. Incluso me pareció descubrir el paso vacilante de una señora. Con rapidez embarcaron en la fragata *Andorinha*, donde la dotación parecía despierta y preparada.

—¿Preparada? ¿Para qué?

—Pocos minutos después, la fragata *Andorinha* largaba amarras del muelle y comenzaba a ser remolcada por una lancha aguas afuera.

—¡Maldita sean las culebras y sus putas crías! En ese caso, ¿han escapado? Pero tal condición no es posible porque... ¿Cómo reaccionaron a bordo de la *Proserpina*? De acuerdo a mis órdenes, debían...

—Con anterioridad, sobre las diez de la noche, aquel piloto silencioso que llegó a verle en la primera ocasión, apareció en el embarcadero con unas cajas que debía transportar a este buque. Le entré en preguntas porque no me casaba a luces con la situación. Por toda respuesta, me aseguró que se trataba de un presente para el personal de guardia, de parte del capitán Silveira. Bien sabe el dios Neptuno que no sospeché una mota de ese bastardo. Tomó su propia embarcación y, según parece, ofreció al alférez de fragata Crespi y al tercer piloto unas golosinas y una frasca de bebida en nombre de su señor, por haberse perdido el ágape con motivo de su situación de guardia. Por tal razón, poco después, ambos oficiales andaban en su cámara rendidos de sueño y sin posible despertar.

—¡Cómo es posible tamaña desvergüenza! ¡Ese crimen merece la horca con azotes previos! —las noticias me habían despejado la mente al ciento, al tiempo que entraba en terrible desesperación.

—Por esa razón, cuando la *Andorinha* comenzó a ser remolcada, dudé de lo que debía hacer. Debe comprender que no se trataba de solución sencilla, señor. Pensé en acercarme a la *Proserpina* y dar la voz de alarma, pero estimé que a bordo se encontrarían pendientes de sus movimientos, como habíais ordenado. No sospeché que cayeran en sueño pesado los oficiales de guardia. Tan sólo el contraamaestre primero comprendió la situación, según me ha contado, pero no se atrevió a tomar medida alguna porque, en verdad, no disponía de mandos a los que recurrir. Por tal razón, embarcó en la lancha y llegó hasta mí en el embarcadero. Tras exponerme la situación, no sabíamos qué camino tomar. No podíamos confirmar que el capitán Silveira hubiera embarcado, aunque lo sospecháramos de firme. Además, esperábamos el regreso de todos ustedes de un momento a otro.

—¡Santo Dios! ¡Truhan de mierda! ¡Salteador de faltriqueras! El muy cabrón nos largó badana roja en toda la cara, sin mudar la sonrisa. Pero, en ese caso, ¿cómo llegamos hasta aquí?

—Debía haber picado la primera hora del nuevo día, cuando los dos carruajes negaron al mismo punto desde el que habían partido. Uno de los cocheros llegó hasta la falúa, para comunicarme que el comandante y todos los oficiales se encontraban dormidos entre almohadones. Me guiñó un ojo, como indicando que la bebida ingerida por todos ustedes había sido fuerte y abundante. Corrí hasta el primer lando, donde lo encontré dormido como una marmota en invierno, señor. No creí la versión de la borrachera, desde luego, al punto de que casi estrangulo al cochero con mis manos en demanda de respuestas. Pero el pobre negro nada sabía. De esta forma, los trasladamos hasta la *Proserpina*, trabajo propio de forzados, dado su generoso peso. Desde entonces intento reanimarlo, sin conseguirlo. Hace una hora solamente, pareció que regresaba al mundo de los vivos y comencé a regarle el rostro con agua.

—Maldito sea este hijo de Satanás y de la puta más bragada del puerto. ¡Juro por Dios que deberá pagarme la ofensa con rédito elevado! ¡Lo pasaré bajo la quilla y después cortaré sus huevos con mis propias manos! Pero ahora debemos actuar con rapidez. Prepara el uniforme grande, que debo hablar con ese maldito gobernador. Bueno, antes avisa al contraamaestre para que acuda hasta aquí a la carrera. Hemos de abandonar la bahía y perseguir a la *Andorinha*, aunque deba navegar por los siete mares para dar con ella. ¿Se conoce qué dirección ha tomado?

—No lo sé, señor.

El dolor de cabeza y otros sentimientos poco agradables volaban hacia popa con rapidez, mientras en el pecho solamente se reconcentraba un profundo odio y resentimiento a espuertas, así como vergüenza propia por haber caído en una infantil celada. Debí admitir que nos la había jugado en negro ese cabrón de colmillos largos. Para desgracia de mi alma, lo imaginaba con la sonrisa enhebrada en el alcázar de su fragata, a muchas millas de distancia y con los caudales españoles a buen recaudo en su bodega. Pero no era momento de perder un solo segundo en proceso de negras enmiendas y debía reaccionar, ahora atacado por una desmesurada impaciencia. Abordé la presencia del contraamaestre, que mostraba rastros de culpabilidad en su cara.

—No se culpe de nada, don Anselmo. Este sacamantecas de manos largas ha jugado fuerte y nos ha ganado la mano, de momento. En primer lugar, prepare el buque para salir a la mar de inmediato. ¿Se rellenó la aguada?

—Ayer por la mañana, señor. Tan sólo restaban por embarcar algunos víveres, aunque no son indispensables. Pero los oficiales de guerra todavía se...

—Intenten despertarlos a todos, como Okumé ha maniobrado conmigo. En cuanto lleve a cabo la despedida del gobernador, abandonaremos esta bahía. Sería bueno saber hacia dónde se ha dirigido la *Andorinha*, aunque se trate de información difícil de recabar.

—Ya lo pensé, señor. La seguí por medio del anteojo fijo de la cámara de oficiales. Una vez tanto avante con la punta Gibbon, arrumbó al nordeste, con alguna cuarta tendida al norte. Pero poco nos puede adelantar ese dato, porque unas millas después podría aproar hacia el mundo con entera libertad. Deberemos preguntar a los pequeños botes dedicados a la pesca en la misma boca, si es que podemos confiar en ellos.

—¡Maldita sea mi estampa! ¿Cómo pudo el alférez de fragata Crespi caer en la trampa? —Comprendí la estupidez e inoportunidad de mis palabras—. Bueno, es absurdo intentar cargar mis culpas en hombros ajenos. Todos entramos en la celada, conmigo a la cabeza.

Ya me había vestido para la despedida oficial, aunque en mis adentros también clamaba contra el gobernador, tan amigo del caballeroso bucanero.

—¿Se encuentra la falúa en el agua?

—Así es, señor —contestó el contraamaestre.

—Que embarquen en ella los marineros con rapidez. Ya sabe, don Anselmo, dos objetivos hasta que regrese. Despertar a los oficiales cueste lo que cueste, y preparar el buque para salir a la mar de inmediato.

—Quedo enterado, señor comandante.

Pocos minutos después abordaba el edificio del gobernador. Y sin esperar auxilio alguno de la tropa, tomaba el conocido camino del despacho del ayudante. Le entré a fuegos al capitán, sin permitirle una mínima frase de cortesía.

—Debo hablar con el señor gobernador urgentemente. Se trata de un asunto de la mayor gravedad que no se puede demorar un segundo.

—Desde luego, señor.

El oficial penetraba en la sala de su jefe a la carrera y con el ánimo sobrecogido. Mi aspecto debió ejercer alguna influencia maligna, porque su rostro denotaba cierta prevención. Pocos segundos después, regresaba con agitada respiración.

—El señor gobernador lo recibirá en pocos...

Sin hacer caso a su palabrería y como no estaba dispuesto a alargar el recibo de forma innecesaria, me dirigí al recio portón, que abrí a golpe de maza por fuera de toda cortesía. Como suponía, el general Nolasco se mantenía en su apoltronado sillón a la boba, con la vista perdida en los detalles del artesonado. Al comprobar mi presencia, se dirigió a mí en tono altanero, al tiempo que alzaba el cuerpo.

—¿No le ha comunicado mi ayudante que debía esperar? ¿Acaso desconoce las mínimas normas de educación? ¿Cómo se atreve a interrumpir...?

—Deje las exigencias de protocolo a la banda, que no vienen al caso —entonaba con dureza y desprecio—. No puedo perder un segundo. Abandonaré esta bahía en pocos minutos y podrá regresar a su estado de dulce contemplación. El culpable de que me conduzca así no es otro que su querido amigo, ese prestigioso y noble capitán Silveira. Esas palabras escuché de su boca, cuando me reprochaba dudar de su puta honorabilidad. Pues debe saber, señor general, que su devoto camarada no es más que un bellaco sin vergüenza ni honor, con acciones más propias de un desventurado bucanero.

—¿Qué...? —Mientras el rostro se le teñía de rojo, parecía despedir fuego por sus ojos—. No le consiento que hable así de un caballero portugués tan recto, honorable y generoso como el capitán Joao Silveira.

—¿Recto y honorable? Quien roba es un ladrón, asegura el lenguaje llano, aunque puedo adjuntarle otros adjetivos menos cariñosos. Anoche, durante la cena que nos ofreció en su palacio, envenenó la bebida para dejarnos inconscientes a mí y a todos los oficiales de la fragata *Proserpina*, incluso a los de guardia a bordo por medio de mensajero. A continuación, y de acuerdo con un criminal plan establecido de antemano, abandonó la bahía a bordo de

la fragata *Andorinha* durante la noche en escapada, con los caudales de mi Gobierno bien estibados. Concordará conmigo en que quien así se conduce, es reo digno del peor castigo y debe acabar en la horca. ¿Sabe hacia dónde se ha podido dirigir con la fragata su buen amigo?

El rostro del gobernador pasaba del rojo al blanco sin solución de continuidad. Intentaba forzar unas palabras, que se mantenían estancadas en su garganta.

—¿Cómo dice? Eso no puede ser...

—¡Joder! Deje ya de repetir esa frase. ¿Sabe o no sabe hacia dónde navega ese culebrón de pintas?

—Nada sé, pero no...

—Bien, solamente quiero que sepa un par de cosas. Abandonaré la bahía en persecución del pirata Silveira ahora mismo, y daré con él aunque sea en el fin del mundo. Y en caso de que la *Andorinha* entre en la bahía, deberá detenerlo con cualquier medio a su alcance, a no ser que desee ser considerado como cómplice de ese granuja.

—No le consiento...

—¡Habrás de consentir lo que me salga de los huevos, saltimbanqui de feria! —le entraba en gritos, con la delicadeza perdida en lejanas roderas—. Soporté su imperdonable descortesía una vez, hace pocos días, por lo que en nada me obliga la necesaria educación a la que alude sin conocerla. Y he comprobado que poco o nada sabe de los negocios que aquí se cuecen, una estación que más se asemeja a la isla Tortuga como nido de maleantes. Pero hará lo que digo y al punto. Porque le juro por la salvación de mi alma que informaré de forma conveniente a sus autoridades. Espero que sea relevado del cargo y desterrado a alguna isla lejana, donde puedan visitarlo tan infames personajes como a los que ofrece rendida admiración y amistad, hasta acabar podrido por la miseria.

Mientras el general parecía congestionarse y golpeaba con sus manos la mesa en nerviosos movimientos, abandonaba el despacho con la misma prisa que a la llegada. Y en ruidosa despedida, cerraba el portón con todas mis fuerzas, hasta producir un chasquido más cercano a disparo de cañón. El capitán ayudante quedaba a medio camino, asustado al escuchar mis gritos. Alcancé el embarcadero al paso largo. Embarqué en la falúa y ordené a Okumé boga de fuerza hacia nuestra fragata. Fue aquel el momento en el que dirigí la mirada hacia el lugar del muelle donde se encontrara la *Andorinha* en los días anteriores. Y para mi sorpresa, pude contemplar la bella silueta de la goleta Capital.

—Me extraña mucho que se mantenga la goleta en puerto. Con el rendido amor que le profesa Silveira, debería haber abandonado la bahía en su compañía. Alguna voz no cuadra en la orquesta.

—Parece alistada para salir a la mar, señor.

—La apresaremos como primera medida. Podremos utilizarla como descubierta, una vez en la mar. Además, se trata de un buen bocado, como primera medida a tomar contra ese bastardo malnacido. Enviaré una dotación de presa de inmediato.

Nos dirigimos hacia la *Proserpina*, con Okumé en funciones de cómitre^[35] duro. Por fin, salté a su portalón con las prisas encastradas en mis venas. Y pronto recibí una sorpresa de grano gordo. Porque cuando progresaba por el pasamanos de babor, comprobé la presencia del caballero Mascari en el alcázar, acompañado por el hijo del capitán Silveira, que tan bien recordaba de la noche anterior. Debí restregar los ojos con fuerza para creer como cierta aquella visión, que tantas nuevas perspectivas podía ofrecer al problema embastado. Y no necesité entrar en indagación alguna, porque el guardiamarina se acercaba hacia mí con rapidez.

—Buenos días, señor comandante.

—No son muy buenos, realmente.

—Perdone, señor, comprendo cómo se debe sentir. Pero es posible que la suerte nos devuelva la mano con rapidez y de forma inesperada. Verá, Marco Antonio Silveira, con quien anoche comencé una buena amistad, desea hablar a solas con vos y conmigo en su cámara.

—¿A solas en mi cámara? ¿Con qué objetivo? Nada fío en todos aquellos que porten una gota de sangre de la familia Silveira en las venas. ¿Le ha preguntado por el sinvergüenza de su padre y los caudales? ¿Hacia dónde se ha dirigido la fragata *Andorinha*?

—Si me permite, señor, creo que debemos mover ficha con cautela y acatar en principio sus deseos. Nada perdemos con ello —Mascari hablaba con tono bajo, para no ser escuchado por otros oídos—. Anoche hablé largo y en confianza con este joven, que acabó por sincerarse conmigo. Según parece, el odio que siente por su padre destaca muy por alto, aunque se trate de consideración antinatural. Así me lo pareció, al menos. Según asegura, ha quedado a cargo de la goleta Capital y debería haber seguido los pasos del capitán, una orden que no ha cumplido. Creo que puede ofrecernos alguna solución a este penoso problema, la única al alcance de la mano.

De pronto y transformado por encantamiento, el joven Mascari se me apareció como un hombre hecho y derecho, que hablaba con juicio y entera

propiedad. Reconocí el acertado sentido de sus palabras.

—De acuerdo. Nada perdemos por escuchar lo que nos pueda narrar. ¿Cómo se llamaba?

—Marco Antonio.

—Pensaba apresar la goleta Capital de inmediato y alistarla con una dotación de presa, sin comunicar una sola palabra al gobernador. Puede servirnos en descubierta, si es tan velera como dicen.

—Por favor, señor, espere a escuchar sus palabras. Puede caer alguna sorpresa a nuestro favor.

—De acuerdo.

Tras saludar al joven Silveira con cierta frialdad, ambos jóvenes siguieron mis pasos hacia popa hasta alcanzar la cámara, donde les ofrecí asiento. El joven no parecía cohibido ni nervioso. Por el contrario, aparentaba dominar la situación con desparpajo y decisión. Intenté entrar al disparo de luces.

—¿Hacia dónde ha arrumbado la *Andorinha*? Supongo que todavía mantiene los caudales a bordo.

—Verá, señor, desearía que escucharan una pequeña historia, antes de tomar cualquier medida. Se trata de la única forma para comprenderlo todo. Y como primer aserto puedo declararles con firmeza que, sin mi ayuda, no darán con la fragata *Andorinha*, aunque recorran todo el mar de las Indias de norte a sur —el joven hablaba con una determinación que no le sospechaba—. Por el contrario, si llegamos a un acuerdo, les llevaré hasta ella bien guiados de la mano y recuperarán los caudales de su Gobierno que, en efecto, se mantienen a su bordo bien cuidados. Y no se trata solamente de los inicialmente embarcados en San Blas, porque las mercaderías de alto valor se incrementaron en Manila.

—¿Embarcados en Manila?

—En efecto. Cuando el gobernador de las Islas Filipinas tuvo conocimiento de nuestra partida hacia España, y teniendo en cuenta que el galeón de Manila duerme dulces sueños, entró en contacto con el capitán. Como colaboraba en solape de horma con sus planes, mi padre accedió a sus deseos, exigiendo un escaso margen de cobro. De esa forma, embarcó rico material con destino a Cádiz, que aumentó el valor del cargo general de titularidad española. Destacan mercaderías de la costa China, tales como sedas finas, lujosas porcelanas y otros efectos de alto valor.

—Menudo pájaro de... Debe perdonar mis palabras, pero no me encuentro...

—Nada de perdones, señor. Concuero con vos y podría elevar a malas sus adjetivos en cien enteros.

No dudaba el hijo del bastardo capitán al exponer sus palabras, lo que me hizo considerar en firme su posible ayuda.

—Veamos, Marco Antonio, ha comentado que debíamos llegar a un acuerdo. La verdad, me cuesta pensar siquiera en discutir un compromiso con un Silveira. ¿A qué se refiere en concreto?

—Le juro por Dios nuestro Señor, comandante Leñanza, que voy a ser sincero en todos mis argumentos, aunque le cueste creer como ciertos algunos datos que va a escuchar —se desentendió de mi pregunta para enhebrar su propia historia—. Debo comenzar con una tajante declaración, que puede encontrar escasamente aparejada a los sentimientos de un ser humano con una mínima dignidad personal. Declaro que odio profundamente a mi padre y todo lo que su deshonrosa vida representa. El generoso y honorable capitán Joao Silveira no sólo debe ser considerado como un miserable pirata del tres al cuarto, que basa toda su fortuna en el engaño y el asesinato, sino que es un despreciable ser incapaz de respetar a nada ni nadie, ni siquiera a su propia familia.

La declaración de Marco Antonio resonó en la cámara como disparo de cañón.

—Son muy duras esas palabras. Jamás he oído alegato semejante de un hijo sobre su padre.

—Lo comprendo y no crea que largo este pesado fardo sin la vergüenza que debe llevar amadrinada. Debe saber que nunca he sido del gusto de mi padre. Aunque él lo base en mi teórica flojera y limitados recursos, es falso. La razón única y primera es que soy hijo de María Leonor de Almeida, una extraordinaria mujer cuyo único pecado fue enamorarse locamente de este nefasto personaje. Puedo hablar con sinceridad de él porque no lo considero mi padre, aunque me haya engendrado. Y desde que su concubina india parió un nuevo hijo, me apartó por completo.

—Su madre era hija del virrey portugués, según tengo entendido.

—El mejor y más inteligente de los virreyes portugueses que han pasado por esta colonia. Fue muy importante su labor, pero todavía albergaba grandes proyectos que no pudo realizar en toda su extensión, por la falta de visión colonial de nuestros gobernantes. La hija, mi madre, heredó sus cuantiosos bienes, que fueron acaparados de forma sistemática por el capitán Silveira, al tiempo que la humillaba de la forma más grosera.

—Creo que los dilapidó en el juego y otros vicios.

—Propaganda largada por el cínico personaje con algún interés, señor. El capitán Silveira no ha perdido una sola onza de oro desde que vino al mundo. Es demasiado avaricioso para arriesgar una moneda.

—Tengo entendido que su madre era una mujer de extraordinaria belleza.

—Extraordinaria belleza y un corazón generoso como pocos. Parece difícil creer que uniera su vida a este hombre.

—Una pena que muriera a tan temprana edad.

—Esa es una opinión generalizada, aunque errónea.

—¿Cómo dice? ¿No murió su madre?

—Así lo creyeron todos. Yo mismo lloré su muerte durante bastante tiempo. Pero puedo asegurarle que mi madre no sólo no murió, sino que vive en las cercanías de Sofala, si puede llamarse así a encontrarse retenida en contra de su voluntad.

Llegados a este punto, saltaron las alarmas en mi cerebro. Por unos momentos, entendí que Marco Antonio había perdido el juicio o intentaba embaucarnos con una historia falsa en provecho propio. Sin embargo, algo dentro de mí abogaba por su sinceridad, y así parecía corroborarlo el gesto de su cara.

—¿Cómo es posible mantener a una mujer de su categoría apartada del mundo y proclamar su muerte, sin que nadie lo sospeche? No debe ser tarea sencilla. ¿Cuándo tuvo conocimiento de tal monstruosidad?

—Siempre di como ciertas las noticias de que había muerto en el incendio producido en la casa principal de una hacienda que la familia Almeida poseía en Entumbe, pequeña localidad tribal situada a unas cinco leguas al oeste de Sofala. El desastre había tenido lugar mientras navegaba en la *Andorinha* con mi padre por la costa de esta colonia. Desde muy joven me llevaba con él en sus navegaciones, para que aprendiera el oficio de capitán. Por fortuna para la Justicia divina y humana, existe una persona de bien llamada Aldo Neves, un mulato cuya manumisión consiguió mi abuelo el virrey, para formarlo después como hombre de mar en sus buques y acabar por concederle el título de piloto mayor. Sentía pasión por mi madre, a la que había tratado desde que era una niña. Pero también profesaba admiración por el capitán, al punto de convertirse en su hombre de confianza. Bueno, hasta que apareció Firmino Walsum, un tipejo de la misma calaña que su señor, el encargado de dar la bebida envenenada a su oficial de guardia. Creo que lo conoció cuando llegó a bordo con la petición de recibo de su jefe.

—Sé de quien habla. Pero sigo sin comprender cómo se mantuvo en secreto la desaparición de su madre.

—No crea que me mueve el resentimiento, por la forma en que he sido atendido a lo largo de la vida. Ya le digo que este trato vejatorio apareció cuando tuvo un hijo con esa ramera india, a la que llama princesa. Como sé que, aunque sea un niño, lo prefiere en todo y me desprecia, pensaba emigrar a Portugal en la primera oportunidad y vivir con la única hermana de mi madre, casada con un militar portugués. Por desgracia, la guerra contra Francia lo ha complicado hasta el límite y tan sólo esperaba el final de la contienda para abandonar estas tierras. Pero todo cambió de repente cuando hicimos escala en Sofala con la *Andorinha*, en tornaviaje desde Manila, momento en el que mi padre ya había embastado su plan definitivo.

—Vayamos por partes —eran demasiados los datos que aquel muchacho largaba sobre mi cerebro con pasmosa naturalidad. Y debo adelantar que, además del interés generado en su narración, me inclinaba poco a poco a creer de firme en sus palabras—. Acabemos con el asunto de su madre, antes de pasar a otros, Marco Antonio. ¿Me permite que le llame así?

—Por favor, señor comandante. Soy muy joven y debería llamarme Marco en confianza, como hacía mi madre. Voy a depositar en sus manos todas las posibilidades de futuro e incluso la misma vida. Y me refiero tanto a la de mi madre como a la mía propia.

—De acuerdo, Marco, continúe.

—Al regreso de Manila y tras hacer inesperada escala en un puerto de las islas Molucas, donde mi padre diseñó al detalle su futuro, en el que esos doce millones de pesos españoles juegan un papel fundamental, tocamos en el puerto de Sofala. Se trata de la antigua capital de esta colonia y sede del virreinato, donde vivió mi abuelo. Allí nos detuvimos cinco o seis semanas. Después comprenderá el porqué de esa escala en las islas holandesas orientales, la necesaria parada en Sofala, así como su paso por Lourenço Marques, donde la bendita providencia hizo aparecer a la fragata *Proserpina* en el momento más inconveniente para el capitán Silveira. Creo que lo enviaron mis antepasados en especial rogatoria.

El joven me ofreció una sonrisa de agradecimiento, como si se dirigiera al padre más querido, antes de continuar.

—En Sofala mi padre encargó algunos asuntos a ese piloto del que le hablaba, Aldo Neves, persona en la que mucho confía. Es quien suele encontrarse al mando de la goleta Capital en todas sus navegaciones. Fue entonces cuando este hombre bueno tuvo conocimiento por un negro escapado de la hacienda Almeida, de que mi madre era retenida con vida.

—¿Y lo creyó?

—No tiene un pelo de tonto el viejo Aldo. Como no podía creer tal monstruosidad, se acercó hasta allí con la necesaria discreción. Y lo comprobó con sus propios ojos. Evitando la guardia que la mantenía encerrada de por vida, formada por tres antiguos soldados que trabajaron con mi abuelo, malditos renegados sin una pizca de agradecimiento a quien los sacó de la miseria, incluso pudo hablar con ella. Es de suponer que le darían muerte cuando así lo estimara necesario el capitán. Desde ese momento, desapareció su fidelidad por el capitán Silveira, al que ahora estima como un degenerado asesino. Se confesó a mí y ya pueden imaginar cómo reaccionó mi corazón. Desde entonces hemos hablado mucho sobre las posibles acciones para liberar a mi madre, aunque no encontrábamos ninguna con probabilidad de éxito. Fue entonces cuando aparecisteis en nuestras vidas, señor.

—Una casualidad.

—Una bendita casualidad diría yo. Ayer por la tarde, poco antes de que llegaran al palacio, tuve conocimiento del plan embastado por mi padre. Comprobé cómo Firmino escanciaba un líquido en las frascas de Armagnac. Poco después comprobé que se trataba de adormidera, para dormirlos a todos y permitir la escapada de la fragata *Andorinha* con los caudales y la goleta Capital en compañía. Aunque conocía su proyecto general y presumía que alguna maniobra llevaría a cabo para escapar de esta bahía, me tomó por sorpresa el sistema empleado. Dudé en avisarlos durante la cena, pero pueden estar seguros de que temí por sus vidas y por la mía. Porque ese monstruo habría sido capaz de ordenar a los bantúes que los atravesaran con sus lanzas, si le hubiera fallado la maniobra prevista con mi delación. Y los guerreros habrían obedecido sin dudarlo.

—Comprendo cómo debe sentirse, Marco, y lo siento. Después de todo, es su padre.

—Le juro, señor, que no lo reconozco como tal. Pero regresando al tema, debía pensar en alguna rápida solución. Solicité permiso a mi padre para navegar en la goleta. Como le decía, se encuentra desde hace tiempo a cargo de Aldo Neves, un magnífico navegante que se conoce estas aguas como la casa propia. Y gracias a los cielos, me lo concedió. Debía salir tras él y, en caso de perdernos, navegar hacia Sofala como primer punto de encuentro en su alargado viaje.

—Bien, creo que debemos pasar al punto más interesante, ese plan de tu padre. Bueno, debes perdonar mi escasa delicadeza, Marco. Comprendo que para ti prime liberar a tu madre.

—Lo comprendo, señor. Debe saber algo importante. Mi padre cayó loco de amor y pasión por esa india, hija de un maharajá menor, pero ramera ensalzada, al punto de raptarla con su consentimiento para obviar la prohibición de sus padres. Por tal razón, los británicos se interesaron por sus correrías y negocios. Preguntaron a las autoridades portuguesas, que decidieron comenzar una investigación sobre sus negocios y propiedades. De todo ello tuvo conocimiento gracias a ese gobernador que ha tratado en estos días, otro sinvergüenza aunque se limite a cerrar los ojos y creer en la grandiosidad del capitán Silveira, que lo distingue de forma generosa. Por tal razón, llevó a cabo una travesía de trazo largo a bordo de la *Andorinha*, buscando nuevos horizontes. Y la suerte apareció a su favor, como tantas otras veces. Porque cuando navegábamos desde San Blas hacia las islas Filipinas, sin temporales ni ataques de piratas en el mar de la China, una nortada nos hizo caer hacia el sur, hasta alcanzar la latitud de las islas Molucas.

—Las islas de las Especies —dije para demostrar conocimientos.

—Así la llamaban los españoles, mientras los portugueses las bautizaron en el siglo XVI como Malucas. Fueron de dominio portugués y español, aunque se acabaron haciendo con ellas los holandeses, que impusieron el dominio de sus compañías comerciales. Y aunque esa zona anda revuelta entre dominio británico y holandés, parece acordado que serán neerlandesas en el futuro, sin problemas. En busca de aguada fondeamos en una recogida bahía, junto a la localidad indígena de Tambaroe, en la isla de Ternate. Allí mi padre conoció al sultán de Ternate, un pájaro de cuenta, que le exigió peaje. Como hablaban entre bastardos, llegaron pronto a un acuerdo. Suministraría a mi padre una hacienda extraordinariamente grande, con suficientes esclavos y garantías, en la que construiría un magnífico palacio, una de sus obsesiones. Para ello necesitaba suficientes caudales, que engordaran la bolsa del sultán. Rápidamente pensó en disponer de la carga española, así como en liquidar todas las riquezas que posee en esta colonia y algunas otras islas. Y como pensaba esfumarse del mapa civilizado, estoy seguro de que acabaría apareciendo a flote algún resto de la fragata *Andorinha*, noticia que llegaría a oídos de los gobiernos portugués y español. De esta forma, quedaría certificada la dolorosa pérdida del buque y su valiosa carga, así como de su capitán. No se esperaba que los españoles, que andan en lucha con Francia, muchos problemas en sus colonias americanas y escasez de unidades navales, enviaran una fragata en su busca.

—En ese caso, ¿piensa desprenderse del palacio Oosterwijk y de las haciendas mozambiqueñas? Entendí que estimaba en mucho esa edificación.

—Hace semanas que lo vendió todo a un rico comerciante afrikáner de la colonia de El Cabo. Uno más de los que desean dejar de ver a los ingleses impuestos con las armas. Anoche tan sólo transportó los dos cuadros que lo representan a él y a su querida ramera india. El resto ha sido adquirido por el comprador. Su plan era pasar a Sofala para vender lo que allí posee, incluida la hacienda Almeida que se mantenía a nombre de mi madre. Y me temo que pueda decidir acabar con su vida y la de sus guardianes, para no dejar cabo suelto a popa. Después, aproará con libertad hacia la isla Mascarenhas, donde también anda en caminos turbios.

—¿Un afrikáner se atreve a entrar en tratos con el capitán Silveira? —Entoné en chanza—. Puede caer en el peligro del duelo.

—¿Se refiere a la muerte de Van der Toorn? Nunca existió el famoso duelo. Lo asesinó sin remordimiento alguno.

—Había oído que se produjo en un duelo tras una partida de cartas en la que...

—Una leyenda más propalada por él mismo para encubrir un crimen. Se produjo la partida, desde luego, en la que utilizó su especial conocimiento de esas plantas de adormidera, con las que ha negociado en ocasiones. El afrikáner, que creía haber jugado borracho, le recriminó su conducta, momento en el que mi padre lo retó a duelo. Pero no era tonto Van der Toorn ni muy valiente. Conocedor de la habilidad del capitán como duelista, le pidió perdón hasta humillarse en súplicas de rodillas. Fue entonces cuando acabó con él de un disparo, esparciendo la noticia del duelo. Quería quedarse con su fortuna y nada lo detiene cuando persigue algo con extremo afán.

—Creo que has hablado de la isla Mascareñas. Debo reconocer mi ignorancia en la geografía de estas aguas. ¿Por dónde se encuentra?

—Bueno, así la denominamos los lusitanos, desde que fuera descubierta en 1507 por el navegante portugués Pero de Mascarenhas. Es este mar de las Indias nos sucede como a los españoles en el de las Antillas —exhibió una sonrisa de complicidad—. Descubrimos todo y después nos las arrebataron de las manos, al tiempo que las bautizaban de nuevo con nombres ingleses o franceses.

—Razón tiene. Pero esa isla de la que habla, ¿ha cambiado de nombre?

—Cuando en el siglo siguiente fue tomada en soberanía por los franceses, con una expedición desde San Lorenzo, pasó a denominarse isla Borbón, permaneciendo el de Mascareñas para el grupo de islas. Entre ellas también

destaca la de Mauricio, llamada por los franceses como isla de Francia. No obstante, durante los primeros años de la Revolución francesa, los patriotas de ambas islas, reunidos en la capital de la isla Borbón, depusieron al gobernador francés. En memoria de tal reunión, la isla pasó a llamarse Isla de La Reunión. En estas guerras contra Napoleón, los ingleses se han apoderado de algunas islas Mascareñas. En estos días, la isla Borbón, que así vuelven a llamarla, parece que se encuentra con bandera tricolor, aunque no puedo asegurarlo porque anda todo en continuo trasiego. Por esa razón, aparece alguna fragata francesa armada al corso por este mar, aunque dominen las unidades de la Royal Navy sin posible contestación.

—Pero su patria se encuentra en guerra contra los franceses.

—Mi padre navega bien con todos los vientos y no tiene patria reconocida. No crea que exagero una pulgada, comandante. No hago más que repetir sus propias palabras. Hace negocios con ingleses, franceses, holandeses, cafres, bantúes y con el mismísimo Satanás, si tal envite rindiera beneficios. Navegará hacia esas islas sin problemas. Necesita pasar por allí para vender sus depósitos y negocios en la capital de La Reunión, Saint Denis, que son bastante importantes. También dispone de estación de depósitos en Port Louis, capital de Mauricio, bajo dominio británico. Después marchará hacia la isla Ternate y se dejará de escuchar su nombre para siempre, tras aparentar el hundimiento de la fragata *Andorinha*.

—Parece que disfruta de muchos conocimientos sobre la historia de estas islas.

—El amor por la lectura de los textos históricos me lo engendró mi madre desde muy niño —elevó una sonrisa infantil—. También Aldo Neves me cuenta muchas anécdotas de estas tierras.

—En ese caso, ¿puede asegurar que, en estos momentos, mantiene la goleta bajo control?

—Aldo maneja con mano de seda y es muy querido por todos los hombres bajo su mando. La dotación lo obedecerá sin dudarle. Además, saben que soy hijo del gran jefe.

—Hablabas al principio de que debíamos llegar a un acuerdo. Como parece muy inteligente, supongo que lo tiene perfectamente delineado.

—Aunque mi padre me desprecie por débil, enfermizo y estúpido, y de nuevo no hago más que repetir sus palabras, creo que no soy tonto, señor. Y se lo voy a demostrar con hechos, que acabarán con ese pirata que me engendró en agorero día. En esta empresa que deseo acometer con vos, no pido caudales ni riquezas, comandante Leñanza. Tan sólo deseo

fervientemente salvar la vida de mi pobre madre y regresar a Portugal, para que podamos llevar una vida normal con nuestros familiares Almeida. Mi madre dispone de suficientes tierras en su patria. Puede quedarse con la fragata *Andorinha* y la goleta Capital, si consigue apresar la primera. Será una buena unidad para su Armada. Porque si remato el plan con éxito, nada quiero saber de la mar por el resto de mi vida. Un buque en movimiento me recuerda la figura de ese ser degenerado, una estampa que deseo erradicar del cerebro. Eso sí, los caudales que lleve a bordo y que pertenezcan al capitán Silveira, deberá entregármelos porque me corresponden en ley.

—Desde luego. También ambos buques le corresponden, aunque puedo ejercer derecho de presa.

—Le repito que nada quiero saber de esos dos buques. La compañía Silveira disponía de cuatro embarcaciones más, pero ya las ha vendido. A bordo de la *Andorinha*, además de los caudales españoles, debe transportar una buena fortuna personal, la mayor parte de ella amasada con los bienes de mi madre. Pero le repito que esas son mis condiciones y nada más deseo.

Aquel jovenzuelo me dejaba admirado, conforme transcurría nuestra conversación. Estimé que su persona conformaba un inapreciable regalo, enviado por los dioses para nuestra salvación. Porque si eran ciertas aquellas noticias, habríamos perdido al capitán Silveira y los caudales para siempre, si no hubiera aparecido Marco. Decidí confiar en él de lleno. No consideraba posible una faena conjunta de padre e hijo. También él se jugaba mucha a la carta, y las relaciones con su progenitor habían quedado a la vista en las jornadas anteriores.

—Estoy de acuerdo con sus exigencias y prometo cumplirlas con todo detalle. Llegado el caso de rematar en felicidad esta empresa que encaramos, estaría dispuesto a que embarcaras en esta fragata en compañía de tu madre con rumbo a la Península. De todas formas, estimo que no va a ser maniobra sencilla tomar a tu padre desprevenido. Debe ser un hombre muy inteligente y precavido. ¿Puede sospechar de ti o de ese piloto Neves?

—No lo creo. Su único punto débil es el de creerse superior a todos. Ignora que Aldo Neves se encuentra al tanto de la verdad sobre mi madre. El viejo, como lo llamo cariñosamente, ha manejado bien la farsa conmigo. Mi padre, en su tremendo orgullo es incapaz de imaginar, que el fiel servidor Neves y el tarado de su hijo, que así me conceptúa, puedan jugársela por la espalda. Incluso en el caso de que llegue a resolver todos sus asuntos en Sofala y no haya llegado la goleta todavía, puede estar seguro de que no desconfiará y continuará rumbo hacia la isla de La Reunión.

—He creído entender en tus palabras que dispones de un plan. Supongo que será conciso y detallado. ¿Puedo conocerlo?

—Pues ya que acepta mis condiciones para el acuerdo, creo que debemos entrar a hablar de él y atacarlo sin perder mucho tiempo.

—Pasemos al plan entonces.

Me dispuse a continuar escuchando las palabras de Marco, como si me encontrara presente ante un letrado con amplia experiencia. Porque aquel jovenzuelo de aspecto aniñado y débil me había impresionado de forma contundente. Y, como había dicho el guardiamarina Mascari al recomendarme aceptar la conversación, era posible que la suerte nos devolviera la mano con rapidez y de forma inesperada gracias al concurso de quien portaba la misma sangre que el odiado enemigo.

15. En caza

La agitación que había sufrido a batientes en mi interior, desde que regresara a la vida con los primorosos cuidados de Okumé, parecía calmarse poco a poco, conforme avanzaba en la conversación con el vástago del capitán Silveira. También laboraba en dicha dirección el hecho de comprobar la sangre fría de quien, hasta pocos minutos antes, era considerado por todos como un apocado y débil joven, a quien no debíamos tomar en cuenta. Un jarro de agua fría para quienes, como yo, confían demasiado en las primeras impresiones. Aunque estaba dispuesto a discutir de lleno el plan de acción y salir a la mar de inmediato, ofrecí un refrigerio a mi huésped con la debida cortesía. Y si pensaba que lo rechazaría para atacar la empresa sin pérdida de tiempo, erré al ciento, una condición que parecía multiplicarse ante Marco.

—Se lo agradezco mucho, comandante. La verdad es que no he probado bocado esta mañana y me encuentro con la garganta seca.

—¿Te apetece un café bien cargado? —preguntó Mascari, entrado en plena confianza con quien parecía considerar su amigo.

—Lo agradecería mucho —se giró hacia mí en lo que entendía como necesarias explicaciones—. El guardiamarina Mascari conoce mis gustos porque anoche me vio tomar varias tazas de café, una bebida que me entusiasma. ¿Es posible, señor?

—Desde luego.

Mientras Okumé servía café para los tres, decidí retomar la interesante conversación.

—Bien, Marco, nos detuvimos cuando te disponías a exponer tu plan con detalle. Debemos avanzar y no perder más tiempo.

—Tiene razón, señor. Bueno, la verdad es que lo he trazado a la rápida. Por tal razón, le ruego que intervenga cuando lo estime oportuno para modificarlo. Su experiencia es una garantía para la empresa. Lo único importante es que ganemos el resultado final.

—En ese punto coincidimos.

—Como le decía, en estos momentos la fragata *Andorinha* navega con dirección a Sofala, primera escala en su viaje de despedida —exhibió una sonrisa desdeñosa—, así denomina mi padre a su navegación definitiva. Aunque se tratara de la localidad más importante de la colonia años atrás y capital del virreinato, su puerto ofrece pobres condiciones, con algunas dificultades peligrosas. Por tal razón, ha perdido importancia con el paso del tiempo y la mayor parte del tráfico marítimo ha sido desviado a esta bahía de Delagoa.

—¿Dificultades peligrosas? ¿A qué se refiere en concreto?

—Su puerto es de escaso fondo y con bancos de arena en permanente movimiento, por lo que conviene fondear a suficiente distancia. Mi padre intentará resolver sus asuntos a la mayor brevedad, porque sabe que será perseguido por esta fragata. Si ha vendido ya sus propiedades en la zona norte, incluida la hacienda Almeida, condición que sospecho, solamente necesitará recoger algunas pertenencias personales. Pero algunas son de gran valor, como sus dos colecciones favoritas: perlas y armas de duelo. No deseará perderlas bajo ningún concepto. Y ahí es donde temo que acabe con la vida de mi madre en triste cierre. Por tal razón, debemos partir en cuanto le sea posible.

—¿Ha dicho perlas?

—Perlas grandes, de colores extraños o formas peculiares, ejemplares excepcionales en gran parte. Una muy valiosa colección. Por tal razón revisó cuidadosamente y durante varios días el cargamento embarcado en San Blas, al tener conocimiento de que le entregaban las pesquerías de perlas de varios años. Y aunque opinaba que las perlas panameñas no son las mejores, supongo que apartaría algún ejemplar de especial valor o características singulares para su conjunto personal, con el cambio pertinente. También la colección de pistolas de duelo es extraordinaria. Pertenecían a Van der Toorn, cuyos bienes pasaron a su poder en la forma que ya conoce. Como no se fía de nadie, mantiene depositadas ambas colecciones en la Banca Nacional portuguesa, con sede en Sofala.

—Es un detalle importante. Por nuestra parte, estamos dispuestos para salir a la mar.

—También la goleta, señor. Si lo encontramos en Sofala, será cuestión sencilla la maniobra a realizar. De acuerdo a los documentos que porta del Gobierno portugués y la conducta mostrada por el capitán Silveira en Lourenço Marques, podrá apresarse la *Andorinha* con la ley a su favor. El

gobernador que allí reside es bien distinto al general Nolasco. Se mantuvo bastantes años a las órdenes de mi abuelo y lo apreciaba mucho. También dispensaba especial favor a mi madre. Pero, si por desgracia no se encuentra la fragata en ese puerto, deberemos continuar nuestro camino hacia las islas Mascareñas.

Tenía razón Marco al exponer que su plan se encontraba trazado con demasiada rapidez. Porque ya evidenciaba algunas lagunas que me apresuré a destacar.

—No sería necesario exponer documento alguno al gobernador portugués. No olvide la presencia de su madre que, según sus palabras, lo conoce bien. Si la *Andorinha* se encuentra allí, la primera acción sería denunciar ante el gobernador la situación que sufre la hija del antiguo virrey, lo que conduciría a la inmediata detención del capitán Silveira.

—Tiene razón, señor —removió su cabello en señal de importante olvido—. En ese caso, estimo que he errado en mis movimientos. Debía haber abandonado esta bahía y adelantarme para llegar a Sofala antes que mi padre. Podríamos haberlo denunciado y esperarlo allí con soldados del gobernador.

—En efecto. Pero no se martirice, Marco. Lo hecho, hecho está. Lo que no veo muy claro es esa necesidad de tocar el puerto de Sofala, si ha vendido ya sus propiedades en la zona. Una colección de armas o perlas, aunque sean de gran valor, no debe ser razón para arriesgar su proyecto. Bueno, le hablo sin conocimiento exacto. Es posible que esas perlas supongan un monto de muchos pesos.

—Aparte de su posible precio, a mi padre no le gusta perder ningún bien al que conceda especial estima, como es el caso. Además, le escuché repetir que debía tocar Sofala antes de pasar a las Mascareñas. Es posible que alguna otra razón lo obligue. Bueno, la presencia de mi madre puede ser una muy importante, si es su intención no dejar flecos a popa. Dios mío, sería terrible.

El joven parecía perder por primera vez el aplomo, masajeando sus manos con pesar y desesperación. Decidí variar la derrota.

—¿A qué distancia de esta bahía se encuentra el puerto de Sofala?

—Más de cuatrocientas millas, señor, a rumbo directo. Y como los vientos dominantes suelen aparecer de componente norte, con ligera tendencia al primer cuadrante, deberemos abrirnos hacia fuera y navegar bastantes más. A veces llega a entablarse el nordeste puro, incluso con tendidas al leste, aunque tal situación se produzca con más asiduidad conforme se progresa hacia el norte, una vez transpuesto el cabo Corrientes.

La goleta ha recorrido alguna vez esa derrota con rumbo directo de bolina, pero no le será posible a su fragata.

—¿Dispone de armamento en la Capital?

—Aparte de algunos fusiles y pistolas, dos cañones muy pequeños solamente. Nada sé de calibres.

—Dos piezas de a 4, señor —indicó Mascari.

—Parece un armamento demasiado escaso para una embarcación de ese porte.

—En nuestros buques, todo el espacio posible se reserva para la carga. Y esas piezas no disparan desde hace mucho tiempo, aunque dispongamos de pólvora y balerío adecuados. La goleta Capital lo fía todo en su velocidad. No hay embarcación en el mar de las Indias que pueda darle alcance.

—¿Y si una vez arribados a Sofala ha partido la *Andorinha*? —pregunté con tiento, por las derivadas que podían producirse.

—En primer lugar, sería muy preocupante para la vida de mi madre. Y por todos los cielos, que mucho me pesaría si no llegara..., si no llegara a tiempo. Porque, como decía, si hubiera partido por delante, podría encontrarse ya en libertad —mis argumentos pesaban en el pobre muchacho—. Nada más llegar a Sofala me dirigiré a la hacienda Almeida a la carrera. Y en cuanto a la fragata *Andorinha*, si ha partido, deberemos dirigirnos sin remedio hacia las islas Mascareñas.

—¿A cuál de ellas?

—Comenzaría por la isla de La Reunión. Por Saint Denis ha de pasar sin falta. A causa de la guerra no le será fácil liquidar sus negocios en esa isla francesa, razón por la que deberá permanecer bastantes días. En opinión de Aldo Neves, que se las sabe todas, puede evitar la isla Mauricio porque son escasos los asuntos que allí le competen. Pero no el puerto de Saint Denis. Y, en cuanto la tenga a tiro, puede apresarla bajo la amenaza de sus cañones.

—Eso no sería posible en un puerto bajo bandera francesa. No olvide que España se encuentra en guerra declarada contra Bonaparte. Seguro que ese puerto, capital principal de las islas Mascareñas, dispone de buenas defensas. Y si descubren la carga de la *Andorinha*, la tomarán sin dudarla. Deberemos pensar en otras posibilidades. Pero ya encararemos cada problema en su momento, dependiendo de las circunstancias que debamos afrontar. Hasta es posible que la isla haya caído en manos de los britanos, en cuyo caso haría valer la información que poseo.

—Tiene razón, señor. No había pensado en esos detalles.

Se hizo el silencio, como si el plan embastado chorreara agua por sus muchos orificios, condición muy cierta. Y tan negativa situación se reflejaba en los rostros de los dos jóvenes, al punto de mirarme como si buscaran la solución definitiva. Pero no era momento de tender los ánimos muy a la baja, por lo que intenté elevar la guinda.

—Bueno, no lancemos la bala negra a nuestra propia sentina sin aparejo de retenida. Confiemos en la Patrona, que no ha de evitar el favor en empresa tan noble. Y si hemos de continuar hacia la isla de La Reunión o incluso hasta Ternate en las Molucas, allí clavaremos el bauprés de este buque. Pero les juro por mis antepasados, que el capitán Silveira acabará a bordo de esta fragata con grillos en pies y manos, si es que sobrevive al encuentro. Y no desespere, Marco. Liberaremos a su madre. Por muy mala persona que sea su progenitor, no creo que llegue al extremo de asesinar a una indefensa mujer.

—No lo conoce bien, señor. Es capaz de esa acción y otras muchas de peor enjundia.

Mis pensamientos navegaban ahora millas avante. Atacaba una tarea con demasiados vuelos laterales y no era cuestión sencilla enfocarlos por su orden. Otro tema me preocupaba y lo emboqué sin demora.

—La goleta puede representar una ayuda decisiva, llegado el momento. Me dijo que confiaba plenamente en su dotación. ¿Incorpora mucho personal nativo?

—Casi todos son portugueses, como en el caso de la *Andorinha*. No le gusta a mi padre emplear negros a bordo, ni siquiera en faenas de brazo. La dotación de la Capital alcanza los 38 hombres. Como pilotos solamente aparecen Aldo Neves y un criollo español, Mauricio González, natural de Montevideo. A este último, un experimentado hombre de mar, lo recogió mi padre de las aguas hace algunos años, tras el hundimiento de su buque. Decidió quedar para trabajar con nuestra compañía. El resto de la dotación está compuesta por marineros portugueses, salvo la presencia de tres afrikáneres.

—¿38 hombres solamente? —exclamé, intrigado—. Parece escaso equipaje para una goleta de ese porte.

—Pues no sé qué contestarle, pero siempre ha navegado así y sin problemas.

—Para la faena que vamos a encarar, me gustaría que embarcara en su compañía algún personal de la *Proserpina* —como su gesto era de franca extrañeza, me apresuré a continuar—. No me comprenda mal, Marco. No desconfío una mota de usted ni de Aldo Neves, pero son bastantes hombres a

bordo con pensamientos desconocidos. Además, es posible que debamos coordinar movimientos y deban comprender nuestras señales. También puede llegar el momento en que se vean obligados a defenderse, razón por la que deseo que embarquen en su compañía media docena de soldados de Marina, buenos fusileros. Y me refiero tanto a un peligro externo como interno. Sus hombres pueden dudar en aceptar un ataque contra la *Andorinha* llegado el momento, por ejemplo. Con fusiles cargados en sus proximidades se evitarán tentaciones.

—Lo comprendo, señor, y muestro mi acuerdo. El guardiamarina Mascari también podría embarcar, señor. Ya que nos hemos tratado y...

Quedé pensativo porque, en verdad, no era la solución que amparaba en mi sesera. El caballero guardiamarina era demasiado joven, aunque en la operación que afrontábamos demostrara cordura de superior edad. Por otra parte, debía escoger a un oficial en quien Marco pudiera confiar.

—De acuerdo, Mascari pasará a la Capital con seis soldados de Marina y su correspondiente armamento.

—Encantado, señor —sonreía de felicidad.

—Tampoco confío mucho en ese criollo español. Si fue salvado por su padre, le será fiel.

—Mauricio será fiel a quien más le pague. Solamente piensa en amasar plata, como él dice. Además, tiene mucho respeto a Aldo. No será problema.

—Por otra parte, y si no le importa, creo que sería buena medida que mi piloto hable con Aldo Neves. Le seré sincero. Poco sabemos de los alrededores de Sofala y esos bancos peligrosos que mencionaba, pero mucho menos sobre las islas Mascareñas.

—Lo tendrá a su disposición y colaborará con extremo placer. Ya le digo que el viejo es un experto en estas aguas, muy por encima de mi padre. Le salieron los dientes navegando por estas costas.

—Me alegro porque presenta una buena garantía. En ese caso, todo aparejado. Llevaremos a cabo el trasiego de personal, al tiempo que mi piloto pasa a la goleta para conferenciar con Aldo Neves, a quien, por cierto, me gustaría saludar.

—Desde luego, señor. Cuando lo estime oportuno.

—Y a continuación abandonaremos la bahía de Delagoa sin mirar a popa. A ver si somos capaces de tragar esas quinientas millas en escasos días y nos favorece la suerte. Dios quiera que podamos cazar a la fragata *Andorinha* antes de que abandone Sofala.

—Que Dios escuche sus palabras, comandante Leñanza. No me perdonaría que fuera incapaz de salvar a mi madre.

—La rescataré, estoy seguro.

Poco después, mientras don Enrique salía a la carrera hacia la goleta con sus apuntes a mano, reunía a mis oficiales para exponerles la situación y previsión de movimientos. Por fortuna, todos habían regresado a la normalidad, aunque alguna cara mostrara rastros de estrago fáciles de deducir. En primer lugar, deberíamos progresar en dirección norte más de cuatrocientas o quinientas millas, confiando al ciento en el joven Marco y su palabra. Y, ya después, los dioses deberían ampararnos en ventura. Me jugaba la empresa a una sola carta, tras haber caído en la trampa más absurda. Recé unas oraciones porque el futuro de mi carrera se encontraba prendido en el aire y con escaso soporte. Todo dependía de que fuera capaz de apresar a la fragata *Andorinha* y al bucanero relamido que la mandaba.

* * *

Comenzaban a caer las luces cuando la fragata *Proserpina* progresaba tanto avante con la punta Gibbon, extremo occidental de la isla Elefante, que acaricia sus peligrosos bajos en derredor. Y no había sido tarea sencilla hasta el momento, por haber necesitado de remolque permanente a lo largo de toda la bahía de Delagoa, con un viento del nordeste flojo y entrado en rebufos malparidos. Escasos minutos después podíamos abrir por fin a estribor en franquía con todo el aparejo largado a los cielos, para entrar con rumbo al límite de la bolina cuarta arriba, proa al levante y amurados a babor en rasante. No auspiciaban las condiciones reinantes una navegación de rosas hacia el nordeste, si el soplo continuaba entablado del primer cuadrante, condición que aventuraban de firme pilotos y derroteros. Por fortuna, y en compensación, se mantenían los cielos despejados, muy buena visibilidad, temperatura agradable y marejada suelta.

Había apresurado al máximo las últimas medidas llevadas a cabo en el fondeadero, que no era calidad de gusto perder una jornada más en la bahía. El joven Marco había entrado en prisas nerviosas, con el pensamiento entablado en el salvamento de su madre por encima de cualquier otra consideración. Así, al menos, lo aseguraba. Por el contrario, mis pensamientos se ceñían en cepo hacia la figura del capitán culebrón y los caudales embarcados en su fragata. Porque, si las condiciones eran ciertas, la presa podía escaparse de las manos con facilidad en Sofala o por las islas

Mascareñas. Y no me crean clavado en fantasías de gloria, que también se deslizaba por mi cerebro la geografía de las Molucas y la isla de Ternate en particular, aunque el número de millas a cubrir se elevara en tantos miles como para perder la cabeza.

La goleta Capital abandonaba la bahía por sus propios medios con extrema facilidad, cual falúa engolfada en bogos. Y ya con observar sus dos primeras viradas en las aguas reducidas, al canto y en seco, demostraba ser capaz de arañar el viento al gusto y disponer de una buena dotación. Debí aceptar la opinión de Marco Silveira, al considerarla marinera como pocas y capaz de dejar a popa hasta el alma propia. Nos concedió una pasada en caliente por sotavento cuando ya alcanzábamos los picos del cangrejo, momento en el que pude divisar al guardiamarina Mascari junto a su nuevo amigo en la toldilla, con el pelo revuelto al aire y estampa de felicidad en sus gestos. Había decidido que se mantuvieran con libertad de gobierno en nuestras proximidades, hasta el momento de atacar la entrada al puerto de Sofala, cuando debería abrir camino a proa para seguridad propia.

Aunque confiaba en nuestra fragata de proa a popa, dirigía la mirada hacia los palos con insistencia. Y no por razón de dudas aparecidas en personal o aparejos. Lo cierto es que, en la ocasión, no podíamos ofrecer la blanda ni en la bolina de caída. Y aunque deseara enhebrar pensamientos dulces en la sesera, la imagen de la *Andorinha* se mantenía clavada en el cerebro con insistencia. Al mismo tiempo, la situación de incertidumbre me hacía sufrir de impaciencia. Porque la balanza se movía de forma inestable y cualquier pequeño factor podía inclinarla a la banda equivocada. El contramaestre pareció comprender mis pensamientos.

—Cazaremos a ese malandrín que se maneja con guantes de gamuza, señor comandante. Esa fragata *Andorinha* no podrá sacarnos de vuelta ni media milla.

—Parece muy velera, como nos habían indicado, pero sin exageraciones. Con toda sinceridad, navegando a un largo no creo que nos supere una cuarta.

—Se presenta a nuestro favor la condición de que debe ser voluminosa y pesada su carga, porque mostraba la borda bastante baja. Esa situación le hará perder andar, al menos una milla.

—Y si ha de embarcar algún material en Sofala, mejor para nuestra empresa. Espero que le pese como el azogue en quintales.

—Ese bellaco merece colgar de la verga mayor, tras sufrir vergüenza pública en su hogar más querido. No se pueden consentir sus acciones. La verdad, señor, creí que no despertaba ningún oficial —esgrimió una sonrisa

cerrada—. Y me veía marinando la fragata hacia España con el rabo entre las piernas.

—Se trata de un engaño más propio de rufianes —apostilló el segundo comandante, que se mantenía a nuestro lado.

—Desde luego. Y por todos los cristos que no se lo perdonaré jamás ni por ley de orden. Además de jugarme mucho en esta empresa, incluso la categoría personal ganada a pulso durante muchos años, deseo fervientemente enfrentarme a él cara a cara. Pocos anhelos se han emplazado en el alma con tal fuerza a lo largo de mi vida. Y por los dioses de la mar que no dudaría en disparar con el viejo pistolón a reventar en sangre contra su cara relamida.

—¿Y si hemos de perseguirlo hasta la isla francesa, señor? —preguntaba Romarate, que se mantenía atento a cualquier voz—. Se nos puede presentar un grave compromiso. Si, como parece, ese rufián es buen amigo de los gabachos, le ofrecerán protección y podemos dar los caudales por perdidos.

—No arriemos la vela al faldón, segundo. Si hace escala en la isla de La Reunión, no se le ocurrirá declarar su verdadera carga ni obligado por el Santo Oficio. Y si suele aparecer por allí con razón de negocios propios, no recibirá inspección alguna. Pero tiene razón en que, llegado ese caso, se nos abrirá un grave embarazo. En primer lugar, deseemos que nos sea posible cazarlo en Sofala, porque solamente nos lleva un día de adelanto. Por mínima que sea su necesidad de permanecer en dicho puerto, necesitará una jornada. De esa forma, remataríamos esta empresa, que se ha mancornado cuando la teníamos al alcance de la mano. Si hemos de proseguir, espero que la Patrona nos marque un camino. ¡Malditas sean las putorronas de la cloaca! —Volvía la escena del palacio Osterwijk a mi cerebro—. No debí aceptar esa invitación para la cena, sino haberle obligado a salir a la mar de inmediato.

—No se torture más con esa idea, señor. Nadie es culpable. No podía sospechar de su conducta, tras las explicaciones ofrecidas, certificadas además por el gobernador.

—Tiene razón, pero algunas ideas son difíciles de olvidar. Mucho molesta que te tomen por estúpido.

—¿Navegaremos a bordos de puño, señor? —preguntó don Anselmo.

—Nada de eso, nostramo. Bordos largos para regusto de la dotación. De acuerdo a la conversación que mantuve con Aldo Neves, no debemos esperar un cambio notable en la dirección del viento y, si acaso, aumento de su fuerza. Por tal razón pienso separarme suficientes millas de la costa hacia el leste, antes de entrarle en vuelta. ¿No es así, don Enrique?

—En efecto, señor.

—Mantendremos este rumbo de levante puro lo necesario, hasta poder aproar por derecho hacia el cabo Corrientes, en los 24 grados de latitud. A partir de ahí, la costa deja de correr hacia el nordeste para tenderse al norte cierto, momento en el que pueden abrirse los vientos, según aseguraba el viejo mulato.

—Parece que ese piloto se las sabe todas con puntos exactos, señor. Espero que sea persona de fiar —dijo don Enrique con la mirada baja.

—También yo confío en ese detalle, tras haber sido escaldado una vez. Parecía un buen hombre y con bastante cariño hacia el joven Marco. ¿Tomó notas para la recalada en Sofala?

—Sí señor. Ningún problema aparece a la vista, si mantenemos suficiente resguardo y fondeamos a media milla larga del puerto.

—Así lo haremos, desde luego. Ahora deseo que aumente el viento y bebamos millas al galope. No aguanto esta situación de espera.

No se me concedió el deseo hasta la tercera singladura, unas jornadas que se alargaron en mi pecho como escalada de muerte. Pero por fin se abrió el telón, cuando debíamos haber navegado una distancia cercana a las doscientas millas. En el crepúsculo de la mañana aumentó el soplo a frescachón sin intermedios, al tiempo que algunas nubes formaban columna por el sudeste en rumazón de escape. Fue el momento escogido para virar por avante y quedar con proa al noroeste cuarta al norte. Y aunque apagamos los juanetes en prevención, comenzamos a progresar a ritmo de fuerza, con la *Proserpina* en sinfonía de placer. Porque ya se sabe que las fragatas son como los caballos de raza pura, querenciosas del frescachón en preferencia al viento de todas las velas, aunque disminuya su superficie de trapo.

En la mañana del siguiente día, todavía con bruma en cinta, avistamos tierra. Y un par de horas después podíamos observar el mismo tipo de costa amurallada en faldones y con pequeños regueros de arena en recibo. A mediodía reconocimos el cabo Corrientes con su cerro Barroso en las cercanías, abierto tres cuartas por babor. Y, como gracias al dios Eolo el soplo se desprendía un par de cuartas hacia el levante, conseguimos aproar al resguardo de costa en dirección norte. De todas formas, era consciente de que nos movíamos en el límite y dudaba de que pudiera progresar al mismo rumbo hasta nuestro destino. Esa misma tarde atravesamos el trópico de Capricornio, ese círculo menor austral que, según los viejos hombres de mar, ofrece al navegante la concesión de un ferviente deseo, una vez se corta en cuajo. Conocedor de que el nostramo creía en las antiguas tradiciones como Biblia pastoral, entré en su salsa.

—Hemos cruzado el trópico del sur. ¿Ha elevado ya su petición, don Anselmo?

—Sin duda, señor. Y estimo que se aparejará bastante a la suya.

—Como es fácil suponer, la mía está clara como los hielos del norte.

—Pero no la miente, señor, o se perderá el hechizo en doblete.

—No se me ocurriría, que mucho emplazo en su consecución.

—Con todo respeto, señor comandante —preguntaba, intrigado, el alférez de fragata Crespi—. ¿Hay que elevar una petición?

—Ya veo que no se encuentra al día de las viejas tradiciones de la mar, condición muy negativa para quien decide vivir sobre las aguas —le entraba con retranca al joven oficial—. Hemos cruzado el trópico del sur. Si pide algo con fe en los dioses de la mar, se le concederá. Pero para sus tripas y sin largar una sola palabra a los vientos.

No pareció muy convencido el oficial palermitano de aquella milenaria tradición. No obstante, estaba seguro de que también él pediría con ansia apresar a la fragata de nuestros deseos, y meter al capitán Silveira en vereda estrecha.

Las casi trescientas millas hasta nuestro punto de destino las corrimos en brecha con el frescachón entablado en leste-nordeste. Pero el abatimiento aumentaba, así como esas corrientes que navegan al gusto en ocasiones. Por tal razón, a la altura del cabo Lady Grey debimos caer a estribor y cruzar el viento, para regresar a rumbo de corrida seis horas después, momento en el que Eolo bajaba el soplo y nos permitía largar hasta la pañoleta. El fin perseguido era el de avantear el cabo Bazarouto, extremo norte de la península Bazarouta, convertida en isla con marea alta. A partir de ese accidente, se abría la puerta hacia el banco de Sofala, bahía abierta en cuarenta millas, en cuyo centro desaguaba el río Sofala, que ofrecía nombre a la antigua capital del virreinato.

Acortamos vela en la noche de la sexta singladura, a la altura del paralelo de Sofala, casi en los veinte grados de latitud, y a unas treinta millas de distancia. La goleta navegaba ya por nuestra proa con un generoso tarro de luz a popa, por lo que entrados en confianza sobre las cualidades del piloto Neves, seguíamos sus aguas. No obstante, intentábamos comprobar todos los detalles de la navegación por nuestra cuenta, como es razón obligada.

Esa noche la pené en cuaresma de pensamientos, con los demonios rojos en recorrida sin freno. Porque ahora ya la silueta de la fragata *Andorinha* se encajaba desde cualquier dirección. Elevé todos los rezos conocidos para que en el amanecer apareciera por nuestra proa. Y bien sabe Dios que, en dicho

caso, le clavaría los arpeos con fuerza para no separarlos jamás, ni obligado por los fuegos del infierno. Eché de menos la presencia de mi cuñado Beto, el gran amigo y compañero, esa voz de confianza que tanto añora el comandante de un buque en la mar, inmerso tantas veces en su propia soledad. Pero ya restaban pocas horas y pronto podríamos festejar en gloria o penar rendidos.

16. Sofala

Dice el refrán, para quienes se mueven en tierra seco adentro, que todo llega en esta putañera vida tarde o temprano, ya sea para bien o para mal. En los proverbios de la mar, sabios como ley bíblica y de obligado cumplimiento, solamente somos capaces de asegurar que toda travesía a bordo de un buque se remata en puerto amigo o enemigo, con o sin aparejo, siempre que la señora de los mares no opine a la contra. En mi particular caso a bordo de la fragata *Proserpina*, embocaba por fin la jornada en la que podría culminar mis deseos al gusto y rematar la empresa de un solo tajo, si encontraba en puerto el objetivo de mis pensamientos. Entrábamos en el primer día del mes de abril del año del Señor de 1813 y mantenía los rezos alzados para que se cumpliera la hipótesis establecida días atrás.

Aquella decisiva mañana en la que pensaba fondear en la bahía de Sofala se abrió el crepúsculo con cielos despejados, viento fresquito del nordeste y, para aumentar los males cerebrales, con horizontes tomados al copo. Parecía encontrarme en la costa mediterránea, con esas borias matinales que se forman en los meses de estío y se alargan como maroma vieja, hasta bien elevado el sol en cresta. El piloto calculó que debíamos encontrarnos solamente a cinco millas de nuestro destino, mientras la goleta *Capital* navegaba con decisión por nuestra proa, unas aguas que seguíamos a medio cable^[36] de distancia, acortada la vela hasta quedar con mayores solamente.

Aunque fiaba al ciento en las informaciones suministradas por Marco Silveira y, de forma especial, por Aldo Neves, poco después ordené que se comenzara a sondear con cierta periodicidad. Y comprobamos con placer que los datos ofrecidos por el piloto mulato se ajustaban con bastante exactitud a la realidad. Porque, en efecto, esa bahía a la que solían nombrar como banco de Sofala, entraba en una profundidad casi permanente desde el veril de las sesenta millas a la costa, hasta el mismo puerto, con una sonda media de veinte brazas y un fondo arenoso que auspiciaba buena calidad como

tenedero^[37] de garantía. El único peligro quedaba patente con los movedizos bancos de arena que debían aparecer a una milla del puerto. Habíamos acordado que la *Proserpina* fondearía a suficiente distancia y en seguridad, mientras la Capital continuaba su navegación en serpenteo hasta Sofala. Bien es cierto que el peligro de los bancos arenosos sin algar de enganche es relativo. Porque, si no se clava la proa con demasiada arrancada avante, es posible zafarse con el concurso de la lancha en remolque.

También de acuerdo a nuestros planes conjuntos, las acciones a seguir dependerían de la presencia o no de la fragata *Andorinha* en aquellas aguas, detalle capital en el que cifrábamos muchas esperanzas. Y se trataba de condición en la que prefería no pensar de momento, o los nervios acabarían por saltar hasta los ojos en bala. Por tal razón, ajustábamos los anteojos en el alcázar de la *Proserpina*, en impaciente espera de que se levantara de una vez aquella indeseable bruma, pero temiendo al mismo tiempo que el telón nos permitiera comprobar una indeseable realidad.

Siguiendo las señales acordadas en la bahía de Delagoa antes de separarnos, observamos el braceo del guardiamarina Mascari para que redujéramos el trapo hasta el mínimo, momento en el que ordené cargar todo el aparejo a excepción del trinquete y foque, permaneciendo ambos ojo avizor y brazos con escotas a la mano. Pocas varas después, apagábamos toda vela con las dos anclas preparadas a la pendura para el inmediato fondeo, al tiempo que ya nuestra lancha se movía en el agua con el remolque afirmado por si era necesario su concurso. Por fin, gritaba el marinero de proa una sonda de siete brazas, cuando ordenaba fondo a los dos ferros^[38], que debían clavar sus uñas con rapidez. De esta forma, quedamos fondeados al abrigo de extraños como gato sumiso entre las aguas, acariciados por un viento fresquito del nordeste, escasa mar de entrada y buenos auspicios.

Todavía nos manteníamos en nerviosa espera cuando, como por arte de magia y posiblemente obra del Maligno, desaparecía la costra de boria en el perfil de costa apartada al golpe de mano, para mostrar la línea de tierra en toda su amplitud y con detalle en escasos segundos. Destacaba por nuestra proa un conjunto miserable de chozas, chamizos y escasos edificios de fábrica, esparcidos al desgaire y sin un mínimo orden. También descubrimos a banda y banda de la desembocadura del río Sofala esas amplias y nombradas marismas, que amparaban tanta epidemia de muerte en las épocas secas. Y poco se aparejaba el cuadro expuesto a la vista con la ciudad que, según los historiadores, atestiguaba la existencia de la antigua Ofir, en cuyas cercanías extraían los fenicios el oro para el rey Salomón. Bien es cierto que

todavía se trabajaba en las ricas minas auríferas, situadas casi a sesenta leguas al oeste de la ciudad, que hicieran considerar al puerto Sofala como centro comercial del rico metal en todo el mar de las Indias.

Decía que el descorrido de la niebla debía ser obra del Maligno porque, con el puerto a una milla de distancia, salvo un buque parecido a tartana del comercio y dos o tres faluchos pesqueros, no se ofrecía ninguna embarcación más a la vista. Aunque movíamos los anteojos a banda y banda en barrido sin fin, perdimos las palabras al comprobar que la zorróna fragata de nuestros sueños no se encontraba en aquellas aguas. Sentí el golpe bien dentro, como mazazo de espuela. Porque de aquella forma se cerraba la más deseada posibilidad de resolver quitas y dolores. Si horas antes pensaba en una maniobra sencilla para apresar a la *Andorinha* y encaminarla a mi lado hacia la bahía gaditana, podía olvidarla. El segundo comandante dejó caer las primeras palabras, con el desánimo encastrado en rostro y alma.

—Parece que no nos acompaña la suerte una onza, señor. Ese culebrón no aparece.

—Ya lo veo. ¡Maldita sea su alma, que espero se pudra pronto entre los fuegos eternos! Todo marchaba a son de rosas, hasta que asistimos a la recepción en el puto palacio de Oosterwijk.

—Es posible que hayamos avanteado a la *Andorinha* en la navegación desde Lorenzo Márquez, señor. Nuestra fragata ha bebido millas en ronda sin tregua —apuntó el alférez de navío Dávila, en vano intento de ofrecer alguna salida de consuelo.

—Para nuestra desgracia se trata de condición muy difícil de creer, por no decir imposible —dije, mientras respiraba a fondo e intentaba largar quintales de lastre—. Nos llevaba una jornada de ventaja y el capitán es buen conocedor de estas aguas. Tampoco se levantaron temporales de daño en estos días que pudieran ofender su aparejo. Si no ha aparecido en Sofala, debe ser que el muy cabrón tiene decidido no tocar este puerto.

—Pero su hijo aseguraba... —Romarate cesó en su parla, al comprobar el gesto de mi cara.

—Marco nos ha asegurado bastantes detalles, en los que creí firmemente. Pero el primero y principal acaba de evaporarse de nuestras garras por indeseable encanto. Y como todavía confío en la sinceridad del joven, tal condición quiere decir que el capitán sacamantecas debió mentir a su hijo y no pensaba hacer escala en este puerto. A no ser que lo haya decidido después, pensando en mi segura persecución. Bueno, no se trata más que de elucubraciones sin posible rédito. De todas formas, no debemos olvidar que

acordó con su denostado vástago un posterior encuentro en la isla de La Reunión, por si no coincidían en Sofala. En ese caso, deja aquí esas dos colecciones valiosas, armas y perlas, de las que tanto hablaba el joven Silveira.

—Es posible que las hiciera recoger por otra embarcación para una posterior entrega, señor —dijo Orcajo, entrado en dudas.

—Todo es posible.

—¿Qué haremos ahora, señor comandante? —preguntó Crespi con cierta prevención.

—Podemos cocear las estrellas y aproar hacia el puto infierno, como primera medida —no resultaba tarea sencilla contener la indignación, aunque comprendí que no se encontraban allí los culpables de mis tormentos. Intenté regresar a la normalidad—. Apalabramos todas las posibilidades con Marco y Aldo Neves en la bahía de Delagoa. Si por cualquier circunstancia no se encontraba la *Andorinha* en este puerto, el joven pasaría a la hacienda Almeida para rescatar a su madre, si es que se mantiene con vida. Mientras tanto, me presentaré al gobernador de Sofala, le expondré la situación y recabaremos información sobre los movimientos de Silveira, por si alguien puede ofrecernos una mínima razón.

—Si no ha pasado por aquí, pocas... —comenzó Orcajo, para detenerse a media frase.

—Sin más remedio ni descanso, deberemos progresar de firme hacia la isla de La Reunión. No podemos perder un solo día. Según el piloto mulato, tiene que tocar en aquel puerto por absoluta e imperiosa necesidad. Bueno, la verdad es que sus vaticinios comienzan a perder credibilidad en mi pecho, aunque me agarre a esa posibilidad con arpeos de fuego.

—Nos aguardan más de mil millas a levante —comentó Romarate para sus tripas.

—Llegado el caso, nos recomendó tomar el canal de Mozambique por el sur, ¿no es así, don Enrique?

—En efecto, señor. Con estos vientos de componente norte es preferible. A poco más de cuatrocientas millas a levante tenemos la gran isla de San Lorenzo^[39], que se disputan britanos y franceses, aunque sus propios reyezuelos muestran bastante poder y escasa sumisión a los europeos. Deberemos costanearla por el sur hasta doblar su punta más meridional, el cabo de Santa María. A partir de ahí, proa hacia el nordeste hasta la isla de La Reunión. En total, unas mil doscientas millas más o menos, a tiro derecho.

Precisamente, la capital, Saint Denis, se encuentra casi en la misma latitud que Sofala.

—¡Juro que le cortaré los huevos y se los haré tragar en seco a ese malnacido ramplón! —regresaba a mi ánimo la furia contenida—. Por Dios crucificado, que lo teníamos a la mano y lo dejamos escapar con sonrisa en la boca.

Se hizo el silencio y nadie en el alcázar osó elevar una mínima frase de aliento, temerosos quizá de una posible reacción a la brava de su comandante. Pero era fácil comprender que, en aquellas palabras mías, se encerraban todas las maldades en recorrido incierto por el cerebro. No podía abandonar el pensamiento de que, tras recorrer miles de millas, había tenido a la fragata *Andorinha* a la vista y en puerto, mientras ahora todo se abría en posibles lejanos y con otras miles de millas a recorrer. Pero no había más remedio que clavar pecho adelante con espuma alzada. Además, no debía mostrar un total abatimiento ante mis hombres.

—Bien, señores, debemos continuar con la misión impuesta. Para eso hemos sido enviados a miles de millas de distancia. Que preparen mi falúa. Y con marineros bien comidos, que la faena de remo se presenta de alargado esfuerzo. Pasaré por la goleta para hablar con Marco y Neves, antes de atacar el puerto y presentarme al gobernador. ¡Segundo!

—Mande, señor comandante.

—¿Necesitamos aguada? Piense en una travesía de dos o tres mil millas.

—Nos encontramos casi rellenos y con agua de calidad. Si el gobernador le ofrece líquido de garantía, podríamos rellenar, aunque no sea necesario.

—En ese caso, nada de barqueo con tierra, no nos vayan a entrar los miasmas de los que tanto se habla. Prepare el buque para levar y encarar la nueva navegación. Marcharemos hacia la isla de La Reunión y hasta el mismo infierno si es necesario. Pero le cercenaré los huevos a ese mamón de palacete tarde o temprano, aunque deba circunnavegar el globo en repetición.

Una vez vestido en orden, pasé con mi falúa a la goleta Capital, que se había atracado a un muelle sobre pilotes de escasa confianza. Y a la vista quedaba su movimiento incierto con las oleadas de la marea alta. Una vez a bordo, sólo tuve que observar el rostro de Marco, para comprobar que el pobre no me había mentado. Porque también su pesar era evidente y en tono elevado. Se adelantó hacia mí, antes de que pudiera dirigirle una sola palabra.

—No sé qué ha podido suceder, señor, y bien que lo siento. Debía pasar por aquí. Así me lo aseguró, al menos. Hemos preguntado a dos pesqueros y

nada saben de la *Andorinha*, aunque conocen el buque de otras ocasiones. Aseguran que por esta bahía no ha aparecido.

—Es posible que no confiara tanto en tu persona como suponías. No obstante, supongo que continuáis convencidos de que ha de tocar en la isla de La Reunión.

—Sin falta, señor —apuntó Aldo Neves con seguridad—. Los asuntos de Sofala podía solucionarlos desde Lourenço Marques con mayor o menor dificultad, incluso dejarlos a la banda y olvidarlos, dado su relativo valor. Pero no los que mantiene en la isla francesa, que son de bastante enjundia. Porque desde allí dirige sus estaciones menores de otras islas. Además, ya nos comunicó que, en caso de no coincidir en este puerto, hiciéramos por la isla francesa sin pérdida de tiempo.

—¿Y esas valiosas colecciones de las que hablabas? —preguntaba al joven.

—Dice Aldo que, posiblemente, se las hiciera transportar a Delagoa en la balandra Graciosa de su compañía, antes de venderla. Entró en Lourenço Marques una semana antes que la *Proserpina*. Pero tampoco lo podemos asegurar.

—Pues debemos continuar con la maniobra de caza. Voy a presentarme al gobernador.

—El general Souchet podrá darle razón cierta sobre las colecciones, porque es el clavero mayor de la Banca Nacional. En cierta ocasión visité con mi padre esa Institución y pude comprobar la existencia de cuatro grandes cajas, tres de ellas para las armas y una con la colección de perlas.

—¿Has dicho general Souchet? No será pariente del gabacho malandrín que manda las fuerzas francesas en el sur de España.

—Es de descendencia francesa, señor, pero un patriota portugués sin tacha.

—Menos mal. Bueno, Marco, entiendo que piensas dirigirte hacia esa hacienda...

—En efecto, señor. Aldo me acompañará con algunos de nuestros hombres en unos pocos minutos.

—No acudas con el pecho en blanco. Quiero decir que si se encuentra custodiada por antiguos soldados, deberán armarse en conveniencia.

—Así lo habíamos pensado, señor. Si todo corre a favor, esta misma tarde podemos estar de regreso. Y quiera Dios que encontremos a mi madre con..., con vida.

—No lo dudes. En ese caso, podríais embarcar ambos en la *Proserpina*, para comodidad de tu madre. Y mañana con las primeras horas deberíamos abandonar Sofala en dirección al cabo de Santa María.

—No se preocupe en exceso, señor. El capitán Silveira necesitará bastantes días para arreglar sus asuntos en esa isla —aseguró Neves.

—Poco fío en los movimientos del capitán. Cuanto antes lleguemos a los alrededores de Saint Denis, mejor para todos. Ya pensaremos qué podemos hacer allí, una vez entrados en aguas francesas. Pero no perdamos tiempo y salgan hacia esa hacienda.

Embarqué de nuevo en la falúa con dirección a un embarcadero, que nos señalaron desde la goleta a escasas varas de distancia. Y de nuevo me dirigí a conferenciar con la autoridad portuguesa, lo que parecía convertirse en una costumbre repetida. Esperaba encontrar a una persona bien distinta al maléfico general Nolasco, si las palabras de Marco acertaban en la ocasión. Pero no podía desprender esa frase que me taladraba el cerebro sin cesar como martinete de arsenal: lo había tenido en la mano y dejado escapar. Y tampoco conseguía olvidar, que no sería fácil explicar esos detalles a mi regreso a España, si no era capaz de cazar al pájaro en vuelo.

* * *

Fui recibido con rapidez por el gobernador de Sofala, un teniente general del Ejército portugués entrado en años, amable y cortés, en clara disonancia con el prepotente malparido que debí encarar en la anterior escala. Y, decidido a entrar en verdades desde el primer momento, aunque rozara veredas delicadas, le narré con la necesaria síntesis todo lo acaecido desde que partiera de Cádiz hasta mi llegada a Sofala. Y, por supuesto, sin olvidar las conversaciones mantenidas con el general Nolasco que, por fortuna, era subordinado de Souchet. Para mi sorpresa, no pareció extrañarse mucho de los diferentes aspectos expuestos en mi larga perorata, ni siquiera de aquellos que podía considerar más delicados. Porque, después de todo, con mis palabras atacaba de lleno en sus ineludibles principios a ciudadanos y autoridades portuguesas con clara acusación.

—Le agradezco su sinceridad, comandante Leñanza. No soy partidario de los paños calientes y jamás me ha asustado la verdad, aunque duela por alto. Tomo nota letra a letra de todo lo que me expone sobre la negligente conducta del general Nolasco, que así la conceptúo por derecho. Le creo sin dudarle porque, para desgracia propia, no es la primera ni la menor queja que recibo

de su persona y comportamiento. Y en nombre del Gobierno portugués, a quien representamos, le pido disculpas. Actuaré en consecuencia porque estimo que nuestro representante en Lourenço Marques ha rebasado con creces y a la baja el nivel permitido. Puede estar seguro de que regresará pronto a la Península y con los informes en correspondencia de sus actos. Tan sólo le pido que mantenga la reserva adecuada en razón de la amistad y alianza establecida entre nuestros reinos. Aunque no debería ser así, sino al contrario, en las colonias sufrimos en demasía comportamientos deshonorosos de este tipo.

—Puede estar seguro de mi discreción, señor gobernador. No obstante, deberé referir todos los detalles en el informe que he de elevar al comandante general de la Escuadra del Océano, a mi regreso a España. Por mi parte, tan sólo intento cumplir con las órdenes recibidas.

—Lo comprendo y aplaudo. En cuanto a lo que me refiere sobre la conducta mostrada por el capitán Silveira, y si he de corresponderle con la misma sinceridad, sus informaciones se acoplan bastante al concepto que siempre me ha concedido su personalidad. Hablando a las claras, nunca me ha gustado ese hombre, demasiado dadivoso y elevado en asombrosa fortuna del día a la noche, sin abordar otros negocios de dudosa honradez en los que anduvo inmerso. En cuanto a su opinión de que debería hacer escala en Sofala para recoger valiosas piezas de la Banca Nacional, puedo asegurarle que no será necesario porque, sencillamente, ya las tiene en su poder.

—¿Cómo ha sido?

—Hace un par de semanas envié a un hombre de su entera confianza, un piloto que, según tengo entendido, se llama Firmino Walsum. Este personaje me mostro un poder legal, validado en ley por el general Nolasco y firmado por la mano de Silveira, con autorización para sacar cuatro cajas de la Banca Nacional estibadas a su nombre. Y se procedió a ello como preceptúan las normas de la Casa. Las embarcó en una goleta o una balandra, no puedo recordarlo con detalle, que partió con rapidez hacia Delagoa.

—Debió ser la balandra Graciosa y por esa razón ha partido directamente hacia la isla de La Reunión, aunque esa información se la omitiera a los demás hombres, incluido su hijo.

—Si Marco Antonio rescata a su madre, certificando que la mantenían retenida en contra de su voluntad, puede estar seguro de que Joao Silveira será detenido por mis fuerzas en caso de que pise este territorio, y no verá la luz del sol en el resto de sus días.

—No creo que se produzca tan feliz contingencia, señor, y bien que lo siento.

—Disfruté de la compañía de la hija del virrey en varias ocasiones, cuando trabajaba muy cerca de su padre. María Leonor es una mujer de gran belleza y extrema bondad, que no merecía el hombre con quien decidió unirse. Así lo pensamos más de uno en estos territorios por aquellos días. Y es triste pensar que, cuando se me comunicó su muerte en el terrible incendio, albergué algunas sospechas, pero sin una mínima prueba. Por tal razón, no tuve más remedio que asistir a los funerales por el descanso eterno de su alma. Incluso le declaré mis condolencias a su viudo, que se deshacía en lágrimas de falsedad. ¡Qué barbaridad! Es difícil creer que un ser humano de elevada categoría, esmerada formación y noble familia pueda conducirse de tal forma.

—Debió perder la cabeza por esa mujer india de especial atractivo, aunque tal debilidad jamás pueda justificar tamaña felonía. Sin olvidar el capítulo de las riquezas de la familia Almeida, que pasaron a su poder sin legados de protección filial.

—Este personaje no es más que un degenerado, uno más de esos excrementos de la sociedad que deben eliminarse con mano dura y sin pestañear. Pero soy un hombre práctico y comprendo que no puede perder tiempo, conde de Tarfí. Deseo fervientemente que acabe por apresar a ese bellaco y, aunque no le sea necesario por producirse fuera de estas aguas, le autorizo a apresar su fragata y conducirlo a España con grillos en manos y pies para que sea severamente juzgado. No obstante, y si lo desea, podría dejarlo a mi cargo para que sufra la correspondiente pena. Gozaría al presidir un juicio con él de reo acusado. Queda a su elección.

—Da por hecho que acabaré por encontrarlo, señor, condición que le agradezco. Por todos los santos, que lo deseo como el agua del naufrago, pero se han abierto los horizontes con preñada rumazón. Mucho me pesa el haber perdido la gran ocasión en la bahía de Delagoa.

—No piense más en ello. No podía esperar que un antiguo oficial de la Real Marina portuguesa se condujera como un salteador de haciendas.

—Es posible que mi última oportunidad tenga lugar en esa isla de La Reunión. Bien es cierto que todavía no sé lo que podré hacer llegado el momento, si la bandera tricolor luce en el puerto de Saint Denis.

—Si no ha ocurrido nada nuevo en los dos últimos meses, encontrará esa isla bajo soberanía francesa. Y con elevada guarnición para defenderse de los

ataques ingleses. Pero, si la intención de Silveira es continuar travesía hacia las islas Molucas, siempre podrá esperararlo aguas allá.

—Ya he pensado en ese sentido, señor. El problema es que la fragata *Andorinha* es muy velera y no estoy seguro de poder cazarla mano a mano. Por fortuna su carga es poderosa y le resta alguna milla de andar, lo que puede compensar en alguna onza la balanza. Quizá la goleta pueda ayudarme para llevar a cabo un ataque conjunto. En fin, llegado el momento deberé decidir y arriesgar lo que sea necesario. Porque no pienso regresar a España sin esos caudales, aunque deba navegar hasta la isla de Ternate o mil millas más allá.

—Esperemos que los cielos cooperen con la justicia terrenal alguna vez —mover la cabeza de forma pesarosa hacia ambas bandas—. Antes de despedirnos deseo pedirle un favor, brigadier Leñanza.

—Me tiene a su entera disposición, señor gobernador.

—Aunque comprendo que desee salir a la mar sin mayor espera, en el caso favorable de que Marco Antonio rescate con vida a su madre, me gustaría saludarla, aunque se trate de unos pocos segundos. No quiero pensar que le hayan dado muerte sus guardianes, aunque sería posible. Si el joven me hubiera puesto al corriente, le habría ayudado sin dudarle. He de solicitar el perdón a la señora por haberle fallado. Después de todo, el acto criminal se ha cometido en territorios bajo mi responsabilidad y me siento responsable.

—Así se hará, señor.

—Desearía ofrecerle un almuerzo en mi residencia en compañía de sus oficiales, pero le eximo de tal obligación, si piensa abandonar esta bahía con rapidez.

—Como dice, señor, en cuanto regrese Marco de la hacienda, con o sin su madre, saldremos a la mar. Supongo que el capitán Silveira habrá navegado de forma directa a Saint Denis desde la bahía de Delagoa, con lo que debe llevarme un par de jornadas de ventaja. No puedo perder otra oportunidad.

—Lo comprendo. Por desgracia, no gozará todavía de los vientos Alisios del sudeste, que comienzan a soplar en el mes de mayo.

—Así es, señor. La verdad es que, hasta ahora, los vientos se ajustan de lleno con lo que marcan las predicciones oficiales y no colaboran a la empresa. Deberé continuar sufriendo el nordeste y tan sólo espero que no aparezca uno de esos ciclones que de forma periódica asolan estas aguas. Pero si me lo permite —le entré con media sonrisa—, debo declarar que me extraña comprobar esos conocimientos de mar en un general del Ejército.

—Siempre sucede igual con los oficiales de Marina —el general Souchet esgrimíó una sonrisa paternal—. Creen que los miembros del Ejército somos todos hombres de los montes, con los mismos conocimientos marítimos que un pobre pastor de ganado. No olvide que Portugal es una nación permanentemente abierta a la mar. Y, dado nuestro imperio colonial, mucho debemos embarcar los oficiales del Ejército, como debe suceder en España. Pero, en mi caso particular, gusto mucho de salir a navegar cuando me es posible.

—Creo que tiene razón. Le ruego que acepte mis disculpas por ello. Me alegro de haberle conocido, señor gobernador. Asimismo, le agradezco mucho los consejos recibidos y su comprensión.

—Regrese a su barco y prepare la partida. Si necesita víveres, sólo ha de decírmelo. No le recomiendo embarcar agua porque dudo mucho de su calidad.

—Nada necesito en ese particular aspecto, señor.

—En ese caso, que los cielos le concedan la suerte que merece. No es necesario que acuda a despedirse de mi autoridad.

—Muchas gracias.

Aunque, en realidad, no había solucionado nada, regresé a la *Proserpina* de mejor humor. De todas formas, no podía desprender del cerebro la idea que lo embargaba hasta la tapa. Porque si hubiera encontrado en Lorenzo Márquez una persona como el general Souchet, el capitán Silveira se encontraría en aquellos momentos a buen recaudo. Todas las condiciones se habían sumado a la negra, para propiciar ese monumental descalabro en el que me encontraba. Una vez más, intenté desechar aquellos pensamientos que entraban con aparejado dolor y pensar en positivo. La isla de La Reunión o la de Ternate dictarían sentencia, llegado el momento decisivo.

A bordo de la *Proserpina* no aparecía novedad alguna, como era de esperar. El fondeadero era bueno y el buque se marcaba en seguridad. Y me alegré al comprobar la presencia del guardiamarina Mascari, porque deseaba hablar con él sin la presencia de Marco a su lado. Pero ya de entrada se lanzaba el joven en alabanzas de la goleta con su habitual desparpajo y buen humor.

—Nunca había navegado en un buque tan marinero como la goleta Capital, señor. Cae a la banda con pulsar la rueda, como si se tratara de una pequeña lancha. Y debimos navegar muy recortados de vela, para no avantearles en bastantes millas.

—Ya lo suponía al observar sus movimientos. ¿Qué tal se mueve la dotación?

—Buenos hombres de mar y bastante disciplinados, señor. Según parece, cobran una buena soldada y sin retrasos, condición que siempre anima al marinero. Obedecen a ciegas a Aldo Neves, que realiza las funciones de capitán. Sin embargo, el único que no acaba de entrarme con claridad por los ojos es el piloto criollo, Mauricio González. Lo creo capaz de cambiar de banda a la rápida, aunque prometiera obediencia ciega a Marco Antonio.

—¿Cree que debemos neutralizarlo?

—La verdad, señor, si llega el caso de que debamos arriesgar contra la fragata *Andorinha*, estimo que un par de monedas de oro cumplirían el milagro. Mucho gusta de la plata ese hombre, única fe que lo mueve.

—No es mala razón. A veces prefiero enfrentar a hombres de conducta clara, aunque no sea la adecuada. Pero ahora debe regresar a la goleta, caballero, para cumplir un encargo. Si Marco aparece en Sofala con su madre, deberán rendir visita al gobernador, que desea saludarla. Pero a la ligera, que debemos partir sin demora.

—Muy bien, señor. ¿Qué haremos con doña María Leonor, si todo se resuelve a voluntad?

—Ofrecí a Marco que embarcara con su madre en la *Proserpina* durante el tornaviaje hacia España, una condición que se mantiene prendida en el aire. Pero ahora entiendo que el muchacho debe permanecer a bordo de la goleta y mantener su influencia sobre la dotación. Otra solución sería trasvasar a la Capital alguno de nuestros oficiales y tomarla en presa de ley directamente.

—Creo, señor, que Marco debe permanecer con Aldo Neves y mantener el orden en la goleta. He recorrido la Capital de proa a popa y no aparece una mínima y digna ubicación para su madre. En mi opinión debería embarcar aquí, donde se le puede ofrecer un poco más de confortabilidad. Además, después de tan alargada separación, poco les costará esperar unos días más hasta Saint Denis.

—Si es que rematamos allí la faena. Poco me seduce embarcar en la *Proserpina* a esa pobre mujer, cuando andamos sin plazos conocidos. Por otra parte, si diéramos con la *Andorinha* en la mar, podría ser muy importante el concurso de la goleta. Para ello deberían disponer de un cuaderno de señales y obedecer mis órdenes. Y pienso en la posibilidad de embarcarle algún cañón más de pequeño calibre, para aumentar su artillería.

Los oficiales hacían corro a mi alrededor, por lo que los invité a opinar con libertad sobre el asunto. Romarate fue el primero en entrar a la brecha.

—No hay duda, señor, de que ahora navegaremos hacia la isla de La Reunión. Supongamos que al llegar a la vista de Saint Denis, comprobamos que la fragata *Andorinha* se encuentra cómodamente atracada en su puerto. ¿Qué podríamos hacer?

Se hizo el silencio porque el segundo comandante atacaba el meollo principal, precisamente el tema que más enfocaba mis pensamientos durante las últimas horas.

—Son varias las posibilidades que se nos abren a las bandas, aunque no guste mucho de ninguna de ellas —intenté exhibir una seguridad de la que no disponía—. Forzar la entrada en Saint Denis a cara de perro, sería absurdo y suicida. Podrían batirnos desde tierra con facilidad y, para colmo de males, no conseguiríamos el objetivo perseguido. Porque no debemos olvidar en ningún momento un detalle de capital importancia. Mucho más trascendente que cazar a ese puto bribón de calzas verdes, aunque lo desee con el alma en caliente, es el de recuperar los caudales para nuestro Gobierno. Otra opción sería esperar a que abandone el puerto e intentar cortarle el paso a sangre y fuego, si es que conseguimos cerrar distancias con ella o aparejar maniobra conjunta con la goleta. Y, por último, la única solución que me viene a la cabeza sería llevar a cabo alguna acción encubierta contra la *Andorinha* con nuestra lancha, preferentemente por la noche. Embarcaríamos soldados con armas, en un intento de tomar la fragata y salir a la mar con ella.

—Una difícil operación, señor —dijo Orcajo, poco animado.

—Cualquier acción será difícil, arriesgada y con pocas probabilidades de éxito. Es lógico pensar que, en cuanto observen una lancha sin bandera o con pabellón tricolor en la bocana, envíen el bote de ronda del puerto para su inspección. Y en cuanto se dé una mínima alarma, será empresa perdida.

—No será fácil entrarle a esa fragata por varas, mientras se mantenga en puerto —sentenció Dávila.

—Si me permite, señor...

El guardiamarina dudaba en tomar parte de la discusión, por miedo a ser reprendido.

—Hable con entera libertad, caballero.

—Disponemos de otra opción con mayores posibilidades. Bueno, señor, tan sólo se trata de mi modesta opinión. No olvide que podemos utilizar la goleta Capital para esa operación encubierta.

—¿La goleta? —preguntó el segundo con cierto desdén en el tono de su voz.

—¿Cómo piensa utilizarla? —pregunté a quien consideraba como un jovencito despabilado.

—Según parece, señor, el capitán Silveira espera que la goleta se reúna con él en Saint Denis. Así lo acordaron para el caso de que no se encontraran en Sofala. Por tal motivo, no sospechará si la Capital entra en puerto. Y tampoco las autoridades francesas, porque parece que lo ha hecho en otras muchas ocasiones. Según tengo entendido, Silveira es muy generoso con los oficiales franceses, que le permiten continuar sus negocios en la isla aunque se trate de un enemigo portugués. Si la fragata se encuentra amarrada al muelle, información que debemos recabar de Marco, es de suponer que nadie se alarme si la goleta se abarloba^[40] a su costado. Con nuestros hombres camuflados, sería posible rendirla en un ataque sorpresa, sin llamar demasiado la atención de la guarnición francesa. Y una vez con la *Andorinha* en nuestras manos, salir a la mar con ella durante la noche.

Quedé maravillado con el razonamiento elevado por el joven Mascari, que demostraba una inteligencia y osadía poco habitual en un guardiamarina sin experiencia de mar y escasa vida a sus espaldas. Además, reconocía que se trataba de la mejor de las soluciones expuestas hasta el momento y con ciertos visos de éxito. Necesitábamos algunos datos concretos por parte de Aldo Neves sobre la normal actuación de la goleta al entrar en el puerto de Saint Denis, pero era posible acometer la empresa con visos de realismo y bastantes probabilidades. Lo golpeé en el hombro con sincero afecto, al tiempo que le ofrecía una sonrisa de satisfacción.

—Me parece, caballero, que es una buena solución la que propone. Lo felicito cordialmente y así lo expondré en sus informes.

—Muchas gracias, señor comandante —el caballero parecía haber recibido la mejor de las noticias, al tiempo que el orgullo inundaba su pecho.

—Es posible que la goleta suela entrar en ese puerto con bandera tricolor —apuntó Romarate.

—Esos datos los recabaremos de Aldo Neves o del propio Marco. Ahora tan sólo debemos rogar para que no se retrasen demasiado en la difícil tarea que han emprendido. Creo recordar que esa hacienda Almeida, como la suelen llamar, se encuentra relativamente cerca de Sofala.

—Así es, señor —contestó Mascari con decisión—. Se trata de una hacienda que la familia Almeida poseía en Entumbe, pequeña localidad tribal situada a unas cinco leguas al oeste de Sofala. Allí fue donde se produjo el incendio que le hizo perder la vida a su madre, al menos teóricamente. Esta misma tarde deberían estar de regreso, si no se les abre la tarea en negro.

—En ese caso —me dirigía al guardiamarina—, regrese a la goleta sin pérdida de tiempo. Si aparece Marco con su madre, que saluden al gobernador y naveguen hacia aquí. Y en caso de que haya sucedido lo peor, deberemos proceder de la misma forma. No obstante, hemos de mantener una última y definitiva conversación con ellos, antes de abandonar esta bahía.

—Muy bien, señor.

Me retiré a la cámara con cierto regocijo en las tripas, una feliz condición de la que no gozaba desde bastantes días atrás. Y parecía difícil creer, que hubiera sido un joven guardiamarina quien ofreciera una posible solución a nuestro grave problema. Ese pensamiento, con la goleta abarloada a la fragata madre en el puerto de Saint Denis, comenzó a recorrer mi cerebro en dulces oleadas. Poco a poco intentaba perfeccionar un plan que, conforme pasaban los minutos, consideraba todavía mejor y de más factible ejecución.

17. María Leonor de Almeida

La tensión se había rebajado por cientos en mi espíritu, como si el plan que manejaba el cerebro sin pausa, ofreciera una benéfica tranquilidad, al tiempo que la solución definitiva a los problemas embastados. Es cierto que, en épocas de cruel hambruna, un miserable pedazo de pan perruno se aparece a los ojos como el manjar máspreciado. Y esa era la situación por la que atravesaba mi alma en aquellos momentos. Porque aunque posible, el proyecto de entrar en puerto francés y atrapar una fragata con la que abandonar sus aguas durante la noche, era de envite a mano alzada y con sangre prendida. Pero tal era el dichoso entusiasmo que sentía en recorrida de venas, quizá por ser capaz de observar el primer tarro de luz en la oscuridad, esa benefactora iluminación que tantas veces necesitamos, aunque nos encontremos bajo los poderosos rayos del sol. Y, para mayor comprobación, baste decir que ni siquiera durante las siguientes horas me mantuve en permanente alerta y ansiosa espera de la llegada de Marco, con el resultado de su importante empresa y posibilidad de arrancar adelante.

Aunque salí en dos ocasiones para conferenciar con el piloto, los datos que don Enrique podía ofrecer sobre el puerto de Saint Denis y la costa norte de la isla de la Reunión eran bastante escasos. Se limitaban a las descripciones que aparecían en el derrotero portugués, con lo que mis pensamientos se veían detenidos en su maquinación. No obstante, le hice repetir en más de una ocasión la lectura.

—La isla, señor, no parece ofrecer bajos a resguardar con especial atención ni rompientes peligrosos. Navegación galana en ese aspecto con playas aplaceradas y farallones de corte. Pero, al mismo tiempo, se asegura que son escasos los fondeaderos de abrigo con adecuada profundidad. Aunque debería ofrecer un clima tropical, como es habitual en estas costas e islas, se trata de una formación bastante particular en ese aspecto. La espesísima vegetación detiene la humedad de los vientos, alisios del sudeste de mayo a

octubre y el nordeste que ya conocemos el resto del año. La temperatura media es más benigna y sin excesivos sofocos, con lluvias alargadas y torrenceras de agua muy limpia. Por tal razón, el perfil nororiental de la isla es denominado como costa de barlovento y la opuesta, de sotavento. También abriga varios volcanes, algunos de ellos en permanente actividad. Los principales son el Pitón de la Fournaise y el Pitón de las Nieves. Sus fumarolas se divisan a bastante distancia.

—¿Qué dice del puerto de Saint Denis? Ahí se presenta el meollo de la empresa.

—Siento comunicarle que prácticamente nada, señor. Y le prometo que he rebuscado a fondo en todos mis apuntes, hasta entrar en desesperación. Bien es cierto que no atacué en particular al piloto portugués del navío Douro sobre esta isla porque, en aquellos momentos, nada sabíamos de su importancia futura. Tan sólo he conseguido entresacar que la capital se encuentra abrigada por el cabo Bernard, punta más septentrional de la isla. Debe ser un abrigo relativo, al encontrarse a poniente de la capital y sin evitar los vientos de componente leste. El derrotero habla con más profundidad y detalle de lo que llama como El Puerto, recostado hacia el sur de la punta des Galets, extremo noroccidental de la isla. Según parece, se trata de una formación natural que ofrece resguardo a todos los vientos. Y es fácil de comprender al observar el mapa dibujado a mano alzada, aunque ofrezca escasos detalles.

—¿El Puerto? Nadie nos ha hablado de ese enclave hasta ahora. ¿Será ahí donde atracan o fondean los buques? ¿A qué distancia se encuentra de Saint Denis?

—Parece que a menos de cuatro leguas. Escaso trecho si dispone de adecuada vereda.

—Bueno, el piloto Alves nos sacará de las dudas en su momento. Eso espero, al menos. Por todos los cielos, que estoy deseando dar la cara y abrir proa hacia fuera de una puta vez.

—Hasta el último grumete a bordo sufre los mismos sentimientos, señor.

Aunque ya digo que no me atacaba la impaciencia de anteriores ocasiones, tras almorzar en la cámara comencé a pensar en lo que habría podido sucederle a Marco en su crucial empresa. Y sentí cierta lástima por quien consideraba como un noble muchacho, al deliberar sobre los posibles desenlaces. Pero no debió alargarse demasiado la espera porque, picaba la campana la hora cuarta de la tarde, cuando el alférez de navío Dávila, de guardia en cubierta, acudía hasta mi cámara. Y con voz acelerada informaba.

—Señor comandante, acabo de observar con el anteojo la llegada de un carruaje al embarcadero de Sofala. Varias personas han pasado con rapidez a la goleta, que comienza a separarse para salir a la mar.

—¿Le fue posible comprobar la presencia de alguna señora a bordo?

—No lo puedo asegurar porque quedaron fuera de la vista con rapidez, señor. Pero en escasos minutos debe llegar la Capital a nuestra altura.

Apresuré mis pasos para salir hasta el alcázar, momento en el que tomé el anteojo para dirigirlo hacia la goleta, que ya navegaba con escaso trapo en nuestra dirección. Serpenteaba a babor y estribor con seguridad, para evitar los bancos de arena que el piloto Neves debía conocer como la palma de su mano. Pude distinguir la figura de Marco y del guardiamarina Mascari, así como un traje oscuro que, con seguridad, debía pertenecer a una dama. Y poco después se aclaraban las figuras para descartar las dudas. El piloto viraba a nuestra altura, hasta abarloarse a besar el costado de la *Proserpina*. Les ofrecimos una escala tendida a popa del combés, por la que pasaron a nuestro bordo madre e hijo, seguidos por el guardiamarina Mascari y Aldo Neves. Los recibí en cubierta con la debida deferencia, al punto de ofrecer mi mano a la señora para su seguridad.

Debo declarar que, una vez cara a cara con quien consideraba como María Leonor de Almeida, me sentí vivamente impresionado. Se trataba de una mujer de edad incierta, con esa aureola perpleja que exhiben algunas damas de alta cuna sin intentarlo, pero mucho más joven de lo esperado. Porque en apariencia, apenas parecía haber entrado de rondón en la treintena. Pero lo que más llamaba la atención era su serena belleza y noble figura, así como su delgadez de esfinge romana y una estatura superior a la habitual en mujer portuguesa. Amparada en un vestido negro de amplios vuelos, recogía la cabellera morena en moño de caída. Y, desde el primer momento, sus grandes ojos negros se clavaron en mí con evidentes signos de agradecimiento, como si hubiera sido yo quien salvara su vida de un tormentoso final. Escuché la voz de Marco.

—Comandante Leñanza —el joven mostraba sonrisa de cuadro y abierta felicidad—, tengo el placer de presentarle a mi madre, la señora María Leonor de Almeida.

—Es un placer recibirla a bordo de la fragata *Proserpina* de la Real Armada, señora —me adelanté para besar su mano, una extremidad blanca que tendía con elegante dejadez—. Y mucho me alegro de que haya podido ser rescatada de tan infame confinamiento en contra de su voluntad. Espero

que el responsable pague por sus actos como dicta la ley de Dios, más pronto que tarde.

—El placer es mío, señor de Leñanza. Al mismo tiempo, le declaro mi más rendido agradecimiento por propiciar el fin de un alargado tormento.

—Ha de agradecerlo por entero a su hijo y al piloto Aldo Neves, señora. Por cierto, ¿ha saludado al señor gobernador? Tenía mucho interés en comprobar que se mantenía con buena salud.

—En efecto —forzó una sonrisa por primera vez—. El pobre me ha pedido perdón con sus lágrimas a punto de brotar. Se trata de un buen hombre y nada he de culparle. Dice el refrán que siempre es bueno lo que bien acaba. Sin embargo, no le deseo al peor enemigo el sufrimiento padecido en los dos últimos años.

—Lo comprendo, señora.

Me mantenía clavado en los gestos de su rostro, un continuo mohín que le producía atractivos hoyuelos en las mejillas. Y por momentos la consideraba más y más joven, como si se tratara de un imposible haber parido varón quince años atrás. Como parecía mujer inteligente, debió cazar mis pensamientos en vuelo.

—Me uní en matrimonio con el capi..., bueno, con ese degenerado ser cuando acababa de cumplir los dieciséis años. Y antes de cumplir los diecisiete, di a luz al joven Marco. Y como tantas veces me expuso mi pobre padre, a esa edad no es fácil discernir entre el bien y el mal.

—El mal que le tocó en suerte era difícil de prever. Pero es momento de festejar su libertad, aunque no hayamos cobrado la presa al completo. Espero que no haya sido maltratada durante su cautiverio, al menos.

—Si se refiere a daños corporales, mis captores se portaron de forma adecuada y con el debido respeto. Pero la mente sufre mucho pensando en soledad durante meses y con la esperanza perdida.

—Parece difícil creer que se produzca un hecho tan criminal y lamentable entre personas de bien. ¿Presentaron mucha oposición los guardianes, cuando acudieron a la hacienda? —pregunté a Marco.

—Ni siquiera empuñaron sus armas. Y, aunque pensábamos dar muerte a los tres guardianes con dolor, mi madre nos solicitó el perdón —la miró con especial cariño—. Es demasiado buena.

—Esos antiguos soldados de mi padre no eran tan malos, después de todo —María Leonor entonaba con voz dulce y ese particular seseo portugués, que suele embaucar los sentidos del hombre en numerosas ocasiones—. Y he de declarar que a ellos debo la vida.

—¿A ellos la vida? ¿Cómo es eso, si me permite preguntarlo, señora?

—Hace un par de semanas apareció de improviso en la hacienda Almeida el piloto Firmino Walsum, un degenerado de casta parecida a la de su señor, el capitán Silveira. A través de las rendijas de la puerta pude escuchar su conversación con Alfredo, el antiguo soldado que se mostraba como jefe de mis guardianes. Les expuso en tajante orden de parte de quien, para mi desgracia, todavía es mi esposo legal, que debían darme inmediata muerte. Como la casa principal de la hacienda se había incendiado de forma intencionada para certificar mi defunción hace casi tres años, me mantenían en un antiguo barracón suficientemente adecentado. Firmino les sugirió que debían asesinarme por el procedimiento que estimaran más oportuno y, con posterioridad, dar fuego al barracón con mi cuerpo en su interior. Así no quedarían pruebas.

—Cuadrilla de malnacidos —exclamé sin poder contenerme—. ¿No le obedecieron sus guardianes?

—Como le decía, no eran hombres de abierta maldad, sino unos pobres desgraciados que cayeron en la tentación al observar una bolsa de monedas como jamás habían soñado poseer. Cuando Firmino abandonó la hacienda, discutieron entre ellos. Fueron momentos de sufrimiento terrible para mí, que creía llegado el momento definitivo de entregar el alma. Por fortuna, decidieron dejar pasar un mes y concederme la libertad, al tiempo que ellos escapaban. Ni siquiera tuve que ofrecerles unas pocas monedas en recompensa.

—Mucho me alegro. Comprendo que solicitara su perdón, aunque no lo merecieran. Por otra parte, debo declarar, señora, que será un privilegio ofrecerle sencillo acomodamiento a bordo de esta fragata. Según tengo entendido, es su intención pasar a Portugal.

—En efecto, si fuera posible. Nada me retiene ni quiero saber de estas tierras, a las que considero malditas. Tan sólo deseo una vida normal con mi querido hijo Marco y el resto de la familia en mi tierra portuguesa, que tanto añoro. Pero no deseo molestarle. Soy consciente de que en una fragata de combate es poco o nulo el espacio a disposición.

—La instalaremos con la mayor comodidad posible. Y no se trata de molestia alguna. Tan sólo siento que antes de arrumbar en definitivo tornaviaje hacia la Península, debamos rematar un asunto pendiente.

—Ya me ha contado Marco. Proceda como estime oportuno. Tan sólo le elevo un ruego con toda mi alma.

—Vos diréis, señora, y dadlo por cumplido de antemano.

—No quiero volver a ver al capitán Silveira. Lo digo por si cae apresado y ha de embarcar en esta...

—Si, como espero y deseo, consigo apresarlos, navegará en la cubierta baja de esta fragata, engrilletado de manos y pies. No cruzaréis jamás camino con él, podéis quedar segura. Le debo adelantar que será juzgado en España por sus muchos crímenes. Y la condena será de tal magnitud que quedaréis libre para siempre de ataduras morales.

—Mucho lo deseo, aunque se trate de un hombre con quien me uní de forma voluntaria. Lo único bueno de esa unión fue mi hijo Marco —le dirigió al joven una mirada de amor recobrado.

—Es un buen chico.

—Le agradezco sus palabras, comandante.

—Ahora, y si me lo permite, debo conferenciar con su hijo y el piloto Neves, antes de salir a la mar. Mientras tanto pueden acompañarla para que se instale. Okumé, mi hombre de máxima confianza, se encargará de todo.

—Se lo agradezco una vez más.

Mientras el africano tomaba a su cargo con inmenso orgullo la seguridad de la señora, ordené a mi segundo que reuniera a todos los oficiales en su cámara, acompañados en la ocasión por Marco y el piloto Neves. Y como las prisas comenzaban a surgir de nuevo en los bajos, no esperé para entrar a trueno en la cuestión.

—Bien, señores, creo que la mayoría de ustedes se encuentran al tanto del plan, elaborado en grano gordo, para apresar al capitán Silveira y recuperar los caudales españoles. Y es de justicia señalar que lo debemos a la inicial idea expuesta por el guardiamarina Mascari —lo señalé con la mano, con lo que aparecieron nuevos rastros de orgullo en su rostro—. Ahora pasaré a exponerlo con los detalles que he aderezado en estas últimas horas. Pero antes, y como premisa ineludible, es necesario conocer ese puerto de Saint Denis al que hemos de dirigirnos y sus características precisas. Aunque disponemos del plano alzado a mano por nuestro piloto, en base a la información que ofrece el derrotero portugués, que pueden observar en el centro de la mesa, necesitamos corroborar algunos puntos y conocer muchos más detalles concretos. Porque, aquí —señalaba con la mano la isla de La Reunión en su conjunto—, nos lo jugamos todo. Y me refiero al éxito de la empresa o su fracaso, con muerte o apresamiento aparejados. Creo que el piloto Aldo Neves podrá ayudarnos en tan importante tarea.

Le dirigí la mirada para ofrecerle el uso de la palabra. Y tomó el guante sin dudar.

—Con mucho gusto, señor comandante —el mulato se desenvolvía con soltura y hablaba con decisión—. Pero debo sacarles de un error, que posiblemente haya propiciado sin desearlo en conversaciones anteriores. La capital de la isla de La Reunión es, en efecto, Saint Denis, localidad donde residen el gobernador francés y los principales colonos. Pero apenas dispone de un modesto fondeadero a escasa distancia de la ciudad, abierto a los vientos de componente leste y poco deseado por cualquier navegante con un mínimo de conocimientos. Por tal razón, la mayor parte de los buques que se dirigen hacia la capital de la isla con carga o documentos, toman lo que se llama como El Puerto, una dársena natural al abrigo de la punta des Galets. No sólo es un magnífico fondeadero, abrigado a todos los vientos y mares, sino que dispone de tres muelles. En uno de ellos, precisamente, se encuentran los almacenes de la compañía Silveira. El capitán llegó a abonar parte del costo cuando dicho muelle fue reforzado hace cuatro años, dado su estado de ruina. Allí suele atracar la fragata *Andorinha* y las demás embarcaciones de la compañía.

—¿Se encuentra muy protegido ese Puerto? —pregunté—. Me refiero a fuerzas francesas y posibles defensas emplazadas en tierra.

—Lo comprendo, señor. Desde que entré en él por primera vez, hace bastantes años, pude comprobar la existencia de dos baterías poderosas, una a cada banda de la bocana y elevadas a bastante altura. No estoy seguro, pero deben disponer de unos cuatro cañones de grueso calibre cada una, especialmente la de la punta meridional. Es posible que se encuentren con escasa artillería o espaldones parcialmente derruidos por estos días, a causa de los frecuentes combates habidos entre franceses e ingleses durante los últimos meses.

—¿Y en cuanto a unidades navales de la Marina Nacional francesa presentes en El Puerto?

—Oscila mucho y sin norma precisa. En una ocasión pude comprobar la existencia de cuatro fragatas y un navío, aunque solamente una de ellas se encontrara atracada al muelle. El resto se mantenían fondeados en la dársena. Otras veces aparecen una o dos fragatas, acompañadas por unidades de menor porte. En estos años de guerra, y como Inglaterra intenta tomar las islas francesas, enviaron bastantes unidades. Incluso han combatido en la mar, con descalabro para los gabachos como norma general. Pero no puedo decirle lo que encontraremos en esta oportunidad, ni de forma aproximada.

—Muy bien. De todas formas, no es un detalle muy importante para la operación concreta que vamos a encarar, si nos favorece la suerte. Ahora,

Neves, deseo elevarle una pregunta que considero crucial. ¿Entran las embarcaciones del capitán Silveira en El Puerto sin ser molestados por las fuerzas francesas, aunque Portugal se encuentre en guerra abierta con Francia?

—El capitán Silveira navega con mil banderas, dependiendo del momento y la conveniencia. Siempre ha sido un especialista en aparejar amistades con ángeles y demonios —noté cierto tono de desprecio en sus palabras—. Nunca nos han molestado los franceses en nuestras transacciones comerciales y presencia de las embarcaciones de la compañía Silveira en El Puerto. Según tengo entendido, entrega generosas sumas a las autoridades de la isla. Incluso suele ser recibido por el gobernador de Saint Denis en persona e invitado a su mesa.

—Un traficante en toda regla. Pero, si se atraca en ese Puerto, ¿cómo se traslada hasta la capital?

—Por medio de un carruaje de su propiedad, que se guarda en uno de los almacenes. Al palmo de la costa corre un camino de tierra firme de tres leguas y media hasta Saint Denis, que se cubre con facilidad en escaso tiempo, salvo en las épocas de lluvias poderosas.

No dudaba un segundo el piloto Neves en sus respuestas, que largaba con tranquila decisión, mientras todos los oficiales escuchaban con atención.

—En ese caso —insistí—, el capitán pasa a vivir a Saint Denis de forma permanente.

—No, señor. Acude a la capital para resolver negocios solamente o en el caso de que sea citado para algún asunto concreto. Pero, salvo excepciones, regresa cada día a su fragata. Pensó adquirir una vivienda en la capital, pero acabó desechando la idea. Ahora la misión que se ha impuesto es vender todas sus factorías y depósitos, unas conversaciones trazadas hace algunos meses. Y no me refiero solamente a los establecimientos que posee en esta isla. Porque en sus tratos con un rico comerciante francés al que llaman Rene Deschaumes entran también los de la isla Mauricio y la de puerto Choiseul, en la bahía Antón Gil de la isla de San Lorenzo. Por tal razón, en estos días deberá pasar a Saint Denis en diversas ocasiones para rematar las negociaciones. Le entendí que deseaba cobrar en oro, razón de que se retrasara la operación.

—En ese caso, ¿las unidades de la compañía Silveira entran en El Puerto con bandera portuguesa?

—No sería prudente, señor. Siempre utilizamos pabellón tricolor cuando tocamos aguas de soberanía francesa. Tanto con la fragata *Andorinha* como

con la goleta Capital u otra embarcación.

—Perfecto. Todo parece abrirse a nuestro favor —me sentía feliz porque los detalles se acomodaban como casaca ligera al cuerpo del plan proyectado—. Si he entendido bien, en el caso de que la goleta entre en ese Puerto y se abarloe a la fragata, nadie sospechará. Y me refiero tanto a los miembros de la dotación de la *Andorinha*, como a los soldados de la guarnición francesa.

—Será la norma habitual. Y como el capitán Silveira nos espera, no debemos levantar sospechas. Por parte de la guarnición francesa, en algunas ocasiones se acerca el bote de ronda a preguntar. Solemos contestar que pertenecemos a la compañía Silveira y les entregamos alguna frasca de vino, con lo que nos permiten entrar en libertad. Además, la goleta Capital es bastante conocida en sus aguas. Es posible que en los últimos cinco años, haya entrado en El Puerto más de cien veces.

Mi cabeza trabajaba a ritmo de bombardas. Y conforme Neves aumentaba su información, comprobaba que el plan podía rematarse con éxito, si la suerte no nos ofrecía la espalda de lleno.

—Bien, señores. Creo que la divina Providencia nos ofrece una buena oportunidad, que puede ser la última. Debemos clavar esperanza y esfuerzos en ella con los cuernos a tope, hasta rendir el alma si es preciso. Nos haremos a la mar de inmediato para atravesar el canal de Mozambique hacia el sur. Deberán ayudarnos esos vientos del nordeste, que permanecen día a día. Una vez doblada la punta meridional de la isla de San Lorenzo, aproaremos por derecho hacia la costa occidental de la isla de La Reunión. Es bastante posible que, una vez tanto avante con el cabo de Santa María, debamos arrumbar hacia levante para ganar barlovento y propiciar una posterior bordada hacia el norte. ¿No es así, Neves?

—En efecto, señor. Pero le recuerdo que nos encontramos en el mes de abril, es decir, en la época de cruce. Por estas semanas comienza a tenderse el viento hacia el leste, para acabar rindiendo en los alisios del sudeste. De esa forma, es muy posible que nos favorezca en algunas cuartas. Estimo que les será necesario dar una bordada solamente. Porque una vez al socaire de la costa occidental de La Reunión, el viento nos entrará a favor. A la vista del plano comprobarán que la costa corre en dirección noroeste.

Mientras todos comprobaban las informaciones en el plano alzado, mi cerebro se mantenía en la misma idea.

—De acuerdo. En ese caso, barajaremos la costa de La Reunión hasta alcanzar el extremo occidental de la isla, esos dos salientes cuyo nombre desconozco.

—Se trata de la punta des Aigrettes y, un poco más al norte, el cabo de la Houssaye, señor —apuntó Aldo Neves—. Se encuentran a unas cinco millas de El Puerto.

—Gracias, Neves. Ese será el momento de preparar la goleta para la acción definitiva.

Todos me miraron en silencio, sin comprender todavía mis palabras. Pero ya el plan tomaba forma definitiva en la cabeza y disfruté al explicarlo con detalle.

—Marco Antonio y el piloto Neves navegarán en la goleta con el guardiamarina Mascari y nuestros soldados en apoyo, como hemos hecho desde Lorenzo Márquez hasta Sofala. Siento que debas separarte de tu madre, pero será cosa de pocos días más, si conseguimos el éxito.

—No se preocupe, señor. Lo comprendo. Con saber que se encuentra con vida, me es suficiente por ahora.

—Supongo que la tripulación les obedecerá a bordo de la goleta, aunque se trate de enfrentar a quien es su gran señor.

—Puede estar seguro de que harán lo que les ordene, señor —contestó Neves con decisión—. Además, ya han observado a los soldados con las armas en la mano y saben por quién han de apostar en la ocasión si desean continuar con vida.

—Muy bien. En ese caso, poco antes de avanzar la punta occidental de la isla, ese cabo de la Houssaye, pasaré a la goleta con el teniente de fragata Orcajo, el contramaestre primero, cuatro marineros de toda confianza y otros cinco soldados. Romarate quedará al mando de la *Proserpina*, que deberá quedar en facha o voltejeando^[41] la costa a la mínima, dependiendo del estado de la mar y la fuerza del viento. Debemos entrar en El Puerto con la goleta durante las últimas luces de la tarde.

—¿No será demasiado personal a bordo de la goleta, señor? —preguntó Orcajo—. No creo que necesitemos tantos brazos para tomar la fragata.

—No me preocupa mucho el momento de tomarla. Pero sí el hecho ineludible de tener que salir con ella a la mar en la noche.

—Lo comprendo, señor.

—Aunque, una vez metidos en faena cercana, puedan saltar a la jeta mil factores inesperados y algunos de ronza, mi idea es pasar a la *Andorinha* y apresar al capitán Silveira en su propia cámara, si es posible. Hablaré poco a poco con los pilotos y hombres de mayor confianza, para exponerles la situación y garantizarles su inmunidad si obedecen mis órdenes, trabajo en el que seré auxiliado por Marco y Aldo Neves. En caso contrario, recibirían

muerte sin remisión. A continuación, ofreceríamos un remolque de fuerza a la fragata hasta salir de puntas. Espero que la *Andorinha* disponga de buena lancha para la faena.

—De garantía, señor —contestó Neves—. Una lancha con buena madera y dieciséis remos. Y podré auxiliarle en convencer a la tripulación de la fragata. En primer lugar, será suficiente con explicarles el plan del capitán Silveira, de aproar hacia las islas Molucas y desfondar la fragata en sus aguas. Porque nada saben de tal detalle y no creo que apetezcan pasar a aquellas islas medio salvajes por el resto de sus vidas. Solamente Firmino y yo estábamos al corriente del plan. Y si les ofrece alguna moneda de recompensa, mejor todavía.

—Así lo haremos, llegado el momento. Usted embarcará conmigo en la *Andorinha*, Neves, para abandonar El Puerto, así como mi contramaestre, marineros y soldados. Debe conocer bien su aparejo.

—Como la palma de mi mano o un poco mejor —se permitió una sonrisa de condescendencia—. La salida de El Puerto no es complicada con cualquier viento. Necesitaremos un remolque de media milla solamente, hasta poder largar el aparejo en la bocana.

Entendí que nada restaba por atacar, como si temiera que, después de tanta buena nueva, nos entrara alguna rasa con astillazos.

—Bien, señores, entiendo que así, a golpe de maza, es todo lo que podemos preparar. No obstante, expongan sus opiniones, por favor.

Tras unos pocos segundos de silencio, saltó el segundo comandante.

—¿Y si fracasan en el apresamiento y quedan confinados en El Puerto? —Romarate preguntaba con seriedad en su rostro—. Dios no lo quiera, señor, pero debemos estar preparados por...

—Tiene toda la razón al abordar ese tema, segundo. No crea que se trata de olvido por mi parte, porque ya lo había pensado. Si, una vez embarcados en la goleta y arrumbados hacia El Puerto, transcurren cuarenta y ocho horas sin noticias de nuestra parte, significará que hemos sido apresados o nos han dado muerte. Si durante ese tiempo avista alguna unidad francesa, porte de fragata o superior, saldrá de escapada para volver cada noche a la punta des Aigrettes o en cuanto le sea posible. Pero si no regresamos en el tiempo expuesto, deberá regresar a España al mando de la fragata, previa escala en Sofala para informar al gobernador Souchet. Y no admito ninguna variación a esta orden.

Ahora el silencio podía cortarse con una navaja, mientras las miradas corrían en círculo. Porque por primera vez, se exponía a las claras la

verdadera y real posibilidad del fracaso, así como sus evidentes secuelas. Pero no era momento de dejar caer el aliento en demasía, por lo que continué con una sonrisa.

—Pero no se preocupe, Romarate, que no pienso cederle el mando de esta preciosa fragata con tanta facilidad. Si, como espero, los acontecimientos se suceden a favor, una vez naveguemos en franquía con la *Andorinha* y alcanzada la situación de la *Proserpina*, lo nombraré oficialmente comandante de la *Andorinha*-presa, que así se denominará por orden de ley en los documentos. Y, con todo el aparejo, navegaremos en conserva hacia el cabo de Buena Esperanza para iniciar el glorioso tornaviaje. Bueno, llegados a ese punto, deberé preguntar al piloto Neves sobre sus deseos de futuro.

Miré hacia el piloto mulato, que movía las manos con nerviosismo, como si no se atreviera a exponer sus deseos. Marco entró en su auxilio.

—Como me ofreció ambas unidades en herencia, señor, y las rechacé, desearía pedirle un especial favor.

—Lo que digas, Marco.

—Si conseguimos los objetivos expuestos, desearía que entregara la goleta Capital al piloto Aldo Neves en legal propiedad. Sé que tiene su vida en estas aguas y no gustará de pasar a Portugal. Creo que le debemos ese favor como mínimo. También es posible que algunos hombres deseen permanecer en estas aguas, marineros fieles que nada saben de los contubernios de su capitán.

—Por mi parte, encantado y de acuerdo. Ya arreglaremos el problema del resto del personal portugués, que no se haya involucrado en el criminal proyecto del capitán Silveira. En ese caso, Neves podrá navegar en su goleta Capital hacia Sofala e informar al gobernador del éxito de la operación.

—Por favor, Marco —Neves parecía elevar una súplica—, esa goleta te pertenece y no...

—Viejo, nada quiero saber de los buques de mi padre. Como acordé con el comandante Leñanza, tan sólo tomaré los caudales personales que almacena a bordo de la *Andorinha*, por ser provenientes de la fortuna de mi madre. Con esa goleta podrás continuar navegando.

—Gracias, hijo.

Los espíritus parecían alzarse de nuevo, como si ya hubiéramos capturado la presa y al malparido capitán. En esta ocasión, entré a la baja.

—Debo recordarles que partimos de una premisa insoslayable que, para nuestra desgracia, se encuentra por demostrar. La fragata *Andorinha* deberá encontrarse en El Puerto. Digo esto porque ya nos han fallado las esperanzas

en anteriores ocasiones. En el caso de que el capitán Silveira haya rematado sus asuntos y aprobado hacia las islas Molucas, o navegado directamente hacia ellas desde Delagoa, nos restarán muchas millas por la proa.

—Es muy difícil, imposible diría yo, que tal contingencia aparezca, señor —dijo Neves con especial convencimiento—. Son muy importantes los caudales que debe recibir en la isla de La Reunión por sus bienes y las conversaciones con el comerciante francés se mantienen a medio concretar. Deberá permanecer bastantes días en Saint Denis. Y necesita ese oro para asegurar su futuro en Ternate. La fragata *Andorinha* se encontrará allí, atracada a su muelle.

—Que nuestra Señora del Rosario escuche sus palabras. Bien, creo que esto es todo, si nadie desea elevar alguna otra opinión.

Desde unos pocos minutos atrás, observaba a Marco entrado en especiales cavilaciones. Por fin, pareció atreverse y elevó su mano hacia mí.

—Estoy de acuerdo con su plan en todos los sentidos, señor. Pero hay un solo detalle que no acaba de convencerme.

—¿A qué te refieres? Habla con libertad.

—Con todo el respeto, señor, no creo que sea buena idea pasar a la *Andorinha* para apresar al capitán. La fragata es grande y con demasiado personal a bordo, difícil de controlar por un puñado de hombres. Por el contrario, la pequeña cámara de la goleta sería un lugar más adecuado. Mi padre siente especial afecto por la Capital, el primer buque que adquirió y, posiblemente, el único de forma legal, aunque lo pagara con caudales pertenecientes a mi madre. Lo puedo atraer a la cámara, donde se encuentra lo que él mismo denomina como su sillón favorito, un orejero de piel negra que desea trasvasar a la fragata. Con la excusa de despedirse de su unidad más querida, sería el momento apropiado.

—Es posible que tengas razón y lo tendré en cuenta. De todas formas, tampoco deseo entrar en los detalles mínimos, que podrán verse influidos por la situación que atravesemos en cada momento. No demos por cazada la liebre antes de que salte de su cama. Son tantos los factores que deben obrar a favor que da miedo pensarlo. Porque, como he dicho, en primer lugar ha de encontrarse la *Andorinha* atracada en el muelle de la compañía. Pero también hemos de entrar en El Puerto sin que los franceses inspeccionen la goleta, abarloarnos a la fragata sin despertar recelos y mil elementos más en variación a la buena o la mala. Ahora salgamos a la mar sin perder tiempo y elevemos rezos a la Patrona para que nos conceda el favor en tanto detalle.

—En ese caso, ¿abandonamos la bahía, señor? —preguntó el segundo.

—En efecto y ahora mismo. Por favor, Marco, acude a comprobar que tu madre se encuentra instalada de forma confortable y despídete de ella. Cuando se reencuentren, será ocasión de celebrarlo porque significará que hemos triunfado en línea.

—Muy bien, señor.

Levanté la sesión sin nuevos comentarios. Cada oficial salió a la carrera para realizar su trabajo, antes de salir a la mar. Puedo asegurar que me encontraba eufórico y nervioso en aquellos momentos, como suele suceder antes de entrar en combate, con ese avance de olor a pólvora quemada y sangre en las fosas nasales. Pero también es cierto que intentaba apartar de la cabeza la enorme cantidad de problemas a superar para conseguir el fin perseguido. Al menos, entraba entre las muchas posibilidades recuperar los caudales y atrapar al capitán sacamantecas. Y ese truhan sin respeto de vidas y haciendas debería penar por sus muchas fechorías, entre las que destacaba el intento de asesinato de su mujer, así como ofender de lleno al Gobierno de Su Majestad Católica.

18. La isla de La Reunión

Mientras la goleta salía avante con las dos cangrejas en espiga y el foque al tiento de escota, para abandonar la bahía de Sofala como pájaro en libertad, a bordo de la *Proserpina* intentábamos levar las anclas. Subió a ritmo la de estribor con los viradores y el esfuerzo de nuestros hombres, enganchados a las barras del cabrestante como burros en la noria, sin murmullos a la contra. Tan sólo de tanto en tanto escuchaba desde proa la voz dura del segundo contramaestre, largando la habitual y repetida orden de «enmendar los mójeles»^[42].

Aunque intentamos apurar la maniobra y seguir las aguas de la Capital, perdimos un par de horas con el maldito ferro de babor, que parecía haberse encastrado en el fondo con argamasa de fuerza y bujalones de piedra dura. Los mójeles saltaban en repetición como látigos de fuego, incapaces de cumplir su recorrido una sola vara. Y cuando ya los ánimos llamaban a desbarate, despegaba la culebrona de su concha, aunque hiciera trajinar al personal de proa con sudores fríos. Por fin, escuchaba la deseada voz de «arriba y clara»^[43], dictada a pulmón por el segundo comandante.

Con rapidez, arrumbamos al sudeste cuarta al leste, en demanda del extremo meridional de la isla de San Lorenzo, esa mole posada sobre las aguas, de mayor tamaño que algunos reinos europeos. Como una repetición más sin posible variación, el viento soplaba fresco del nordeste, elevando la mar en rizos suaves, mientras la temperatura atacaba de fuerte aunque ya el sol se encontrara en sus últimos pasos.

Aquella primera noche a bordo de la *Proserpina* en la navegación que podía ser definitiva, aunque esta frase sonara en los oídos a triste repetición, invité a mi cámara a María Leonor de Almeida y al segundo comandante para la colación vespertina, una mera fórmula de cortesía en honor de la dama embarcada. Y no dudaba una mota en cuanto a nuestras posibilidades de recibo, con Okumé entrado en ayuda de cámara regia. No obstante, si

esperaba encontrar una mujer entrada en nervios y desfallecida por los horrores del tormento padecido durante tan alargado periodo, me sorprendió su fortaleza de espíritu. Porque solamente de esa forma era posible dar cara sin sobresaltos, a lo que se podía considerar como una nueva y recuperada vida. Así se lo expuse cuando ya la conversación se había estabilizado en lugares comunes y una cierta confianza parecía respirar entre ambos.

—Me sorprendéis gratamente, señora. No esperaba que os recuperarais con tal rapidez.

—Estas conductas se aprenden en la cuna, brigadier Leñanza. Pero no estime que el envoltorio de tafetán se ciña con absoluta certeza al interior. A veces, el azúcar espolvoreado sobre el pastel esconde la amargura de su masa. Han sido casi tres años de espanto, que espero y deseo erradicar de mi alma cuanto antes, como si no hubiesen existido jamás. Pero no es fácil olvidar que durante muchos días esperé o deseé la muerte, circunstancias que en poco se diferencian entre sí. Por tal razón, desde el momento en que me encontré a bordo del carruaje, abrazada a mi hijo y respirando aire puro con plena libertad, decidí vivir minuto a minuto en gozo por el resto de la vida, dure lo que dure. No sé si podrá comprenderme.

—Perfectamente, señora. Y aplaudo su resolución de cara al futuro.

—Por favor, comandante Leñanza, llámeme Leonor, como ha sido siempre norma permanente con mis familiares y amigos.

—Le agradezco la deferencia, siempre que lo haga conmigo como Francisco. Y mucho me alegro de que piense disfrutar día a día de su libertad recobrada. Tan sólo siento no poder transportarla hasta las mismas puertas de Lisboa en volandas de ángeles, porque así lo merece. Pero he de cumplir con la obligación impuesta. No obstante, son bastantes los buques que, en estos días, se mantienen en permanente trasiego entre la bahía de Cádiz y la capital portuguesa.

—¿Por fin se encuentra libre de invasores franceses la capital de mi país? Han sido muy escasas las noticias recibidas de la guerra en el periodo de apresamiento, aunque ya Marco me trazó los detalles principales durante el trayecto en el carruaje.

—En efecto. Y según parece, así lo estará toda la península Ibérica en escaso tiempo.

—Bendito sea Dios, que hace justicia con nuestros pueblos. Puedo decirle que sueño con encontrarme en terreno propio. Debe comprender que no han sido muy gozosas mis experiencias africanas, al punto de detestar hasta el último rincón del continente, aunque esta noble tierra no lo merezca. Si

consigo regresar a Portugal, prometo que jamás lo abandonaré. Pero todavía nos resta una dura prueba.

—No a vos, señora. Triunfe o no en la empresa que acometeremos en pocos días, regresaréis a Portugal sana y salva a bordo de la fragata *Proserpina*. Os lo prometo en ley de honor.

—Espero y confío que lo podamos hacer todos. Y lo digo tanto por mi hijo como por vos y vuestros hombres. No puedo hacerlo sin Marco, cuyo cariño deseo recuperar a marchas forzadas. Espero..., espero que no se esponga en...

—Nada le sucederá —mentía con voz firme, al prometer un sencillo deseo—. Me ocuparé de ello. La justicia debe abrirse por fin.

—Como puede comprender, mi creencia en la justicia terrestre y divina se vio reducida en bastantes enteros durante muchos meses —me dirigió una sonrisa perdida con ese precioso gesto de su boca, que le ofrecía un especial atractivo—. Lo que sí pido a Dios con esperanza, es que no suframos excesivas tormentas. Para mi desgracia, me ataca el mal de la mar con bastante fuerza, hasta hacerme perder la razón.

—De momento parece que la mar se encuentra estabilizada en marejadilla sin rizos de orden. Pero ya sabe que sobre las aguas todo puede cambiar en escasos minutos. De todas formas, os cuidaremos como merecéis.

—Por cierto, comandante, debo agradecerle los servicios de su criado Okumé —lo señaló con la mano—. No ha dejado ningún detalle de largo.

—Me alegro de que así lo consideréis. Pero he de confiaros que ese buen africano es mucho más que un criado para mí, señora. En realidad, lo considero como un miembro más de la familia.

—Lo merece, sin duda —pareció dudar antes de preguntar—. ¿Tenéis mucha familia?

—Soy viudo y con dos hijos pequeños. Viudo reciente —estas últimas palabras brotaron de mi boca con escaso volumen—. Por fortuna, ambos niños quedaron en Cádiz con mi hermana y madre, que los quieren como hijos propios.

—¿Viudo tan joven? Lo siento. Debió ser muy triste. Siempre es deseable para los niños crecer con ambos padres. Bueno, aunque no sea adecuada declaración para una dama, debo afirmar que me encanta la viudedad y gozaría con pasar a ese estado cuanto antes —de nuevo apareció el mohín pícaro, cercano al ligero compadreo.

—Estimo que se presentan muchas posibilidades de que tal hecho suceda, señora. Y no diré que lo siento porque mentiría.

—También yo.

Me dejó un regusto dulzón la velada mantenida con Leonor, una mujer entera y de las que no daban la espalda a una ola con barbas blancas. Era fácil comprender el ansia que mostraba por regresar a su tierra lusitana y continuar una vida en normalidad, ese estado que genera rutina y tanto se añora cuando se ha perdido. Me gustó pensar que era muy interesante su conversación, lo que representaría una agradable excepción a la vida de a bordo.

Las condiciones de mar y viento se mantuvieron encastradas a machota durante las casi seiscientas millas que nos separaban de la costa sur de la isla de San Lorenzo y que, por gracia de los cielos, pudimos cubrir a rumbo directo. Durante las dos primeras singladuras, metidos de lleno en el canal de Mozambique, en las que el viento varió solamente en su fuerza de fresco a frescachón, anduvimos una distancia cercana a las doscientas millas, si la corredera larga de barquilla no engañaba. Y como saben que al hombre de mar no le gustan ni las buenas condiciones en continuidad, por los presagios malignos que suelen amparar, así lo comenté con el segundo comandante y el piloto.

—Parece que nos hayamos detenido en un lago salado sin posibles variaciones.

—Y que dure, señor —respondió Romarate—. Al menos, hasta que alcancemos ese Puerto y comprobemos que la pieza se encuentra a tiro de estrada. Cuanto antes comencemos la función, mejor para la tranquilidad del alma.

—Razón tiene. Por cierto, don Enrique —ahora me dirigía al piloto—, ¿qué accidente de la costa de la isla de San Lorenzo deberemos reconocer en primer lugar?

—Pues dependerá de la fortuna en el cálculo del punto, señor comandante. No quiero aventurar después del fiasco cometido al recalar en la punta sur africana.

—No piense más en aquella faena, que no le merece culpa alguna.

—No creo que suceda en esta ocasión, señor. Pero como desconozco a ciencia cierta la altura de los accidentes, que vienen pergeñados a la ligera en el derrotero, es posible que descubramos algún punto entre una pequeña isla llamada Barracouta y el cabo de Santa María. Entre ambos accidentes se encuentra la punta Barroso y lo que denominan como arrecife de la Estrella, un accidente al que, por cierto, debemos conceder un resguardo generoso. A ver si en el crepúsculo de esta tarde puedo cazar alguna estrella y obtengo una

situación de seguridad. Llevamos un día completo con nubes altas, que complican la faena.

—Tampoco debe preocuparnos mucho esta recalada. Esa isla, que más asemeja un continente, aparecerá por la amura de babor más pronto que tarde. Además, la goleta nos va marcando el camino de forma generosa y el piloto Neves no parece dudar una pulgada.

—Ese mulato navega por estas aguas como ciego por el patio de su casa.

De acuerdo con el punto calculado por nuestro piloto, en la amanecida del quinto día desde nuestra salida de Sofala, el vigiador dio la esperada voz de ¡tierra!, abierta dos cuartas por babor. Y, como había pronosticado don Enrique, reconocimos los rompientes que se extienden entre la isla Barracouta y el arrecife de las Estrellas. Y aunque Neves les entrara con la goleta en costaneo de figura, nos abrimos en prevención una milla larga. De esta forma, aquella misma tarde doblamos el cabo de Santa María, extremo meridional de la isla de San Lorenzo, zona muy rocosa y de escasa vegetación. Pero bien saben los cielos que poco me preocupaban en aquellos momentos las bellezas naturales, porque la impaciencia comía sangre en mis venas a destajo.

—¿Bordo de garantía hacia fuera, señor? —preguntó Romarate.

—Sigamos aguas a la Capital. Ya que desea mostrarnos el camino, cooperemos con ella y no mostremos demasiado orgullo.

Aunque la goleta no lo necesitara en tal alto grado, sino que lo hacía para mantener la conserva y abrir surco a favor, caímos a estribor hasta quedar aproados al sudeste cuarta al leste, a un puño largo del límite de la bolina. Calculé para mis adentros que si se mantenía el viento de todas las velas, y así lo rogaba con fuerza por mis adentros, en la próxima jornada o la siguiente a más tardar podríamos enderezar hacia la costa occidental de La Reunión. Al mismo tiempo, cada milla que largaba a popa me suponía la resta de una cuenta del rosario, cuando tal rezo se impone por sacerdote como penitencia divina. Pero, por encima de todo era la imagen de El Puerto y la fragata *Andorinha* atracada en su muelle la que se enseñoreaba en el cerebro cual visión celestial, hasta provocar un estado de ansiedad en mi espíritu difícil de aplacar.

Creo que debíamos encontrarnos a levante del fuerte Delfín, que habíamos reconocido como último punto en despedida de la isla malgache, y unas ciento ochenta millas largas de distancia, cuando la gran señora decidió cantar entre velos negros, aunque en esta ocasión y para beneficio de algunas almas, cambiara sus amores poco a poco. Tras una inesperada encalmada que se alargó casi una jornada al completo, comenzó a soplar de nuevo el nordeste

fresco, que fue aumentando a frescachón. Y como anunciaban sin mentiras los colores de la bóveda, aquella misma tarde desembocaba en un cascarrón sucio, que nos hizo tomar rizos a las gavias.

Había sufrido las dos vueltas en el mismo día. Porque si la encalmada abre surcos de terrible impaciencia cuando se desea cubrir distancia a tranco largo, el aviso de mar alzada también se suma al desengaño en la misma vertiente. Así la vimos venir de lejos, situación que comenté con el nostramo.

—Por todos los cristos, don Anselmo, qué poco deseo olas de espuma en esta situación que atravesamos. Y de estas aguas poco podemos prever en futuros.

—Razón le cabe, señor. Cuando el dios Neptuno tiende sus lomos a dormir, no cabe más que estirar las manos y aguardar el futuro con paciencia. Pero entiendo que las olas son húmedas en todo el globo. Y como dice el refrán, mar que se alza a tientos de dama, acaba por bajar al ras de tachón.

—No me preocupan las olas con espuma sino la distancia que podamos perder en abatimiento. ¿Cree que llegaremos a necesitar la capa?

—Por los colores que nos ofrece el cielo, así podríamos asegurarlo, aunque no se trate de estera oscura. Y, como dice, abatiremos hacia al sudeste sin remedio. Terreno perdido.

—¡Maldita sea mi estampa y la coruba de Satanás! ¿Es que los cielos quieren vedarme la posibilidad de alcanzar a esa puta fragata?

—Todo negará, señor —Romarate intentaba ofrecer unos ánimos que no poseía—. No se librará en la ocasión ese malandrín de guante blanco.

Al paso lento, el viento acabó por atemporalarse sin remedio. Por fortuna, y posiblemente debido al cruce de estación nombrado por el piloto Neves, parecía tenderse poco a poco hacia el levante, novedosa situación que, como único factor positivo, nos limitaba la pérdida. Pero ya la mar crecía hasta levantar olas de respeto con rizos blancos en sus crestas, situación que aparejaba dos nuevas preocupaciones. Por una parte, comenzaba a observar con cierta aprensión como la goleta tomaba los bigotes de espuma al salto, hasta sacar dos tracas o media eslora del agua al achicar olas de muerte. Y, por otro lado, sufría al pensar en la pobre Leonor que, según palabras de Okumé, había comenzado a largar por su boca hasta la primera papilla ingerida en su nacimiento y sufría mucho a la vista. Ni siquiera las infusiones del africano parecían aliviarla de su terrible estado. Pero nada se puede hacer en tales momentos, que ni siquiera las palabras de ánimo o la caricia de sienes surten positivo efecto.

Como quien pasa las páginas de un interesante libro poco a poco, el temporal se abrió en cuerdas sin resquicio, ahora con claridad del levante. Y, aunque la Capital solamente podía pensar en su propia figura, por mi parte intenté forzar la capa de forma que abatiéramos lo más posible hacia el norte, condición que conseguimos en bastantes ocasiones. Ya no era cuestión de pensar en navegación de conserva ni circunstancia parecida, porque cada lobo debía buscar su guarida, tomar la capa a discreción y aguantar el betún que nos entraba en racimo. Y si la *Proserpina* bufaba con su bauprés sobre las olas, era un verdadero espectáculo observar a la goleta saltando entre las crestas con su cangreja de popa a rizo total y tachonada a capuchina con visible esfuerzo, mientras el pico de proa le ofrecía gobierno.

De esta forma fue necesario aguantar casi dos jornadas completas, que recuerdo como algunas de las peores vividas en la mar. Y no lo entiendan por el nivel del temporal o altura de las olas, que no se trataba de manta negra o de efectos parecidos a la muerte súbita, sino por el retraso que acumulaba sobre mis espaldas. Porque se quiera o no, la *Andorinha* se mantenía clavada en el cerebro. Aunque no debiéramos lamentar bajas ni heridos a bordo, salvo las normales contusiones de los marineros que trepan a las vergas y resbalan por cubierta sin control, el esqueleto de la *Proserpina* crujía a dolor y quebranto en continuo. Pero aún bajo estas condiciones, daba gusto observar cómo levantaba la proa con especial orgullo la joven, tras encapillar alguna ola montañosa, como mujer que mueve la cabeza con agitación para despedir el agua adherida al cabello.

En cuanto a la goleta, acabamos por perderla de vista entre los rociones de la mar, un factor añadido que poco beneficiaba al espíritu. Pero ya había observado lo suficiente para entender que esa embarcación era capaz de navegar en la cola de un cometa, si se lo proponía. Porque si la fragata es el buque más hermoso que puede surcar las aguas, esas goletas inglesas de eslora tendida, razón entrada en nubes y pico alzado a los cielos parecen haber sido paridas entre las ubres de una ballena.

Como tantas veces les he expuesto, y se trata de verdad de ley sin posible menoscabo, la mar se conduce como cortesana engolfada entre encajes, de ida y vuelta al capricho. Acertó el nostramo con su refrán, porque nos alcanzó el necesario desahogo sin aviso previo, ni una gota de agua en habitual medida. De esta forma, y para recuperar dolores, cayó el viento a la cubierta baja aunque dejara una marea de tamaño que movía a la *Proserpina* como tiovivo de feria. Y aunque me temía una nueva encalmada, poco a poco fue elevando sus crestas hasta quedar el soplo entablado del levante con alguna cuarta hacia

el sur, una inesperada bendición que atribuí a gloria misma de la Patrona, que parecía haberse decidido a colaborar por fin con la empresa del Rey Católico.

Sin dudarle largamos todo el aparejo, al tiempo que aproaba al límite de la bolina, una proa que podía cubrir las necesidades. Era momento de recuperar a la goleta o, más bien, que fuera ella quien nos encontrara, aunque ya la suponía por nuestro nordeste y unas veinte millas. En cuanto a la situación, miré hacia don Enrique en rogativa de orden.

—Por favor, piloto, no me ofrezca más bolas negras. ¿A qué distancia nos encontramos de la putorrón isla de La Reunión?

—Este temporalito no ha causado mermas importantes, señor. Las tendidas del soplo al sudeste han sido mágicas, por no hablar del viento actual. Calculo que en dos días y con esta proa, podríamos recalar en la punta de Bretaña, a media corrida de su costa occidental.

—Dios le oiga. Espero que la Capital se incorpore pronto.

—En cuanto aclare esa turbia de barlovento, aparecerá la damisela coceando sobre las olas. Buen buque para navegar por los siete mares, señor.

—En efecto. Bien que lo ha demostrado.

Aquella misma tarde divisé a Leonor en la toldilla, acompañada por Okumé que no la soltaba de su brazo. Y debía haber sido el africano quien le recomendara un paseo por cubierta, que refrescara sus pulmones. La pobre todavía mostraba los efectos de ese mal de la mar, que se ceba a muerte en tantos seres humanos, especialmente mujeres. Intentó disculparse ante mí.

—Debe perdonar mi habitual flojera, Francisco. Ya le dije que mucho me ataca la mar con olas altas o bajas. Siento vergüenza de que me observe en este estado. Debo parecer un cadáver.

—Nada de eso, Leonor. La encuentro tan radiante como siempre.

—Galantería marinera —rechazó mis palabras con su mano, al tiempo que conseguía enhebrar una sonrisa—. Pero si he sobrevivido ha sido gracias a Okumé. Aunque duraran poco en mi estómago, sus infusiones me hicieron mucho bien. En fin, espero que no regresen esas olas.

—Ya pasó el temporal, que ha sido de corta alzada. Ahora navegamos por derecho hacia La Reunión.

—¿Y la goleta? Por más que miro por el horizonte, no la descubro. No la habrá...

—No se preocupe. Ninguna mar sería capaz de morderle dentro. Aparecerá por allí —le señalaba hacia el nordeste— en pocas horas.

La conversación con Leonor me devolvió la tranquilidad, como si se tratara del aceite vertido sobre la superficie de las aguas. Debía ser el tono

melodioso de su voz, los preciosos gestos de la cara o sus movimientos naturales, un conjunto que le conferían, como un don especial, esa difícil facultad de comprender como posible cualquier iniciativa. Me encantaba escuchar el arrullo de sus palabras, así como observar los gestos y el sencillo bandeado de su cabeza. La verdad es que disfruté de su compañía, hasta que fui consciente de que necesitaba descanso y nuevas infusiones. No obstante, cuando quedé a solas, entendí que comenzaba a trazar la parte definitiva del cuadro, unas pinceladas en las que no podía fallar ni una sola pulgada.

* * *

No descubrimos la presencia de la goleta hasta que se abrió el crepúsculo en la siguiente jornada, por nuestro levante y a tres millas de distancia. Navegaba con todo su aparejo largado a los cielos, como si no hubiera debido atravesar ninguna ola superior a los tres pies de altura. Y pronto pudimos comprobar la presencia del guardiamarina Mascari en su toldilla, al tiempo que izaban una señal que se correspondía con el significado «En posición y sin novedad». Le respondimos en acuerdo, momento en el que cayó a estribor para reanudar la navegación hacia nuestro próximo y esperanzador futuro.

Aunque no sufriera intranquilidad alguna por el estado de la Capital, me alegré al comprobar que todo en ella se movía en cuerdas y con excelente humor, ese estado de ánimo que, sin duda, ofrecen los pocos años de mar y vida. Porque a distancia se podía observar la compenetración entre los dos jóvenes, que parecían entrar en vereda de buena e insalvable amistad. Di aviso a Leonor, por medio de Okumé, quien salió a cubierta y por medio de mi antejo pudo comprobar la figura de su hijo, con su cabellera negra alborotada por el viento. Mientras largaba sus palabras, se encendía en el rostro un inmenso orgullo.

—Marco es todo un hombre. Y un hombre bueno, rasgo principal en todo ser humano. También a él la vida le ha ofrecido una dura escuela y quiera Dios que haya sido para bien.

—No le quepa la menor duda, Leonor. Puede estar muy orgullosa de él. Además, ningún hombre puede gozar en la vida de una sensación comparable al hecho de salvar a la propia madre de las garras de la muerte. Por fortuna, el joven debe llevar sangre Almeida en todas las onzas que corren por sus venas.

—No sabe cómo le agradezco esas palabras, Francisco —me dirigió una mirada mezcla de agradecimiento y cariño, que hizo vibrar mis tripas en cuerdas de violín.

—Puede estar segura de que suelo ser hombre de verdades.

—Lo sé desde el primer momento que lo vi.

Retomamos la navegación con renovados bríos. Y no hablo solamente por los sentimientos que se abrían a ronchas en mi pecho. Porque era condición que se podía apreciar con la simple vista hasta en el hocico de Manolillo, el último paje de escoba enlistado a bordo. La imagen grabada a fuego en el cerebro, esa simbiosis de *Andorinha* y El Puerto, parecía agigantarse por momentos, lo que avivaba la sangre en las venas como reguero de pólvora. Y, como todo en esta vida acaba por llegar, aunque nos mueva en dirección al camposanto, con las primeras luces del undécimo día del mes de abril apareció por la amura de estribor una visión celestial, que así la aplico sin posible error.

Entre los muchos e inolvidables recuerdos que guardo de esos lejanos días, se eleva con fuerza propia aquel espectáculo de muda frondosidad, un verde dominante y absoluto como jamás volví a observar. Lo que reconocimos como ensenada de San Luis, unas seis millas al sudeste de la punta de Bretaña, ofrecía una explosión de colores con todas las gamas del verde. Un pintor habría declarado que ninguna tonalidad faltaba al concurso, desde el verde ocre al de pastos, pasando por el orondo, el malaquita, el esmeralda y el principal para mi alma en aquellos momentos, ese llamado como verde esperanza. Y, para rematar el cuadro a luces, unas tres cuartas a estribor y muy lejos en la distancia, se elevaban lo que más parecían montañas nevadas con humaredas grises en sus crestas, aunque no se tratara más que de formaciones de cúmulos, elevadas en altura con las fumarolas del pitón de la Fournaise en coronación.

Me encontraba de tan excelente humor que entendí necesario ofrecer un espaldarazo de confianza a nuestro excelente piloto.

—Buena recalada, don Enrique. Y, por cierto, una tierra de belleza inigualable.

—Y que lo diga, señor comandante. No comprendo cómo se llevan toda la fama las islas antillanas. Porque ésta y, estoy seguro, el resto de las Mascareñas, en poco han de envidiarlas.

—Concuerdo de lleno.

—¿Costaneamos por corto, señor? —preguntó Romarate, que también parecía afilar el sable.

—Ahora sí que debemos seguir las aguas de la goleta sin perder una sola vara de distancia. Pásele a Mascari la señal en tal sentido.

Navegamos en completa felicidad el resto de la mañana con buen andar, de forma que avistamos poco después la punta de Bretaña y la ensenada de Saint Leu. De esta forma, el piloto calculó que nos restaban diez millas para alcanzar la punta de las Aigrettes, lugar seleccionado para llevar a cabo el trasvase de personal y comenzar la función final de la obra teatral, si ésta se ponía a tiro de piedra. Pero, como en la vida las sorpresas nos alcanzan la jeta por derecho y revés, esas especias necesarias que evitan la rutina del día a día, escuchamos la voz del vigiador con potencia.

—¡Una vela! ¡Dos cuartas a babor!

Puedo aquí declarar que la voz alta hizo mella entre los que me rodeaban en el alcázar, tanto como si esperaríamos ser sorprendidos por tres fragatas francesas entre la bruma, cuyo bloqueo debiéramos romper. Y, como no se encontraba Mascari a bordo, debí pedir al alférez de fragata Encuadro, el más moderno de los oficiales de guerra, que se izara al palo mayor con su antejo. Pocos segundos después reconocía su recia voz en la distancia.

—¡Aparejo de fragata! ¡Borda baja y escasa artillería! ¡Posiblemente, unidad de transporte!

Si hasta el momento no dudaba una mota de los pasos a seguir, aquella precisa información parecía desmoronar el castillo entablado. Porque eran muchas las dudas que aparecían en racimo por la cabeza. Escuché a mi lado las palabras que esperaba.

—¿Será la *Andorinha*, señor? —preguntó Romarate a los vientos.

—Quizás el temporal le tomara por la mala y haya sufrido algún descalabro a causa de su mucha carga —se atrevió a lanzar Dávila en un susurro apenas audible, como si temiera la realidad.

—Sería una buena solución que el temporal la hubiera tomado en ronza de muerte y ande un tanto desarbolada, porque le entraría con los cuernos avante —aseguré convencido—. Pero es difícil que esa bendición se produzca. Nos llevaba demasiadas jornadas de ventaja y el temporal no debió entrarle por cueros llanos, si ya andaba al socaire de la costa occidental de esta isla. Y si se trata de la fragata putona y mantiene su aparejo en lance, sería capaz de largar al agua hasta las cuadernas para abrir distancias. ¡Crespi!

—Mande, señor.

—Señal para Mascari. Que salgan a todo trapo para reconocer esa fragata e informe a la mayor velocidad.

—Quedo enterado, señor comandante.

Apenas se izaba la señal por la driza, cuando ya la goleta tocaba la rueda a babor y largaba a los cielos hasta los embudos de cernidura. Y cómo

despegaba de las aguas la orgullosa, amurada a babor con fuerza de jamelgos, deslizando la primera traca sobre las olas. Pero el vozarrón de Encuadro se dejaba escuchar.

—Navega proa al norte, mura a babor. Ocho cañones por banda. No muestra pabellón. Parece menos velera que la *Andorinha* aunque de un porte parecido.

Poco después comenzamos a avistar desde el alcázar las primeras líneas de lo que, sin duda, era una fragata mercante, momento en el que los huesos se repusieron en trance. Porque sin lugar a dudas no se trataba de la *Andorinha*. Y, como no debíamos declarar nuestras intenciones, ordené nueva señal para la goleta.

—Señal para Mascari. En caso de que sea francesa, que icen bandera tricolor, la saluden en cortesía y no la molesten. Es posible que se dirija hacia El Puerto y puede delatar nuestra posición.

Poco tiempo necesitamos para remansar el espíritu a la llana. Una hora después, y con la pesada fragata mercante a la vista, esta caía franca a babor. Supuse que se trataba de unidad britana del comercio, que no quería saber nada de posibles amigos o enemigos. Y en esas circunstancias regresaba la Capital hasta nuestra altura, ratificando dicha información.

—Bueno, una salva de honor lanzada al aire. Pero viene bien para comenzar a mover los corazones. Por cierto, don Enrique, parece que esa primera punta que aparece dos cuartas a estribor, debe ser el destino apetecido que nombraba el piloto Neves, ¿no es así?

—En efecto, señor. Ahí se nos presenta la ensenada de Saint Gilles y, poco después, las dos puntas mencionadas. Entiendo que la bahía sería un buen fondeadero para llevar a cabo los transbordos y preparar la función final. Eso me comentó el mulato.

—Pues no se hable más. Proa a ese banco de arena sin dudarlo.

Cuando el sol comenzaba a declinar, dábamos fondo con un ancla solamente. Y no por albergar dudas sobre la calidad del tenedero, sino porque no pensaba perder mucho tiempo. Entendí que disponíamos del suficiente para encarar la acción definitiva aquella misma noche. No era cuestión de dejar para el día siguiente la faena que podíamos cumplir en la actual. Y como especial encantamiento, de nuevo volví a percibir el olor a pólvora y sangre en avance, al tiempo que un rumor de estremera recorría mis venas al doblón. La suerte parecía echada y solamente faltaba el detalle definitivo, que la fragata *Andorinha* se encontrara en El Puerto. En caso contrario, habría que multiplicar los rezos a la Patrona y a todos los dioses de la mar.

19. El puerto

Una vez fondeados en la recogida ensenada de Saint Gilles, y sin necesidad de orden alguna en tal sentido, la goleta Capital aproó hacia la *Proserpina* con decisión, hasta quedar abarloada por corto a nuestro costado de babor. Ni siquiera llegó a fondear una de sus anclas, como después supe a causa de la escasa confianza que le ofrecía su sistema de izado. Por fortuna, al socaire de los árboles y rompientes, el viento era casi inexistente, la mar se tendía en cabrillas suaves y tan sólo se apreciaba una respetable corriente de dos o tres millas, que corría por surgideros cercanos en dirección noroeste. Pocos minutos después y como urgido por divina imposición, reuma a oficiales y pilotos en su cámara, para discutir los últimos retoques al plan pergeñado, que se abría en mi cerebro con esplendoroso detalle.

—Bien, señores, me alegro de que hayamos llegado hasta aquí sin novedad, aunque calmas y mares nos hayan retrasado la faena algunas jornadas. Por cierto, que pude comprobar cómo la Capital se levanta sobre las olas como un delfín empeñado. Un maravilloso espectáculo.

—Los costados de la goleta desfilan muy bien sobre las olas, señor —apuntó Aldo Neves con orgullo—, siempre que le evitemos la mar de popa. Ahí ya el hocico puede perderla por ojo, si no se la maneja con mucho tiento. Pero aquí estamos sin novedad. Y aunque hicimos por esa fragata mercante tras su orden, pude reconocer a distancia que no se trataba de la *Andorinha*. La Zorrera es mucho más velera y altiva de líneas.

—¿La Zorrera? ¿A qué se refiere?

—Perdone, señor. Así la llama la dotación en forma cariñosa y ya puede imaginar el motivo.

—Lo deduzco perfectamente. Bueno, ahora abordaremos el capítulo definitivo de una alargada historia que, por el bien de nuestras almas, debe ofrecer un final feliz. Y es cuestión de sí o sí, sin otras alternativas. Todavía disponemos de una hora de sol, lo que nos permite una última conversación.

Porque en un par de horas pienso progresar a bordo de la Capital hacia la entrada de ese maldito o bendito Puerto, de acuerdo a las condiciones que establecimos en la última reunión, si ningún factor nuevo se ha alzado a la contra. ¿Alguna novedad?

—A bordo de la Capital nos encontramos preparados para lo que ordene, señor —apuntó Marco, con una decisión que aumentaba por momentos.

—Bien, en ese caso pasaré a su bordo a continuación en compañía del teniente de fragata Orcajo, el contramaestre primero, seis soldados de Marina bragados y cuatro marineros de brazos verdes. Deberemos ocultarnos convenientemente entre sus tablas, lo que será posible sin mayores problemas, o así lo espero.

—Por supuesto, señor. La bodega se encuentra casi vacía. Por tal razón hube de embarcar lastre de piedra en la bahía de Delagoa —las respuestas de Aldo Neves eran, como siempre, concisas y exactas.

—Muy bien. Deberemos encontrarnos entre las puntas de El Puerto, cuando ya los perfiles sean difíciles de distinguir. Pero con luz suficiente para que la goleta pueda ser reconocida por el personal alistado en las baterías, no sea que nos reciban con balas de hornillo^[44] contra la cara. Calculo que una hora tras la puesta de sol será el momento oportuno, aunque manejaremos el tempo a bordo de la goleta de acuerdo a la visibilidad reinante en cada instante. En la situación de guerra que los gabachos mantienen con los britanos en estas islas, es de esperar que algún bote de guardia nos inspeccione. Aldo —me giré hacia el mulato—, usted será el encargado de parlamentar con ellos llegado el caso. Y espero que lo reconozcan como otras veces, no vaya a encontrarse personal de guardia de nueva incorporación y nos lén la manta.

—Esa es condición difícil, señor. De todas formas, coincido con vos en que no debemos descartar moscarda alguna.

—Disponga a mano de unas frascas de vino para su entrega a esos gabachos del demonio. Creo que así se han conducido en otras ocasiones.

—En efecto, señor, y sin problemas añadidos.

—Bien. Una vez superado ese trámite sin llamar la atención, condición primigenia y fundamental, nos dirigiremos hacia la fragata *Andorinha* para abarloarnos a su costado.

—Bueno, señor, eso será posible siempre que la zorrana se... —comenzó Orcajo, aunque sus palabras quebraron a medio camino, al observar el gesto de mi cara.

—¡Cojones, Orcajo! Por supuesto que ha de encontrarse la *Andorinha* en puerto para iniciar la faena. En caso contrario, virada en redondo y proa hacia los putos infiernos.

—Perdone, señor.

—Una vez a su costado, deberán seguir los movimientos habituales, sin una mínima variación. Es importante que el capitán Silveira se encuentre a bordo porque deseo ajustar cuentas con él en persona. Será el momento, de acuerdo a lo expuesto por Marco, de atraerlo a la cámara de la goleta por cualquier medio, así como a su cómplice, el piloto Firmino Walsum. Y por todos los dioses que no ha de sospechar ni media onza.

—Eso es cosa mía y sé cómo hacerlo, señor —se adelantó Marco a la brava.

—Ni hablar —aseguró Neves con firmeza—. Yo seré el encargado de esa maniobra. Tengo más experiencia en tales faenas y conozco algunas tretas posibles para embaucar a tu padre sin que sospeche. Perdona, Marco, pero podrían delatarte los nervios.

—Me parece, Marco, que el piloto Neves tiene razón. No olvidemos en ningún momento que el éxito de la operación se encuentra por encima de cualquier deseo personal. Pero continuemos. En el caso de que el capitán Silveira se encuentre en Saint Denis, nos olvidaremos de él por completo. Y conste que mucho me pesa tal condición desde un punto de vista puramente personal. Después de todo, el cargamento es nuestra misión principal y mi obligación como comandante de la fragata *Proserpina* destacado a tan lejanas aguas. Por lo tanto, nos haríamos con la fragata tras neutralizar a ese Firmino Walsum, a quien también le tengo ganas en cantidad, y comenzaríamos el remolque hacia fuera. Supongo que entre el efecto que debe producir la presencia de nuestros soldados, el reparto de un poco de oro y las convincentes palabras de Aldo, no se levantarán a la contra.

—También respondo de ese aspecto concreto, señor. Pero, como dice, hemos de eliminar a Firmino en primer lugar. Aunque no es una persona querida a bordo, maneja a la dotación con mano de hierro y es listo como águila culebrera. Lo haré venir a la goleta para que sea engrilletado de firme.

—¿Y el otro piloto?

—Hay dos más, señor. Una pareja de desertores portugueses llamados Filipao y Rodolfo, que consiguieron la carta de cruz. Carne de cañón que perdería su alma por unas monedas. Además, tampoco conocen el punto final establecido en la derrota de la *Andorinha* y mantienen familias en Lourenço Marques, por lo que no deben ser voluntarios para ayudar a su capitán.

Hablaré con ellos. Y, a la mala, me los llevaré por delante con los huevos, aunque no creo que sea el caso. Las conversaciones con estos personajillos deberemos llevarlas a cabo de uno a uno y en la cámara de la Capital.

—Muy bien. En el caso de que el capitán Silveira se encuentre a bordo, han de conseguir que acuda a la cámara de la goleta al precio que sea necesario. Una vez allí, me ocuparé de él mano a mano. Se trata de una deuda personal que saldar.

—También yo tengo otra con él, señor, y más importante. No olvide que retuvo a mi madre durante tres años y ordenó su muerte.

—Lo comprendo, Marco —le dirigí una paternal mirada—. Pero no debes ensuciar tus manos con sangre de tu propia sangre, aunque lo merezca. Sería una carga que te pesaría durante toda la vida. Déjalo en mi balanza.

Quedó pensativo el joven, sin parecer del todo convencido.

—Como diga, señor.

—Si, como espero, conseguimos el control de la fragata sin llamar la atención del personal francés en tierra, no esperaremos un segundo más. Daremos la lancha de la *Andorinha* al agua y...

—Estará en el agua con toda seguridad, señor —apuntó Neves—. Se trata de una norma inalterable en la conducta del capitán.

—Es lógico. Mejor que mejor. La goleta hará por sus propios medios al mando de Marco, en compañía del guardiamarina Mascari. Por nuestra parte, Aldo, mi contramaestre y Orcajo pasaremos a la *Andorinha* para marinarla hasta esta posición aproximada, en la que nos esperará la *Proserpina*. Es posible que los franceses se extrañen al observar la salida de ambas unidades. Obraremos como a la llegada. Más vino para el buche si deciden acudir en preguntas. Y en el último caso, disparos a la barriga sin dudarlo y todo el aparejo a las estrellas. Lo mismo digo para todo aquel miembro de la *Andorinha* o de esta goleta que se oponga a nuestras órdenes. Muerte silenciosa con arma blanca si así lo necesita la ocasión, o disparo a los ojos como última medida. Okumé se encontrará en todo momento a mi lado, como de costumbre.

Comprobé el gesto de felicidad y orgullo que se abría en el rostro del africano, mientras acariciaba la gumía enfajada en su cinturón, aquella daga que entregara mi padre a Setum cuando escapara del cautiverio africano de Tarfí. Parecía haber dudado de mis decisiones, aunque no pensaba moverme una pulgada sin su compañía, como en tantas otras ocasiones de manifiesto peligro.

Una vez ataviado con uniforme de guerra, sable y pistolón encastrados a muerte, decidí despedirme de la señora de Almeida, al tiempo que acompañaba a Marco para la faena. Aunque me recomendaran embutirme en casaca mercante, decidí que, en caso de entrar en combate y morir, debía hacerlo con el uniforme del que tan orgulloso me sentía. Madre e hijo se fundieron en un interminable abrazo, con Leonor entrada en media congoja difícil de enmascarar. Poco después y al tiempo que me tendía su desmayada mano, creí ver en los ojos negros una muda súplica. Me emocionó una vez más el variable gesto de su cara, capaz de pasar de la tristeza a la alegría sin paso previo.

—No debéis preocuparos, Leonor. En escasas horas regresaremos a bordo con la fragata *Andorinha* y el pescado en la red.

—Rezaré sin pausa para que todo se desarrolle en justicia divina. Y, por mi parte, el pescado puede lanzarlo al agua, aunque le suene duro escuchar estas palabras en boca de una señora.

—Las comprendo.

Una hora después embarcaba en la goleta Capital. Y pude comprobar con rapidez que todas las nuevas expuestas por Mascari sobre la embarcación se ajustaban al punto y sin variación. Así se lo confirmé, mientras golpeaba su hombro con afecto.

—No exageraba una mota, caballero. Una maravillosa goleta, de esas que hacen gozar por largo al hombre de mar. Pero quiero que sepa algo muy importante antes de que entremos en acción. Si triunfamos en esta empresa, su concurso habrá sido definitivo en alto grado. Puede estar seguro de que informaré al comandante general de la Escuadra en tal sentido y solicitaré que le sea concedida la charretera^[45] de inmediato. Y pienso estamparle el alamar en su hombro izquierdo personalmente.

La sonrisa de satisfacción se agrandó de tal forma, que el joven quedó sin palabras. Pero no le dejé ni siquiera entrar en agradecimientos.

—Cuando se hagan a la mar desde El Puerto y aunque haya nombrado a Marco al mando, en realidad seréis quien dirija el cotarro y ordene a los soldados si han de actuar. No quise que..., bueno, espero que me comprenda.

—Perfectamente, señor. Daremos el do de pecho, no lo dude. Mi compenetración con Marco es absoluta.

—Eso he podido comprobar.

Mientras Romarate levaba para quedar en facha en las inmediaciones de la punta des Aigrettes, a bordo de la Capital arrumbamos al noroeste para voltejear la costa hasta el cabo de la Houssaye, a dos millas de distancia

solamente. Y una vez doblada su punta, orzamos al tiento hasta aproar a la punta des Galets, costaneando la falsa ensenada de Saint Paul. Y digo falsa porque no disponía la muy jodida de un grano de arena, sino de un generoso racimo de rompientes negras que auspiciaban malos humores. De esta forma recorrimos unas cuatro millas más, hasta observar con claridad el gancho en percha que forma la punta des Galets, en cuyo seno meridional se abría El Puerto de nuestros destinos.

Ordené arribar dos cuartas a estribor para tomar la entrada de El Puerto con seguridad, al tiempo que izábamos la bandera tricolor en el pico de la cangreja de popa. La luna nos ofrecía su cuarto de poniente en bulto y se rifaba entre madejas nubosas. Ya las luces apenas permitían distinguir sombras y destellos, cuando divisé los dos fuertes que protegían la entrada como bastiones de fábrica. Y eran imponentes en verdad, especialmente el que se elevaba unos seiscientos pies por estribor, que recibía el nombre de fuerte Napoleón, una forma poco novedosa que los gabachos emplearon por toda su geografía durante el reinado del corso betunero.

Si hasta el momento había sufrido sentimientos de impaciencia y nervios de estera, producidos por encarar la empresa cuanto antes, en aquellos segundos me sentía lúcido y tranquilo, como si un aire de láudano hubiera penetrado en mi nariz. Después de todo, no era más que la condición que siempre he disfrutado minutos antes de entrar en combate. Era consciente de que no sólo me jugaba el éxito de la empresa y de mi carrera, sino la misma vida y la de mis hombres. Pero apenas se tienen en cuenta tales raciocinios cuando la mente solamente piensa en la victoria final y, en mi caso particular, la posibilidad de ajustar cuentas cara a cara y a raja de descalcador con el villano cojonero.

Cuando nos encontramos tanto avante con la punta de estribor, llamada La Negra, unas veinte varas antes de encarar la de babor, conocida por La Cuadra, tanto mis hombres como yo nos retranqueamos entre las sombras para no ser descubiertos. Sin embargo, no podía dejar de repasar con el antejo los buques surtos en puerto, único momento en el que los nervios volvieron a pasear en dominio. Porque allí se encontraba el meollo primero y definitivo de la cuestión. Y por todas las zorras del lupanar, que no descubriría la *Andorinha* o buque similar, por mucho que barriera el largomira hacia las bandas. En primer lugar, pude apreciar una fragata, posiblemente de cuarenta cañones, fondeada al abrigo del espigón septentrional, así como lo que podía ser un bergantín de porte, atracado en el muelle continuo. Pero las cuatro o

cinco unidades restantes, de las dedicadas al comercio, no podía identificarlas en la distancia.

Pero en esta vida, el buen Dios acaba por ceder ciertos favores a quien los merece, aunque se trate de condición esquivada en tantas ocasiones, incomprendidas para el creyente de a pie. Fue la voz de Aldo Neves la que llegó en auxilio de mi alma, dictada a la baja pero con su habitual seguridad.

—Ahí se encuentra la fragata *Andorina*, señor, atracada en su muelle habitual. Tres cuartas a estribor y al final del rincón que forma el espigón al que llaman de las Margaritas.

Todavía necesité de algunos segundos, hasta que en el círculo del antejo apareció con claridad la presa de mis sueños.

—¡Loado sea Dios y su santa gloria! Ahora ya puedo guarecerme con mayor tranquilidad.

La Capital atravesó las puntas de la bocana, momento en el que arrió la cangreja de popa y quedó solamente con el foque y suficiente arrancada avante. Y ya veía suficientemente cerca la fragata de los deseos, cuando una odiada voz gangosa se dejó escuchar con claridad en idioma francés.

—¡Arrien todas las velas con urgencia! ¡Identificación inmediata u ordenaremos abrir fuego contra el buque desde los fuertes!

En efecto, uno de los botes de ronda se había amadrinado al costado de babor por la proa. Pero al mismo tiempo, y para mayor preocupación, otro de superior tamaño, más parecido a balandra de puerto, lo hacía por la banda contraria, en este caso tras lanzar dos arpeos de lazo. Y por todos los cristos que me temí lo peor. Pero ya se afanaba Aldo Neves en sus manejos, como si se tratara de faena a realizar diez veces cada día. No obstante, atravesé un par de minutos interminables, porque nunca podemos asegurar desde dónde morderá la bicha siniestra, hasta que escuché risas con acento gabacho y el inconfundible ruido del trasiego de las frascas de vino. Poco después, todavía con el bote de estribor acoderado en zarza, llegaba el mulato a mi altura.

—Sin novedad, señor. Tan sólo hemos de pagar tributo también al segundo bote y podremos continuar. Estos cabrones exigen aguardiente, pero ya les he dicho que solamente dispongo de vino, pero de calidad. Continuaremos en escaso tiempo.

—Nunca olvidaré su labor, Aldo.

En efecto, y como sedación divina, poco después la Capital volvía a izar el foque para progresar con lentitud hacia la fragata madre, a la que quedábamos acoderados en un cuarto de hora. Fue el momento de desaparecer de la vista con suficiente anterioridad. Pasé a la cámara en compañía de

Okumé, Orcajo, Mascari y dos soldados de Marina con sus fusiles cargados y bayoneta calzada, al tiempo que el resto de mis hombres se distribuía por la bodega. Mientras se lanzaban maromas y tendían una escala de comunicación entre ambas unidades, alistamos nuestros cuerpos para la acción. Por mi parte, tomé asiento en una pequeña silla retranqueada a proa de la cámara, de forma que quien penetrara no pudiera divisarme hasta quedar centrado en ella.

Marco fue el primero en entrar, con un rostro de tan excelente humor, que me tranquilizó a ras.

—Todo ha salido de acuerdo a lo previsto, señor. Nadie sospecha de la faena que vamos a encarar.

—Muy bien. Ahora recemos por el resto.

Mi cerebro trabajaba sin pausa y entrado en plena felicidad, de momento. No obstante, poco después aparecía la primera negra.

—No todo ha de ser perfecto, señor. El capitán se encuentra en Saint Denis —era Aldo quien llegaba con la triste nueva y el semblante ensombrecido—, pero lo esperan de un momento a otro. De todas formas, debo regresar a la *Andorinha* para convencer a Firmino de que ha de acudir hasta aquí.

Pude comprobar la decepción en el rostro del joven Silveira, pero mi decisión no podía ser otra.

—No esperaremos un solo segundo, Marco. Acompaña a Aldo y hagan venid a Firmino a esta cámara, para que lo neutralicemos y podamos proseguir con el plan impuesto.

—Muy bien, señor —mostraba una evidente tristeza en su rostro, que era fácil de comprender—. Por cierto, creo que habéis hablado con Mauricio, el piloto criollo.

—Le entregué un luis de oro y una oferta de tres más al rematar la faena. Creo que sería capaz de besar la suela de nuestras botas. También hice correr promesas de monedas entre el resto de la dotación de la Capital. No debemos dejar un solo cabo en el agua.

—Perfecto —el joven masajeaba ahora sus manos con abierta satisfacción, en esa mutación de sentimientos tan habitual a corta edad—. Si le parece, señor, quedaré en su compañía. Es mejor que Aldo negocie con ese granuja de Firmino a solas. Aparecerán en esta cámara de un momento a otro.

—De acuerdo. En cuanto quede neutralizado y Aldo hable con los otros dos pilotos, saldremos a la mar.

—Lo que ordene, señor. La verdad, deseaba que mi madre quedara libre de...

—También yo, Marco. Y mucho lo siento por ella. Pero mi deber es lo primero.

—Lo comprendo, señor.

La más pasmosa tranquilidad se había instalado en mi pecho. Y aunque pueda extrañar a corazones sedentarios, puedo asegurar que gozaba a pulmón de aquella peligrosa situación. Tan sólo me incomodaba el resquemor de que el culebrón malparido se librara de la faena porque, además de una obligación, se trataba de un placer añadido.

Se hizo esperar el hombre de confianza de Silveira en demasía, inadecuada condición para el tiro de las venas en aquellos precisos momentos. Porque debimos permanecer casi media hora en tensa espera. Pero por fin escuché la voz inconfundible del mulato, que se dirigía en idioma portugués hacia quien debía ser su teórico compañero. Y de sopetón encontré a quien considerara en la primera visita como el hombre silencioso, situado en el centro de la recogida cámara, moviendo los brazos en señal de protesta por desconocidos motivos. Fue el momento en el que se giró para descubrir mi presencia. Como es fácil imaginar, su rostro moreno mudó al blanco céreo en escasos segundos. Y no osó movimiento alguno el muy bigardo, porque tanto los dos fusileros como mi viejo pistolón apuntaban hacia su pecho con evidente decisión. Abrió la boca para proferir alguna palabra, pero ni siquiera dispuso de fuerzas para lanzar una sola. Por el contrario, fui yo quien me dirigí a él con la mejor de mis sonrisas.

—Vaya, vaya. Nada menos que el señor piloto Firmino Walsum en persona. No puedo decir que me alegre de ver a un perro sarnoso como usted, ejemplar de la peor escoria humana. Sin embargo, me produce enorme felicidad haberlo cazado como se hace con una rata sebosa en el cepo.

Mis palabras le produjeron un visible movimiento nervioso en sus manos, al tiempo que intentaba entrelazarlas sin conseguirlo. Miró a su alrededor para comprobar que no aparecía ningún rostro amigo. De todas formas, lo intentó.

—Qué..., cómo..., Aldo, tú eres...

—Yo soy quien retorcería tu garganta hasta comprobar cómo mueres poco a poco entre mis manos, cerdo asesino —la voz del mulato destilaba un desprecio absoluto.

—Bien, dejemos los preliminares a la banda —decidí que no debíamos perder más tiempo—. Le comunico, Firmino Walsum, que en este momento queda detenido en nombre de la Justicia de Su Majestad Católica. Será engrilletado de manos y pies, y en tales condiciones trasladado hasta España, racionado a pan y agua. Allí será juzgado por engaño a mi autoridad y

envenenamiento de dos oficiales españoles. Como es natural, será condenado a morir colgado de la horca y espero que con el debido sufrimiento previo, merecido en todo criminal de su calaña.

Si restaba alguna onza de resistencia en el personajillo, acabó por esfumarse. Al tiempo que podía observarse como por su entrepierna supuraba un líquido viscoso sin posible continencia, se dejó caer de rodillas. El muy cobarde juntaba sus manos en perdida rogatoria. Comenzó a gemir como niño desvalido.

—Por favor, señor comandante, no soy culpable de nada. Tan sólo me limité a obedecer las órdenes precisas de mi capitán. No podía negarme o habría acabado con mi vida. Le juro que...

—¿Y qué me dice del intento de asesinato en la persona de doña María Leonor de Almeida? Había olvidado ese pequeño detalle —apretaba las tuercas sin compasión.

—Nada le hice a la señora, señor, puedo jurárselo por lo más sagrado. El incendio en el que murió...

—¡Cállese de una vez, putón de muelle! Acudió a la hacienda Almeida, donde ordenó a sus guardianes darle muerte. Para su desgracia, contamos con la declaración de la propia señora, que se mantiene con vida a bordo de la fragata *Proserpina*.

Nueva mueca de asombro, cuando ya sus temblores se generalizaban por todo su cuerpo.

—También fue una orden...

—Calle y responda solamente a mis preguntas. Necesito algunos datos con rapidez. Y utilice la sinceridad o recibirá la muerte aquí mismo. ¿Los caudales embarcados en San Blas con destino a la Real Hacienda española se encuentran a bordo de la fragata *Andorinha* sin merma?

—Así es, señor.

—¿Y las mercaderías valiosas embarcadas en el puerto de Manila?

—También. Señor. No falta ni un solo peso ni una pieza de porcelana.

—¿Cuál es el resto de su carga?

—La fortuna personal del capitán Silveira.

—¡Querrás decir la fortuna de mi madre, degenerado mamón! —Marco saltó al quite de varas con furia.

—Eso quiero decir, don Marco.

—¿Pensaban transportarlo todo a Ternate?

—En efecto, señor. El capitán Silveira debe pagar mucho oro al sultán. Pero en nada he colaborado por mi cuenta. Le repito que solamente me

limitaba a obedecer las órdenes...

—Tapan la boca a este miserable. Amárrenlo hasta que regresemos a nuestra fragata, donde será engrilletado como el peor de los asesinos.

—Deje que acabe con él, señor. Sería un inmenso placer —alegó el mulato con decisión.

—No hemos de mancharnos las manos con sangre innoble, Aldo. Sufrirá mucho más en sus carnes, padeciendo los efectos de la justicia española. Pero ahora no debemos perder tiempo. Pase de nuevo a la *Andorinha* y regrese con esos dos pilotos. Que lo acompañe Marco para dar más fuerza a sus argumentos. No olvide ofrecer un par de luisas de oro a cada uno. Todavía me resta una generosa bolsa del capitán negrero. Cuando los convenzamos de la nueva jerarquía establecida, embarcaré en la fragata con usted y mis hombres, de acuerdo al plan previsto y saldremos a la mar sin pérdida de tiempo.

—Muy bien, señor.

Mientras Aldo y Marco abandonaban la goleta, Okumé se encargó de amarrar y amordazar a Firmino. Acabó por situarlo contra uno de los baos de proa, embridado como el reo de la peor pena. No obstante, y a pesar de la mordaza, se escuchaban sus lastimeros gemidos, al punto de que mi africano debiera propinarle una patada en el estómago con amenaza de continuar la faena, si escuchaba uno solo de sus lamentos. Por mi parte, sonreía, feliz. El plan parecía desarrollarse sin problemas a la vista, un desalmado recibía los ungüentos debidos y en escasos minutos nos haríamos a la mar.

Pasaron los segundos, aunque ahora se tratara de situación en gloria de espuma. Por fortuna, no abandonamos las precauciones en momento alguno y continuamos en las posiciones establecidas. Y digo tal porque la sorpresa gorda acabó por entrarnos a ojo de barloa poco después. Porque pude escuchar con claridad la fuerte voz de Aldo Neves, exageradamente alta, como si deseara que la escuchara desde mi posición en la cámara.

—Será una agradable sorpresa, capitán.

—Veamos de una vez de lo que se trata. Ya sabes que no me gustan las sorpresas y debo dormir por largo. Llevo todo el día en danza de aquelarres por la ciudad de Saint Denis. Y el camino se encuentra en terrible estado.

Quedaba claro que el capitán culebrón había acabado por aparecer a bordo de la *Andorinha*, probablemente cuando Aldo y Marco se dirigían a conferenciar con los pilotos portugueses. Y lo habían embaucado con la sorpresa preparada en la cámara de su goleta. El caso es que poco después, siguiendo la misma raya que el piloto Walsum, el capitán aparecía en el centro de la cámara. Y a pesar del odio que sentía por aquel ser degenerado,

no dejé de admirar su elegante porte y reluciente casaca. Porque todo en él desprendía gran clase y nobleza, aunque la verdadera se encuentre bien dentro del alma y, en esa zona particular, el capitán Silveira se moviera por lo blanco. Por mi parte, no moví ni una sola de las cejas y mantuve la misma postura, sentado y con el pistolón amartillado en la mano.

Al contrario que lo sucedido con su piloto, cuando Joao Silveira Cabral se encontró encañonado por los dos fusileros y mi vetusta arma, las tres bocas de fuego dirigidas contra el centro de su chupa bermeja, nos ofreció una sonrisa socarrona, como si esperara una invitación de tal especie en cualquier momento. Y, como para desgracia de tantos, poseía sangre de estirpe en sus venas, se permitió una chanza de sarao.

—Benditos sean los cielos en amparo. Mucho me alegro de verle de nuevo, señor brigadier, conde de Tarfí. Pero debía haberme avisado de su llegada para prepararle una colación vespertina en condiciones.

—Lo comprendo y me disculpo como se debe por tal incorrección — intenté seguir su farsa con evidente disfrute—. Pero no quería dejar pasar un segundo más sin agradecerle su recepción en el palacio Oosterwijk. Fue un detalle imperdonable por mi parte no hacerlo en su momento. Especialmente por aquel maravilloso licor de Armagnac que nos sirvió en remate de gloria.

—Sabía que le habría gustado —mantenía la misma sonrisa, al tiempo que intentaba sacar un cigarro de su estuche, lo que fue impedido por Okumé que, siempre al tanto, tomó su mano con dura garra.

—Mi buen africano no se fía una onza de vos, señor Silveira. Debe comprender que se trata de persona muy inteligente y cataloga a los bribones con la primera mirada. Pero, como realice un nuevo movimiento, seré yo quien dispare contra su pecho, una acción que deseo fervientemente llevar a cabo. Aunque es posible que, a esta distancia, prefiera abrirle los ojos en sangre, por mucho que manche tan preciosos ropajes.

—Razón le sobra porque pagué por ellos un precio muy elevado a un sastre inglés de la isla Mauricio. Pero debe tener en cuenta que un disparo podría alarmar a la guarnición francesa.

—Un disparo perdido se produce a bordo de todo buque alguna que otra vez a lo largo del día y sería fácilmente justificable. Además, el placer por mi parte sería tan grande, que merecería el riesgo.

—Bien, dejemos las estupideces a un lado. ¿Qué desea, comandante Leñanza? ¿Qué pide?

Me asombraba que, a pesar de la penosa situación en que se encontraba, todavía intentara manejar la situación a su gusto. Pero era llegado el momento

de pasar a verdades crudas y me lancé a ellas con inmenso placer y regusto de tripas.

—Capitán Joao Silveira Cabral —dirigí mis palabras en tono altisonante—, tengo el honor de comunicaros que, en este momento, quedáis arrestado en nombre de la Justicia de Su Majestad Católica. Seréis engrilletado de manos y pies, y en tal situación trasladado a bordo de la fragata *Proserpina* de la Real Armada hasta España, donde seréis juzgado por vuestros muchos crímenes.

—¿Crímenes dice? —Todavía enhebró una sonrisa desdeñosa—. ¿De qué crímenes me habla? ¿Por haber invitado a mi palacio a unos oficiales que no supieron beber con la debida moderación exigida en todo caballero?

—¡Escúcheme bien, bastardo de mierda! —Había cambiado la banda y escupía mis palabras con infinito desprecio—. Será juzgado en la ciudad de Cádiz por haber robado doce millones de pesos a nuestra Real Hacienda, así como otras mercaderías del Gobierno. Pero también por el envenenamiento de los oficiales de guerra y mayores de la fragata *Proserpina*. Y, por último, por el intento de asesinato en la figura de su legítima esposa María Leonor de Almeida. Una gran señora que se encuentra a bordo de la fragata bajo mi mando y que, por cierto, no le envía cariñosos saludos conyugales. Parece mentira que un ser humano haya podido proceder así. Pero le juro que lo pagará todo, onza a onza y con extremo sufrimiento; azotes, vergüenza pública y final ahorcamiento en la soga del cadalso hasta morir.

Por primera vez, Silveira perdió todo rasgo de sonrisa en su rostro. Pero no se tiñó del blanco que ofrece el pavor, sino del rojo bermellón que apareja la rabia contenida.

—¿Ha dicho mi esposa? —consiguió recuperar su inicial postura altiva—. Vaya por Dios. Me alegro de que se encuentre con vida. La creí perdida en un incendio.

—Su hijo, ese valiente llamado Marco Antonio, salvó su vida. Ese joven a quien tanto desprecia, tiene mucho más valor que usted. Y, como opinión personal, debo declarar que parece difícil de creer que intentara asesinar a una maravillosa dama portuguesa para cambiarla por una concubina oriental.

—¡No le consiento que hable así de mi esposa, la princesa Ratna! —todavía le restaba gallardía.

—Consentirá lo que estime oportuno, bellaco de mierda. No sois más que un vulgar salteador de faltriqueras, hijo de la grandísima putorróna del lupanar más tirado, unido en flagrante pecado con una concubina de sangre india —moví ligeramente el pistolón hacia su pecho. Y por todos los cielos,

que deseaba la más mínima infracción en sus movimientos para descerrajarle un disparo contra la babosa sonrisa—. ¿Me ha comprendido bien, sacamantecas del tres al cuarto?

Ahora Silveira cerraba sus puños con fuerza de hierro, corroído por la indignación más extrema. Estaba seguro de que pensaba en una posible salida a su situación, una solución que, para su desgracia, no aparecía por ningún lado. Miró hacia la balconada, supuse que pensando en lanzarse a través de ella, pero también lo observó el piloto Neves, que le cerró la posibilidad al colocar su cuerpo en dicha dirección.

—Juro por Dios que me gustaría retaros a duelo por esas palabras que habéis pronunciado —el capitán entonaba con rabia.

—¿A duelo? ¿A pistola o arma blanca? ¿Cómo el duelo que lidiasteis con el afrikáner Van der Toorm? Estoy seguro de que, en primer lugar, me ofreceríais un poco de vuestro maravilloso armagnac y después nos batiríamos a sable. Me he batido en duelo en alguna ocasión, Silveira, pero solamente con caballeros. Jamás lo haría con una bosta campera como vos. Un caballero no ha de ensuciarse las manos con truhanes sin talla ni honra.

Me encontraba a punto de rematar la escena y ordenar que fuese amarrado como un cerdo de matanza, cuando Marco entró en acción.

—Asistiré a su ejecución con extremo placer. Porque no lo considero mi padre, sino un cerdo digno del peor de los castigos. Y debe saber que cambiaré mi oficial filiación para llamarme solamente Marco Antonio de Almeida. Espero que el apellido Silveira se pierda con vos o con ese bastardo renegrado que habéis engendrado.

Al tiempo que el joven Marco escupía a la cara de quien, después de todo, le había ofrecido la vida, una acción que me impresionó vivamente, se produjo una peligrosa conmoción. No era tonto el capitán y aprovechó la especial coyuntura que su hijo le ofrecía sin querer y gracias a su escasa experiencia. Se movió con extraordinaria rapidez, de forma que en un par de segundos aparecía una afilada daga en su mano. Al mismo tiempo atenazaba a Marco por la espalda y situaba el arma contra su cuello.

—Al primer movimiento de sus armas, juro que me llevaré a este hijo de zorra portuguesa conmigo a la tumba. Como supongo que habéis navegado en compañía de María Leonor, seréis presa de sus educadas maneras y especial belleza. Y le habréis prometido regresar a su bordo con el hijo sano y salvo. Pues, si quiere que sea así, deberá dejarme en libertad.

Me maldije a mí mismo cien veces por haber forzado el lance de aquella forma y recrearme en la suerte a gusto propio, al punto de poner en peligro el

resultado final. El joven Marco había empalidecido porque creía capaz a su padre de llevárselo con él hasta los reinos de Satanás. Y por mi parte no me creía lo suficiente buen tirador para disparar a la cabeza de quien odiaba más y más, sin dañar al hijo. Pareció comprenderlo el jodido capitán, que ahora volvía a mostrar sonrisa de triunfo.

—No se debe dar por ganada la partida hasta que la última carta muestra su corte.

—No creo que seáis capaz de dar muerte a vuestro propio hijo. Después de todo, es sangre pareja aunque, para su bien, haya resultado la cría cambiada.

—¿Mi hijo, dice? —soltó una sonora carcajada—. No lo considero como tal. En mal momento dejé preñada a su insoportable madre. Además, nunca he perdonado que nadie me escupa a la cara. Los dos únicos que lo realizaron, no vivieron muchos segundos. Deben andar todos con mucha calma y sin nervios a la vista. Pienso abandonar esta goleta con este achicado espécimen humano bien prendido. Y juro por Dios que le rebanaré el gaznate, si observo cualquier movimiento sospechoso.

—No se lo permitiré. Aunque deba morir el joven, acabaré con usted aquí mismo —mentía, al tiempo que intentaba ganar algún tiempo que pudiera ofrecer una mínima solución.

—Sí que lo permitiré. No puede defraudar a Leonor de esa forma —nueva risita desdeñosa—. Abandonaré la goleta Capital y podrán abandonar El Puerto sin mayores problemas. Ese es el único trato.

De pronto, observé el sigiloso movimiento de Okumé. El africano se corría pulgada a pulgada y con extrema lentitud hacia babor, para situarse a la espalda del capitán. Y para su fortuna, no quedaba bajo el campo de su mirada. Me hizo una señal con las cejas, que comprendí a la perfección. Necesitaba algunos segundos más para llevar a cabo su faena, un tiempo que debía concederle. Y me lancé a la función con todas las energías de las que era capaz.

—Piense bien lo que va a hacer, capitán. Debe comprender que ni por Leonor de Almeida ni por todos los cristos crucificados le dejaré salir de esta cámara. Mi primera obligación como comandante de la fragata *Proserpina* es la de recuperar esos caudales que embarcó en San Blas y lo haré aunque me costara la propia vida. Puedo ofrecerle un acuerdo ventajoso.

—¿Un acuerdo? Aunque sé que sois hombre de honor, ningún acuerdo me sería ventajoso. He de partir con la fragata *Andorinha* hacia Ternate, donde me espera un dorado retiro. Y, antes de continuar, le exijo rectificar y

excusarse sobre los insultos que ha proferido contra mi legítima esposa, la princesa Ratna.

Okumé había alcanzado la posición buscada, a la espalda del capitán. Observé cómo desenfundaba la gumía con lentitud y fijaba su mirada con precisión en el cogote del malandrín. Sabía que intentaría lo que solía denominarse como machetazo del novillo, ese que se produce en el centro de la parte posterior del cuello y que debe dejar sin movimiento a quien lo recibe, así como producirle la muerte instantánea. Pero también era consciente de su dificultad, si no se acertaba con el definitivo tajo entre las dos vértebras, al punto que incluso podía rebotar la hoja contra una de ellas. Tan sólo necesitaba unos pocos segundos más.

—No puede ser su legítima esposa, si todavía vive su primera y verdadera mujer.

—Pijadas de monja. Me paso esas formalidades por el arco del triunfo. Pero ya está bien de cháchara absurda. Abandonaré la goleta y dispondrán de media hora para abandonar...

Ni siquiera pudo acabar la frase. La mano de Okumé se movió a la velocidad del látigo y con la terrible fuerza de su poderoso brazo. Clavó la gumía en el lugar preciso, de tal forma que el capitán Silveira solamente llegó a abrir la boca, sin emitir un solo gemido. Aldo reaccionó con rapidez, separando al joven de su padre, en el momento que éste caía muerto sobre la cubierta. Me acerqué hasta él, al tiempo que Okumé retorció la gumía sobre la herida. Tan sólo una de las piernas del capitán se movió en final estertor. Lancé las últimas palabras.

—Este inmundo ser ha sufrido la muerte que merecía, como los novillos malencarados o los cochinos en el monte —todavía sentía los nervios en recorrida de duendes por mis brazos—. He pecado de imprudencia y cerca ha estado de costarnos un serio disgusto.

Mientras aseguraba el pistolón y lo enfajaba en norma, tomé la daga del capitán, maravillosa pieza con la empuñadura labrada en nobles piedras, que le entregué a Okumé.

—Gracias, viejo africano, y guarda esta daga como especial recuerdo. Bien que te la has merecido. Nos has salvado una vez más. ¿Qué haría yo sin tu permanente auxilio?

—Ya sabe que no puede circular por el mundo una sola jornada sin mi compañía, señor —exhibió su blanca dentadura en sonrisa de triunfo—. Pero he de reconocer que he tenido suerte. Por poco fallo el tajo, que sentí resbalar la gumía por una de las vértebras.

—Bueno, olvidemos los inconvenientes. Que enrollen el cadáver del capitán en un coy. Lo lanzaremos al agua una vez fuera de puntas. Y ahora manos a la obra. Aldo, llame a esos dos pilotos y comencemos la faena.

—Con todo el placer, señor comandante.

Adentras Aldo abandonaba la cámara, me dejé caer en el sillón orejero de cuero negro. Fue el momento en el que sentí el efecto de la tensión acumulada, como un alargado combate a tocapiñoles. Pero no podía alzar el pabellón en victoria, ni mucho menos, que todavía debíamos abandonar El Puerto sin que los franceses sospecharan de nuestra conducta. Al menos, un sentimiento de enorme satisfacción se abría en mi pecho, al observar el cadáver del ruin personaje tendido sobre el piso. Se demostraba que, en bastantes ocasiones, la justicia obra de mano con sabiduría. Y para satisfacción propia, Okumé me había sacado las castañas del fuego una vez más.

20. Punto de encuentro

No fue tan sencillo convencer al personal de la fragata *Andorinha*, en acuerdo con nuestras intenciones de futuro, como nos lo habían pintado Aldo y Marco en colores de rosas. En primer lugar, hablamos de forma reservada en la cámara de la goleta con los dos pilotos portugueses, Filipao Mendes y Rodolfo Montenegro, que ya expusieron sus propias reticencias por las claras. Y no se trataba de que dudaran de mi palabra o futuras acciones, sino que, inteligentes y a la vista de la situación, deseaban sacar una mayor tajada del asunto. Conocían bien la valiosa carga estibada a bordo del buque, nuestra difícil situación al encontrarnos de tapado en puerto francés y estimaron llegado el momento de dar el zarpazo pecuniario más glorioso de su vida.

A tal punto llegó la situación que debí mover mano con decisión. Ante la atenta mirada de Aldo Neves, Marco y los dos pilotos, tomé la palabra por primera vez, desplazando al mulato, que era quien llevaba el peso de la componenda hasta el momento. Porque ya andaba entrado en nervios y no podía hacer dejadez de la autoridad que mi posición a bordo me permitía.

—Me parece que no avanzamos ni una miserable pulgada en esta negociación, señores. Y poco me gusta la guinda. Parece ser que olvidan un factor fundamental. La fragata *Andorinha* ha incurrido en una grave y demostrada acusación, como es el caso de no cumplir con el transporte de la carga pactada a su punto de destino y evidente ánimo de lucro personal...

—Bueno, señor, eso fue asunto indeclinable del capitán... —intentó decir Filipao, cortando mi intervención.

—¡Cabe la boca, por Neptuno y sus crías! —mi voz resonó a socobazo de cardenal—. No vuelva a interrumpir cuando me encuentre en uso de la palabra. Les repito que han cometido un fraude de flete con el Gobierno español, acción gravísima. Por tal razón, puedo apresar la fragata en orden de ley y considerar a todo el personal de su dotación como reo de connivencia fraudulenta. De esa forma, pasarían a ser juzgados en España, con un futuro

más que incierto. El ofrecimiento que les ha hecho el piloto Aldo Neves es más que generoso y no me hagan que lo reconsidere a la baja. No sólo quedan libres de cargos y se les respeta la libertad, sino que se les permite permanecer en estas aguas y con una suculenta prima de agradecimiento.

En principio, creí entender que mis palabras hacían mella suficiente como para cerrar el trato de forma definitiva. No obstante, fue otra vez Filipao, un bisojo malencarado y tardón, el primero en elevar protesta.

—Tiene parte de razón en sus palabras, señor comandante. Pero olvida un factor muy importante. Nos encontramos en puerto francés y ha de abandonarlo en la clandestinidad, sin que llamemos la atención de las autoridades gabachas. Porque en caso de entrar la situación a malas, podría perderlo todo —exhibió una sonrisa estúpida y a destiempo—. Para llevar a cabo la misión de abandonar El Puerto con la debida seguridad, necesita de nuestro concurso.

—¿De ustedes? ¿Para qué? —pregunté, aunque sabía perfectamente por dónde llegaban los tiros.

—Bueno, quiero decir, señor, que necesita de nuestro silencio.

Endurecí el gesto y la mirada. Cambié el tono de mi voz a tono de autoridad en látigo.

—Bien. Creo llegado el momento de poner las cartas sobre la mesa y abiertas en oros. Si considerara, como así parece a todas luces, que intentan ustedes forzar mi voluntad con amenazas, no durarían unos segundos más en el mundo de los vivos, pueden jurarlo por la salud de sus putorronas almas —desenfajé el pistolón, para posarlo lentamente sobre la mesa, al tiempo que lo amartillaba con su bronco y característico sonido—. En vista de ello, les expondré una última oferta. O aceptan cuatro luises de oro, uno menos de los prometidos por Aldo Neves, y su libertad o acabaré con ustedes en estos momentos. Y no piensen en la posibilidad de dar la voz de alarma, porque a partir de ahora llevaran a uno de mis fusileros pegado como lacre a sus huevos, con la expresa orden de abrirles la barriga en cuajo de cruz con la bayoneta al primer movimiento sospechoso. ¿Me he explicado con claridad? ¿Qué me contestan?

Allí quedó zanjada la cuestión, como es fácil suponer. Pero no se lidiaba la maniobra al ciento. Porque parecía correrse la voz de las demandas por la fragata en demasía y cinco de los maestros, especialmente el velero y el carpintero, llegaron para hablar con Aldo Neves en parecidos términos. Por fortuna, el mulato consiguió lidiarlos con promesas futuras y mi firma en documento redactado a cuartos. Y poco o nada me preocupaba, porque se

trataba de una de esas rúbricas que se escriben en pergamino con agua corrida.

Por fin, pasé a la *Andorinha* con el personal seleccionado de la fragata *Proserpina*. Y, como ya había picado la primera hora de la nueva jornada, aceleré la maniobra en lo posible, que no podíamos permanecer un nuevo día a bordo con luz abierta. El teniente de fragata Orcajo y don Anselmo coparon la actividad mayor, este último muy compenetrado con Aldo Neves. Comprobaron casco y aparejo, al tiempo que daban las instrucciones necesarias a los maestros. Alistamos a uno de nuestros mejores marineros en cada palo, como responsable de vigilancia, mientras me instalaba en el alcázar e intentaba hacerme una composición de lugar. Pero ya saben quienes se mueven a diario en la mar que en poco se diferencia un buque de otro, si se maneja con tres palos y vela redonda en caída.

Un aspecto en el que fracasé hasta la sentina fue en el de alistar la escasa artillería a disposición, tal y como era mi intención, por si la causa se torcía a malas. Tras un ligero repaso, comprobé que, en efecto, disponía de 23 cañones, doce de a ocho en la batería corrida, con ocho portas trincadas en blanco, así como once de a 6 en el alcázar y castillo. Todo ello sin contar con la magnífica pieza de bronce y a 24 libras, instalada en caza a proa, una costumbre habitual en todo capitán que puede pagarlo. Se trataba de un cañón holandés de extraordinaria belleza y bastante parecido al que tomáramos en requisa de la fragata negrera *Aurore*.

Comprendí el grave error en el que había incurrido al no haber embarcado en mi compañía algún condestable de confianza y un par de cabos de cañón, expertos en todo calibre. Porque, una vez inspeccionadas las piezas, comprendí que sería tarea muy difícil o casi imposible llegar a disparar aquellos cañones con suficiente garantía. Se encontraban guarnidos a la bretona en pobre, con cureñas desvencijadas y saquetes de pólvora de colores inciertos. Y de nuevo la excepción se abría en la pieza de a 24, con balerío y pólvora de factura perfecta, como si se tratara de la defensa definitiva del buque. No obstante, impartí las instrucciones precisas, aunque se tratara más bien de plegarias elevadas en coro de ángeles. Y así me lo comentó Orcajo.

—Menos mal que no hemos de defender los caudales con la artillería de esta fragata, señor.

—En efecto. Mal aspecto presentan.

—Bueno, señor, menos esa pieza de bronce. Parece que todos los capitanes de las fragatas mercantes basan sus esperanzas en tales cañones.

—Siempre es una garantía disponer de un cañón de calibre alto y seguridad. Siendo una fragata tan velera, puede moverse en caza e incordiar bastante con su tiro. Pero, como dice, espero que no debamos basar en su empleo la seguridad de los caudales embarcados.

Decidido a encarar el tramo fundamental de la empresa, porque todavía no había ganado más que una importante escaramuza, la goleta Capital fue la encargada de abrir marcha al tiento del sofoque^[46] y con el mínimo andar posible. Al mismo tiempo, largábamos amarras de tierra en la *Andorinha*, mientras la falúa comenzaba la pesada función del remolque. Por mi parte, repasaba con el anteojo y en detalle tanto el muelle, donde por fortuna no aparecía una sola vida en danza, como los fuertes y las aguas interiores, especialmente las figuras de la fragata fondeada y el bergantín. Todo andaba en el más hermoso de los silencios y sin movimiento alguno que me hiciera elevar una mínima sospecha.

A remolque de la lancha habíamos recorrido unas cien varas, la mitad de la distancia que nos separaba de las puntas de la bocana, cuando el bote de ronda, en este caso el aparejado de balandra portuaria, nos entraba por el combés de estribor entre las sombras y con el tarro de luz en movimiento de claro significado intimidatorio. Nos retranqueamos a cubierto quienes lucíamos uniformes comprometidos, mientras Aldo Neves conferenciaba con quien, en mi opinión, debía exigir un nuevo peaje en forma líquida. Sin embargo, en esta ocasión nos alcanzaba el primer peligro, porque el mulato regresaba hasta al alcázar para charlar conmigo, encuadrado tras la timonera. Y lo hacía en tono temeroso.

—Ha aparecido un sargento que dice llamarse Alain Audisert, señor. Jamás en mi vida lo he visto, ni en tierra ni en la mar. Pero se dice buen amigo y colega del capitán Silveira. Asegura en firme que debe recibir una promesa de su parte.

—¿Un amigo del capitán? No creo que ese figurín de corte estimara como su amigo a un sargento francés.

—Tampoco yo, señor, especialmente con el aspecto de matón chulesco que exhibe este gabacho. Es posible que, en alguna ocasión, le facilitara el necesario enjuague de lances oscuros. Y me refiero a cuando Silveira se maneja por los prostíbulos del Puerto. A pesar de su elegancia y presunción, era muy aficionado a cierta casa de lenocinio llamada Isabelle. Y puede ser que le hiciera alguna promesa. Le he contestado que el capitán se encuentra enfermo en cama y no puede hablar con él. Pero insiste en mal tono, que ha de cumplir su promesa si queremos abandonar El Puerto. Me parece que anda

un tanto bebido, momento más peligroso en las personas sin principios. Pero no sé a qué promesa se refiere, ni me parece adecuado preguntarlo. Podría adivinar que el capitán no se encuentra presente.

Quedé pensativo, considerando las posibles salidas que se nos ofrecían en la oscuridad. Y no lo dudé porque en esta vida hay que jugar al doblón de salto sin dudarlo en más de una ocasión, especialmente cuando nos jugamos la vida. Eché mano a la bolsa, donde las monedas habían menguado a la vista.

—Ofrézcale este luis de oro en nombre del capitán. Dígale que, en la próxima ocasión, dentro de algunas semanas, repetirán la experiencia.

—¿Cree que será...?

—No creo que ese avaro del capitán Silveira le ofreciera algo de más valor. Vamos, Neves, que el tiempo vuela.

—De acuerdo, señor.

Salió el mulato a la carrera hacia proa, mientras Orcajo me susurraba con cierta sorna.

—Mucho juego han ofrecido esos luses del capitán negrero, señor. A pesar de su innoble procedencia, han obrado a la buena.

—Y que lo diga. No hay mal que por bien no venga. Por cierto, Orcajo, no pierda de vista a los dos pilotos.

—No se preocupe, señor. Pero estimo que esa pareja todavía anda floja de vientre, desde que observaron su pistolón amartillado sobre la mesa. Ese arma es capaz de ablandar las voluntades más enquistadas y que hagan cámara^[47] los apretados en la jardinera^[48].

La moneda obró el milagro esperado. Porque el sargento sonrió de infinita felicidad, repitiendo una y otra vez su eterno agradecimiento para el generoso capitán Silveira. Por fin, continuamos avante en la faena, y salimos a la mar pocos minutos después, momento en el que izamos mayores y gavias con tiento. Y puedo jurar que me llamó la atención la profesionalidad de la dotación, que en poco debía envidiar a la de mi fragata, aunque se tratara de un grupo de hombres cazados por unas pocas monedas y sin ideales en el pecho.

Ordené arrumbar hacia la mar libre, para separarnos de la costa unas tres millas en el mínimo tiempo posible. Y cuando me vi por fuera de la distancia de tiro de los fuertes emplazados a ambas bandas de la bocana, respiré de felicidad a pulmón de boquera. Porque aunque todo se desarrollara al paso de cordón con pasmosa facilidad, había sido una operación temeraria y con bastantes factores que podían haber fallado en cualquier momento. Poco después, arrumbábamos hacia la punta des Aigrettes, donde debía esperarnos

la fragata *Proserpina* y llevar a cabo la distribución definitiva del personal entre las tres unidades, antes de que las dos fragatas comenzaran lo que podía ser un glorioso tornaviaje hacia España. Comenzaba una nueva etapa en la misión encomendada, la que podía ser definitiva. Y a esa sensación de gloria me aferré con arpeos de fuerza.

Comenzaba a despuntar el disco de oro cuando costaneamos al palmo la ensenada de Saint Paul y avistamos la punta establecida para la reunión. Y en mis adentros ya pensaba en observar el rostro de felicidad de Leonor, al reencontrarse con su hijo ileso y saber que ya se trataba de mujer libre. Para gusto propio, comprobé que la fragata *Andorinha* navegaba como los ángeles, tanto de bolina como a un largo, meciendo las bandas como las señoras de corte en dominio. Sin embargo, y para nuestra sorpresa, no se divisaba una sola vela en todo el horizonte. Y no lo podíamos achacar a causas de bruma o neblinas propias de la estación, porque el crepúsculo se había abierto aquella mañana con cielos despejados al copo y visibilidad de cúpula infinita. Sentí una punzada de dolor por las tripas, como si el duende negro me entrara en avisos de maldad. Y así lo comenté en el alcázar.

—No me gusta una miga el pastel que se nos ofrece, Orcajo. ¿Dónde cojones ha podido meterse Romarate con nuestra fragata?

—Pues no lo comprendo, señor. La visibilidad del vigiador desde el palo mayor con estas benditas condiciones, debe superar las veinte millas para avistar una vela en el horizonte.

—Eso mismo pensaba yo. ¿Habría sido atacada por alguna unidad francesa?

—Es difícil que una fragata de cuarenta cañones, como la que hemos observado en El Puerto, intente dar alcance a nuestra *Proserpina*. Y una unidad menor no se atrevería a entrarle en fuegos, a no ser que operen en grupo, condición difícil de cumplir por los franceses en estos días. Es posible que haya avistado una embarcación de porte superior y decidido salir de estrepada, con el aparejo largado hasta la última pañoleta y en escape. Después de todo, señor, esas fueron sus instrucciones.

—Desde luego y lo aplaudiría con fuerza. En ese caso, debería regresar a esta posición en cuanto le fuera posible o, entrado en la peor de las posibilidades, durante las amanecidas. Pero bien sabe Dios que no desearía sufrir tanto tiempo de espera, o las ratas acabarán por comerse mis tripas de impaciencia.

—Recemos a la Patrona para que todo se solucione con rapidez.

Nos mantuvimos durante toda la mañana en tensa espera, mientras la *Andorinha* facheaba sobre las aguas con docilidad extrema, acariciados por un viento del nordeste y fresco de fuerza. La ilusión que embargara mi ser por entero horas antes se había esfumado como por encanto, para quedar postrado en la peor de las situaciones. Porque nada hay más doloroso en esta putañera vida que la espera sin límites establecidos. Pensaba en una y mil posibilidades, aunque eran escasas las que podían abrigar el cerebro en ventura. Incluso sopesé la eventualidad de lanzar a la goleta Capital en descubierta, aunque tampoco era capaz de decidir la dirección positiva. El piloto Aldo Neves pareció comprender mis pensamientos.

—Podemos enviar a la goleta en su busca, señor. Con este viento, la pequeña es capaz de correr las ocho millas sin ofender el vuelo.

—¿Pero hacia dónde la destacamos, Neves? ¿En base a qué deducción debemos movernos? ¿Qué puede haber sucedido? En el caso de que haya avistado a una fragata francesa, porque nada sé de la existencia de navíos gabachos por estas aguas, las mayores posibilidades serían que se tratara de una fragata que sale de El Puerto con dirección a la costa malgache meridional. En ese caso, la *Proserpina* habría salido en huida hacia el sur.

—Tiene razón, señor. Es imposible establecer una suposición con visos de mayor probabilidad. Le ha podido llegar una fragata desde los cuatro puntos cardinales y no solamente desde el norte. Sería absurdo comenzar a correr millas y separarnos. Le recomendaría mantenernos las dos unidades en facha, hasta que los cielos se dignen concedernos su benevolencia.

—Puede ordenar, señor —intervino Orcajo—, que se despliegue la goleta en círculo a unas treinta millas, para aumentar el campo de observación.

—Poco ganaríamos con ello —aseguré de mala gana, conforme el duende malo me corroía las entrañas—. No se olvide de la guinda^[49] de nuestro palo mayor que, después de todo, es lo que se traduce en la distancia de avistamiento. Creo que Neves tiene razón. Quedaremos en facha aunque a una distancia mayor de esta punta, que las balas rojas las carga el diablo.

Una vez tomada la decisión, que en poco me agradaba, el tiempo comenzó a discurrir con velocidad de tortuga ciega. Mil y un pensamientos negros recorrían la sesera sin descanso, estableciendo imágenes muy poco reconfortantes. Y sobre ellas sobrevolaba el rostro angustiado de Leonor, que corría por la cubierta mientras la artillería de una fragata francesa barría la *Proserpina* con saña. Por tal razón, y siguiendo la recomendación de Okumé, intenté descabezar un necesario sueño, que no probaba el catre en dos días. Pero sabía que se trataba de operación casi imposible, y así se tradujo. Porque

solamente conseguí dar vuelta sobre vuelta, hasta decidir salir de nuevo a cubierta, cuando ya las luces del sol comenzaban a declinar de plano.

* * *

Se abrió el crepúsculo del nuevo día con las mismas condiciones: cielos despejados al ciento, buena visibilidad, mar en cabrillas y viento fresco del nordeste. Había conseguido descabezar un ligero sueño durante la noche cercano a una hora, aunque fueron las tajadas de carne servidas por Okumé con dos jarras de café las que parecieron entonar mi cuerpo en alguna pulgada de esperanza. Salí a cubierta y encontré el rostro cabizbajo del teniente de fragata Orcajo, que comenzaba a barrer el horizonte con su antejo, una vez instalado como vigiador el mejor de nuestros marineros.

—Veo por su cara, que nos mantenemos sin novedad que llevar a la boca.

—En efecto, señor. Esta situación acabará por rifarnos los cabellos sin posible enmienda.

—Por todas las putas de Caín, que es para desesperar. Una vez que cubrimos la parte más comprometida de la operación, nos llega la ruleta de la diosa con bastos a la cara. Parece que hemos sido marcados por un bisojo con viruela.

—No desespere, señor —entraba Okumé para ablandar voluntades—. El teniente de navío Romarate sabrá bien lo que ha de hacer y regresará a este punto de reunión.

—No desconfío una sola mosca de mi segundo y su profesionalidad, sino de este destino que se nos carga en la chepa día a día.

—Queda escrito a las claras que la fragata debió escapar en dura estrepada, señor —afirmaba Orcajo sin despegar el largomira de su ojo, cuando ya la claridad se acentuaba casi al copo—. La *Proserpina* regresará al redil como marcan las normas.

—Estoy hasta los cojones de escuchar solamente vagas promesas —alzaba la voz contra mi propio ánimo—. ¡Quiero hechos y observar...!

—¡Una vela por el través de estribor!

Creo que pocas veces en mi vida sentí tanto júbilo al escuchar la voz del vigiador como en aquella ocasión. Se produjo una explosión en las tripas más que merecida. De acuerdo a la proa que adoptaba la *Andorinha* en aquellos momentos, el avistamiento se correspondía con el noroeste de forma aproximada. Y como no disponía de oficial para ampliar la información con suficiente criterio, confié en la profesionalidad de nuestro marinero Balsas,

que era quien montaba guardia en la cofa del palo mayor en aquellos momentos. Y no aguardaba mucho tiempo el jerezano para aumentar la información.

—¡Tres palos! ¡Aparejo de fragata!

—Por todos los cielos del mundo conocido —exclamé con el antejo en baile por mis manos—. Juro que peregrinaré a la ermita de Nuestra Señora de Valdelagua, si se trata de mi querida *Proserpina*.

—Pero antes deberá averiguar por dónde se encuentra esa ermita tan declarada y jamás visitada —medió Okumé entre sonrisas.

—Desearía matarte en estos momentos con esa gumía que portas en el cintón, africano.

—No sé que haría en esta vida sin mi protección, señor.

—¡*Proserpina*! ¡Se trata de nuestra *Proserpina* con todo el aparejo largado a los vientos! ¡Navega a un largo con espuma, mura a babor!

El marinero Balsas no solamente gritaba, sino que daba saltos de alegría en la cofa con evidente peligro de su integridad. Y también yo deseaba bailar un torcido de pianoforte, cuando una nueva voz del vigiador nos entró en cuerdas flojas.

—¡Una segunda vela! ¡Una cuarta a estribor de la *Proserpina*!

—¡Vaya por Dios! —exclamé cuando ya en el retículo del antejo comenzaba a distinguir los perfiles de mi querida fragata—. Espero que no se trate de...

—¡Una fragata en la estela de la *Proserpina* y al mismo rumbo!

No pude contener por más tiempo la sensación de inseguridad, por lo que me dirigí a Orcajo con rapidez.

—Por favor, Orcajo, suba a la cofa e infórmeme con garantía de lo que sucede. Pero baje en seguida, que no tengo a nadie más en quien apoyarme.

—Vuelo, señor.

Orcajo trepó por los flechastes como un jovencito guardiamarina. Observé su desgarbada figura saltando el arraigado, hasta encarar con su antejo la esperada visión. Y poco me agradaron sus primeras palabras.

—¡Una fragata en persecución de la *Proserpina*! ¡No se observa el pabellón, pero parece montar más de cuarenta piezas! ¡Portas abiertas y cañones en batería!

Como decía mi padre en repetición de palabras achacadas al general Barceló, sentí el dulce y frío sudor en caída por la espalda, ese reguero amargo en aviso de que vas a necesitar de mucho valor para encarar la

próxima situación en la mar. Mi cerebro trabajaba a ritmo de huracán, mientras Orcajo continuaba con su información sin detenerse.

—Ambas navegan mura a babor y con todo el aparejo bien apretado. ¡La segunda fragata iza pabellón tricolor! ¡Pabellón francés!

Mientras ordenaba que Orcajo bajara a mi altura, no necesitaba más datos para tomar una decisión. Y por todos los dioses negros que me movía en círculos sin ser capaz de agarrar la cinta con los cuernos.

—¿Qué piensa hacer, señor?

No contesté a Orcajo para no escupirle mis palabras en su cara. Porque a veces los oficiales subalternos se conducen de forma absurda y entienden que sus comandantes son más que un dios particular a bordo y capaces de solucionar los problemas del mundo entero. Pero poco a poco comprendía que eran dos únicamente las soluciones que se abrían a las bandas. En primer lugar, podía mantenerme sin izar pabellón alguno y dejar pasar a la pareja que andaba en danza. De esta forma no exponía la preciada carga y debería esperar que Romarate burlara a su perseguidor y regresara más tarde al punto de reunión. Pero también me era posible entrar en danza de forma directa, para aclarar el meollo de una vez. Y aunque dudara en los primeros momentos, creo que esa segunda alma que se mueve muy dentro de nosotros ya había seleccionado el camino a seguir.

—¡Neves!

—Mande, señor.

—Supongo que, tanto la goleta como esta fragata, disponen de pabellones británicos.

—Ambas unidades disponen de pabellones de casi todas las Marinas conocidas del mundo, incluidas las del extremo oriente.

—¿Dispone la goleta Capital de algún cañón emplazado en caza?

—No, señor. Pero le sería faena harto sencilla alistar para tal misión el que monta en el castillo a estribor.

—Bien. Orcajo, avise al guardiamarina Mascari para que se acerque con la goleta a besar nuestro costado. Le aclararé la maniobra a la voz.

Poco después, con la bocina en la mano y la goleta a escasas varas de distancia, di las órdenes definitivas.

—Mascari, largaremos todo el aparejo y aproaremos a cortar la proa de la fragata francesa que persigue a la *Proserpina*. Ambos izaremos pabellón británico desde el primer momento. Monte uno de sus cañones en caza y prepárese para abrir fuego a mi orden con dicha pieza y en repetición al máximo ritmo de fuego. Intento que nos estime como unidades de combate y

hacerle abandonar la caza. Abra fuego cuando yo lo haga, aunque quede fuera de distancia.

—Enterado, señor comandante.

—Neves, quiero el cañón de bronce para disparar en caza. ¿Es posible?

—Por supuesto, señor. Tan sólo hemos de trasladarlo unas dos varas a proa.

—Pues manos a la obra. Orcajo, deberá actuar como cabo de cañón, cuando se lo pida. Quiero el máximo ritmo de fuego cuando así lo exija.

—Le recuerdo, señor, que esa fragata monta una veintena de piezas de a 24.

—¿Sí? No me diga. Creía que estaría artillada con trabucos de feria. Por favor, Orcajo, ¿no comprende todavía la maniobra que intento? Ambas unidades aproarán contra la fragata francesa, como si se tratara de dos embarcaciones inglesas que intentan apoyar a una fragata española aliada con problemas. Por fortuna, la *Andorinha* ofrece unas líneas muy parecidas a las fragatas rebajadas de la Royal Navy. Por cierto, quiero todas las portas abiertas y cañones entrados en batería, aunque deban ser apoyados en los batiportes. Y a través de las portas que se encuentran en blanco, se deberá mostrar cualquier objeto que, en la distancia, pueda aparentar el perfil de un cañón. ¿Entendido?

—Por supuesto, señor.

—¡Don Anselmo! —llamaba al contramaestre, que se movía nervioso por mis cercanías—. Larguemos todo el aparejo a los cielos. Debemos dar hasta la última pulgada de andar que nos sea posible. A ver si es cierto que esta gacela corre la milla como las aves. Y, desde luego, badana dura a estos hombres, aunque debamos meterles una bala por el culo.

Pocos minutos después, con la *Proserpina* a unas cinco millas y cerrando distancia con rapidez al navegar de vuelta encontrada, tanto la goleta como la *Andorinha* saltaban avante, proa a su irrefrenable destino. Era consciente de que me jugaba todo y mucho más en el envite, especialmente el fin principal para el que había sido enviado a miles de millas de distancia. Pero no estaba dispuesto a perder mi querida *Proserpina* ni uno solo de los pesos embarcados. Apreté la empuñadura del sable, al tiempo que con la otra mano enfajaba en ristre el pistolón, un movimiento que siempre me confería especial seguridad. Esperaba que Romarate comprendiera nuestra maniobra y la secundara con precisión, aunque no mediara orden ni comunicación alguna. Porque todo lo jugábamos a una carta, que la fragata francesa, al observar a

tres unidades en su contra y disparando en caza, decidiera torcer la rueda y salir popa al destino.

Diez minutos después, Orcajo me daba el aviso de que el cañón de bronce se encontraba listo, cargado y en posición, con veintidós disparos a su cargo, cantidad total de balerío con el citado calibre. Tanto la Capital como nosotros navegábamos al límite de mi bolina con todo el aparejo y el pabellón británico ondeando al viento. Y ya podía observar detalles concretos en la fragata *Proserpina*, a unas dos millas de distancia, cuando pude escuchar o imaginar al menos las órdenes que impartía Romarate a su bordo. Porque la *Proserpina* viraba en redondo con maravillosa perfección, para quedar a nuestra altura y en la misma disposición de rumbo. De tal forma entrábamos en formación, como si se tratara de tres navíos en línea de combate por marcación, dispuestos a abrir fuego contra una escuadra enemiga.

La fragata francesa no parecía dispuesta a variar su puñetera proa una sola cuarta. Se encontraba a unas cuatro millas de distancia y mantenía todo el aparejo largado hasta las nubes. Suponía que ahora era su comandante quien debía trasegar uno y mil pensamientos. Por una parte, sopesaría que disponía de una artillería superior y podía ganar tres peones al golpe, si maniobraba con extraordinaria habilidad y no era respondida en la misma forma por sus oponentes. Pero también podía ser tomada en cerco y batida desde tres ángulos, con el peligro de ser abordada y apresada sin remedio. Manejaba aquellos pensamientos cuando el maestro de maniobra llegó ante mí con el rostro ligeramente torcido. Orcajo me hizo la presentación.

—El maestro Cairiño desea hablarle, señor.

—¿Qué sucede, Cairiño? —le hablé con autoridad porque poco me gustaban los gestos de su cara—. Pero por los clavos de Cristo, apresure su parla, que no puedo perder un segundo en estos momentos.

—Deseaba decirle en nombre de mis compañeros, que la dotación de la fragata *Andorinha* es gente de paz —entonaba con cierto descaro e inadecuado tono conminatorio—. Somos miembros de un buque dedicado al comercio y no se nos puede exigir entrar en combate. Vamos, que no estamos dispuestos a arriesgar la vida por unos objetivos españoles que nada nos importan.

El órdago era inaceptable y me jugaba en aquellos gestos el éxito o fracaso de la empresa. Porque más de cuarenta ojos se dirigían hacia nosotros en muda y tensa espera. Por tal razón y sin emitir una sola palabra, extraje el pistolón del fajín y, tras amartillararlo con suma tranquilidad, disparé a media vara de distancia contra su pecho. El maestro salió despedido hacia atrás en

vuelo de sangre y con los ojos perdidos en muerte. Y amartillaba el segundo perrillo, antes de preguntar.

—Espero que nadie comparta la opinión de este cobardón de mierda. Pero, en todo caso, estoy dispuesto a discutirlo con quien lo estime oportuno.

Mientras todos volvían a su trabajo como autómatas, entregaba el pistolón a Okumé para que recargara el disparo empleado. Pero ya me olvidaba del maestro Cairiño, cuyo cuerpo se mantenía tendido en cubierta, hasta que ordené lanzarlo por la borda sin mayores empeños ni cuidados. La distancia con la fragata francesa se cerraba por las dos millas, cuando di la orden que podía ser definitiva.

—¡Orcajo! Acuda a proa y comience a disparar con el cañón al máximo ritmo.

—Nos encontramos por fuera de las dos millas, señor.

—¡No vuelva a comentar mis órdenes en su puta vida cuando entramos en combate, por los cojones de Neptuno! ¿No dispone de un dedo de cerebro? Ya sé que estamos por fuera de la distancia de tiro, pero intento que esa fragata vire y salga de estampida, al comprobar que los tres disparamos contra ella y con calibres altos.

—Perdone, señor.

Abrimos fuego con el cañón de bronce, aunque el primer tiro quedara muy corto con meridiana claridad. Y me había temido lo peor, incluso que reventara la caña de bronce, si la pieza no había sido mantenida de acuerdo a las normas. Sin esperar más que unos pocos segundos, la goleta abrió fuego con un cañoncito de a 4. Tan sólo faltaba la tercera manzana y no me fallaron los cálculos. Porque los dos cañones de caza de la *Proserpina* también comenzaban a disparar a buen ritmo contra el francés.

La fragata gabacha debía pensar que éramos poco eficaces como artilleros, al abrir fuego por fuera de la distancia máxima efectiva o que nos sobraba pólvora y balerío. Pero la muy jodida no parecía variar sus intenciones. De esta forma bajó de las dos millas y me temía lo peor. Pero no podía fallarme la Patrona en aquel día glorioso. Uno de los marineros fue el primero en dar la voz, que me sonó a flautas de oro.

—¡La fragata francesa vira en redondo! Los franceses huyen con el rabo entre las piernas.

A pesar de que la maniobra quedaba a la vista con meridiana claridad, ordené caer dos cuartas a babor, como si intentara mantener la persecución, mientras los cañones de caza en las tres unidades continuaban disparando sin cesar. Y ya la fragata gabacha entraba en bolina dura con proa al nornoroeste

cuarta al norte cuando ordenaba a la goleta mantenerse a mi altura y largaba de mano lo suficiente para que perdiéramos distancia. Al menos, le daríamos la oportunidad de creer que se trataba de la unidad más rápida y nos dejaba a popa, sin que fuéramos capaces de darle alcance.

La felicidad más completa me invadía en oleadas de triunfo, mientras Okumé batía palmas de alegría.

—Estos gabachos del demonio han caído en la celada. Seguro que consideraban a la fragata *Andorinha* cuajada de piezas de a 24.

—La bala se ha paseado por la balanza durante demasiado tiempo, africano. Ese francés lo ha dudado hasta el final. Y no lo estimes como cobarde, que dos unidades de la Royal Navy y una fragata española maniobrando en conjunto le podían sacar los ojos. Por gracias de los cielos, hemos conseguido hacerle creer que la *Andorinha* y la Capital eran buques de ley.

—Enhorabuena, señor.

El teniente de fragata Orcajo entonaba con la mirada baja y vergüenza en el rostro.

—Vamos Orcajo, levante el ánimo. Lo considero un excelente oficial y creo que ha mejorado mucho en el trato al personal. Pero recuerde mis palabras. Tiene la dichosa manía de la excesiva recomendación. Y es buena esa predisposición con el mando, pero jamás cuando se encuentra en situación de combate y se dan órdenes precisas.

—Tiene toda la razón, señor, y así lo comprendo. No se volverá a repetir, puede estar seguro.

—Acepto sus disculpas.

Ya la fragata francesa, de la que jamás llegué a saber su nombre, se perdía por el norte cuando nos reuníamos con la fragata *Proserpina* de mis encantos. Y no pueden imaginar cómo adoré sus sinuosos contornos al observarla en la cercanía, como si se tratara de la hembra más apetecible. Una vez más la suerte me había favorecido por largo, aunque la decisión del mando en la mar se mueve casi siempre en tales cuerdas. Porque unas veces otorga las mercedes en bandeja, mientras que en otras se revuelve con dardos de fuego contra los ojos.

21. La montaña blanca

Una vez comprobado que, por aquellas bellas aguas, las unidades francesas armadas al corso pululaban con demasiada frecuencia, y no era cuestión de exponer una mota los caudales ni la empresa, decidí abandonarlas a la mayor velocidad. Por tal motivo, aplacé el necesario y definitivo trasvase de personal entre las tres unidades, hasta encontrarnos en paraje de completa seguridad. Y como tal establecí la bahía de Delagoa, que obraba en beneficio de todos. Porque si se trataba del destino escogido por el piloto Neves y la mayor parte de los marineros portugueses para su definitiva permanencia, un personal que en su conjunto merecía tal recompensa, también nos tomaba en la derrota hacia el cabo de Buena Esperanza con un ligero desvío.

Tan sólo me limité a conceder oficialmente y en normativa de ley el mando de la fragata *Andorinha*, presa al teniente de navío Romarate, quien pasó a ella en compañía del alférez de navío Dávila, el alférez de fragata Encuadro y el pilotín Rovira, así como la seguridad en oficio de un refuerzo de nuestros soldados de Marina, el segundo guardián y los cuatro marineros que ya se habían amoldado a sus conchas. A bordo de la fragata *Proserpina* entregaba la segunda comandancia de forma accidental al teniente de fragata Orcajo, condición que pareció llenar sus horizontes.

Por su parte, el piloto Neves tomaba el control de la goleta *Capital*, que pasaría a su legítima propiedad, mientras en la *Proserpina* me ajustaba los faldones en compañía de tres oficiales de mar solamente, lo que se trataba de rosca con escaso gusto, pero no quedaba más remedio. Porque no se trataba de embarcar una dotación de presa normal en buque tomado al enemigo, sino con una navegación a proa de miles de millas y un cargamento demasiado precioso para arriesgar una onza. Por último, Marco Antonio embarcaba a mi lado para disfrutar de su madre en lo que ya denominábamos como glorioso tornaviaje, por mucho que la gran señora de las aguas pudiera convertirlo en un sarao de olas blancas y tablas fuertes en desbarate.

Gocé por largo al comprobar el reencuentro de Leonor con su hijo, a quien se abrazó como si hubiera regresado de un alargado periodo de guerra. La pobre había sufrido mucho durante la persecución de la fragata francesa, duros momentos en los que creyó perdida la gran oportunidad de su vida en cuanto a un tranquilo futuro. Y no podía alegar por mi parte falta de profesionalidad en el teniente de navío Romarate, que había maniobrado con genio y sabiduría durante más de cuarenta y ocho horas en necesario escape, teniendo en cuenta la merma del contramaestre de cargo y algunos marineros de fuste a su bordo. Se llegó a ver tan apretado de costuras por los gabachos, con una fragata enemiga que bebía los vientos al límite de forma insospechada, que decidió lanzar al agua el cañón de bronce apresado a los negreros, así como la mitad del cargo de pólvora y balerío. Se trataba de medidas que sentí en las carnes, pero aplaudí por el resultado final.

Como el viento se mantenía entablado en bendita terquedad entre el segundo y tercer cuadrante y fresco de fuerza, que ahora así lo apreciaba en esa permanente mutación de las consideraciones entabladas en las mentes de los hombres de mar, aproamos por derecho hacia el cabo de Santa María en la isla de San Lorenzo. A continuación, y besando su costado meridional, necesitaríamos progresar con proas de poniente para alcanzar la bahía de Delagoa. En su conjunto deberíamos navegar en vuelta otras mil doscientas millas aproximadamente, que, no obstante, consideraba como un regalo de los dioses blancos. Para lo que bien se podía considerar como división naval, establecí el orden de marcha en línea habitual, con suficiente libertad de movimientos, aunque recomendara en firme escasas separaciones, que no consideraba adecuado perturbar la tranquilidad de mi alma.

La primera tarde a bordo de la fragata *Proserpina* atravesada en bendita normalidad, alejados más de cien millas de la isla de La Reunión, con proa al sudoeste cuarta al oeste que nos compensara el abatimiento, invité a madre e hijo para la colación vespertina en mi cámara. Consideré oportuno vernos acompañados por el guardiamarina Mascari, que se había convertido en el íntimo e inseparable amigo del joven Almeida, como Marco deseaba ser llamado en manifiesta dejación del apellido paterno. Okumé, sabedor de mis deseos sin pronunciar una sola palabra, se esmeró en orden de luces y hasta la galleta, aliñando las que consideraba como últimas paletillas a bordo en su salsa espesa. Mucho disfruté al observar cómo saboreaba Leonor las viandas, al tiempo que ofrecía una permanente sonrisa de satisfacción. No me cansaba de admirar los especiales gestos de su rostro, con una variedad capaz de

cubrir un abanico de dos vueltas. Y no se contuvo la señora entrada recientemente en gozosa viudedad, al expresar sus verdaderos sentimientos.

—Brigadier Leñanza, nunca podré agradecerle en su justa medida todo lo que me ha concedido de su mano. Ha cambiado mi vida de parte a parte y en sentido más que positivo, desde luego. Son uno y mil detalles que me retrotraen en el tiempo de forma gozosa, como esta sencilla velada en la que disfruto como no recuerdo haberlo hecho durante muchos años.

—Habíamos acordado que me llamaría por mi nombre, Leonor.

—Tiene razón, Francisco. Deben ser los nervios que produce la recobrada felicidad. Ahora tan sólo pido que la mar nos respete y pueda disfrutar de este torna..., de este torno... —pareció atrancarse en su parla, por lo que entré en auxilio.

—Tornaviaje.

—Eso quería decir pero desconocía esa hermosa palabra castellana y me cuesta pronunciarla. Pues espero que los cielos nos concedan una mar como la que atravesamos en estos momentos, para todo el regreso hasta nuestra querida península Ibérica. Bueno, a fuer de sinceros, todavía debo pellizcar mis carnes para comprobar que es real la situación que vivo. Puede estar seguro de que habría supuesto un unimaginable sueño pocas semanas atrás.

—Olvidemos las nubes negras, que no han de regresar jamás, Leonor. Por fortuna, toda la operación se redondeó sin cruces a la contra y ni un solo herido entre mis hombres, salvo alguna de las contusiones tan habituales en la mar. Sois una mujer libre y podéis rehacer vuestra vida con Marco bien estibado por corto.

—Aunque peque de madre excesivamente querenciosa de su cría, no pienso separarme de él una sola pulgada en los próximos cuarenta años.

—¿Ni siquiera cuando alcance la edad de matrimoniar, madre? —entró el joven en chanza y con el mismo sentimiento de felicidad abierto en su rostro.

—Pues ya veremos si te consiento que pases a ese deplorable estado, jovenzuelo.

Todos reímos de buen humor, mientras atacábamos los postres. Okumé se había lucido con unas natillas de media luna y polvo de galleta marinera a la lumbre, que hizo las delicias de la señora.

Por si Leonor desconocía los detalles de mi inspección llevada a cabo por las bodegas de la fragata *Andorinha* aquella misma mañana, en la que no dejé chaza sin rematar a la vista, entré en necesarias explicaciones.

—Por cierto, Leonor, que no son nada desdeñables los caudales propios acopiados por el..., bueno, quiero decir por...

—No se le ocurra nombrarlo siquiera —hizo un gesto con sus manos, como si intentara apartar un peligroso insecto de su rostro—. Debo declarar que soy una alegre y contenta viuda, que ni siquiera desea escuchar el nombre bautismal de quien fue su esposo en otra vida —Leonor continuaba la broma.

—Pues como os decía, la fortuna acopiada para su traslado a Ternate puede ser considerada como fabulosa. Es posible que pensara comprar toda la isla o incluso un archipiélago. De nada le faltará en Portugal y será un remanente de seguridad para el futuro.

—Lo guardaré para mi hijo, que no deseo tocar un solo ochavo de esas riquezas. Por cierto, Francisco, que olvidaba un importante detalle. Tanto Marco como yo deseamos ofrecerle un pequeño presente en señal de mínimo reconocimiento.

—¿Un presente? Por favor, no me violenten. No necesitan hacerlo. Me he limitado solamente a cumplir con la obligación impuesta. Además, ha supuesto un verdadero placer.

—Me honran esas palabras y se las agradezco, pero es comisión decidida y sin retorno posible. Vamos, Marco, procede de una vez.

El joven hizo una seña a Okumé, que debía entrar en la planeada componenda. El africano se acercó hasta el mueble mesero encastrado a proa, para tomar un paquete primorosamente envuelto. Marco me lo entregó sin más preámbulos, mientras emitía unas sentidas palabras.

—Quiero expresarle mi más rendido y sincero reconocimiento, señor comandante. Sin usted, nuestra vida habría sido un infierno. Espero que, en el futuro, este pequeño ofrecimiento le recuerde a la familia Almeida.

Tras desenvolver el atado, comprobé que se trataba de una maravillosa pistola de duelo, un producto de la más perfecta arcabucería inglesa, sin duda. Además de su incomparable manufactura, adornaba la empuñadura con roderas de oro e incrustaciones de marfil, que formaban dibujos de ciervos al salto. Por último y en su centro, destacaba la inscripción G-III.

—No sé si debo aceptar una pieza de tan alto valor. Es un arma digna de un rey.

—Lo ha de hacer por necesidad y obligación impuesta —declaró Leonor—. Según Marco, que entiende de esas armas, se trata de la mejor pieza de la colección recolectada por el señor Silveira durante muchos años —hizo un gesto de repulsa al pronunciar su nombre—. Y, como dice, es digna de un monarca porque, según me aseguran, perteneció al rey Jorge el Tercero de la Gran Bretaña.

—¿El rey Jorge III? —esbocé una sonrisa—. Mucho daño nos hizo ese monarca medio loco y me alegro de que una de sus mejores armas acabe en mi poder —admiraba la pieza entre las manos—. Se lo agradezco como merece. Es un ejemplar de bellísima factura, como jamás había observado. Marco tiene razón en sus palabras porque siempre les recordaré, cuando la encastre en mi fajín. Y aparece en adecuado momento. Creo que llegaba la hora de relevar el viejo pistolón del general Barceló. Su ánimo presenta excesivos desgastes a la vista y más vale no volverlo a utilizar, antes de que un día reviente su cañón y acabe por hacerme perder el ojo sano.

—Dios no lo quiera. ¿Cómo lo perdió? —Leonor señalaba el parche sobre mi ojo izquierdo—. Bueno, perdone, no sé si es oportuno...

—No se preocupe. Nunca me importó hablar sobre la pérdida de mi ojo. Fue en el norte de España, al regreso de una comisión por tierra, una vez perdido el cañonero Estrago. Cuando ya alcanzábamos nuestro destino, una bala francesa rebotó en una piedra y alguna esquina me golpeó hasta vaciar el globo. Pero en nada me constriñe, que es un honor haberlo perdido en defensa de la patria. Y como especial condecoración luzco este parche negro.

—Puede sentirse satisfecho y honrado por tal reliquia. Pero no debo olvidar el segundo de los presentes —ahora era Leonor quien tomaba de su bolsita faldera un pequeño paquete, para tenderlo sobre la mesa en mi dirección—. Este pequeño recuerdo espero que lo utilicéis en un próximo futuro.

—¿Para el futuro?

Volví a desenvolver la pequeña cajita de nácar, donde por fin aparecía una perla rosada de extraordinario tamaño. Jamás había observado una pieza de tal belleza, que refulgía con oriente de espuma.

—Esto sí que no puedo aceptarlo, Leonor. Sois vos quien debéis lucir esta pieza, convenientemente aderezada en collar.

—Nada de eso. Estoy segura de que acabaréis por rehacer vuestra vida y encontraréis la mujer que necesitáis. Y, en caso contrario, sería un obsequio para esa pequeña hija que os hace perder el sentido. También en opinión de mi hijo, era la pieza más importante de la colección de perlas. Parece ser que pertenecía a la reina de la isla de Ceilán. Como ve, solamente utilizamos presentes propios de reyes —Leonor entraba de nuevo en chanza divertida.

—Es preciosa —se atrevió a pronunciar Mascari, que se mantenía hasta el momento con el debido silencio, de acuerdo a las normas que rigen el comportamiento de los guardiamarinas en la mesa del comandante.

—Por fin escucho vuestro dulce trino, caballero —dijo Leonor hacia el guardiamarina con evidente gesto de cariño—. Tras la amistad entablada con mi hijo, espero que nos visitéis en nuestra tierra portuguesa con la debida periodicidad.

—Será un placer, señora. La verdad es que he disfrutado en compañía de Marco como jamás soñé hacerlo, especialmente durante esos días que atravesamos a bordo de la goleta Capital. Siempre recordaré esa embarcación saltando sobre las olas.

—Fue un mando compartido que nunca olvidaremos, incluso entrados en combate, ¿verdad Pascual?

—En efecto.

—Espero que el guardiamarina Mascari reciba pronto la charretera de alferez de fragata —dije con decisión—. Si ya lo merecía por largo con sus geniales y valientes ideas, la última actuación a bordo de la Capital contra el francés lo testimonia más todavía.

—Estoy segura de que el jovencito lo merece y llegará muy lejos en su carrera. Con lo que me ha contado Marco, estoy segura de que pocos hombres de mar se encuentran con su valor y decisión.

Siempre recordaré aquella velada como uno de los momentos más inolvidables y de extrema felicidad jamás vivida, a pesar de su extrema sencillez. Y, para colmo de bienes, la mar se planchaba como el grano en la era para placer de la señora. La verdad es que cubrimos la derrota hasta la bahía de Delagoa con extrema ventura y ni una sola ola contra la cara. Y, por fin, dábamos fondo con las dos anclas en sus conocidas aguas el vigésimo día del mes de abril, con sol elevado en crestas y el viento del nordeste encastrado en los palos.

Llegó el momento del definitivo trasiego de personal. Una vez desembarcados de la fragata *Andorinha* quienes decidían quedar en el continente africano, comprobé con tristeza que tan sólo medio centenar de marineros restaban a bordo de la presa, dispuestos a regresar a su patria. Por tal motivo, debí ceder una veintena de hombres más en distribución general a Romarate para que pudiera navegar con una mínima seguridad, aunque se tradujera en detrimento de nuestra posible efectividad como unidad de combate. Bien es cierto que con la *Proserpina* tan aligerada de peso y las condiciones de velocidad comprobadas en la *Andorinha*, no sería fácil que alguna fragata francesa de porte superior consiguiera cazarnos en vuelo.

Una vez fondeado en la bahía de Delagoa, ni siquiera pensé en presentar mis respetos a un gobernador que en nada lo merecía. Porque tuvimos

conocimiento de que el muy culebrón se mantenía aposentado en la prepotente silla, sin haber sido relevado todavía. Pero como es ley de vida devolver algún que otro grano de arroz caliente contra la cara inamistosa, le envié un escueto recado en los términos siguientes:

Tengo el placer de comunicar a Su Excelencia, que su gran amigo, el honorable e intachable capitán Joao Silveira Cabral, ha muerto en las condiciones que su personal conducta le hacían acreedor: como un perro bellaco y desalmado. Afectuosos saludos. Firmado, Brigadier de la Real Armada Francisco de Leñanza y Cisneros, conde de Tarfí, comandante de la división naval formada por las fragatas «Proserpina» y «Andorinha-presa».

Y como la maldad también se ciñe por ristras de placer, sentí un dulce regusto en las tripas cuando acabé de dictar el recado al amanuense, sellaba en lacre y enviaba la nota al malparido gobernador. Pero era llegado el momento de la partida definitiva, entendiendo como tal la posibilidad de que no volviéramos a tocar tierra hasta entrar en la bahía gaditana, una estampa que enseñoreaba mi cerebro como cuadro de pintor inigualable.

* * *

Dos días más tarde abandonábamos la bahía que tantos recuerdos dibuja todavía en mi cerebro, muchos años después. Como signo de tristeza, solamente debí presenciar la emocionada despedida del mulato Neves, que entró en lágrimas de paternal cariño al abrazar por última vez al joven Almeida. Pero, sin más demora, salimos a la mar pecho en alto y largamos todo el aparejo hasta alcanzar los cielos, con la euforia más limpia prendida en las casacas. Y como el maravilloso soplo de Eolo se mantenía en cuerdas de bendición, aproamos de firme y a un largo, para costanear la costa africana en dirección hacia el cabo de Buena Esperanza.

Como las previsiones de los tratados parecían cumplirse a rajatabla en esa parte del mundo que navegaba durante los últimos meses, decidí contemplarlos, al menos en principio, como si se tratara de la lectura de los Libros Sagrados. Y digo esto porque en nuestro venturoso navegar hacia el sudoeste, a la vista de la costa africana y a unas tres millas de distancia, una vez alcanzados los 33 grados de latitud, decidí abrir distancias y enmendar la

proa al sur cuarta al sudoeste. La razón, como pueden suponer, era bien sencilla. Como en el frontal meridional del continente africano, que corre desde el cabo Padrón y la bahía de Algoa hasta el mismísimo cabo de Buena Esperanza, eran de esperar vientos de componente occidental, intentaba ganar suficiente barlovento. Para ello debía meter cabeza hacia las aguas frías. Intentaba de esta forma rendir una sola bordada hasta que me rozaran las aletas los soplos del tercer cuadrante.

Mi único miedo era topar de cara con los famosos rugientes, que nos hicieran bailar una tarantana de feria con los pies descalzos. Y bien saben los cielos que no pensaba en aquellos momentos en nuestros músculos o en las cuernas de la fragata *Proserpina*, por mucho que se tratara de obligación impuesta, sino en el cuerpo de Leonor y esa su terrible aversión hacia las olas con crestas, que la dejaban rendida a las puertas de la muerte. Pero, como decía el brujo africano en una de sus habituales sentencias, desde que clavara la gumía en el cogote del capitán malandrín y el alma del truhan marchara a los hogares de fuego infernal, habíamos cruzado la suerte en capa de favor y ya todo debía sonreírnos con perlas de abundancia. Y, como se trataba de una opinión expresada por Okumé, la creí con especial fervor.

El role del viento en forma consistente comenzó a producirse una vez alcanzados los 35 grados de latitud. Y se trataba de la única variación importante a la vista entre las diferentes condiciones meteorológicas. Porque la mar se mantenía en cabrillas sueltas y los cielos con un porcentaje elevado de azul. Bien es cierto que la temperatura bajaba como norma, hasta alcanzar una estadía agradable para el cuerpo y el alma. Y, si al principio el soplo se trasladaba cuarta a cuarta hacia el sur, una vez alcanzado el paralelo de los 36 grados metía cuña sin contemplaciones hacia el polo austral, de forma que comencé a enmendar el rumbo a estribor, según las conveniencias del momento.

De forma general, llevábamos a cabo lo que todos entienden como navegación galana o boga cortesana en real falúa por el río Aranjuez. Y bien que solicitaba en las tripas que durara tal situación hasta avistar la bahía gaditana, circunstancia difícil aunque posible, que la señora de la mar decide a su gusto. Sin embargo, una pequeña sorpresa se nos presentó por la proa cuando ya llevábamos más de diez días de navegación a las espaldas. Precisamente tuvo lugar al final de una de las pocas noches en las que decidí dar una cabezada en el jergón de mi cámara con cierta consistencia. Debíamos encontrarnos en las últimas boqueadas del crepúsculo matutino cuando escuché una voz lejana que se repetía con insistencia.

—¡Tierra! ¡Dos cuartas a babor!

Desperté sobresaltado, como si el buque se encontrara en peligro de varada inminente. Y como visión repentina, recordé la estampa de la corbeta Mosca, deshaciéndose en astillas contra las piedras de la isla Berlinga Grande. Pero ya pensaba que se trataba de una sencilla pesadilla cuando volví a escuchar la voz del vigiador, amortiguada por la puerta de mi cámara. Nos avisaba del avistamiento de tierra hacia proa, lo que en verdad se trataba de condición imposible, a no ser que se nos concediera el alto honor de descubrir alguna nueva isla, como ha sucedido a tantos marinos españoles a lo largo de la Historia. Como es fácil suponer, salí de estampida, sin un mínimo refresco de agua en la cara, para aparecer en el alcázar cuando ya Orcajo y el piloto manejaban sus anteojos en rondo.

—¿He escuchado bien? —achuchaba al piloto en demanda, como si tuviera la respuesta al imposible—. ¿Ha cantado tierra el vigiador?

—En efecto, señor, por difícil que sea de creer. Asegura que se trata de una montaña helada. Ya trepa el guardiamarina Mascari hacia la cofa para aumentar la información.

No debí esperar más que unos pocos segundos para escuchar la voz atiplada del caballero.

—¡Una mole de hielo a flote! ¡Tres cuartas a babor! ¡Unos doscientos pies de altura en su pico y media milla de extensión en superficie!

—¡Bendito sea el dios de los mares, señor comandante! —exclamó el piloto con inusitada alegría, al tiempo que batía palmas como niño con rongigata en las manos—. Vamos a gozar del placer de observar una de las famosas bancas de hielo australes.

—¿Por qué le alegra tanto, don Enrique? Parece que le ha tocado en suerte el más preciado de los regalos.

—Bueno, señor, pocos de nuestros compatriotas pueden presumir de haber gozado de tal visión. Se estima que esas bancas son de especial belleza. Así al menos se atestigua en los derroteros. No obstante, debemos ofrecerle el necesario resguardo.

—Eso tengo entendido. Se asegura que bajo el agua se mueve una montaña diez veces superior en volumen.

—Varían las consideraciones al respecto, señor. Pero las diferentes opiniones se mueven entre cinco y veinte veces de masa en la parte sumergida.

—¡Don Anselmo! —grité a pulmón—. ¡Apagar velas para quedar con mayores y foques solamente! ¡Dos cuartas de rumbo a babor! En fin,

comprobemos esa maravilla de la creación.

—Parece ser que esas montañas se desprenden de los casquetes polares de eterno hielo y navegan con entera libertad a merced de los vientos y corrientes, hasta que acaban por disolverse en los mares. Por tal razón, hay quien las denomina como islas blancas en derrota ordenada por los dioses — don Enrique no cesaba en su alegre parla, como si hubiésemos descubierto las islas de las Especias siglos atrás.

Poco después avistábamos con claridad la banca de hielo que, juro por mis antepasados, era capaz de abrir la piel en ronchas de estupefacción. Porque tal y como había adelantado Mascari, aquella montaña a flote y en movimiento mostraba un pico en forma tabular por su centro, que no debía bajar una pulgada de los doscientos cincuenta pies de altura. Y para colmar el fabuloso cuadro, sus faldas se extendían en la mar por una Línea que superaba con creces la milla de distancia. El espectáculo era fascinante. Porque conforme nos acercábamos y ya con el sol asomado por encima del horizonte, sus rayos incidían en la mole para ofrecer una continua variación de colores con destellos intermitentes, en los que el blanco y el azul ejercían supremacía.

—Jamás he visto nada de tan extraordinaria belleza —exclamó a mi lado Leonor, cuya presencia no había observado hasta el momento.

—No sabía que se hubiera levantado, ni aficionada a estos madrugones en la mar.

—Me avisó Okumé de que no debía perderme un espectáculo como este. Y razón le sobra a su querido africano, como de costumbre —Leonor no desviaba una pulgada su mirada de la banca helada—. Un efecto difícil de olvidar. En fin, algo más que contar a nuestros nietos, aunque posiblemente no nos crean.

—Ni nuestros nietos ni bastantes de nuestros amigos actuales.

Sentí no ser bueno con los pinceles, para plasmar aquella escena en cuadro. Los colores continuaban en movimiento, como el despertar de cada día en las catedrales con sus vidrieras de santos, especialmente las bandas blancas y azuladas que se ofrecían en sentido horizontal. Comprobamos que en su base se podía demostrar el efecto de la erosión de las olas, como las piedras de los rompientes que la mar ha tejido al capricho con el paso de los siglos. Cuando ya nos separaban un par de millas solamente y navegando con el trinquete al tiento, tomé una decisión, por lo que me giré hacia Leonor.

—Tengo una magnífica idea. ¿Le apetecería tocar esa mole de hielo?

—¿Tocarla dice? ¿Con la mano tal vez? —parecía espantada ante la posibilidad ofrecida—. ¿No sería peligroso?

—Eso depende. ¿Se refiere como peligroso para su mano o para la montaña helada?

—Pues no sé que decirle, Francisco —Leonor reía con agrado—. ¿Piensa dar algún bote al agua?

—Mi falúa. Pero no se preocupe, que seremos precavidos. Nos acercaremos hasta besar esa banca de hielo austral, que pocos ciudadanos del mundo han podido observar ni de lejos. Hay quien estima, que se trata solamente de leyendas narradas por marineros enloquecidos. Tal y como decía, una historia más para sus nietos.

—Le acompañaré encantada.

Mientras el piloto tomaba notas precisas y dibujos a mano alzada, para ser pasados a nuestro Depósito Hidrográfico y Escuela de Pilotos en su momento, don Anselmo echaba la falúa al agua con su habitual diligencia. Sin perder un segundo embarcábamos Leonor, Marco y yo, con Okumé a la caña. Y no me arrepentí de la decisión tomada. Nos acercamos a fuerza de remo hasta que la roda de la embarcación llegó a rascar el centro de la montaña, esa parte que se elevaba hacia los cielos como una cometa blanca con destellos de azul celeste en sus puntas. Y tocamos el hielo con nuestras manos, una extraña sensación porque las aguas que besaban su superficie parecían calientes, como recién salidas del horno, un efecto de la diferencia comparativa.

Tras la excepcional experiencia, continuamos nuestro camino sin mermas y acondicionando el rumbo al permanente role del viento. Y, poco antes de cruzar los 38 grados, me vi en la obligación de comenzar a subir en latitud, con el soplo entrado de poniente puro y ya frescachón de fuerza. Aproé al norte cuarta al nordeste, en espera de que el viento acabara por rendir en sudoeste, si se mantenían las normas inalteradas. De esta forma no atravesaríamos el banco de las Agujas ni avistaríamos el cabo de Buena Esperanza en la ocasión, pero poco importaba porque tales accidentes ya se encontraban grabados en nuestra particular bitácora personal.

Tal y como era de esperar, el viento se fue tendiendo hacia el sudoeste, con lo que aproé por derecho hacia la costa africana sudoriental y, en concreto, hacia la bahía de Santa Helena. Y no hablo de exactitudes, porque en nada se nos obligaba en detalle, mientras progresáramos hacia el norte. Pensé que, posiblemente, no volvería a surcar aquellas aguas en mi vida, por lo que decidí barajar la costa a la vista y con extrema complacencia. Y las condiciones de mar y cielos eran tan benignas, que incluso el viento volvió a decaer hasta la estadía de fresquito, como si no deseara molestar a la señora embarcada ni un solo segundo.

Como decía mi padre en sus escritos, la mar nos ofrece momentos duros y de sufrimiento, pero también otros de incomparable disfrute, que debemos introducir en nuestros cerebros a machetazos, para que surjan en alivio cuando nos alcancen las bolas negras. De esta forma, me dispuse a continuar el tornaviaje entrado en la más placentera felicidad.

22. Raonda

Continuamos con nuestra placentera y regalada navegación, que poco certificaba la proclamada dureza de la vida en la mar. Bien es cierto que en esta existencia que atravesamos y sobre las aguas de forma especial, todo corre de ida y regreso con periodos de calma, aunque te salten puñadas a la cara cuando menos lo esperas. El viento continuaba su perezoso e irrefrenable role desde el noroeste hasta cuadrar en sudeste puro, que así se marcaba como más habitual en los derroteros y beneficiaba al gusto. No obstante, poco a poco, y conforme progresábamos hacia el norte, comenzaba a ralearse de fuerza en demasía. Por tal razón, la distancia navegada cada día, convenientemente anotada por cómputo de singladura en el cuaderno de bitácora^[50], decrecía a la vista y de forma notable.

Bien es cierto que, en mis adentros, prefería una y mil veces la encalmada de lomos duros y aguas en plata durante días que atravesar un temporal con barbas blancas y sus habituales consecuencias. Pero ya saben que no lo pensaba por mí en exclusiva, sino por la dama embarcada y sus posibles sufrimientos. Y, como si los deseos enmudecidos se materializaran a la orden mental sin resquicios, nos encontrábamos metidos de lleno en la primera semana de mayo cuando el dios superior decidió cerrar las lonetas de ventilación celestial y las velas cayeron a la plomada. Se trataba de una triste visión en la mar, sin duda, porque nada existe más antinatural que un buque estancado sobre las aguas.

Aunque las alargadas calmerías suenan en los oídos de los hombres de mar a pífano desafinado, especialmente cuando se encara el tornaviaje hacia el solar propio, ya les digo que lo recibía por mi parte como una bendición, dispuesto a disfrutar minuto a minuto. Porque en nada me urgía el regreso, momento en el que debería entregar el mando de esa hermosa fragata, con tantas historias propias amadrinadas a mi vida. También sería necesario encarar escenarios que conllevarían recuerdos preñados de tristeza, esos que,

por fortuna, habían volado a popa sobre las aguas durante la comisión al mar de las Indias y la tensión acumulada.

Por otra parte, me sentía feliz al observar como María Leonor se mostraba exultante de alegría, lo que aumentaba el placer de departir con ella y su hijo, normalmente en los atardeceres. Aunque era consciente de que algunas voces de corro cerrado a bordo denominaban a la señora portuguesa como la «dama del comandante», puedo jurar que por aquellos días no encontraba en Leonor más que una conversadora agradable y, eso sí, mujer de extraordinaria belleza y con un especial atractivo. Y no se centraba su posible poder seductor en la arrebatadora hermosura de su rostro u otros dones de su físico que destacaran muy por alto, sino en la compostura general como tal señora, unida a un tono de voz y expresiones capaces de someter a cualquier varón, o así lo entendía.

Para que los hombres no cayeran en la rutina y la eficacia a bordo se mantuviera en orden, retomamos los ejercicios doctrinales de mar y guerra, no sin protestas cerradas, adaptando el personal disponible al plan de combate con puestos alternativos. Y el primer resultado por haber prestado tanto personal a la fragata apresada se mostraba en las maniobras generales, así como en el número de cañones a poder cubrir. También ordené a Romarate que largara badana a sus hombres a bordo de la Andorinha, incluidos los marineros portugueses, especialmente en cuanto a la función de alistar su artillería y poder utilizarla en conjunto llegado el momento.

Cuando nos cayó la encalmada al copo, acabábamos de cruzar el paralelo correspondiente al trópico de Capricornio, con la costa sudafricana a la vista. Y se trataba de una región que bien parecía haber quedado olvidada por el Creador en su momento culminante. Porque salvo algún grupo de retamas secas en ramo cerca de las aguas, o así lo parecía en la distancia, sólo se observaban dunas y arena en interminable progresión. No obstante, en el derrotero la nombraban como tierra de los indios uenti. Pero, con lo que éramos capaces de comprobar a la vista por leguas y leguas de distancia, pocos uenti serían capaces de sobrevivir en terreno, donde ni un mísero conejo levantaría cabeza.

Atravesamos más de dos jornadas con las velas al suspiro. Y era tanta la hosquedad que tal situación fomentaba en el espíritu de mis hombres que decidí dar licencia de pesca en libertad y fomentar los juegos de cubierta. Por fortuna, aunque en tierra se presentara el panorama más desolador, las aguas ofrecían ricos presentes, en especial un pescado parecido a los lenguados de la Real Isla, aunque de color más sonrosado. Y fue por aquellos días cuando el cocinero de equipaje mostró la mejor de sus caras, al aderezarlos en fritanga

gaditana con especial adobo y sabor más que agradable. Pero pocos supieron que también Okumé había entrado en el asunto de la mano y en apoyo de quien hasta entonces se mostrara solamente capaz de aderezar una menestra marinera en el límite inferior de la boca.

Por fin volvió a soplar el sudoeste, que se alzó a tientos en fresquito, al tiempo que remataba su role al sur. Largamos todo el aparejo para entrar en una empopada de suaves o, como decía el contraмаestre, apopado en cuadernas sin resquicios. La *Proserpina* era acariciada por las olas cortas en el coronamiento y solamente de vez en cuando alzaba su popa como señora en paños menores, que así se podía catalogar su femenino movimiento de contoneo sin posible error. Y aunque el piloto recomendara abrir derrota a babor para no perder demasiadas millas al cruzar el golfo de Guinea, decidí mantenerme a vista de la costa, comprobando cómo la vegetación comenzaba a aumentar, de forma violenta e impresionante en ocasiones.

Habíamos cruzado el paralelo de los diez grados de latitud sur cuando de nuevo entramos en vientos de pajarito, aunque todavía marcáramos la milla con apuros. Y fue en una mañana de extremo calor cuando don Enrique elevó un comentario en el alcázar, mientras departía con mis escasos oficiales.

—Unas cinco millas al norte, señor, se nos presentará la desembocadura del río Congo y el poblado de Raonda, donde los salvajes deben guardar espesos recuerdos de esta fragata.

—¿El del reyezuelo traficante de carne humana que cayó muerto en esta cubierta? Me parece recordar que le llamaban Papanga. Podríamos comprobar los efectos de nuestras acciones y las disposiciones que establecimos para el futuro.

—¿Ha dicho comprobar, señor? —preguntó Orcajo, interesado.

—Fondearemos en la misma situación donde largáramos las anclas durante la ocasión anterior. Dispararemos un cañón sin bala, siguiendo la habitual señal. Comprobaremos si han recuperado las actividades que prohibí de forma expresa al guerrero, a quien perdonamos la vida.

—Enterado, señor.

Había cruzado el sol la meridiana cuando avistamos con claridad el miserable poblado de Raonda, con sus chozas retranqueadas hacia el interior y las estrechas canoas varadas en la orilla. Y para mi sorpresa, no se separaba un ápice el escenario de las circunstancias observadas en la primera ocasión. Digo las mismas porque, para avinagrar mi sangre en barbeta, también aparecía el almacén de estiba de esclavos que habíamos dado a los fuegos y destruido con saña. Parecía que aquellos hombres habían regresado a su

habitual y degenerada actividad, porque no podía ofrecer otro fin ese monstruoso y alargado cobertizo, entejado con paja larga.

Como primera medida ordené aproar hacia el poblado, decidido a fondear en las mismas condiciones. Al mismo tiempo, hice que llegara a mi presencia el marinero francés Bourdet, aquel experto en lenguas nativas africanas a quien perdonara la vida en interés propio, una acción que ahora aplaudía. La verdad es que se trataba de un buen profesional de la mar, integrado sin problemas entre la dotación de la *Proserpina* y con trabajo al gusto del contraamaestre. Aunque en los primeros momentos fuera llamado por todos con el apodo de Lenguas, pasó posteriormente a ser rebautizado como Toni, una vez conocido su Antoine original. Cuando llegó a mi lado, comprendió las intenciones con rapidez.

—Quedo a sus órdenes, señor comandante.

—Vamos a ver, Toni, pienso disparar un cañonazo de aviso en cuanto fondeemos.

—¿Quiere comprobar si han seguido sus órdenes, señor? Siento adelantarle que, en mi opinión, esos salvajes habrán regresado a su habitual actividad.

—Ahora lo comprobaremos.

Como recordaba bien el elevado gradiente de aquellos fondos, ordené sondar en continuo, hasta el momento de largar el ancla del ayuste solamente. El tiempo era más que bonancible y tampoco necesitábamos de especiales prevenciones en un fondeo que esperaba corto en el tiempo. A la fragata *Andorinha* le ordené mantenerse en facha hacia fuera y esperar mi función. Y una vez con la *Proserpina* en el borneo definitivo, hice fuego con una pieza del alcázar por la banda de estribor, mientras tomaba el anteojo en mis manos. Pero como recordaba las acciones sufridas con detalle, me dirigí a Okumé.

—Hazme llegar esa pistola que recibí en especial obsequio de los Almeida y bien cargada.

—¿Piensa descabezar algún otro salvaje emplumado a corta distancia? Debe recordar, señor, que ahora solamente dispone de un cañón.

—Ya lo sé, africano, que no soy ciego.

Como una obra escrita y repetida mil veces, al cañonazo de aviso acudían hacia la playa a la carrera un grupo de guerreros salvajes con lanzas y escudos, al igual que la primera vez. Y a su cabeza se situaba uno con especial ropaje y tiras de piel en llamativos colores, viva estampa del jefe Papanga que no podía haber resucitado, pero sí haber sido sustituido por uno de sus hombres. Dicho personaje, a quien creí reconocer en la distancia como

el enviado con vida a su poblado para avisar de la prohibición de esclavizar hombres y venderlos, saltaba a la canoa más grande de las alineadas en la costa sin pérdida de tiempo. Y tras embarcar su grupo de tropa escogida y suficientes brazos de remo, abandonaban la playa en nuestra dirección. Lo observaba con detalle por mi antejo, para comprobar que el nuevo jefe también atravesaba diferentes partes de su cara con aros y estiletes de madera, lo que le confería un aspecto verdaderamente repugnante. Sus guerreros, provistos de pequeñas lanzas, movían las armas en lo que más parecía ceremonia de recepción o previa a la contienda. Me dirigí a Orcajo.

—Tomemos las mismas disposiciones que en la ocasión anterior. Que se dé la escala de gato por el combés. Quiero un soldado con fusil cargado por cada uno de los salvajes que embarquen. Pienso liquidar a ese reyezuelo, si se comporta en las mismas condiciones.

—Supongo, señor, que ese salvaje, por muy asnal que sea, reconocerá la fragata *Proserpina* y no llegará a embarcar.

—En ese caso, preparados para disparar contra ellos. Después volveremos a incendiar ese almacén rehabilitado en la playa, una vez liberados los esclavos de su interior, si es que han vuelto a las andadas.

El nuevo jefe tribal, que, en efecto, se trataba del guerrero a quien había salvado la vida en la primera experiencia, se encontraba ya a escasa distancia y no parecía reconocer la estructura de la fragata *Proserpina*, ni recordar la que debía haber sido penosa experiencia vivida en sus tablas. El muy simplón alcanzaba la escala de gato y trepaba por ella con sus hombres, para llegar hasta el alcázar con los mismos movimientos y gestos de amenaza llevados a cabo por el difunto Papanga. Se producía una exacta repetición en todos los aspectos, sin una mínima variación. Ni siquiera al encontrarse a escasa distancia, pareció escrutar mi persona en busca de algún rasgo conocido.

Sin perder un minuto, ordené a Toni que entrara en traducción de mis palabras, mientras los soldados encañonaban a los guerreros, que gritaban con peligroso movimiento de sus lanzas.

—Pregúntele a este payaso si dispone de esclavos para su trueque.

Toni entraba en pesquisas, mientras el nuevo reyezuelo gritaba lo que bien parecían exigencias indeclinables y con aceleradas prisas.

—Dice que, antes de continuar la conversación, debe entregar los obsequios habituales a la llegada, especialmente la bebida de tintes oscuros. Asegura que dispone solamente de 250 esclavos porque el mes pasado vendió una generosa carga a cambio de seis caballos, veinte toneles de lo que entiendo como ron cruceño y un buen baúl de abalorios.

—Pues explíqueme que le salvé la vida en una ocasión, para que propalara la noticia de que ese trueque quedaba prohibido en el mundo entero para siempre jamás. Pero ahora la perderá con todos sus hombres, por no obedecer mis órdenes.

Mientras Toni traducía las palabras con voz titubeante, sacaba la pistola inglesa de mi faja, preparada para hacer fuego. Fue el momento en el que el nuevo jefe pareció comprender con quién y cómo se jugaba la partida, momento en el que cesó en sus movimientos de amenaza. Pero, mientras por mi parte esperaba una actitud sumisa y voces de súplica para que no acabáramos con sus vidas, regresó a la agitación de cuerpo y brazos, con visible demostración de su teórica fortaleza y gestos de agresividad con la lanza. Consideré que no podía esperar un segundo más, si deseaba rematar la faena sin daños para nuestros hombres. En un santiamén, le disparaba al centro del pecho en estreno de la nueva pistola. Y para mi sorpresa, aquella bella pieza inglesa apenas ejercía presión sobre la mano ni chascaba con ruido de cañón, una acción muy diferente a la habitual con el pistolón que perteneciera al general Barceló.

En pocos segundos, todos los guerreros caían muertos en cubierta, sin excepción alguna en este caso. Se expulsaba a los hombres de remo, al tiempo que dábamos nuestra lancha al agua. Y llevamos a cabo una maniobra parecida a la efectuada meses atrás. Porque pasábamos a liberar a los esclavos hacinados en el almacén, que en efecto superaban los doscientos y salían a la carrera en todas direcciones, para darlo a los fuegos una vez más. Pero no estimen que gocé tanto como en la primera ocasión. Porque estaba convencido de que, unas pocas semanas después, el edificio se encontraría restablecido y un nuevo jefe acudiría a la llamada del cañonazo de los europeos, que se dedicaban a comerciar con carne humana en destino a las Indias.

Abandonamos Raonda y la extraordinaria desembocadura del río Congo para continuar nuestro tornaviaje. Leonor se había asustado al escuchar el rírrrafe de los disparos, por lo que debí explicarle la historia vivida y sus resultados. Y, como por arte de magia, creo que fue a partir de aquel momento cuando también yo me sentí urgido por la prisa de la estrepada final, ese poderoso deseo de avistar la bahía gaditana por la proa. No obstante, todavía restaban bastantes millas por navegar y una sorpresa digna de romper cueros de tambor bien tensados.

* * *

Los ruegos elevados poco antes de abandonar la bahía de Delagoa a la excelsa Patrona de los mares, nuestra Señora del Rosario, en espera de vientos propicios para el alargado tornaviaje y mar relajada, se cumplían a cruces elevadas y sin una pequeña variación hasta el momento. Y era difícil de creer, al menos de acuerdo con mi propia experiencia personal, que rallaran de continuo mares y vientos en tan bendita conjunción. Atravesamos la zona de las encalmadas ecuatoriales bien embocados en el golfo de Guinea, sin alcanzar calmerías de tronío, unas costas que reconocí en casi toda su extensión y donde sufrimos aguaceros de orden como única novedad a relatar. A partir de ahí, y como norma obligada, dejamos de gozar de los vientos de componente sur con la entrada de los alisios nordestes, que nos obligaron a entrar en bolina dura. Y aunque pueda parecer extraño, se trataba de una situación que agradecí en los fondos, posiblemente por la variación que suponía en el aparejo y disposición a bordo. Pero así es la vida en la mar, que ni siquiera la rutina de lo bueno nos entra a favor del espíritu.

En la primera semana de junio avanteamos la punta más occidental del continente africano, el afamado cabo Verde que forma la península del mismo nombre. Y se trataba sin duda de adecuada acepción, porque su verde y profunda vegetación todo lo cubría, especialmente en las épocas lluviosas. Se encontraba dominado por dos promontorios como cabezos redondeados que, según el derrotero portugués, los marinos denominaban como Os Dois Seios^[51], y en verdad que tales accidentes recordaban a esa parte tan fascinante y sinuosa del cuerpo femenino. Según parecía, aunque el cabo fuera doblado por el portugués Denis Hernández en el año de 1446, se trataba de accidente conocido por los antiguos, al aparecer en las noticias sobre la memorable expedición llevada a cabo por Hannon, que lo denominara como el Cuerno del Oeste.

Debíamos cortar el paralelo de los veinte grados de latitud norte, cuando la *Andorinha*, que navegaba como los ángeles con todo tipo de viento, hizo por nosotros con claridad. Romarate izó señal de consulta a la voz, lo que me alarmó en grado por lo inusual de tal medida. Y una vez le fue concedida, largaba la lancha al agua para que el alférez de navío Dávila pasara a nuestro bordo. Poco después lo recibía en el alcázar.

—¿Qué sucede, Dávila? ¿Ha aparecido algún problema serio en su buque?

—Sin novedad de orden a bordo de la fragata *Andorinha*-presa, señor comandante. Tan sólo preocupa a mi comandante el nivel de la aguada a disposición y ruega una posible recalada en tierra para el necesario relleno.

—¿Han sufrido mermas? No será a causa de los temporales corridos.

—No, señor. La verdad es que, en opinión del teniente de navío Romarate, se trata de la única condición negativa que aparece en nuestra fragata. Los toneles y toneletes de agua no parecen de excelente factura. El caso es que se producen mermas notables, al punto de que hemos debido entrar en racionamiento de cacillo en el día de ayer, aunque se trate de medida poco gustosa.

—Vaya por Dios, podían haberlo avisado antes. ¿Cómo andamos nosotros en ese particular aspecto, Orcajo?

—Sin problemas, señor, pensando en nuestra dotación y unos dos meses de navegación como máximo. Podemos darle alguna cantidad a la *Andorinha*, pero no creo que aguanten hasta Cádiz sin racionamiento duro. Bueno, como de costumbre todo dependerá de los vientos.

No me gustaba que los hombres sufrieran de privaciones sin necesidad, por lo que, con el mapa de la costa africana encastrado en la cabeza, tomé una rápida decisión. Me dirigí al piloto.

—Don Enrique, ¿a qué distancia nos queda la isla de Tenerife? ¿Unas seiscientas millas?

—Aproximadamente, señor.

—Dávila, comunique a su comandante que no es cuestión de buscar aguada en la costa africana, desconocida para nosotros, y perder quién sabe cuánto tiempo. Tampoco podríamos certificar su caridad. Como no nos encontramos al límite, aproaré hacia la isla de Tenerife y fondearemos en Santa Cruz para rellenar. Espero que aguanten unos pocos días más con su remanente y lo que podamos ofrecerles ahora mismo con el pertinente barqueo.

—Muy bien, señor.

Llevamos a cabo el necesario trasiego de aguada para la fragata *Andorinha*, penosa faena de maniobra de embarque y remo, aunque se tratara en este caso de condición a ser bien recibida por su dotación. Porque como dicen los hombres de mar, la sed llama a la sed y acaba por configurar el peor de los tormentos a bordo. Pero como la decisión tomada no significaba variación importante en la derrota, y ninguna de momento, nos mantuvimos con bordos largos y a verlas venir en nuestra progresión hacia el norte.

Mediado el mes de junio, el vigiador cantaba tierra escasas cuartas a babor. Como era de esperar, se trataba del pico del Teide, que se elevaba majestuoso en la distancia sobre una falda de borra, esa mágica visión que produce especiales sensaciones aunque se haya observado una y mil veces. En aquel momento cubría guardia de cubierta el alférez de fragata Encuadro,

acompañado por el guardiamarina Mascari. Y como era habitual en mi conducta, me dirigí a él.

—Vamos a ver, caballero —pregunté al joven—. ¿A qué distancia estima que debemos encontrarnos de la isla de Tenerife?

—Pues dado que el pico se eleva casi a las cinco mil varas de altura, debemos encontrarnos a unas ochenta millas de forma aproximada porque la visibilidad es buena, señor comandante.

—Muy bien, así es —me extrañaba la rapidez y concisión en la respuesta—. ¿Quién le ha informado con precisión de tales detalles?

—Bueno..., verá, señor... —parecía dudar en explicar la verdad—. Como sé que mucho gusta de la Historia y los detalles de ese tipo, recabé la oportuna información al señor piloto.

—Bien hecho. ¿Ha tocado alguna vez en las islas afortunadas?

—No, señor. Y mucho que lo deseo. Bueno, la verdad es que disfruto con todo lo nuevo.

—Como dice, el pico del Teide se eleva a una extraordinaria altura. No sólo es el techo del archipiélago canario sino también de toda España, sin contar las Indias, desde luego.

—Es impresionante observar ese pico majestuoso, sin que alcance a posarse en la línea del horizonte. Creo que se trata de un antiguo volcán, señor.

—En efecto. Todavía desprende grandes fumarolas y en su parte más alta se eleva mucho la temperatura, hasta impedir el paso. Por desgracia, nunca dispuse de tiempo suficiente para trepar a su cima. Y tampoco será ahora la ocasión porque en cuanto rellenemos la aguada, saldremos de estampida hacia la bahía gaditana. ¿Conoce algo de su historia?

—No, señor. Tan sólo que a las islas Canarias las llamaban Afortunadas los antiguos piratas que traficaban por estas aguas, posiblemente debido al dulce clima y abundancia de todo tipo de productos. Vamos, que se trataría de una buena recalada para tomar alimentos frescos y aguada de calidad.

—En efecto —me continuaba llamando la atención el desparpajo que desplegaba aquel pequeño cababereite sin pelos en la barba y rostro sonrosado—. ¿Sabe cómo se llamaban los primitivos habitantes que habitaban en este archipiélago?

—La verdad, señor comandante, que mucho lo siento. Pero entrado en sinceridad debo declarar que no tengo la menor idea. ¿Debía saberlo, quizás?

De nuevo me encontré cerca de reír a carcajada abierta por la salida del caballero, al observar el rostro falsamente compungido y el tono de decisión

en sus palabras.

—No se preocupe, que no es obligatorio tal conocimiento para los guardiamarinas. Se trataba de los guanches. Hay quien asegura que procedían del continente africano, desgajados del pueblo beréber.

—En ese caso, estas islas no son españolas desde el comienzo de la Historia.

—Por supuesto que no. Las primeras expediciones de conquista en las islas Canarias por hispanos comenzaron a finales del siglo XIV. Se trataba de un conjunto un tanto pirático de andaluces, catalanes y vizcaínos en expedición de expolio. Desembarcaron en la isla de Lanzarote, saqueándola y cautivando a mucha de su gente —narraba con placer porque siempre gustaba que mis hombres estuvieran al tanto de la historia de los pueblos—. No obstante, la conquista en serio y de forma sistemática fue llevada a cabo por Juan de Bethencourt, un normando con poderes de Enrique III de Castilla. Fue una dura lucha contra los nativos, con severas derrotas incluidas, por lo que debió regresar desde Castilla con mayores fuerzas. No fue sencillo doblegar al pueblo guanche, muy valiente y apegado a sus viejas tradiciones. Por fin, Diego García de Herrera cayó sobre Tenerife, matando un buen número de indígenas y sometiendo la isla en 1495. Por esa razón, se convirtió la isla tinerfeña en la cabeza del archipiélago, instituyendo Felipe II en la ciudad de Santa Cruz la Capitanía General de Canarias.

—Mucha querencia de esta isla mostraron los britanos a lo largo de la Historia, señor —medió el alférez de fragata Encuadro—. Sería debido a su excelente posición estratégica. Hasta el gran almirante Nelson sufrió derrota ignominiosa con sus 4.000 hombres.

—En efecto. Después del estrepitoso fracaso de don Horacio Nelson en los ataques llevados a cabo contra la ciudad de Cádiz en junio de 1797, donde pereció mi tío y padrino Santiago en el empleo de brigadier, fue destacado por el almirante Jervis hacia Santa Cruz de Tenerife. Su intención no era de conquista, como muchos alegan, sino de saquear en lo posible la ciudad y tomar caudales, condición que mucho alienta el ánimo de nuestros aliados actuales. Don Horacio fue un gran marino, nadie lo duda. Sin embargo, fracasó en muchas de sus operaciones de conquista o saqueo en tierra. Perdió un ojo en Calvi, en Cádiz a punto estuvo de ser apresado y aquí en Tenerife, creyendo que se tomaría la ciudad en un abrir y cerrar de ojos, salvó la vida de milagro. Y, como recordarán, debieron amputarle el brazo derecho.

—Debe ser duro quedar sin el brazo de armar pistola —alegó Mascari con sinceridad—. Incluso para escribir es necesario.

—Perder una extremidad siempre es duro y se lo digo por experiencia propia —señalé el parche de mi ojo—. Pero a todo se acostumbra nuestro cuerpo. El almirante Nelson debió aprender a escribir con la mano izquierda a partir de entonces, un difícil ejercicio. Un detalle que se apreciaba claramente en su escritura, según me contaba el general Escaño. La amputación no debió ser buena, porque el dolor en esa zona lo persiguió hasta su muerte, ocurrida en el combate de Trafalgar.

—¿No abundan en estas islas los partidarios del rey José, señor? —preguntó Mascari, lanzado en alimentarse de conocimientos—. Al ser una isla, podían haber quedado bajo la órbita de Bonaparte con facilidad y ser defendidos por fuerzas francesas.

—Los canarios fueron patriotas en su gran mayoría desde el primer momento, defendiendo el regreso de don Fernando por derecho y con fuerza. Y, al tratarse de islas, sin el dominio de la mar y escuadras de orden a disposición, no es posible conquistarlas. Ventajas de ser aliados del inglés.

—Podíamos aprovechar para subir hasta el Teide, señor. Después de todo, la aguada puede alargarse en el tiempo de forma adecuada —Mascari pareció comprender que traspasaba el linde permitido a todo guardiamarina que, en teoría, solamente debe responder a las preguntas del mando—. Bueno, señor, lo decía porque parece que lo deseáis.

—No será en esta ocasión, puede estar seguro. Perderíamos demasiados días y nuestros hombres desean arribar a casa cuanto antes.

Una vez descubierto el pico montañoso que ofrece tan magnífica referencia geográfica, enmendamos ligeramente la proa a babor para arrumbar al medio entre las islas de Gran Canaria y Tenerife. Y nos beneficiaba en el aspecto de la maniobra porque el viento trasegaba del nordeste, con saltos de rana inesperados hacia el Septentrión. En cuanto a mis deseos personales, no me importaba mucho la necesaria recalada porque en esta ocasión había decidido bajar a tierra y visitar la capital, aunque no pensara en subir hasta el pico del Teide como proponía el guardiamarina Mascari.

Continuamos navegando bajo los efectos del viento fresco del primer cuadrante, con rumbo de bolina casi directo y amurados a estribor. Entendía la escala de aguada como un accidente más en la comisión sin la mayor importancia. No obstante, el caprichoso destino se conjugaba en esfuerzos, al punto de reservarme una especial sorpresa en la isla canaria, que nunca podría haber previsto. Pero así es nuestra vida, que se alza en temporales o encalmadas cuando menos se esperan, como prolongación de la misma señora de los mares.

23. Nueva resurrección

Acababa de cruzar el sol la meridiana, entrados en el vigésimo segundo día del mes de junio, cuando fondeamos en la preciosa y resguardada bahía tinerfeña, al abrigo y con dos anclas. Clavaban los cepos con fuerza en el lecho de arena algosa, para quedar a continuación en perezoso borneo a levante y escasas varas del centro de la villa. La *Andorinha* seguía mis pasos a la orden, largando sus ferros a un cable de distancia. Había escogido el mismo paraje y situación que un año antes, cuando a bordo de la *Proserpina* dirigía mis pasos gozosos hacia el Río de la Plata. Porque, siguiendo los consejos de los mayores, debemos empeñar las uñas de las anclas en poceta conocida, si ésta se encuentra a mano.

El día se había abierto de forma esplendorosa, con cielos despejados, mar suelta y visibilidad de cientos. Con un calor elevado a grillos rojos, Santa Cruz asemejaba una generosa población instalada en una extensa llanura con suave pendiente desde las aguas, cortada hacia el norte por una formidable cordillera de montes abruptos. Vista desde la mar, se observa cómo asciende poco a poco su caserío luminoso por un amplio marco, encuadrado entre montañas irregulares de salvaje belleza, mientras sus elevadas cumbres la cierran al Mediodía. También se podía observar las torres de los modernos edificios, mientras en las laderas destacaban huertas y jardines con algún palacete de espléndido señorío.

Siguiendo mis indicaciones, los miembros de la dotación que tomaban la bahía por primera vez, pudieron identificar con facilidad el castillo de San Cristóbal, construido en la segunda mitad del siglo XVI. Y, gracias a la información suministrada por el cirujano, don Cayetano Robledo, oriundo de dicha localidad, comprobamos la existencia de una alargada plaza en la que aparecía una hermosa alegoría en mármol blanco de Carrara. Tal obra había salido de la mano del famoso escultor Canova y representaba la imagen de la aparición de la Virgen de la Candelaria a los guanches, según una antigua

leyenda, una advocación de Nuestra Señora que acabó por ser nombrada como patrona de las siete islas Canarias. Hacia el sur se elevaba la iglesia matriz de la Concepción, precioso templo erigido de nuevo a mediados del siglo XVII, tras haber sido destruido el original por un pavoroso incendio, donde se conservaba la Cruz de la Conquista. Y se trataba de un distintivo de infinito valor para el pueblo canario, por ser el primer símbolo cristiano que plantara el adelantado Alonso Fernández de Lugo al desembarcar en la villa. Pero también en el mencionado templo se exponían las banderas apresadas al almirante Nelson en su fracasada operación, motivo de orgullo para los tinerfeños.

Como en esta ocasión debía diligenciar asuntos de interés propio en tierra, que propiciaran la aguada de garantía para las dos unidades, sin pérdida de tiempo ordené dar la falúa al agua. Era mi intención rendir visita al gobernador, ausente en nuestra anterior visita. Pero también necesitaba hablar con la autoridad de la Armada en la plaza, aquel capitán de navío generoso, simpático y bebedor, que nos recibiera con especial cortesía en la anterior ocasión.

Una vez a bordo de la embarcación y con Okumé atrancado a la caña, nos dirigimos a fuerza de remo hacia la escala real del puerto, donde desembarcaba pocos minutos después. Y, de acuerdo a las indicaciones del cirujano tinerfeño, dirigía mis pasos con decisión hacia la plaza de la Candelaria, donde pronto descubrí un edificio en el que ondeaba el pabellón de la Real Armada, izado en su balcón principal, condición que eliminaba las dudas. Sin embargo, me extrañó la categoría y nobleza del edificio, de características habituales en familias elevadas, sin aspecto externo de oficialidad alguna. En su puerta montaban guardia dos soldados del Cuerpo de Batallones, esos soldados de Marina con sus inconfundibles uniformes de granaderos y arma al hombro.

Fui recibido por el capitán de navío Manrique en lo que parecía un recogido salón de casa particular, tras una ligera espera, por lo que deduje que debía andar por sus aposentos en pesquisas personales. Porque, como supe minutos después, se trataba de la vivienda familiar de su propiedad, en la que había decidido instalar las oficinas de la Armada, debido al mal estado del edificio oficial. Pero el pobre debió ser cazado en sorpresa porque llegó hasta mí a la carrera y con la respiración sofocada. Y bien que sentí sus apuros porque se trataba de hombre de avanzada edad y rescatado para el servicio por razón de la guerra impuesta. Intentó disculparse, como si hubiese cometido la peor de las faltas.

—Deberá perdonar mi falta de decoro, comandante Leñanza, pero no me habían comunicado la llegada de su fragata. Y rodarán cabezas al corte por tal falla en un servicio que bajo mi dependencia directa funciona, y no lo tome como delegación de culpas porque la pena es mía sin posible desvío.

—Por favor, Diosdado, creo que ya fomentamos una buena amistad en mi anterior visita y no le cumplen tales deferencias de cortesía. También yo debería haberle enviado recado en petición de recibo. Además, no olvide que le debo una devolución de visita.

—¡Santo Dios! —el capitán de navío Manrique mesaba sus mejillas con desesperación, al tiempo que dirigía su mirada en permanencia hacia mis entorchados—. Además, estoy hablando con todo un brigadier de la Real Armada. Con estas prisas, ni siquiera había observado la plata en sus vueltas. Le felicito por su merecido ascenso.

—Muchas gracias. Pero, en esta ocasión, además de cumplir en cortesía con el señor gobernador, debo pedirle un favor.

—En primer lugar, debo declararos de nuevo que no podréis cumplir en protocolo con el gobernador. Vuelve a encontrarse en la ciudad de La Laguna en visita de inspección.

—¿Otra vez de inspección en La laguna? Nunca acierto con su persona. ¿Acaso mantiene algún amor escondido por aquellas tierras? —entraba en chanza con sonrisas.

—Pues no os creáis muy desencaminado de ideas, que mucho gusta el mariscal de campo Emilio Bermúdez de las sayas y las carnes que cubren. Y especialmente de las ajenas, dado el deplorable aspecto que presenta la legítima esposa —ahora batía palmas entre risas—. Bueno, debe perdonar mi declarada frivolidad, pero ya me sabe buen amigo del gobernador y me permito estas bromas. Pero en verdad que su mujer deja en cantos de belleza a las mismísimas urracas. En compensación, la buena señora maneja una muy elevada fortuna propia y se le deben perdonar algunas fallas.

—Lo comprendo perfectamente. En ese caso, un trabajo menos para mi cuerpo. Pero ahora debo pedirle el favor más importante.

—Dadlo por hecho, señor.

—Llego a esta bahía con una fragata portuguesa apresada, con escasa aguada a bordo.

—¿Ha dicho una fragata portuguesa? ¿La ha apresado? —su rostro denotaba una profunda sorpresa—. ¿Alguna especial ofensa a nuestro pabellón?

—Nada de eso. Se trata de una larga y aburrida historia de persecución y caza que, estoy seguro, no le interesará una mota —intentaba no alargar la charla en demasía.

—Perdone que le contradiga, brigadier, pero a estas islas no llega noticia alguna y nos mantenemos sin temas de conversación, salvo aquellos argumentos que seamos capaces de inventar —hablaba en tono de especial rogatoria—. Si pudiera..., aunque se trate de un ligero resumen...

—Desde luego.

Me vi obligado a exponer la comisión llevada a cabo por la fragata *Proserpina* desde mi salida de Cádiz, milla a milla y minuto a minuto. Aunque intentara emplear velocidad elevada en los primeros compases de la narración, Manrique me detenía a intervalos con insistentes preguntas sobre detalles concretos. Por fortuna, sus gestos de asombro me animaron en la charla, hasta rematarla en el momento del fondeo en las aguas tinerfeñas. Y el buen hombre parecía encantado con la deferencia.

—Impresionante en verdad. Unos hechos difíciles de creer, señor brigadier. Ha atravesado todo tipo de trances y por bendición de los cielos con espléndido beneficio. Le juro por la sangre de Cristo que jamás había escuchado una narración tan interesante, ni siquiera leída en los libros de lances y desencuentros.

—Así es, que más parece una historia de aventuras. Pero siempre es bueno lo que se remata en completa felicidad. Ahora comprenderá mi necesidad de recalar en estas aguas.

—Por la aguada no se preocupe. Es una de las pocas funciones que nos quedan reservadas en esta guerra, de la que no olemos una gota de sangre. Ya sabe que en estas islas las aguas son escasas, pero de calidad. ¿No necesita víveres? ¿Ni siquiera alimentos de salud?

—La verdad es que nos movemos bien en ese aspecto. Pero entrado en sinceros, no puedo olvidar alguna de aquellas frutas de extraordinario sabor que nos embarcó como especial obsequio en la anterior recalada. Pero en este caso estoy dispuesto a compensar el costo, desde luego.

—Nada de eso. Volveremos a cargar el monto al cupo del gobernador, aunque proteste mi buen amigo Emilio. Cuando a su regreso le exponga su fascinante historia, si así me lo autorizáis, quedará encantado por haber colaborado en tal empresa. En cuanto a la aguada de las dos unidades, ahora mismo ordenaré que comience a laborar el lanchón que mantenemos para ese específico trabajo. Pero dada la hora en la que nos movemos, deberá permitirme que lo invite a un ligero almuerzo a mi mesa. Y digo ligero porque

mi querida esposa no dispondrá de tiempo suficiente para preparar el que merecís.

—No puedo aceptarlo, comandante. Suficiente pecado es aparecer sin aviso previo para complicar la vida a la señora de la casa. En otra ocasión...

—No vuelva a repetir esas palabras, señor brigadier. Clara estará encantada de conoceros, aunque le adelanto que deberéis corroborar la historia, cuando se la exponga a trazo largo. Bueno, le repito que si así me lo permitís y puede darse a voz pública.

—Nada secreto se mueve en esta comisión, una vez rematada en suerte.

—Se lo agradezco.

Manrique impartía con rapidez las órdenes precisas a su ayudante, un teniente de fragata cincuentón rescatado también para el servicio. Por mi parte, enviaba recado a las dos fragatas con objeto de que se prepararan para recibir el lanchón con el agua necesaria y algunos víveres. También avisaba a Okumé para que regresara la falúa un par de horas más tarde. Y, mientras tales órdenes se movían, Diosdado me ofreció un ligero refrigerio. Supuse que deseaba ganar tiempo, mientras su mujer preparaba la visita.

A continuación, pasamos a un salón magnífico, de grandes proporciones, en el que todo se mostraba con clase y señorío. Allí esperaban su esposa y una hija viuda de extraordinaria belleza, que me fueron presentadas con especial deferencia. Poco después, la señora de la casa me invitaba a pasar al comedor, donde nos sirvieron un almuerzo de extraordinaria calidad, como si hubiera sido preparado con semanas de antelación. Porque en verdad se trataba de colación más propia de reyes, en la que no faltó detalle alguno. Pensé que debía poseer fortuna propia el matrimonio Manrique porque todo en la casa, convertida por el capitán de navío en improvisada Comandancia Naval, destilaba calidad y mucha categoría.

La comida se alargó con una agradable e interminable sobremesa. Y no había disminuido Diosdado su especial querencia por los vinos y aguardientes que tan bien recordaba, especialmente los primeros. Dimos remate por alto a un elevado número de frascas, aunque llegó un momento en el que comencé a declinar los ofrecimientos para no acabar abotargado de pensamientos, como mostraba a las claras mi anfitrión. De esta forma, declinaba el sol en caída cuando me despedía de la familia con especiales gestos de amistad y agradecimiento.

Tras rechazar su ofrecimiento de compañía hasta el embarcadero, que no andaba el hombre para mayores movimientos, alcancé la falúa con el cerebro medio perdido en vapores. No obstante, se mantenía en mi cerebro con

claridad el rostro y cuerpo de Martina, la esplendorosa hija del matrimonio. Y sin más dilaciones, Okumé desatracó para dirigirnos hacia la *Proserpina*, momento en el que observé el lanchón de la Comandancia todavía en función del servicio solicitado. Decidí que era un buen momento de dar una ligera cabezada y emplazar la salida a la mar para la mañana siguiente. No obstante, cuando pisaba cubierta no podía imaginar la visita que me esperaba a bordo. Porque era imposible pensar siquiera que la vida pudiera ofrecer caminos cerrados con fuerza de fábrica.

* * *

Recibido a bordo por el segundo comandante, el teniente de fragata Orcajo me comunicó el remate de la aguada a bordo de nuestra fragata y lo que entendía como tarea próxima a finalizar en la *Andorinha*. Había sido informado por un teniente de fragata en el sentido de que los víveres llegarían poco después en otra lancha de servicio. Le advertí que se trataba solamente de un pequeño cargamento de frutas variadas, así como mi decisión para salir a la mar en la mañana del siguiente día. Y ya me separaba de él, cuando pasaba a informarme de una particular cuestión.

—Olvidaba un detalle importante, señor comandante. Le espera una visita en su cámara.

—¿Una visita en mi cámara? —Me costaba creer aquel detalle como posible—. ¿De quién se trata? ¿Algún oficial del Ejército?

—No, señor. En las primeras horas de la tarde se nos acoderó al portalón un bote de servicio del puerto. Una señora embarcó, preguntando por el señor comandante a continuación.

—¿Una señora? ¿De quién se trata? No conozco a nadie en esta isla.

—Pues ella asegura que les une una vieja y profunda amistad. Me expuso con autoridad que esperaría su regreso, una vez informada de que había abandonado el buque para llevar a cabo las visitas de cortesía. Y la verdad, señor, que mucho dudé del camino a seguir, porque es la primera vez que se me presenta una situación parecida a bordo de cualquier buque —Orcajo temía haber cometido alguna ligereza—. Pero era tal su decisión que, al encontrarse ausente Okumé, ordené a su criado, el joven Barbate, que la acompañara a su cámara y le ofreciera un refresco hasta su regreso, que esperaba de un momento a otro.

—¿Una señora? ¿No llegó a dar su nombre? ¿Acaso se trata de mujer entrada en edad?

—No me dio más datos. Bueno, señor, debo reconocer que, con los nervios entablados, tampoco se los recabé. Hablaba como si se tratara de un familiar muy cercano. Se trata de mujer muy..., bueno, quiero decir que muy llamativa. Pero nada de mujer en edad, sino una joven de extraordinaria belleza.

Quedé extrañado y con la curiosidad volando en ruedo. Porque en verdad que tampoco se me había presentado ocasión parecida en los muchos años de servicio cruzados hasta el momento. Pero, sin concederle mayor importancia, me dirigí a la cámara para destapar el tarro de las sorpresas. Y cuando atacaba la puerta de acceso al pasillo en la banda de babor, observé a su fondo el rostro desencajado de Okumé. El africano se había adelantado para preparar la cama para mi siesta, y abandonaba la cámara como si hubiese avistado al mismísimo Satanás con garfios de fuego en las barbas. No necesité entrarle en preguntas, porque el africano balbuceaba en verdadero tono de terror, como jamás le había observado.

—No es posible..., no podrá creerlo, señor. Debe ser cosa del Maligno...

—¿De qué hablas, Okumé? —agitó su hombro con fuerza, intentando que recobrara la normalidad—. ¿Qué te sucede? ¿Quién espera en mi cámara?

—No lo creerá, señor. No es posible..., Debe haber sido una visión o un espectro trazado en vuelo. Porque en caso contrario...

En aquel momento llegaba a la puerta de la cámara, por donde salía Barbate, mi criado armado con su pata de palo y la permanente sonrisa en el rostro. Por el contrario, el jovenzuelo se explicó con normalidad, como si se tratara de tarea a recabar cada día.

—Bienvenido, señor. Le ofrecí a la señora un refresco en su ausencia, pero prefirió una copa de clarete. Como me era desconocida, estimé oportuno mantenerme por la cámara en su compañía. Y eso he hecho hasta que me han avisado de su llegada.

—¿De qué señora me hablas?

No necesité respuesta alguna porque ya abría la puerta y atacaba mis aposentos. Lo primero que pude observar fue una figura femenina recortada por el sol, que dirigía la mirada a través de la balconada y ofrecía su espalda. Destacaba una esclavina verde, pero por encima de todo aparecía una melena del color del fuego, esa cabellera bermeja en brasas que habría reconocido allá por el fin del mundo. Fue entonces cuando se giró hacia mí, momento en el que cerca estuve de caer sin sentido sobre la cubierta. Porque ante mí aparecía un duende o un espectro fantasmal, un cuerpo en cuya lápida de muerte había depositado un ramo de flores meses atrás, cerca de Montevideo.

Pero era ella, sin posible duda. Para rematar la faena, escuché su voz, el inolvidable tono de voz de Audrey Wordsworth-Lockliart de Alvarfaz, mientras movía los brazos en abanico con evidente alegría.

—El destino es implacable, amor mío. Volvemos a estar juntos. Ahora y por fin, para siempre.

Daba los pasos necesarios para llegar hasta mí, momento en el que no pronunciaba una palabra más porque se fundía con fuerza entre mis brazos. Pude oler su personal perfume, invariable en el tiempo, y sentir el habitual cosquilleo de su cabello contra la mejilla. Me sentía con las fuerzas abandonadas y el pensamiento largado en roderas de muerte. No podía ser posible lo que acontecía a mi alrededor, pero allí se encontraba Audrey, la moribunda, la muerta y enterrada, la persona más amada, resucitada quizá por segunda vez en mi beneficio. El temblor instalado en las piernas no cesaba un ápice, al tiempo que los brazos pesaban demasiado para abrazarla con fuerza. Pero segundos después nos besábamos con infinita pasión, con la misma fogosidad que recordaba de nuestras escenas amorosas a bordo de la corbeta Mosca. Percibí oleadas de calor y pasión por todo el cuerpo, como si acabara de despertar de un letargo de hielo anclado siglos atrás. Intenté elevar las primeras palabras, un costoso ejercicio porque también la boca parecía aletargada.

—¿Cómo es posible? Estabas medio muerta cuando te visité por última vez. Después supe de tu fallecimiento y acudí a la cripta de la hacienda, donde descansaban tus restos. Lloré tu pérdida por segunda vez. Y ahora resucitas de nuevo. ¿Te envía Dios o Satanás?

—Nadie me envía, que he sido yo quien ha viajado en barco desde las Indias en tu busca, amor mío. Pero nada es sobrenatural, sino más propio de esta bendita tierra donde moramos, querido. Te lo explicaré todo con extremo detalle, el plan perfecto para conseguir lo que deseábamos, acabar unidos para siempre. Pero antes bésame, bésame una y mil veces. Durante muchos meses, el recuerdo de tus besos fue la única razón que me mantuvo con fuerzas para llevar adelante esta dura y alargada empresa. Y, como divino colofón, compruebo que el destino sigue laborando a nuestro favor, al hacer coincidir nuestra escala en esta isla. Debe ser el destino, los cielos o el infierno, que poco me importa si estoy a tu lado.

Volvíamos a besarnos, ahora con desatada pasión. Bebía su boca a tranco largo, como si intentara atrapar todo su ser a través de la garganta. Bailaban en delirio amoroso las lenguas, los sentidos y las manos en frenéticas caricias por todo el cuerpo, mientras el corazón vibraba a ritmo de bombardas. Pero el

cerebro, o ese duende escondido que se alarma a veces, mordía en preguntas sin respuesta. Me producía una sensación de pérdida, que atenazaba el mismo corazón en peligro, como si Audrey pudiera esfumarse de pronto y la perdiera una vez más. Intenté aclarar mis propios pensamientos.

—Estas viva y en mis brazos, aunque mucho cueste imaginarlo siquiera. Por la sangre derramada de Cristo en el calvario, que no puedo creerlo. Debo encontrarme en una pesadilla o en un dulce sueño, que acabará por saltar en fuegos cuando regrese a la dura realidad.

—Esta es la bendita y deseada realidad, mi amor —Audrey hablaba de forma entrecortada entre besos, como si no pudiera despegar su boca de la mía más que unos pocos segundos—. Durante meses planeé al detalle nuestro futuro. Y fue muy duro, al punto de llegar a crearme entrada en locura. Pero nada de eso. Ningún demente habría conseguido esta obra digna del mejor constructor. Quiero que me hagas tuya mil veces, como aquellas dos noches a bordo de la corbeta Mosca en el puerto de Mahón. Las he rememorado en mi cabeza en tantas ocasiones que las recuerdo con absoluto detalle y hemos de recuperarlas, hemos de recuperarlas sin falta.

Más besos y caricias sin posible freno. Mis manos recorrían su cuerpo por largo y al detalle, imaginando a la perfección las carnes y sinuosidades que navegaban por debajo de su vestido. Cayó la esclavina al piso como un soñado preludeo. Comprendí que nos movíamos al borde del límite y pocos segundos después saltarían los ropajes al aire, con el suspiro esperado en brote de las gargantas. Entraríamos en duelo de amor, hasta morir anegados de placer. Pero el duende avisaba de algunos detalles, que se mantenían como campanas tañidas con sordina en la oscuridad.

—No puedo comprenderlo. Te ofrecí un último y desapasionado beso cuando te encontrabas a las mismas puertas de la muerte. ¿De qué plan hablas, querida? ¿Llegaste a ser enterrada? ¿Has resucitado quizás? ¿Moriste o no?

—¿Cómo voy a morir, si me tienes ahora en tus brazos? ¿Acaso una muerta puede encender la pasión que ahora mismo sientes en tu cuerpo? Todo comenzó a las pocas semanas de llegar a Montevideo y matrimoniar con aquel estúpido de Eduardo de la Meseda, cuyo simple recuerdo todavía me asquea —susurraba sus palabras en mi oído, sin despegar la boca una pulgada de mi piel—. Fueron terribles los días, demasiados, en los que debí consentir que yaciera a mi lado y entrara en mi cuerpo. Pero todo cambió al compás cuando, pocos meses después, arribaba un bergantín de la Real Armada a la plaza de Montevideo. Por casualidad y durante una recepción ofrecida en la

residencia del jefe de escuadra Salazar, conocí por boca de su comandante que no habías muerto, aunque te movías con un ojo perdido en combate. Comprendí que la tía Felicia había urdido el terrible plan para separarnos. Y aunque mucho me quisiera, la odié como nadie puede odiar en esta vida. Por tal razón no la indulté de la correspondiente pena que merecía, como sabrás después. Fue el momento de pergeñar el plan, que llevé a su final con todo detalle.

Nuevos besos y caricias sin fin. Audrey parecía haber aprendido algunas tretas amorosas con el paso del tiempo, porque movía sus manos con inesperada experiencia, tan alejada de aquella joven primeriza a la que hiciera mujer. No sólo besaba mi rostro sino que su boca comenzaba a bajar por mi pecho desnudo.

—Pero de qué plan hablas, querida. No puedo comprenderlo. ¿Cómo has llegado hasta aquí? ¿Cuándo abandonaste Montevideo? ¿No se extrañaron al comprobar que te encontrabas viva?

—Ahora lo comprenderás todo, mi amor. El fin no era otro que ejecutar las promesas declaradas entre ambos, unirnos para siempre en aquella hacienda extremeña. ¿Lo recuerdas? Por lo tanto debía eliminar todos los problemas u obstáculos que aparecieran en el camino. Y no eran pocos. En primer lugar, debía deshacerme de mi marido. Los movimientos independentistas laboraron a mi favor de forma inesperada. Comencé a fingir la enfermedad que, al tiempo, me liberaba de yacer con mi esposo. Las hemorragias no eran reales, desde luego, aunque así lo creyeran las nobles familias de Montevideo. Incluso los galenos se rindieron ante aquellas pérdidas incontroladas. Esa pandilla de ignorantes tragó el sapo sin dudarlos —ofreció una primera sonrisa de triunfo—. Muchos pollos debió sacrificar Florinda para recoger su sangre y urdir la treta sin fallos. Cuando Eduardo decidió unirse a los que luchaban por España y don Fernando, encontré el momento definitivo. En uno de sus regresos a la hacienda, acabamos con él. Fue sencillo hacerle beber el veneno con el vino del que tanto gustaba. Lo enterramos en la cripta, precisamente donde más tarde se colocó la lápida en su memoria, creyendo que había caído en patriótica campaña. Por supuesto, se trataba de noticias que yo personalmente hice correr.

Ahora Audrey reía de felicidad, como una joven entrada en juegos de salón. Por mi parte, sentía un reguero nervioso por el estómago, que aumentaba de nivel por momentos. Parecía como si el telón del teatro se alzara poco a poco para aclarar la escena. Comenzaba a comprender lo que

era imposible imaginar y todavía rechazaba de plano. Pero ella se encontraba lanzada en su narración y no fue necesario alentarla para que continuara.

—La muerte de Eduardo era el primer pico a escalar en la elevada montaña. Al mismo tiempo, había enviado hacia España a una de mis fieles doncellas, Beatriz. Debía aparecer en Mondoñedo con unos presentes para la tía Felicia. Pero su misión no era otra que envenenar su comida por el procedimiento que se le apareciera a mano. Y bien que lo consiguió la jovencuela, a la que tanto gustaba el oro y las promesas de riqueza. Pero una vez de regreso a Montevideo con la buena nueva de la muerte de la vieja, que nos separara de forma injusta y entregara nuestra hija a tu mujer, debí darle muerte para no dejar cabo suelto. Tal y como esperaba, la tía Felicia me legaba todos sus bienes y alhajas.

En aquel momento no deseaba escuchar una palabra más de su boca. Temía lo que debía llegar a continuación y el duende, ya sin tapujos, me declaraba en abierto. Pero Audrey parecía necesitar la completa exposición de su triunfo, como así llamaba a la monstruosidad cometida sin reparo.

—Fue entonces cuando se produjo la gran sorpresa de tu arribada a Montevideo a bordo de esta fragata, una prueba más de ese destino que une nuestras vidas aunque nos encontremos aislados en dos mundos diferentes. Muy cerca estuvo de hacer saltar mi plan por los aires. Aunque deseaba besarte a muerte y ser amada por tus brazos sin fin, debí contenerme y pensar en el futuro, por dura que fuese la prueba. Porque eres demasiado bueno y, posiblemente, no habrías aceptado el remate del plan. El día que llegaste a la hacienda para visitar a una moribunda, Florinda debió trabajar con rapidez. Como otras veces, extendió el polvo de arroz sobre mi cara y brazos para aparentar el estado de postración. El resto fue fingido, aunque tu último beso levantó ascuas en mi interior. Florinda certificó mi muerte y procedió al teórico enterramiento en la cripta. No fue difícil porque eran pocos los criados en casa y la fiel dueña pudo alejarlos de la hacienda el tiempo suficiente. Supongo que llegarías a mi tumba días después con las flores en la mano. Incluso asistirías a las misas ordenadas por el comandante naval del apostadero, tan amigo de Eduardo.

—Pero si fingiste tu muerte —ahora entraba en preguntas de forma directa, deseando llegar al final del túnel cuanto antes, por mucho que lo temiera—, ¿cómo conseguiste abandonar Montevideo?

—Todo estaba preparado letra a letra, querido. Pasé a llamarme Susan Peers, una viuda inglesa cuyo marido había caído en las guerras de Europa contra los franceses. Pasé por el interior hacia el Perú. Y debí atravesar

momentos de cierto peligro con algunos rebeldes incontrolados por los caminos. Pero ya sabes que me manejo bien con los hombres. Disponía de suficiente caudal, porque había vendido casi todo el patrimonio de Eduardo, cobrando en oro. De esta forma viví retirada en El Callao un tiempo prudencial, esperando que pasaran los meses y acudiera algún buque que pudiera transportarme con suficiente seguridad a Europa. Todo se retrasó porque la fragata británica en la que decidí embarcar sufrió serios problemas y acabamos la primera etapa en la isla Ascensión, tras el penoso viaje a través del cabo de Hornos. Por fin, hace pocos días arribamos a Santa Cruz, ya que el buque necesitaba agua y víveres. Pero, como puedes comprobar a la vista, lo he superado todo por ti. Pero la guinda del pastel fue utilizar a Florinda. Al embarcarla contigo mataba dos pájaros de un solo tiro. En primer lugar, ponía a seguro todas las joyas de la casa de Alvarfaz y las de la familia de la Meseda.

—Pero en el testamento se las legabas a su sobrina Humbelina.

—Por favor, Francisco, no me creas tonta. A esa estúpida le entregaron las baratijas solamente. Las mejores piezas ya habían sido separadas y tú las transportaste sin saberlo en aquellos dos cofres. Pero te comentaba lo de la guinda del pastel por el detalle final. Al tiempo que remataba el plan, se abrieron las luces al incorporar a Florinda. Debía embarcar contigo y pasar a España. Sabía de la bondad de tu esposa y estaba segura de que no la echaría de la casa. Seguro que Florinda se ganó su confianza y llevó a cabo su tarea de forma impecable. Porque entré en averiguaciones con el oficial que me recibió a bordo. Y me he sentido inmensamente feliz al comprobar que te encuentras en el feliz estado de viudedad. ¿No es maravilloso? Deberás reconocer que el plan ha funcionado a la perfección. Ahora pasaré a ser la señora de Leñanza sin problema alguno y podremos ser felices durante... ¿Qué te sucede, Francisco? ¿Por qué me miras así?

Acababa de comprender lo que el duende intentaba explicarme en tono bajo desde un principio y una parte de mi cerebro rechazaba con fuerza. Comprendí lo que el velo tendido en bruma sobre mis ojos mostraba, al desgarrarse con claridad. Florinda había envenenado a Eugenia por orden de su señora. Y esa sencilla declaración era en sí misma aterradora. Me separé de Audrey lo suficiente para descubrir una visión distinta en su mirada. De pronto, como una imagen venida del más allá, se me apareció el rostro de Eugenia con claridad, sufriendo los últimos estertores de su vida. Sentía como si la hubiera matado por segunda vez. Porque mi culpabilidad se acrecentaba al haber fomentado mi amor por quien ahora consideraba un monstruo llegado

del infierno a la tierra. Mis palabras salieron sin control, apartada la pasión a las bandas.

—Fuiste tú quien ordenó a Florinda que envenenara a Eugenia. Tú asesinaste a mi querida mujer.

—¿A tu querida mujer? —el rostro de Audrey expresaba una gran sorpresa—. ¿Cómo puedes pronunciar siquiera tal barbaridad, amor mío? Por supuesto que ordené su muerte. Ese era el punto y final del plan. Me prometiste amor eterno durante aquellas inolvidables noches. ¿Acaso lo has olvidado? No es posible porque acabo de sentir tu pasión al recibir mis besos y caricias. Eugenia no era tu querida mujer, sino el obstáculo último para permitir nuestra definitiva unión. Florinda debía envenenar a tu esposa en la primera oportunidad que se le presentara y esperar mi triunfal regreso. Incluso embarcó en tu fragata con el veneno en la bolsa, el mismo que tomaron la tía Felicia y mi esposo. No sé si Eugenia lo merecía o no, pero poco o nada importa. Tan sólo importa nuestra felicidad.

Sentí una oleada de furor que subía sin freno desde los pies hasta el rostro. Al mismo tiempo, un intenso calor me abrasaba. Supuse que todo se cerraba en rojo, porque de tal color se aparecían las imágenes. El rostro lloroso de Eugenia se agigantaba en cruces de profundo dolor, al tiempo que Audrey se aparecía ante mí como una bruja perversa, un monstruo de dos cabezas capaz de tragar la sangre de Belcebú con tal de conseguir sus objetivos. Poco a poco percibí deseos de destrozarse su cara, de golpearla con saña o cerrar mi mano en su garganta para apretar con el alma entera. Debió comprender mis pensamientos porque se separó un paso al tiempo que volvía a preguntar, ahora con el miedo reflejado en sus ojos.

—¿Qué te sucede? No me mires así, por favor. Pareces otro hombre del Francisco que conocía. Por favor...

—Estás loca. Te convertiste en una asesina sin piedad. Mataste a Eugenia. ¿Qué te había hecho la pobre? —De forma inconsciente, me acerqué hasta ella para tomarla por los hombros y zarandearla con fuerza—. Por si no lo sabes, jamás podré amar a nadie como quise a mi esposa. Ninguna mujer puede compararse a ella.

Agitaba sus hombros como si deseara descoyuntar los huesos en furiosa demanda, la razón perdida en lejanas campiñas. Todo se sucedió a tal velocidad que, todavía hoy, dudo sobre lo que en realidad sucedió en la cámara del comandante de la fragata *Proserpina*. Audrey intentó rechazar mis brazos con un movimiento brusco. Debió perder pie al intentar retrasar su postura. Pero resbaló o mis movimientos propiciaron su caída, no podría

certificarlo. El resultado es que golpeó contra el suelo y su cabeza, posiblemente por designio divino, fue a chocar contra la figura labrada en la pata de la mesa, que sobresalía hacia fuera. Quedó sin movimiento, mientras la miraba todavía con la expresión más feroz en mi rostro. Pocos segundos después, no sólo continuaba sin mover un solo dedo, sino que un charco de sangre roja y espesa comenzaba a agrandarse alrededor de sus cabellos bermejos. Rojo con rojo, camino sin piedad.

Seguía empernado sobre la cubierta como estatua de sal, incapaz de mover una sola extremidad. Por fin, no sé cuánto tiempo después, me arrodillé ante ella. Y con rapidez comprendí que Audrey estaba muerta. Tampoco puedo explicar las sensaciones padecidas, porque es posible que faltara a la verdad. Pero, ahora que me sincero por largo, puedo asegurar que no intenté darle muerte en ningún momento, ni me alegré de lo sucedido. Más bien al contrario, sentí que acababa de matar a otra mujer, que mis pecados eran los causantes de todo el mal que se repartía a mi alrededor.

No estoy seguro si pasaron minutos u horas mientras me mantenía arrodillado en el suelo. Pero debió ser un tiempo alargado porque el charco de sangre inundaba el piso. Tan sólo recuerdo que me tocaron en el hombro y encontré el rostro de Okumé. Me hizo alzar el cuerpo, al tiempo que preguntaba sin palabras. Me abracé a él y comencé a llorar, unas lágrimas que creía perdidas en el tiempo. Y no lo hacía por mí sino por Eugenia, puedo jurarlo ante Cristo en la cruz. Al mismo tiempo, comencé a balbucear.

—Ella ordenó matar a Eugenia. Y ahora acabo de darle muerte. Que Dios se apiade de mi alma. Merezco acabar prendido de la soga en la horca.

—Aquí nadie acabará en la horca, señor. No sé lo que ha sucedido con detalle, pero lo conozco lo suficiente para comprender que esta endemoniada mujer se ha golpeado con el león de madera en la cabeza, al caer sobre el suelo. Nadie ha de enterarse de lo que aquí ha sucedido. Debéis acostaros ahora un rato y seguir mis instrucciones. Yo me encargaré de todo.

Me dejé conducir como un niño que necesita cuidados severos. Y pocos minutos después entraba en sueños de sangre. Porque todo se aparecía en rojo, unas escenas de aquelarre infernal en las que percibía las brujas en danza, todas ellas con el rostro de Audrey en risas o mofas. Y para remarcar el cuadro, el macho cabrío que era sacrificado mostraba el rostro compungido de Eugenia. Creo que fue entonces cuando perdí el conocimiento o, posiblemente, ya lo tenía perdido.

24. Una sabia mujer

No sé qué habría sucedido con mi vida si Okumé no se hubiera mantenido a mi lado aquella noche, unas horas que todavía recuerdo con morbosos detalles, de esos que jamás pueden olvidarse. Cuando desperté en regreso del estado de total postración en el que había caído, aquella terrible conjunción de vapores alcohólicos y sangre espesa, creí que todo lo sucedido no era más que un conjunto de sueños de terror o pesadilla de duendes. Dirigí la mirada hacia el lugar junto a la mesa donde cayera el cuerpo de Audrey, pero ningún resto encontraba. Ni siquiera la mancha roja que abarcara un generoso círculo. Pero el cerebro mostraba una y otra vez la imagen de mi cuerpo pendiendo sin vida de la soga, como el más desalmado de los asesinos, una terrible escena sin posible despegue.

Froté los cabellos con fuerza, como si de esa forma pudiera borrar de un tajo los pensamientos negros que me atacaban con saña. No obstante, poco a poco regresaba al mundo de los vivos y comprendía lo que había sucedido en la cámara con detalle. En el momento culminante, debían haberse mezclado los diversos factores en danza; el cansancio acumulado en los últimos días de navegación, con escaso o nulo tiempo dedicado al sueño, el copioso almuerzo bien regado de caldos, el choque emocional que suponía la presencia de Audrey en regreso del más allá, la terrible historia narrada con aquella inesperada sencillez, el envenenamiento de Eugenia y, por fin, mi alocada reacción que provocaba la muerte de aquel demonio con ropas de mujer. Ante tal cúmulo de emociones, cualquier hombre habría podido caer en estado de demencia permanente o pasajera. En mi caso, el sopor más profundo entraba en ataque, para dejarme postrado con el sentido perdido en el más allá.

Una vez con la mente lúcida y en alerta, todo se sucedió con tal rapidez y normalidad, que es difícil de creer o imaginar siquiera. Pero no debemos olvidar que la inteligencia de Okumé descollaba muy por alto. Mi querido y fiel africano fue quien tomó bajo su mano la dirección de los acontecimientos,

como el director de una orquesta que dirige con su batuta a inexpertos músicos. Desde la cama observé su muda presencia, sentado a mi cabecera. Cuando comprendió que despertaba, habló con serenidad.

—No debe preocuparse de nada, señor. Todo ha regresado al orden.

—Pero..., pero ahí... —señalaba el lugar donde había quedado el cuerpo de Audrey sin vida—. He matado...

—Aquí nadie ha matado a nadie, señor —hablaba con decisión y voz autoritaria—. No se sabrá jamás lo que ha sucedido en esta cámara durante las últimas horas. El cuerpo de esa endemoniada se encuentra enlonado a fuerza en un coy y recosido a puntada corta. También lo he lastrado convenientemente con dos balas de esa chillera^[52] —señalaba la correspondiente al cañón de babor—. De momento, el fardo se encuentra bajo su cama y lo lanzaré al agua a través de la balconada.

—¿Bajo esta cama? —bajé la mirada con espanto—. Pero en esta bahía no debe lanzarse...

—Ya le digo que no debe preocuparse. Cuando nos encontremos a suficiente distancia de las islas, llevaré a cabo esa maniobra y el fardo entrará hasta los fondos. Ahora solamente hemos de diligenciar un pequeño obstáculo, si puede llamarse así. La señora llegó a bordo esta tarde y ha de desembarcar.

—¿Desembarcar? —miraba a Okumé sin comprender una sola de sus palabras.

—La noche es cerrada como boca de lobo, un auxilio de la Providencia. Hace poco picó la campana para marcar la segunda hora del nuevo día. En cubierta se encuentra de guardia el joven Mascari. Hablará con él para decirle que la señora, viuda de un compañero, se dispone a abandonar la fragata. Por discreción, todo el personal de guardia en cubierta deberá atender solamente a la banda de estribor. Mientras tanto, Barbate vestirá la esclavina de la señora y saldremos por la banda de babor hasta el bote, en el que embarcaremos. A todos los efectos, habremos conducido a esa mujer a puerto. Me desharé de la esclavina en los rincones del muelle.

—Pero cómo puede cumplir el papel Barbate, con su pata de palo. Va a conseguir que...

—Le repito que es noche cerrada y nada se puede observar a dos palmos de la nariz. Sé bien lo que debemos hacer, señor. Confíe en mí.

—En ti confío como última salvación de mi alma.

—Su alma no está en peligro. Ha sido un penoso accidente, provocado por ese degenerado ser con cuerpo de mujer, que andaba con la razón perdida.

Después de todo, podemos pensar que los cielos hacen justicia alguna vez, porque lo merecía la muy condenada. Avisaré al guardiamarina Mascari para que acuda a esta cámara. Debe darle las instrucciones precisas.

—De acuerdo.

Tal y como Okumé había planeado, los pasos se llevaron a cabo con exquisita perfección. Mascari, comprendiendo las razones de discreción que nos obligaban, hizo pasar al personal de guardia en cubierta a la banda de estribor. Salimos a cubierta Okumé y yo, tomando por los brazos a mi criado Barbate, enfundado con la esclavina verde. Y era cierto que apenas veíamos las tablas que pisábamos. Por fin, embarcaron en el bote. Supuse que Okumé tomaba los remos con sus manos, porque ya no podía distinguir sus movimientos en la oscuridad. Regresé a la altura de Mascari en el alcázar.

—Todo solucionado. Le agradezco su discreción, caballero. Ya sabe que los hombres rumorean en exceso a bordo. No era adecuado que observaran a esa pobre señora, abandonando el barco a medianoche. Bastante ha sufrido la pobre, a la que he aliviado con algunas monedas su innoble indigencia.

—Seguro que le deben más de diez pagas de viudedad. Es una vergüenza cómo se mueven en estos días algunas viudas, cuya única pena es haber perdido a sus esposos en beneficio de la patria. Muy desesperada debía encontrarse la pobre señora para acudir a bordo.

—Su marido era un buen amigo y compañero. Y tiene hijos a los que alimentar. En fin, Mascari, olvidemos el caso. Esta dama no ha estado a bordo.

—Puede confiar en mi discreción, señor.

Sin llegar a dormir un minuto más, pocas horas después abandonábamos la bahía de Tenerife, todavía con los pensamientos entablados en duelo de demonios por la cabeza. Y mucho debí esforzar el ánimo para que no se notara el estado emocional en mis órdenes o movimientos. Por tal razón, una vez en franquía, mientras la *Proserpina* navegaba con un nordeste fresco de través y marejada suelta, con la fragata *Andorinha* siguiendo sus aguas, me retiré a la cámara. Sabía que no podría dormir, aunque el cansancio más absoluto atenazara los músculos, como si se hubiera rematado el más acalorado de los combates. Por desgracia, todavía se veían los picos del coy bajo mi catre. El simple hecho de pensar que el cuerpo de Audrey se mantenía allí, hacía vibrar los nervios en tensión de bolina. Por tal motivo, decidí salir a cubierta.

Toda aquella primera jornada desde que abandonáramos la bahía tinerfeña, anduve errante y sin pronunciar una sola palabra. Paseaba por la

toldilla con las manos cruzadas a la espalda, enfadado y huraño con el alma propia. Sabía que no podría descansar un solo segundo hasta que aquel cuerpo abandonara la *Proserpina* e ingresara en las aguas para siempre. Por fortuna, entrados en la noche acudió Okumé hasta la toldilla.

—Debe tomar algún alimento, señor. No ha probado bocado desde ayer a mediodía.

—No podría tragar una punta de galleta. Además, me siento incapaz de abordar la cámara.

—Ahora podrá hacerlo. Ya no resta ningún recuerdo de lo sucedido. Hace pocos minutos dejé caer el fardo por la balconada. Y supongo que ya se habrán contaminado las aguas con el cuerpo de esa perversa y enloquecida mujer.

—Bendito sea Dios. Después de todo, debemos compadecernos de ella, por mucho daño que haya producido. Pero también yo debo aparejar culpa propia. Si no la hubiera seducido en el puerto de Mahón...

—¿Quién sedujo a quién, señor? Fue ella quien apareció a bordo de la corbeta Mosca durante la noche, con un proceder más que impropio. Más bien fuisteis vos quien cayó en sus redes. Pero no merece la pena pensar en los posibles de tiempo atrás y otras demandas sin sentido. Esa mujer debió enloquecer por diversos factores, si no andaba ya en tales pasos desde la juventud. Ahora debéis olvidar y pensar solamente en el futuro, que se abre a proa en azules. Y sin olvidar a sus hijos, a los que abrazará en pocos días.

—Tienes razón. Gracias, Okumé. Creo que me has salvado la vida una vez más.

—En ese caso, acuda a su cámara y tome algún alimento. Resta poca carne en condiciones, pero le he aderezado alguna cecina y tocino a las brasas con un poco de menestra.

—Gracias, viejo amigo.

Creía haber regresado a la normalidad, una vez libre de la siniestra presencia en mi cámara. Deseaba olvidar y dejar el pliego en blanco, aunque era muy difícil evitar los pensamientos en rondo, con las mismas escenas grabadas una y otra vez. Y no estimen el momento de la muerte de Audrey como rey en descuello por el siniestro cuadro. Muy al contrario, se erigía por alto el rostro angustiado de Eugenia mientras moría con dolorosos espasmos, un drama que clavaba garfios en el pecho con extremo dolor. Confié la solución de mis males al bálsamo bienhechor de la mar, que suele apaciguar los quebrantos embastados en tierra, aunque lo considerara cuestión de difícil resolución.

* * *

Transcurrieron tres largas jornadas de muchas horas, demasiadas quizás. Intentaba que mi espíritu regresara a la normalidad, sin conseguirlo. Evitaba la charla con mis hombres, incluso con Leonor o su hijo, como si temiera que fueran capaces de leer los pensamientos negros que todavía cruzaban por la cabeza. Sin embargo, una tarde en la que la mar se amansaba en ras, al tiempo que el viento caía a fresquito de poniente y nos possibilitaba navegar a un largo con extrema comodidad, Leonor apareció en la toldilla. Y nada más observar su rostro, comprendí que entraría en veredas poco deseadas.

—No le he visto desde que tocamos esas preciosas islas Canarias, Francisco.

—Así es. La verdad es que me he sentido un poco indispuerto. Debí ser el almuerzo ofrecido por el capitán de navío de la Comandancia Naval. Algún alimento podría encontrarse en mal estado —sabía que la mentira jamás se abría en orden por mi cara.

—Es posible —Leonor parecía dudar, aunque no era mujer de las que marcaba pasos en rodeo—. Pero también la visita de esa mujer debió afectarle. Pude observarla de lejos, cuando hablaba con el teniente de fragata Orcajo. Me pareció una dama peligrosa. Bueno, perdone mi indiscreción y la libertad que tomo al enjuiciar desconocidos sin motivo. Ya sabe que las mujeres disponemos de un sentido especial para tales empleos.

Nos miramos a los ojos con intensidad y a escasa distancia. Creo que debí sufrir una explosión interna o, posiblemente, las venas abiertas en grifo, como río que se desborda sin posible cauce. Sorprendido de mis propias palabras, me declaré a ella como si entrara a presencia última del Creador. Le narré todo lo sucedido desde que conociera a Audrey en el puerto de Mahón y con extremo detalle. Fue como repasar una vida entera, al exponer la visita a Mondoñedo, las semanas de dolor al creerla muerta, el reencuentro en Montevideo, el nuevo dolor de la pérdida y, para rematar una increíble historia, la escena sufrida en mi cámara. Por último, me declaré culpable de las dos muertes, tanto la de Eugenia como la de esa mujer de cabellos bermejós. Y no intenté excusarme siquiera como remate blando.

—No sé por qué le cuento esta parte tan importante de mi vida. Pero creo que me ha hecho mucho bien largar este pesado lastre de los hombros. Ya sabe que no debe considerarme un perfecto caballero, sino un truhan que merece la soga del ahorcado.

—No diga eso, Francisco —su voz sonaba ahora con tintes de reconvencción maternal—. Jamás podréis ser un truhan, ni todos esos adjetivos que os endosáis de forma injusta. Tan sólo atravesáis esta vida como un hombre con las debilidades de todo ser humano. Ya veo que también la vida os ha marcado al fuego, como a mí. Pero sois muy joven y el tiempo cicatriza las heridas más profundas. No habéis matado a nadie. Vuestra esposa murió por culpa de esa maldita mujer, caída en locura. Ya me pareció entreverlo en su rostro. En cuanto a lo sucedido a bordo, no se trata más que de una penosa y fortuita calamidad. De todas formas, es posible que los designios de Dios se alarguen en la tierra más de lo que podemos imaginar. ¿Quién puede interpretar realmente sus intenciones? Podemos pensar sin excesivo error, que ha sido una forma de hacer justicia en la tierra, antes de que esa pobre mujer deba encarar el tribunal más duro, allá en el linde.

Volví a mirar a Leonor a los ojos, como si en ellos pudiera encontrar la paz que tanto necesitaba. Aunque pueda parecer extraño e inconveniente, deseé abrazarme a ella y recibir su consuelo cercano, un deseo que me costó frenar. Al mismo tiempo, me sentía desnudo en su presencia, como si todo pensamiento en libertad debiera ser declarado a continuación.

—Le agradezco sus palabras, Leonor. Creo que sois el bálsamo necesario para mi alma.

—El bálsamo verdadero lo conformarán vuestros hijos, a los que debéis cuidar.

Otra vez la nidada de sus ojos me turbó. De repente y sin preparación previa, lancé unas palabras que ni yo mismo podía esperar.

—¿Queréis ser mi esposa, Leonor? Ya sé que puede parecer una locura y...

Leonor puso sus dedos sobre mi boca para ordenar silencio, al tiempo que sonreía con un gesto de especial bondad.

—No sois vos quien habla en estos momentos, Francisco, podéis estar seguro. Habéis cruzado una terrible experiencia, de la que no os habéis repuesto todavía. Ya os dije que debíais considerarme como una mujer marcada duramente por la vida. Una mujer que solamente sueña con vivir en paz rodeada de su familia y comprobar cómo su hijo se convierte en un hombre cabal. Aunque no lo parezca a la vista, soy muy vieja mentalmente y con demasiados sapos verdes en circulación por las venas. No seríais feliz a mi lado, aunque ahora mismo os cueste creerlo. Necesitáis una mujer joven y hermosa a la que uniros, no me cabe duda. Pero una esposa sin taras mentales ni réditos en deuda, que cuide de vuestros hijos y engendre alguno más para

orgullo de la casa de la que sois cabeza. Nada de eso podría entregaros yo. Y conste que sería un honor ser vuestra mujer, porque os aprecio de corazón. Pero debemos ser honrados, especialmente con aquellos a los que mucho debemos.

Quedé sin palabras, admirado por la clarividencia de aquella mujer. No sabía a ciencia cierta qué sentimientos brotaban en mi corazón hacia ella, un extraño conjunto de admiración y cariño tal vez, pero ahora comprendía que no se trataba de amor ni pasión siquiera. Me sentí en deuda con ella, como si debiera entregarle una quita de extraordinario valor. Volví a escuchar sus palabras.

—Cuando lleguemos a Cádiz y tengáis a vuestros hijos entre los brazos, comenzaréis a entrar en la verdadera vida. Creo que la mar acaba por nublar los sentimientos auténticos, como esa bruma que, a veces, nos impide observar la línea del horizonte. Hemos vivido una experiencia de mil sabores y siempre os recordaré con cariño, Francisco. Espero que algún día pueda recibiros en mi tierra y rendir los honores que merecéis y os debo en respuesta.

—Soy yo quien siempre os estará agradecido, Leonor. Espero que podáis conquistar esa felicidad que tanto os debe la vida.

Aquella conversación con la sabia mujer aclaró mis horizontes, como si se disipara la bruma de la que ella hablaba. La serenidad pareció establecerse a cuello cerrado en mi alma, esa bendita paz que tanto añoraba. Y cuando en la mañana del quinto día del mes de junio avisté la bahía gaditana por la proa, comprendí que las palabras de Leonor componían una sinfonía perfecta.

Aunque me ofrecí a alojarlos en el palacio de la calle de la Amargura, declinó Leonor con agradecimiento. Decidió tomar posada con su hijo, en espera del primer buque que cruzara hacia Lisboa. Nos despedimos como dos buenos amigos, que habían vivido experiencias duras, de esas que no se deben olvidar. Por mi parte, una vez entregada la fragata *Andorinha* a las autoridades del arsenal y presentado en la Comandancia General de la Escuadra, donde se regocijaron con las nuevas, salí a mecha suelta hacia Cádiz, como si allí me esperaran todos los bienes terrenales. Y acertó una vez más Leonor en su vaticinio. Porque cuando sentí los abrazos de *Pecas* y de la pequeña María contra mi cuello, todas las escenas negras pasaron a popa como las aguas trilladas que nunca regresan.

Luis Delgado Bañón
Cartagena, 8 de enero de 2009

Notas

[1] Galones de brigadier. <<

[2] Documento en el que se indica, para cada buque, en una fecha determinada, su dotación, dimensiones y estiba, artillería y armamento portátil, anclas, anclotes, cables y calabrotes, velamen, víveres y aguada, así como las observaciones especiales que estime su comandante. <<

[3] Tifus exantemático. <<

[4] Los primeros descubridores denominaron como Tierra Firme a la parte del continente meridional de América bañada por el mar de las Antillas, en oposición a las islas de este mar. Se empleó durante varios siglos, y aún hoy no se halla del todo en desuso, para designar la costa de la Venezuela actual.
<<

[5] Se entendía como porte el número de cañones que montaba un buque de guerra. En el caso de los mercantes, indicaba su tonelaje. <<

[6] Madagascar. <<

[7] Así lo reconoce Cook en su diario, al mencionar que utilizó en la costa noroeste americana el diario de Mourelle de la Rúa. <<

[8] Se publicaron en Londres en 1776, muy resumidas, en efecto, con el título: Short Account of Some Voyages made by Order of the King of Spain, to Discover the State of West American Coast. <<

[9] El navío de línea clásico disponía de dos puentes, baterías o andanas y 74 cañones de porte. Por tal razón eran llamados, coloquialmente, los 74. <<

[10] Denominación general de todo tronco enterizo de árbol, en su aplicación general a las piezas de arboladura, vergas, botalones, palancas, etc. <<

[11] A partir del empleo de alférez de fragata, se usaba la charretera en el uniforme como distintivo del grado. Estos lucían una solamente sobre el hombro izquierdo, mientras que los alféreces de navío lo hacía en el derecho.
<<

[12] Antigua denominación del contraamaestre. <<

[13] Denominación que dan los navegantes ingleses, roaring forties, a los vientos que soplan por el paralelo de los 40 grados sur en los océanos Pacífico e Índico, normalmente con intensidad tormentosa y levantando mucha mar.
<<

[14] La faja era distintivo de los generales. En la Real Armada correspondía a los empleos de jefe de escuadra, teniente general y capitán general. <<

[15] Debe entenderse como velocidad de cuatro nudos, es decir, cuatro millas por hora. <<

[16] Vientos que, entre los trópicos, soplan todo el año en una dirección constante, que es la del nordeste en el hemisferio norte y del sudeste en el sur, estando separados por la región de las calmas. Eran utilizados normalmente por los buques en sus navegaciones hacia las Indias. <<

[17] Se refiere a la Cartagena española y mediterránea, para diferenciarla de la colombiana, denominada como Cartagena de Indias en estos días. <<

[18] Además de la clásica acepción de la palabra marea, movimiento periódico de ascenso y descenso en las aguas, se denominaba de esta forma en los siglos XVI al XIX a la que hoy en día catalogamos como mar de fondo, agitación de las aguas en alta mar que, en forma atenuada alcanza la costa. <<

[19] Tratamiento que se daba en la Armada a los guardiamarinas y aventureros. Todavía se mantiene en vigor en la Escuela Naval Militar para los caballeros guardiamarinas. <<

[20] Se entiende por fachear o poner la embarcación en facha cuando se bracean unas velas en contra de otras si se dispone de más de un palo, o largando escotas para disminuir la marcha o hacerla detener. <<

[21] Se entiende por arpeo un instrumento de hierro con cuatro garfios o ganchos a modo de garabatos utilizados al extremo de un cabo para aferrarse una embarcación a otra. <<

[22] Medida de peso castellana equivalente a 46 kilogramos o 100 libras. <<

[23] Acción de medir la profundidad y conocer la naturaleza del fondo. Se lleva a cabo por medio de la sondaleza, cordel en cuyo extremo se amarra el escandallo o plomada cónica, que la hace descender a través de las aguas. También la voz de *sonda* responde a la profundidad. <<

[24] Los buques de la Real Armada mostraban a proa la figura de un león, signo de las armas nacionales. En caso de utilizar otra figura, se la denominaba como mascarón o figurón. <<

[25] Balsas que se forman en los masteleros, vergas, botalones y cualquier pieza de madera del buque para salvar al personal de un naufragio. <<

[26] Se denominaba tomar el punto a calcular la posición del buque en la mar. Cuando esta operación se deducía de la observación de astros, se llamaba punto de observación. Cuando se hacía sobre la base de los rumbos y distancias recorridas, corregidas por vientos y corrientes, se nombraba como *punto de estima* o *de fantasía*. <<

[27] Se entiende por *recalar* cuando un buque llega a la vista de un cabo u otro punto de tierra a distancia proporcionada para reconocerlo y marcarlo con seguridad. <<

[28] Se denominaban como bancas de hielo a los icebergs. <<

[29] Se entiende por *papahígo* cada una de las velas mayores sin contar la cangreja. Y *navegar en papahígos* llevar solamente las dos velas mayores, por no permitir otras la fuerza del viento. <<

[30] Hoy en día llamada bahía de Maputo. <<

[31] Una de las acepciones utilizadas a bordo para denominar el anteojo. <<

[32] Guardia de 4 a 8 de la mañana. <<

[33] Se entiende como *navegar en conserva* cuando uno o más buques lo hacen en compañía de otros que le ofrecen la necesaria protección. <<

[34] Escorbuto. <<

[35] Persona que, en las galeras, tenía a su cargo la dirección de la boga y el castigo de los galeotes. <<

[36] Medida de longitud utilizada en la mar. Un cable equivale a seis pies de Burgos o la décima parte de una milla, 185 metros aproximadamente. <<

[37] Paraje marítimo donde hay fondo a propósito para que los buques aguanten con seguridad al ancla. <<

[38] Anclas. <<

[39] Actual isla de Madagascar. <<

[40] Situarse al costado de otro buque o del muelle. <<

[41] En este caso debe entenderse como *bordear*, aunque el término *voltejar* se aplique en muchas ocasiones como *barloventear*. También se utiliza para indicar los movimientos de pequeñas embarcaciones en viradas de entretenimiento. Antiguamente se designaba como *voltear*. <<

[42] Se entiende por *mojel* el trozo de cabo trenzado, llamado *cajeta*, de una o dos varas de largo. Se utilizaban para sujetar el cable de las anclas al virador cuando se accionaba el cabestrante, apagar una vela, trincar la caña del timón y otros usos como servir de arma en azote. Cuando se daba la orden de *enmendar mojeles* se debían deshacer las vueltas dadas con ellos al virador y al cable del ancla en los puntos que van llegando al cabestrante, así como volver a darlas en los que van entrando en el escobén. <<

[43] Voz con la que se indica que las anclas han salido a superficie sin enganches ni obstáculos. <<

[44] Llamadas *balas rojas* o *balas de fuego*, se calentaban en hornillo hasta quedar incandescentes, momento en el que eran disparadas. Especialmente utilizadas desde baterías en tierra contra buques para incendiarlos. <<

[45] Divisa militar en forma de pala que se sujeta al hombro por una presilla, de la que pende un fleco. Las de la Armada debían ser de trencilla de oro, con un fleco ligero de un decímetro de largo. En las Ordenanzas aparecían con el nombre de alamares, hasta 1785. <<

[46] Vela triangular que suele usarse entre el foque y el contrafoque. <<

[47] Se entendía como *hacer cámara* el hecho de defecar. <<

[48] Se entendía como *jardinera* o *jardín* la obra exterior y voleada que se practicaba a popa en cada costado del buque en forma de garitas con puertas de comunicación a las cámaras de oficiales y comandante del buque, y con conductos hasta el agua, para ser utilizados como retretes de oficiales y del comandante. <<

[49] Altura o dimensión de su arboladura. <<

[50] Bitácora: especie de armario, fijo a la cubierta e inmediato al timón, donde se coloca la aguja magnética o de marear, para gobierno del timonel. Cuaderno de bitácora: libro donde se apunta el rumbo, velocidades, maniobras, condiciones meteorológicas y demás novedades o accidentes acaecidos en la navegación. <<

[51] Los dos senos. <<

[52] Tabloncillo clavado de canto en cada chaza de la amurada del buque, con excavaciones semiesféricas en su cara alta, para colocar las balas que han de tenerse a mano en un combate. <<